

El niño es el maestro

Vida de María Montessori

Cristina De Stefano



Lumen

El niño es el maestro

Vida de María Montessori

Cristina De Stefano



Lumen

El niño es el maestro
Vida de Maria Montessori

Cristina De Stefano

Traducción del italiano de
Maria Pons Irazazábal

Lumen

ensayo

Cosette colocó a Catalina en una silla, después se sentó en el suelo delante de ella y permaneció inmóvil, sin decir una palabra, en actitud de contemplación.

—Juega, pues, Cosette —dijo el desconocido.

—¡Oh!, estoy jugando —respondió la niña.

VICTOR HUGO, *Los miserables*(1)

PRIMERA PARTE

La construcción de sí misma (1870-1900)

El adulto ha de respetar al niño, su yo y el ritmo con que
va construyéndose.[\[1\]](#)

Una niña

Al principio hay una niña. Está encerrada en una gran aula de techos demasiado altos. Estamos en 1876, y la escuela elemental pública de la via San Nicola de Tolentino, en Roma, es como las demás escuelas del Reino de Italia: una cárcel para niños. Hay que permanecer inmóvil en los bancos, escuchar a la maestra durante horas, repetir la lección a coro. Si uno se porta mal, lo castigan. La niña tiene seis años y odia todo eso desde el primer día. En silencio, comienza su revolución personal contra la institución. Una especie de huelga de atención, que en pocos meses la lleva a ser la última de la clase. «En el colegio no estudiaba nada —dirá ya de adulta—. Apenas escuchaba a las maestras, y a la hora de clase organizaba juegos, comedias.»[2] Y continúa: «No entendía las operaciones aritméticas y durante mucho tiempo di los resultados con cifras inventadas, las primeras que se me ocurrían».

Es mejor escribiendo, le apasionan los libros, y es una actriz nata. Cuando lee en clase algún texto conmovedor, consigue hacer llorar a todo el mundo. Tiene un carácter extravertido y, pese a su corta edad, un gran carisma. Cuando juegan en el patio a la hora del recreo, siempre lleva la voz cantante, sin discusiones. Si una compañera se rebela, la fulmina con una frase desdeñosa: «¡Tú! ¡Tú todavía no has nacido!».[3] Tiene una lengua temible y la seguridad derivada de ser una niña muy querida en casa. Desde el día en que nació, sus padres han ido anotando en un cuaderno todos los detalles de su vida, como si fuese un prodigio: los primeros pasos, las primeras palabras, la alegría parlanchina y, sobre todo, el «carácter vital e independiente».[4]

A las profesoras no les gusta su fuerte personalidad, su forma de mirar a los adultos a la cara, sin ningún respeto. Un día, una maestra hace un comentario sarcástico sobre la expresión de «esos ojos».[5] La niña, ofendida, se jura a sí misma que nunca más alzará la vista en su presencia. Durante las clases no consigue retener nada. Memorizar poesías y textos es un suplicio: «Una profesora estaba empeñada en hacernos aprender de memoria las vidas de las grandes mujeres, para incitarnos a imitarlas. La exhortación que acompañaba a estos relatos era siempre la misma: “¡Vosotras también deberíais ser famosas!”. “¿No os gustaría ser famosas?” Un día respondí con frialdad: “No, nunca lo seré. Me importan demasiado los niños del futuro para querer añadir otra biografía a la lista”».[6]

No le gusta nada competir. Ante una compañera que llora porque la han suspendido y no puede

pasar de curso, sacude la rizada cabecita: «No lograba entenderla porque, como le dije, me parecía que tanto daba un curso como otro».[7] En cuanto a ella, la suspenden tres veces: en primero, en tercero y en cuarto de primaria. Se requiere un método para lograr tal resultado, y Maria lo tiene. Falta mucho al colegio alegando todo tipo de dolencias, no presta atención a las explicaciones en clase ni se esfuerza en los controles. En casa, a la hora de hacer los deberes, sufre fuertes migrañas y se mete en la cama, con la cabeza entre dos almohadas. «Ningún provecho», «Escaso provecho», escriben resignados los padres en el cuaderno. Conocen el carácter temperamental de su hija. Le proponen clases particulares de francés y de piano, pero pronto tienen que renunciar incluso a ellas. Cuando aprueba el examen final de la escuela primaria, la niña tiene trece años y parece la hermana mayor de sus compañeras, que tienen diez.

Hasta el momento del choque catastrófico con la escuela, Maria tuvo una infancia feliz: era hija única y muy querida de unos padres ya mayores. El padre, Alessandro Montessori, ferrarés, héroe de la guerra contra los austríacos, es funcionario del Estado. La madre, Renilde Stoppani, oriunda de Las Marcas, es una maestra enamorada de su trabajo, que tuvo que abandonar al casarse. La niña creció entre Chiaravalle de Ancona, donde nació el 31 de agosto de 1870, y Florencia, desde donde se trasladó luego a Roma, debido al trabajo de su padre. La nueva capital, recién conquistada por los Saboya, es una ciudad todavía pequeña y algo adormecida, que está encerrada en el meandro del Tíber, desde el monte Pincio a Porta Portese, y desciende rápidamente a una campiña de villas aristocráticas y viñedos, adonde los días soleados la gente va de excursión y a recoger achicoria. Más allá, inmenso e infestado de malaria, se abre el gran espacio vacío del Agro Romano.

El padre de Maria trabaja en el Ministerio de Hacienda y la madre se dedica a la educación de su hija. Le enseña los valores de la solidaridad. Le hace tejer ropa de abrigo para entregarla a la beneficencia. La anima a atender a los pobres y a hacer compañía a una vecina impedida por una joroba. Tal vez es así como nace la primera idea de ser médico: «Si veía en la calle a un niño pobre, lo encontraba pálido y me parecía que estaba enfermo. En vez de pensar en darle mi merienda, pensaba qué medicina, qué pócima podría curarle».[8] No usa las muñecas para probarles vestidos y gorritos, sino a modo de pacientes, en fila sobre la cama, mientras ella pasa con la cuchara distribuyendo jarabe para la tos.

La educación en su casa es espartana. «No se nace para gozar»,[9] dirá de mayor. Y contará de buen grado una anécdota de su infancia. Debía de ser muy pequeña. Acaba de volver a la ciudad tras un largo veraneo. Está cansada, tiene hambre, lloriquea pidiendo algo de comer. La madre, atareada con las maletas, le pide que espere. Al final, irritada, le ofrece un pedazo de pan duro, que estaba en casa desde que se marcharon: «Si no puedes esperar, toma esto».[10]

La seducción del teatro

«Mi juguete era el teatro. Si veía recitar, imitaba con gran viveza: me metía en el papel de los personajes hasta llegar a palidecer o a sollozar y llorar recitando cosas ficticias. Inventaba pequeñas comedias, improvisaba argumentos; componía vestuario y escenas.»^[11] Mientras libra su personal batalla contra la escuela primaria, consigue que la dejen asistir a un curso de interpretación. Su padre se opone, pero, como hace siempre, acaba cediendo ante la insistencia de Maria. Le cuesta enfrentarse a su única hija adorada, que tiene un carácter autoritario. Es así desde pequeña, y seguirá siéndolo toda la vida. «Cuando ella estaba en una habitación, no había nadie más», comentará una testigo muchos años después.^[12]

En la escuela de interpretación, los profesores están encantados, dicen que la niña tiene mucho talento. Convencen a sus padres para que la dejen debutar en el teatro, en su primer papel oficial. «Yo también lo notaba —escribiré, recordando aquella época—, había nacido para aquello y era mi pasión.»^[13] Sin embargo, en el último momento decide renunciar. Es una decisión repentina, sin explicaciones. «Fue solo un instante y vi que realmente iba a alcanzar la fama, a menos que huyera de la seducción del teatro.» A lo largo de su vida adoptará con frecuencia decisiones repentinas, tomadas por instinto, siguiendo su estrella interior. Cree en la escucha de la vocación y en las señales. Su personalidad tiene un fuerte componente místico. Un episodio mil veces repetido por los biógrafos explica este aspecto: «A los diez años de repente cambió. Desarrolló un notable interés por la religión, y al mismo tiempo un sentido de “vocación”. Sus padres lo percibieron cuando enfermó gravemente de gripe y el médico les dijo que debían prepararse para lo peor. No obstante, Maria tranquilizó a su madre: “No te preocupes, mamá, no me voy a morir. ¡Tengo demasiadas cosas que hacer!”».^[14]

En 1883, justo cuando Maria obtiene, después de tantos suspensos, el diploma elemental, la ley italiana abre las puertas de las escuelas superiores a las niñas. Maria afirma que quiere seguir estudiando, una decisión que su madre apoya con entusiasmo. Con la nota obtenida no puede aspirar a entrar en el Liceo clásico, de modo que se conforma con la Regia Scuola Tecnica de Roma, donde acaba de inaugurarse una sección femenina. Apenas hay una decena de chicas matriculadas, un pequeño grupo de pioneras muy unidas. Maria empieza a ver la escuela con otros ojos. El reto de ser una de las primeras muchachas que penetran en el mundo masculino de la

enseñanza superior es algo importante, digno de su atención. En poco tiempo se convierte en una estudiante modélica. Su padre anota en el cuaderno familiar que su hija ya no piensa en nada más. Las migrañas han desaparecido. Las tardes están dedicadas al estudio.

Cursa los tres años de la escuela técnica con notas excelentes, y en 1886 aprueba los exámenes finales con una mención especial. Su padre querría que se matriculase en Magisterio, por aquel entonces la escuela femenina por excelencia, que forma a las futuras maestras. Pero Maria no quiere ni oír hablar de ello. No desea ser maestra. Cuando su solicitud es rechazada porque su título técnico no se considera suficiente, no disimula su alivio.

Insiste en matricularse en el Regio Istituto Tecnico de Roma, lo que es una elección muy insólita. Las pocas mujeres que siguen estudiando lo hacen para mejorar su cultura antes de casarse, a lo sumo para dedicarse a la enseñanza. Ella no: dice que quiere ser ingeniera. Además de Maria, en todo el instituto solo hay otra alumna, llamada Matilde Marchesini. Durante las pausas entre clase y clase, los profesores las encierran en un aula para que los estudiantes no las molesten.

Entretanto, Maria se ha convertido en una muchacha muy atractiva. Es bajita, pero de formas suaves. Tiene el cabello negro rizado y los ojos también negros y muy brillantes, una forma muy personal de mirar directamente a la cara a sus compañeros, sin timidez, y una carcajada irresistible. Un alumno mayor que ella, Giovanni Janora, empieza a cortejarla, «siguiéndola de lejos».[15] Interrogado por Renilde, que está preocupada por la reputación de su hija, el joven afirma que sus intenciones son serias. Cuando termine la escuela y haya hecho el servicio militar, dice, pedirá su mano. Renilde, tranquilizada, le da permiso para ir a su casa todos los domingos.

La familia del muchacho, informada de lo que está sucediendo, se opone, afirmando que es demasiado joven para comprometerse. Renilde, que ha acabado por tenerle simpatía, lo lamenta; por el contrario, Alessandro Montessori se siente aliviado. Aprecia a Giovanni, pero considera que tiene un carácter demasiado taciturno, poco acorde con el animado y expansivo de su hija. Si el proyecto de noviazgo hubiese seguido adelante, habría supuesto una boda en un plazo breve y una vida completamente distinta. Maria se habría encerrado en un salón burgués, entre hijos de los que cuidar y veladas con su marido. Pero todo queda anulado. La historia de su vida puede continuar.

Excelencia, estudiaré Medicina

Al año siguiente, Maria se prepara para los exámenes finales. Ha decidido hacer alguna cosa con su vida, aunque todavía no sabe qué. «Trepano por caminos inciertos —recordará años después —, empecé los estudios de Matemáticas, con la intención inicial de ser ingeniera, luego naturalista y finalmente me decidí por los estudios de Medicina.»[16] Nada consigue apartarla del estudio. Ni siquiera le interesa la novedad del año, el circo de Buffalo Bill, que ha plantado sus carpas en los Prati, una extensa zona abierta utilizada para ejercicios militares, al otro lado del Tíber. Los días en que hay espectáculo se forman colas en el puerto de Ripetta y en el puente de Sant'Angelo. Mientras regresa de la escuela, Maria contempla con indiferencia el trasiego.

En junio de 1890, a los veinte años, aprueba los exámenes y obtiene el título de la escuela técnica superior. Su madre la anima a estudiar en la universidad, su padre espera que lo deje ya. Está orgulloso de esa hija brillante, pero le da miedo tener en casa a una de esas mujeres que, según los prejuicios de la época, se consideran masculinas, dedicadas completamente a los estudios e incapaces de ser mujeres y madres. Cuando la joven Maria dice que quiere ser médica, él muestra su desacuerdo, aunque sabe que oponerse no le servirá de nada. Si madre e hija se alían, está derrotado de antemano. Tiene un carácter débil, poco dado a los enfrentamientos. Es él quien, según recuerda su hija, la dormía en sus brazos cuando era pequeña cantándole canciones de cuna, imagen insólita para un hombre de su tiempo.

Lo que preocupa al padre de Maria son sobre todo las habladurías. En esa época, una hija de la burguesía es custodiada en casa como si fuera un objeto precioso, a la espera de un marido. No sale de casa sin ir acompañada. Imaginarla sentada en un aula llena de estudiantes es algo inaudito. Desde hace unos años, los obstáculos legales que impedían el acceso de las mujeres a la universidad han desaparecido, pero los culturales son todavía muy grandes. «Para ser médica, y en cierto modo dejar de ser una mujer, una jovencita acabaría siendo clorótica, tal vez tísica, o loca, sin duda nerviosa»,[17] escribe un profesor, comentando la nueva moda de las mujeres médicas que también ha llegado a Italia.

Maria Montessori consigue una entrevista con Guido Baccelli, el decano de Medicina. Es un hombre ya anciano, que la escucha con atención, pero que al final le responde con una amable negativa. Personalmente no tiene nada en contra, aunque ya ha tenido estudiantes mujeres en la

facultad y conoce muy bien la agitación que provocan en un aula llena de alumnos varones. El problema, observa, es que Maria carece de la titulación exigida. Solo puede matricularse quien posee el diploma del liceo clásico y ha estudiado griego y latín. Ella no se desanima y sale del despacho declarando: «Excelencia, estudiaré Medicina».[18]

A partir de este episodio se articula, en la hagiografía montessoriana, el relato de las enormes dificultades con que se encontró para estudiar. Ella misma dirá muchas veces que fue la primera mujer médica de Italia, lo que no es cierto. Hablará de la intervención del Papa, de la masonería, de fuertes oposiciones por parte de los académicos: hechos que la realidad demuestra que son inventados. Los profesores son muy comprensivos. Los problemas en el aula se deben más al delicado sentido del pudor de Maria que a la actitud de los hombres que la rodean. Eso no quita el carácter excepcional de la decisión de estudiar en la universidad. Maria Montessori forma parte de un grupo de pioneras: 132 en un total de 21.813 alumnos matriculados, según las cifras del año de su licenciatura.[19] Antes que ella, en Roma solo dos mujeres se habían licenciado en Medicina.

Para superar el inconveniente del título superior del que carece, apela a un artículo del reglamento interno de la universidad. Se matricula en la facultad de Ciencias, con la intención de pasarse a Medicina una vez superados los exámenes del bienio. Mientras tanto ha de llenar las lagunas en lenguas clásicas. Sabe que en su casa no hay mucho dinero y que su padre lo desaprueba, de modo que recurre a algunos conocidos entre los religiosos romanos. Un diario narra así la historia: «Se dirige a un fraile y sabe conmoverlo hasta tal punto que el buen religioso, viendo en ella la voluntad de Dios, le promete permitirle la entrada en el seminario para asistir a las clases de latín y griego, aunque oculta detrás de una tarima de madera para no perturbar con su presencia a los jóvenes seminaristas».[20] Tras la muerte del fraile, Maria convence a su padre de que le pague un profesor que le dé clases particulares. Cuando quiere una cosa, es prácticamente imparable. «Entraba en las situaciones como si fuera un buque de guerra»,[21] dirán de ella más tarde.

El instituto de anatomía

Sus jornadas de estudiante son muy largas. Las clases comienzan por la mañana temprano y duran hasta última hora de la tarde. Después de cenar, recibe clases particulares de latín y griego. Maria Montessori se toma los estudios con suma seriedad. El hecho de que muchos amigos de su familia y compañeros de la facultad se sonrían ante su deseo de ser médica la lleva a trabajar aún más. Parece que en su vida no exista otra cosa. Se acabaron los paseos al Pincio para admirar la ciudad desde la gran terraza panorámica. Se acabaron los paseos por el Corso para observar a las damas de la alta sociedad, que pasan en los carruajes descubiertos con vestidos desplegados como corolas de flores y grandes sombreros que ondean suavemente al paso de los caballos. Todas las mañanas, Maria va a la universidad con la cabeza llena de proyectos. Tiene en mente la meta de los dos primeros años, a cuyo término le esperan los estudios tan anhelados: «Cuando me hablan de medicina, me parece estar soñando».[22]

Algunas veces lleva consigo un ramillete de flores, que su madre le deja como por casualidad sobre la mesa junto con el desayuno: una forma de animarla muy femenina. En la facultad las cosas no siempre son fáciles. Tiene que lograr que los compañeros la acepten, aparentando un aire feroz. «Le divertía contar la anécdota de un estudiante que se sentaba en el banco de detrás de ella — recuerda una alumna—. El muchacho transmitía con el pie al banco un movimiento como de temblor, que a ella no le gustaba nada, de modo que se volvió hacia el alumno y le lanzó una mirada irritada. Este le dijo a un compañero: “¡Otra mirada como esa y soy hombre muerto!”».[23]

Le piden que entre antes en el aula para que su contacto con el resto de los estudiantes quede reducido al mínimo. Se sienta delante, sola. Sale siempre la última. El primer trauma se lo producen las clases de anatomía, que también son obligatorias en la facultad de Ciencias. En un mundo donde se considera indecente que una mujer muestre un tobillo, Maria ha de escuchar explicaciones sobre el funcionamiento del cuerpo humano y estudiar representaciones detalladas de cada órgano, lo que desde el primer día le supone un problema. Aunque decidida, no deja de ser una chica de su tiempo. Cuando el profesor habla de la reproducción y de los órganos genitales, la cosa empeora. Maria, roja de vergüenza, está a punto de desvanecerse: «Mi madre me había criado así. Mi ignorancia me hacía muy delicada y pura».[24]

El instituto de anatomía, con las salas en penumbra llenas de esqueletos y órganos en tarros de cristal, de pronto se le antoja un lugar espantoso. Le basta mirar por la ventana para ser consciente de hasta qué punto su decisión va contracorriente. Mientras ella está encerrada en aquellas salas oscuras, las otras chicas salen a la calle: «Fuera había luz, gente que caminaba, mujeres vestidas de colores alegres. Todo me parecía hermosísimo. Al otro lado de la calle había una joven modista de pie en el umbral de una tienda. Me producía una envidia tremenda. Estaba fuera, era libre, todo a su alrededor tenía vida. Sus pensamientos no iban más allá de sus sombreritos».[25]

De vuelta en casa, se esfuerza por mostrarse impasible, pero sus padres se dan cuenta de inmediato de que algo no va bien y la presionan para que cuente lo que le ocurre. El padre aprovecha la ocasión para pedirle que abandone esos estudios, que considera escandalosos. La madre, aunque la anima, se siente inquieta. Maria trata de quitarle importancia. Repite que ha sido el trauma de la primera vez, que se alegra de no haberse desmayado. En realidad, está preocupada, sabe que pronto empezarán las clases de disección de cadáveres. Si ahora cede, se repite, nunca será médica y dará la razón a cuantos consideran absurdo su sueño: «Recordé todas las advertencias recibidas cuando decidí estudiar anatomía: las mujeres médicas no trabajan, nadie las llama, lo único que consiguen es el desprecio general».[26]

Clases sobre el cadáver

La primera clase de disección es dramática. El profesor levanta la sábana y deja al descubierto un cadáver de mujer: «“¡Es una jovencita!”, exclamó el doctor. Yo también era una jovencita allí. Todos me miraron».[27] Cuando un estudiante extiende la mano y empieza a palpar un seno, Maria no aguanta más y huye del aula. Cruza corriendo el parque del Pincio, con el sombrero ajustado a toda prisa y los libros apretados contra el pecho. Bajo un árbol se fija en una mendiga sentada en el suelo con su hijo. Al verla afloja el paso, sin ningún motivo. Sobre todo, es el niño quien le llama la atención. Como la madre, va cubierto de harapos, pero parece ausente, abstraído en la observación de una tirita de papel rojo que sostiene entre las manos y que va pasando lentamente entre los dedos.

Al narrar esta anécdota, Maria Montessori recordará ante todo ese detalle. Lo que está viendo le revela algo, aunque no sabe qué. No imagina que muchos años después, cuando estudie la impresionante capacidad de atención de los niños, ella cambiará para siempre la forma de concebir la pedagogía. Solo sabe que la visión de ese pequeño mendigo, concentrado en una tirita mugrienta de papel rojo, aislado del mundo que lo rodea, como un rey en su reino, la persuade de volver a la universidad. Es cuestión de concentrarse, se repite a sí misma, exactamente como el niño. De pensar en el detalle, no en el conjunto. Al recordar aquel momento, se referirá a una auténtica iluminación: «No sé explicarlo. Simplemente, ocurrió así».[28]

Solicita una reunión con el profesor de anatomía para explicarle sus dificultades. Este se muestra muy comprensivo y le propone recuperar las clases de inmediato. Pide que le lleven el cadáver sobre el que estaba impartiendo la lección cuando Maria huyó del aula. Los camilleros lo transportan manejándolo sin la menor delicadeza. Los brazos y las piernas, que asoman por debajo de la sábana, se balancean en el vacío. Cuando el profesor descubre el cuerpo, Maria experimenta de nuevo una vergüenza que la bloquea: «El pudor que sentía era superior a mí, me habría desmayado ante aquella mujer desnuda».[29] El profesor le coge la mano para obligarla a tocar el cadáver. Maria se retrae, turbada por el gesto. Estamos en una época en que ninguna joven permitiría que un hombre que no fuera de su familia se tomara tal confianza, sobre todo en ausencia de otras personas. Pero el profesor no se arredra: levanta la mano de la muerta y la refriega sobre la de ella.

Maria se siente muy incómoda a solas con su profesor en un aula cerrada. Es muy consciente de que al día siguiente en la facultad no se hablará de otra cosa. Le gustaría abrir la puerta, pero no sabe cómo hacerlo. Se aferra a un pretexto, porque el profesor, para disimular el mal olor de la putrefacción, ha encendido un cigarrillo: «Le dije: “¿Por qué está cerrada la puerta? ¿Me permite que la abra?”». Y luego, para ahuyentar sospechas, añadió: “Si no, moriremos asfixiados”. Con una sonrisa serena y benévola, el profesor me señaló la ventana abierta: “No tema”, dijo tranquilamente entre dos bocanadas de humo, “no hay ningún peligro”».[30] El profesor prosigue con la clase. Una vez que ha acabado con la explicación, la acompaña al patio para que se lave las manos en una fuente. Mientras van hacia allí, le pasa un brazo por la cintura: otro gesto poco apropiado. Maria se aparta bruscamente.

Este episodio, narrado con numerosos detalles por la propia Maria en un cuaderno, representa un curioso juego de convenciones, miedos y relaciones de género. Es como si estuviéramos viéndola sonrojarse cada vez que el profesor se toma demasiadas confianzas, debatiéndose entre la repugnancia que le produce el cadáver y la vergüenza por la situación en que se encuentra, encerrada en un aula a solas con un hombre. Todo en este pasaje nos habla de su condición de estudiante en una facultad masculina, de mujer joven que se aventura en territorios desconocidos, donde nada está pensado para ella. El hecho de que consiga superar el obstáculo demuestra la enorme fuerza de su determinación.

Cuando el profesor ordena a un conserje que vaya a comprar unos pastelillos, Maria lo mira con incredulidad. Lo último que desea en ese momento es un dulce, pero el profesor insiste. Si uno no come enseguida, explica, luego es más difícil: «Llegaron los dulces, cogió uno con aquella mano que poco antes había posado en la grasa putrefacta de aquella muchacha. Delante de él, pero en el umbral de la puerta que daba al pasillo, yo también empecé a comer. El primer bocado no me pasaba. El adjunto se reía. El profesor me animaba».[31] Al final, consigue tragarse unos bocados. Al día siguiente acude a clase y recibe junto a sus compañeros la lección sobre el cadáver. De regreso a casa, escribe en el diario: «Llueve, mi espíritu está tranquilo. Tengo la intención de pasar el día estudiando».

Al principio paga a un conserje para que fume a su lado en el aula de disección a fin de enmascarar el olor de los cadáveres. Luego empieza a fumar ella, hábito que mantendrá toda la vida, aunque raramente lo hará en público. Supera con éxito el examen de Anatomía y sigue con los otros exámenes. También participa en la vida política de la universidad. Junto con otros estudiantes, se suma a la huelga convocada para el Primero de Mayo, gesto que en esa época equivale a una declaración de militancia muy explícita, porque hacía poco que dicha fiesta había sido introducida en Italia por el Partido Socialista. Los profesores la convencen de que no participe en la manifestación obrera de Santa Croce, porque se teme que se produzcan desórdenes.

Paseos por el Pincio

Al acabar el primer año ha aprobado todos los exámenes. En una carta a una amiga se describe a sí misma durante el examen de física, de pie delante de la pizarra, sujetando con una mano la tiza y con la otra el abanico. Este detalle es una de las raras concesiones de Maria a la frivolidad. Está tan metida en el sueño de llegar a ser médica que no parece interesarse por aquellas cosas que ocupan la vida de las chicas de su edad. Solo en verano se permite algunas horas en el Pincio, en las avenidas donde la gente pasea. La acompaña Matilde Marchesini, que había sido su compañera en la escuela técnica, y otras chicas de quienes solo conocemos los nombres: Clara y Dina. Una dama de la alta sociedad la ha tomado bajo su protección y ejerce de madrina, prometiendo ayudarla en su carrera futura.

Maria confía a su diario que se siente atraída por un compañero de universidad, Riccardo Salvadori, que estudia como ella en la facultad de Ciencias con la intención de pasar a la de Medicina. Cuando lo ve, se siente repentinamente débil bajo su mirada. «En mis paseos por el Pincio me parece que Salvadori me considera una mujer.»[32] Luego se acuerda de que es diferente a las otras chicas que coquetean en el parque bajo las sombrillas de colores claros, en busca de un marido: «Sí, soy una mujer, y práctica, porque tengo un ideal». Todas las jóvenes de su edad están casadas o prometidas, pero ella no tiene ninguna intención de convertirse en esposa. Ha decidido ser médica y se toma la empresa tremendamente en serio: «He de decirlo: después de los veinte años ha surgido en mí un ideal; o ese ideal o morir».

Cada vez que se encuentra con Riccardo regresa a su casa agitada, y debe encerrarse en la habitación para calmarse y tratar de razonar: «¿Qué es lo que quiero? Oh, querida, nada. ¿Casarme con él? Nunca.»[33] Su compañero la corteja con elegancia. Un día en que Maria no acude al parque porque no se encuentra bien, llaman a la puerta de su domicilio y aparece un camarero con la librea de un café de la ciudad, que ha recibido el encargo de llevarle chocolate caliente. Cuando se entera de que después del verano Riccardo se trasladará a Milán, se le ocurre escribirle una carta confesándole sus sentimientos, pero luego renuncia a la idea. Ha elegido su camino y sabe que pasa este por la decisión de no casarse. «Quién sabe cuántos nuevos afectos tendrá él en su corazón. ¡Y yo estaré siempre sola! ¡Sola!».[34]

A finales de agosto anota en su diario un sueño, que parece el broche final a ese largo verano en

que el amor ha puesto a prueba su afán de ser médica. Se trata de una valiosa incursión en el subconsciente de Maria Montessori, y contiene todos los ingredientes de su vida en aquel período: las clases con los cadáveres, la economía limitada de su familia, el compromiso con los pobres, el apego a sus padres, el amor por Riccardo Salvadori, mezclados misteriosamente, como ocurre siempre en los sueños. Es largo, pero vale la pena reproducirlo por entero.

Salí de casa con mis padres y llegué andando a un lugar desagradable, lleno de gente pobre, pero no eran los mendigos habituales: nadie pedía limosna, incluso por su aspecto eran personas distintas, aunque vestidas con harapos, con la miseria y el miedo reflejados en el rostro. Mi padre me dijo que nuestra casa, que acabábamos de abandonar, ya no nos pertenecía; todos los muebles se habían vendido y viviríamos entre aquella miserable gente que veíamos. «Deja al menos que vaya a casa a buscar algún recuerdo», dije entonces. Y me fui. Allí ya había gente nueva que se movía entre nuestros muebles; la casa estaba hermosa, llena de luz y de flores. Todos parecían muy contentos. Yo dije: «¡Dejad al menos que me lleve mis recuerdos!». «Aquí están sus recuerdos», respondieron. Y me dieron una caja que contenía el cráneo de un muerto, con los ojos todavía en las órbitas pero deshechos. Quería cogerlo pero no podía, se rompía, me quedé con unos pedacitos de papel en la mano que apreté contra el pecho. Luego fui a la facultad. Era un inmenso conjunto de escaleras y pasillos, completamente a oscuras. De pronto me di cuenta de que había perdido los pedacitos de papel. Me encontré con Salvadori y se lo dije; él fue corriendo a buscarlos y se perdió por los pasillos. Regresé a aquel sucio lugar donde se suponía que tenía que vivir ahora. Vi a mucha gente con ropas que debían de haber sido elegantes pero que ahora estaban sucias y andrajosas. Todos miraban hacia un lugar con una curiosidad dolorosa. Yo también miré, y vi a mi padre vestido con un abrigo largo descolorido y hecho jirones; tenía el rostro verde, sombrío, y el cuerpo encorvado. Mi madre no estaba. La busqué por todas partes, pero no la vi. Entonces cogí del brazo a una muchacha que no sabía quién era, y mientras caminábamos me sentí mal. Luego, al mover la lengua, noté que se me movía un diente incisivo y escupí sangre. Entramos en una tienda sucia y fea. Me dieron un plato y escupí mucha sangre, y me quité el diente. Después de este, otro, y luego otro. No se veían porque la sangre lo inundaba todo. Entonces el tendero me dijo: «Su madre está muerta».[35]

El camino hacia el pueblo

En el verano de 1892, Maria Montessori termina el bienio de Ciencias Naturales y solicita el traslado a Medicina. En febrero por fin se convierte en una estudiante en la facultad de sus sueños, con número de matrícula 1.664, la única mujer de ese curso. Su presencia no pasa inadvertida. A menudo, en los pasillos los compañeros silban a su paso. Ella responde en voz alta, para que todos la oigan: «Cuanto más silbáis, más me crezco».[36]

En aquellos años la facultad de Medicina de Roma es un centro de pensamiento progresista. Enseñan en ella profesores como Jacob Moleschott, teórico de la medicina social; Angelo Celli, pionero de la lucha contra la malaria, o Clodomiro Bonfigli, padre de la clínica psiquiátrica. Son personalidades muy notables, que ejercen una gran influencia en los estudiantes. Es una facultad pequeña. Los profesores conocen personalmente a todos los alumnos, se interesan por su vida privada y con frecuencia los consideran jóvenes amigos. Maria es acogida con simpatía por los docentes, que la invitan a colaborar con ellos en las actividades de voluntariado.

Participa en las expediciones al Agro Romano, organizadas por Angelo Celli y su mujer, la enfermera alemana Anna Fraentzel. Es su personal «camino hacia el pueblo», y resulta muy traumático. Maria, que se ha criado en un ambiente burgués y protegido, no está preparada para lo que se encuentra. «Sobre una pequeña colina se alzaban, como si fuera un poblado de negros, numerosas chozas con una capillita en medio, sin un jardín, sin una flor —escribe Anna Fraentzel—. Las chozas, muy próximas entre sí, estaban construidas con paja, cañas, tallos de maíz y hojas secas, sin ventanas, y con una puerta, o mejor dicho, un agujero a modo de entrada, tan pequeño que había que agacharse para meterse en ellas.»[37] Conseguir que esa gente incivilizada acepte que les instalen mosquiteras no es tarea fácil. Las mujeres las rompen a fin de poder vaciar por la ventana los cubos de agua sucia o las usan como cedazos para las verduras. Suministrar la quinina es toda una hazaña.

Maria también trabaja como voluntaria en el ambulatorio pediátrico Soccorso e Lavoro de la ciudad, destinado a curar a los hijos de los pobres. Ante sus ojos desfilan a diario decenas de niños pálidos, escuálidos, con el vientre hinchado y una tos perniciososa. Sus grandes ojos acusan, pero de sus bocas no sale ni una queja. Maria ve casos de malnutrición, raquitismo, tuberculosis. Y otras cosas terribles para las que no hay palabras. A veces llegan al ambulatorio niñas de

apenas dos años con extrañas heridas en los genitales. El médico explica que en los callejones de Roma circula la espantosa superstición de que la sífilis se cura teniendo contacto con niñas muy pequeñas. De modo que los hombres las atraen con caramelos hacia los portales oscuros.

A pesar del tiempo que dedica al voluntariado, Maria saca unas notas excelentes. Obtiene una beca de estudio, que consiste en un premio de mil liras, una suma considerable para la época teniendo en cuenta que las matrículas universitarias cuestan cien liras al año. El premio llega en un momento oportuno, ya que su padre ha pedido la jubilación anticipada por motivos de salud y los ingresos familiares se han reducido. La noticia aparece en un periódico de Roma con el titular «Señoritas que sobresalen». No es la primera vez que la prensa local la menciona. Años antes se había destacado su participación en un festival en Villa Borghese, donde tuvo el honor de ofrecer flores a la reina. En el quinto año de carrera, Maria gana el concurso de ayudante de medicina — pasando por delante de alumnos de sexto curso o de licenciados, como anota orgulloso su padre en el cuaderno familiar— y empieza a hacer prácticas en un hospital.

Entre los profesores, le causa mucha impresión Clodomiro Bonfigli, que imparte un curso sobre educación y locura. Maria decide hacer con él la tesis de licenciatura en Psiquiatría, elección también a contracorriente para una muchacha de la época. La madre, como siempre, la anima y la ayuda en todo lo que puede. Cada vez que empieza un curso, le divide los libros demasiado pesados, desmontando el encuadernado y creando volúmenes más delgados para que no lleve la bolsa tan cargada. Por las tardes escucha los resúmenes de las lecciones y repasa con ella. Cuando era joven no pudo ir a la universidad, que entonces estaba vetada a las mujeres, y los estudios de su hija son su venganza. La luz de la habitación de Maria permanece encendida hasta altas horas de la madrugada. Ella misma dirá, recordando aquellos años: «Me sentía como si fuese capaz de hacer cualquier cosa».[38]

En el último año de facultad, cada alumno debe impartir una clase frente a sus compañeros. La de Maria se espera con especial curiosidad. Llega al aula sintiéndose como una domadora a punto de entrar en la jaula de los leones. Su padre se ha negado a acompañarla para no aprobar también con su presencia aquella locura de hablar en público. No obstante, acaba dejándose convencer por un amigo y se sienta en el fondo de la sala. La clase es un éxito. Los presentes aplauden a rabiar. Cuando se enteran de que el padre de la oradora está allí, se agolpan a su alrededor para felicitarle. Pese a sus reticencias, Alessandro Montessori está muy orgulloso de esa hija que parece no tener miedo de nada. En una carta la describe con estas palabras: «La muchachita de entonces se ha hecho mujer, y una mujer extraordinaria».[39]

El último año de universidad es muy intenso, entre las clases, la residencia en los hospitales y el estudio de los pacientes de la clínica psiquiátrica para redactar la tesis. Maria se licencia en julio de 1896. Los periódicos de la ciudad publican la noticia y cuentan que, después de la ceremonia, amigos y profesores se han reunido en casa de los Montessori para celebrarlo. Un

capítulo de su vida se cierra. «Ahora todo ha acabado. Todas las emociones han llegado a su fin. En este último examen, público, un senador del Reino me ha felicitado calurosamente y se ha levantado para estrecharme la mano —explica Maria en una carta a una amiga—. Pero he de decirte que me impresiona poco. Todos me miran y me siguen como si fuera una celebridad.»^[40] Amigos y familiares se quedan asombrados ante esa muchacha que manipula cadáveres y visita a pacientes desnudos sin mostrar la menor turbación. «Nada me produce turbación, nada —admite Maria—. Hablo en voz alta de asuntos difíciles con tal indiferencia y sangre fría que hasta mis profesores se quedan desconcertados, y poseo la fuerza moral que cabría esperar de una mujer anciana y endurecida por la experiencia.»

Acabadas las celebraciones, reanuda el trabajo. Su tesis de licenciatura se presenta en el Congreso de la Sociedad Freniátrica, pero no lo hace ella personalmente, porque es una mujer, sino uno de sus profesores. Una importante revista científica publica un artículo suyo. Como es muy buena en el trabajo de observación, algunos profesores le aconsejan que haga un curso de perfeccionamiento en Berlín, con el mejor clínico de laboratorio de la época: Robert Koch. Su padre no tiene dinero para financiar la estancia en el extranjero y ella trata de obtener una beca, pero no la consigue. En realidad, Maria irá a Berlín, y muy pronto, pero no como médica, sino como militante feminista.

Viva la protesta femenina

Mientras realiza labores de voluntariado, Maria entra en contacto con las feministas, que en Roma tienen un papel social muy activo. Participa en sus luchas políticas, desde la protesta contra la invasión italiana de Etiopía hasta la recogida de firmas para apoyar la lucha de liberación en Cuba. Se convierte en secretaria de la asociación Per la Donna, creada por un grupo de militantes con el fin de poner en práctica un programa muy radical: educación popular, sufragio femenino, ley para la investigación de la paternidad, igualdad de salarios entre hombres y mujeres.

Esta asociación es la que la elige como delegada italiana en el Congreso Femenino Internacional de Berlín de 1896. Lo tiene todo para ser la candidata ideal: es joven, es una de las primeras médicas de Italia y ha demostrado que sabe hablar en público. La noticia llega a Chiaravalle, donde un comité feminista local recoge dinero para enviárselo a la ilustre conciudadana a modo de contribución para los gastos del viaje. La corresponsal de un periódico francés de Roma la entrevista antes de su marcha. Espera encontrarse con una militante hombruna y rabiosa y se sorprende cuando la recibe una muchacha vestida con un «sencillo vestido de verano, de cabello negro bien peinado, cintura fina y esbelta, rostro y cuerpo atractivos, seductora y sana».[41]

En la entrevista Maria habla de las prácticas que está haciendo en el hospital: «Me han asignado a la sección de mujeres y le aseguro que las pacientes me buscan, me quieren. Mire, el pueblo es como los niños, intuye quién le quiere».[42] Recuerda con placer los años de universidad. «He de decir, en honor a los estudiantes romanos, que siempre me respetaron; nunca me dirigieron una palabra demasiado galante o demasiado dura.» Impresionada, la periodista comenta: «Buena elección. La delicadeza de una joven de talento combinada con la fuerza de un hombre, un ideal que no se encuentra todos los días».

El congreso se inaugura en Berlín el 20 de septiembre, delante de quinientas delegadas procedentes de todo el mundo. La inauguración se ve perturbada por una contramanifestación de mujeres socialistas que protestan fuera del edificio contra un congreso al que tildan de burgués. Maria sale y se enfrenta a las manifestantes, improvisando un discurso. Se sube a una carreta, para estar por encima de la multitud. Lleva un vestido elegante, que realza su cintura fina. Habla brevemente, pero con una sinceridad que conquista al auditorio. Dice que entiende su rabia. Para

las mujeres que viven en la miseria —recalca en italiano con su hermosa voz cantarina, mientras una compañera feminista traduce sus palabras al alemán—, los tiempos de las reformas pueden parecer demasiado largos. Pero, juntando en un delicado gesto sus manos enguantadas, pide que las diferencias de clase no dividan a las mujeres, hermanas en la lucha. Al final del discurso se quita el sombrero y, agitándolo como una bandera, grita con voz aguda: «¡Viva la protesta femenina!».[43] Las manifestantes, convencidas, aplauden y se quitan el sombrero, imitándola.

Durante las sesiones del congreso pronuncia dos discursos, uno sobre el asociacionismo femenino y otro sobre el trabajo de las mujeres. En ambos defiende posturas muy polémicas. Hablando del feminismo romano, critica la filantropía de las mujeres católicas, que ayudan en exclusiva a los católicos y abandonan en la miseria a los demás, pero también la filantropía laica del comité que financia el ambulatorio Soccorso e Lavoro, porque atiende a pocas personas. En el discurso sobre el trabajo femenino se extiende acerca de las difíciles condiciones de las mujeres del pueblo. Son cosas que ve desde hace años en su labor como voluntaria: mujeres que trabajan todo el día, como los hombres, y luego en sus casas han de seguir trabajando, con el hijo más pequeño colgado del pecho y los otros agarrados a las faldas, víctimas además a menudo de las palizas de sus maridos, cuando llegan a casa borrachos. Pide a los políticos que asuman la realidad, y pone como ejemplo la nueva ley, que en Italia permite quedarse en casa un mes después del parto. Excelente ley, observa, que ha reducido la tasa de mortalidad de las madres. Pero no tiene sentido prever tal permiso si no se ofrece una ayuda económica a la mujer: «Los hombres que hacen las leyes se jactan de haber dicho a la puerpera: “¡Descansa!”. Pero ¿cómo se puede descansar cuando se tiene hambre? Pese a que su cuerpo pida a gritos que necesita descansar, las mujeres se ven obligadas a volver rápidamente al trabajo».[44]

Maria no olvida su actividad como médica y, antes de abandonar Berlín, visita el gran hospital pediátrico de la ciudad. De regreso a Roma, descubre los numerosos artículos que la prensa le ha dedicado. A los corresponsales italianos la joven delegada Montessori les ha gustado mucho. Tanta atención le molesta, sobre todo porque se habla más que nada de su aspecto. «Su gracia ha conquistado todas las plumas, o tal vez deberíamos decir todos los corazones de los periodistas», se lee en un artículo.[45] «La voz, la oscura melena, la mirada penetrante, la elegancia con que lleva los guantes», insiste otro.[46] A Maria le irritan estas alabanzas. Sabe muy bien que quien se refiere a su belleza ve en ella a la mujer, no a la médica. Está decidida a huir de las trampas de la condición femenina. Lo que quiere es dejar huella en el mundo. «Nadie volverá a entonar cánticos de alabanza sobre mis supuestos encantos —declara a sus padres—. ¡Trabajaré en serio!»[47]

Una mujer en la sala del hospital

Maria reparte su tiempo entre el trabajo, el compromiso feminista y el voluntariado. Ahora ya es licenciada y tiene una actividad profesional, aunque todavía no remunerada. En realidad, más de una, porque trabaja como ayudante en el hospital del Santo Spirito en Sassia y como médica en prácticas en el Istituto di Igiene. Su presencia en la sala del hospital llama la atención. En esa época, las únicas mujeres que trabajan en los grandes pabellones de los hospitales son las monjas, ocultas bajo el velo. Ver pasar a Maria, con gesto decidido y los rebeldes rizos negros, causa sensación. Además, su presencia nocturna, en las guardias, es un problema. Para dormir, solo hay un catre junto al colega de turno. Es la propia monja responsable de la sala la que le enseña la pequeña habitación común con una sonrisa irónica, como diciendo: «Has querido ser médica, ¿no?».[48] Solo tras haber presentado un recurso ante la dirección consigue una habitación para ella sola.

Todos los días, una vez terminado el trabajo en los hospitales, sigue con su actividad de voluntariado con los desheredados de la ciudad. Con las señoras de la buena sociedad romana participa en las actividades filantrópicas de la Unione del Bene, en el barrio popular de San Lorenzo. Con los colegas médicos trabaja en los dispensarios, por donde desfilan a diario los niños enfermos. Ahí nace su interés por la infancia, ante esas criaturas pobres, que son los más desfavorecidos de la sociedad. La tasa de mortalidad infantil en esa época es espantosa. Uno de cada dos niños no llega a los cinco años, y al que lo consigue de inmediato lo ponen a trabajar para ayudar a la familia. Los pequeños son enviados a la calle a pedir limosna, al campo a recoger hortalizas, o se los contrata temporalmente como deshollinadores. A Maria Montessori le escandaliza lo que ve. Muy pronto pondrá su indignación al servicio de la pedagogía. En un mundo donde en los primeros años de vida un niño ha de intentar sobre todo no morir, propondrá una educación que empiece mucho antes de la enseñanza obligatoria y que valore esas pequeñas mentes de las que nadie se ocupa.

También como facultativa se interesa por los más pequeños, y a menudo le cuesta separar el trabajo de médica del de enfermera. «Si un niño gravemente enfermo necesitaba un baño caliente y una cama limpia —escribirá años más tarde una periodista—, ella sabía que no tenía sentido prescribírselo a su madre, muy pobre, que vivía en un barrio mísero de Roma, de modo que se lo

llevaba a su casa el tiempo necesario y se ocupaba del niño personalmente, haciendo de médica, enfermera y benefactora a la vez.»[49] En ocasiones, para ayudar a los padres desempleados de algún pequeño paciente, se inventa trabajos en su casa, que paga de su bolsillo. Muchos le escriben para agradecerse, breves cartas llenas de faltas de ortografía pero conmovedoras. Una es de los padres de una niña a la que Maria ha curado de pulmonía tras pasar un día entero en su casa. Otra es de la madre de dos gemelos que parecían condenados a no sobrevivir a un parto difícil: sabiendo que los padres eran demasiado pobres para permitirse una enfermera, Maria obliga a la parturienta a quedarse en la cama, permanece en su casa todo el día, enciende el fuego y prepara un baño caliente para los recién nacidos.

Ha aprendido la lección de sus profesores, que en esos años de activismo social a menudo más parecen misioneros que médicos. «Eran auténticos benefactores de la humanidad —recuerda una testigo de la época—. Para ellos no había enfermo demasiado modesto, ni caso muy poco interesante, ni paciente al que no dedicasen la visita más atenta, para cuya curación no lo intentarían todo y al que no dirigieran una amable palabra de ánimo.»[50] Hace tiempo que Maria se ha fijado en uno de esos colegas, un joven llamado Giuseppe Montesano.

Giuseppe Montesano

No sabemos con exactitud cuándo se conocieron. Tal vez ya en 1895 en el Istituto di Igiene, donde ella era una estudiante en prácticas y él un joven médico. Quizá incluso antes, a través del hermano de él, compañero de estudios de Maria. Lo cierto es que se trata de un encuentro cargado de futuro. Giuseppe Montesano es el único amor conocido de Maria. La relación con él no compromete nunca su carrera, pero marca su vida con un drama secreto.

Es un hombre muy guapo, de rostro fino y expresivo. Dos años mayor que Maria, había nacido en Potenza en el seno de una familia rica de origen judío. Fue un estudiante brillante y precoz. A los diecisiete años ya estaba matriculado en Medicina y acumulaba premios y becas de estudio. Antes de licenciarse, ya había ganado dos concursos que le dieron la posibilidad de hacer prácticas en un hospital. Parece el alma gemela de Maria: la misma dedicación al trabajo, pero caracteres opuestos. «Ella, tan excepcional, decidida, creativa, vehemente; él, tranquilo, delicado, con una aguda capacidad de análisis. Los dos geniales. Se enamoraron y ella encontró en la dulzura de Montesano la complementariedad a su carácter fuerte —explicó un alumno de él—. Ella socialista, en cierto sentido; él en cambio bíblico, con esa mentalidad judía precisa, individual. No era practicante, desde luego, pero poseía la ética judía medieval, ese fuerte sentido moral, ese rigor. Esa misma diferencia que existía entre ellos fue lo que los unió y les permitió hacer, por caminos distintos, cosas grandes.»[51]

Maria no comenta con nadie lo que está viviendo. El matrimonio no entra en sus planes, y todo lo que puede ofrecerle a su amante es una especie de unión libre y clandestina, algo muy transgresor para la época. En 1897 trabajan juntos en la Regia Clinica Psichiatrica, donde ella es la única mujer entre muchos colegas varones. En los archivos de la universidad se conserva la autorización del ministerio para su nombramiento como ayudante voluntaria. En el documento aparece inscrita como Mario Montessori: un error revelador de los prejuicios de entonces. Si en esos tiempos es difícil pensar en una mujer médica en un hospital, imaginarla en un departamento de psiquiatría es casi imposible.

Los dos amantes son inseparables. Maria convence a Giuseppe de que se inscriba en la asociación feminista Per la Donna y de que la acompañe a las reuniones nocturnas. Trabaja con él en una larga investigación, que se publica luego en una revista científica. Cuando en 1898 lo

nombran jefe de servicio en el manicomio de Roma, Maria lo acompaña en las primeras visitas de reconocimiento. Así es como penetra en ese lugar secreto, integrado en un gran edificio de la via della Lungara. Allí descubre lo que tiempo atrás eran los «cuartos de la paja», auténticos establos donde los locos más violentos permanecían aislados durante varios días, completamente desnudos, sin otra cosa que un poco de paja que absorbiera los excrementos. Mira a través de las grandes ventanas con barrotes que dan al paseo, donde hasta unos años antes los habitantes de Roma iban a «divertirse con los locos» y a tirar algún resto de comida, como si fueran animales enjaulados.

El nombramiento de Giuseppe Montesano coincide con un momento de transformación del manicomio. Los médicos están sustituyendo progresivamente a los religiosos y aportando una organización científica allí donde antes solo había represión y la íntima convicción de que la locura era un castigo divino. Se trata de un proceso difícil, que exige mucha paciencia. Mientras tanto, el edificio de la via della Lungara continúa siendo un lugar peligroso. Apenas tres años antes, un paciente mató a uno de los directivos que estaba haciendo una inspección. Giuseppe consigue que cada vez que Maria entre en los pabellones de las mujeres lo haga acompañada.

Durante una de estas visitas es cuando descubre a los niños del manicomio. Son los llamados «oligofrénicos», es decir, débiles mentales, o, más comúnmente, «deficientes» o «idiotas». Se trata de una categoría muy amplia, porque además del retraso mental incluye también casos de ceguera, mudez, sordera, epilepsia, parálisis, autismo, raquitismo, trastornos de la personalidad y demencia por malnutrición. Considerados incurables y, por tanto, encerrados de por vida, vestidos con batas de tela áspera, sucios y asilvestrados, los niños del manicomio son tal vez el aspecto más terrible de ese lugar espantoso.

Maria se da cuenta de que ha encontrado algo por lo que luchar. Como ocurre a menudo en su vida, todo se concentra en una iluminación. Un día, una de las sirvientas que la acompaña dice que esos niños son sucios y glotones. Maria se detiene, la mira y le pide que se explique mejor. La mujer, encantada de poder quejarse, le dice: «En cuanto acaban de comer, se echan al suelo, recogen las migas del pan y se las comen».[52] Maria mira alrededor: la estancia está completamente vacía, es un gran espacio desnudo y frío. ¿Y si no fuese un deseo de comer, sino de interactuar con algo? Al fin y al cabo, esos restos de pan son las únicas «cosas» de que disponen. Tal vez no sea hambre de comida, reflexiona Maria, sino de experiencia.

Es un paso fundamental en su vida. Hasta entonces Maria Montessori ha sido una joven médica, con un fuerte compromiso social y feminista. A partir de ese momento, emprende un camino que la llevará muy lejos, incluso a recorrer el mundo predicando una manera nueva de considerar a los niños. En esa enorme estancia del manicomio de Roma, intuye que los pequeños oligofrénicos necesitan un tratamiento específico que los estimule y los haga salir de su estado. Le pregunta a Giuseppe si puede llevarse a algunos para experimentar con ellos. Asiste como oyente a las clases

de pedagogía de la universidad. Lee todo lo que está publicado sobre el tema de la educación de los niños oligofrénicos.

Así es como descubre el trabajo de Édouard Séguin, un francés que medio siglo antes ideó un método de educación especial con el que obtuvo resultados sorprendentes. Se apasiona por el mensaje de ese personaje tan original, desterrado de su patria, obligado a exiliarse a Estados Unidos y fallecido en Nueva York cuando ella era una niña: «A partir de entonces, la voz de Séguin me pareció la del precursor que clamaba en el desierto, y comprendí el alcance enorme de una obra cuya pretensión era nada menos que reformar la enseñanza y la educación».[53] Séguin es el gran inspirador de Maria Montessori y el creador del material didáctico en que ella se basará para elaborar su método. La historia olvidada de Séguin merece ser explicada.

El niño salvaje

Nacido en Auxerre e instalado en París en busca de fortuna, en 1837 Édouard Séguin es un joven licenciado en Derecho muy necesitado de dinero. Acepta el puesto de ayudante de Jean Marc Gaspard Itard, un médico anciano que se había hecho famoso unos años antes por haber intentado educar al «salvaje de Aveyron», un niño capturado en los bosques por un grupo de cazadores y trasladado a la capital para estudiarlo. El niño parece un animal: no habla, no mira a los ojos, duerme en el suelo. Itard consigue el permiso para ocuparse de él, y durante cinco años lo acoge en su casa y le dedica todo su tiempo, ayudado por un ama de llaves, madame Guérin. Es el comienzo de un drama educativo extraordinario, que cambia para siempre la historia de la pedagogía.

Para tratar de educar al niño, al que ha rebautizado con el nombre de Victor, Itard elabora un método basado enteramente en el estudio del alumno, en vez de en las ideas del maestro. Observa a Victor de día y de noche, anotando cada detalle. Refiere cómo el niño pasa horas mirando por la ventana el paisaje durante el día y observando la luna de noche, como si sintiera nostalgia de los bosques. Si nieva, se precipita al jardín y rueda por tierra, comiéndose la nieve a puñados. Cuando sale a pasear, corre dando brincos, como un animal, e Itard corre a su lado. Incansable y paciente, el médico obtiene los primeros progresos. Victor empieza a dormir siguiendo ciclos regulares, a controlar su forma de comer, a desarrollar la sensación de frío y calor. Curiosamente, también empieza a sufrir resfriados, a los que antes parecía inmune.

Itard idea para él toda clase de ejercicios educativos. A fin de desarrollar su atención, esconde objetos en tazas puestas boca abajo. Le hace practicar el sentido del tacto mediante unos saquitos que contienen objetos diversos. Le muestra las diferencias de dimensiones poniéndole delante objetos iguales pero de tamaños diferentes. Le enseña a reconocer las formas geométricas mediante figuras, recortadas en la madera, que el chico debe colocar de nuevo en los huecos. Con enorme tesón, obtiene algunos resultados, pero se topa con la aparente imposibilidad de enseñar al niño a leer y escribir. Tras meses de esfuerzos, ha de rendirse a la evidencia: Victor no comprende el sistema simbólico de la escritura. Desanimado, renuncia a la empresa y devuelve el niño al instituto de sordomudos de París. Victor vivirá a partir de entonces en una casa anexa al

instituto, mantenido gracias a una pensión estatal y cuidado por madame Guerin, y morirá en 1828, a los cuarenta años aproximadamente.

Itard cree que ha fracasado. No sabe que de su espléndido fracaso nacerá una nueva pedagogía. Cuando Séguin empieza a trabajar para él, Itard ya es muy viejo, pero le da tiempo de transmitirle su herencia. Juntos cuidan de un niño oligofrénico, cuyos padres se lo han confiado a Itard. Séguin está impresionado por el anciano médico y se inspira en él y en su método experimental, en que paciencia y observación se combinan con una gran creatividad. A la muerte de Itard, continúa el trabajo con el niño y obtiene resultados extraordinarios, que llaman la atención de las autoridades.

Dejad que griten y hablarán

Así es como, en 1840, confían a Séguin la que probablemente sea la primera clase especial de la historia, un grupo de pequeños oligofrénicos sacados del manicomio de París: «Aquí estoy entre ellos. Unos agitan los brazos sin orden ni concierto, algunos gritan de forma desaforada y otros permanecen en el suelo en una aturdida inmovilidad. El primero al que me dirijo huye riendo groseramente, el segundo comienza a saludarme una y otra vez hasta que le sujeto el brazo con fuerza, el tercero me hace signos de la cruz y besamanos, el cuarto se tira al suelo».[54] Con gran entusiasmo, trabaja día y noche para intentar comunicarse con ellos. Ha decidido elaborar una educación completa, una cosa sistemática que comience por el adiestramiento de los sentidos para abarcar luego el desarrollo de ideas y conceptos abstractos. En primer lugar, enseña a los niños a estar quietos y en silencio, después, a moverse de forma coordinada. Con ese fin inventa muchos materiales: unos bloques para orientar los pies en los primeros pasos, una mesa inclinada para aprender a levantarse y sentarse, una serie de cuerdas y pelotas para educar el movimiento de los brazos. La clase se convierte así en una carrera de obstáculos donde los alumnos trabajan con los músculos y el cerebro: «Moverse entre tantas dificultades es pensar», repite.[55]

Una vez adquirido el control del cuerpo, pasa a las manualidades. Estimula las manos de sus alumnos con plumas, haciendo que las sumerjan en líquidos calientes y fríos, en bolsas llenas de conchas, guisantes, harina, canicas. A fin de que desarrollen mejor el tacto, venda los ojos de los niños, para que vean con las manos y no con los ojos, convencido de que la mano es el mejor ayudante del hombre, la mejor traductora del pensamiento. Con una maravillosa capacidad de invención, elabora un material completo que sirva para guiar a los niños desde el reconocimiento de los conceptos más simples a los más complejos. Les hace trabajar con piezas geométricas, varillas graduadas, torres de cubos, letras móviles superponibles. Cada vez repite incansable una lección en tres fases, lenta y solemnemente, como un rito con que ha aprendido a fijar la atención de sus pequeños alumnos. «En la primera fase decimos “pan”, y el alumno ha de mostrar el pan y el letrero del pan. En la segunda fase mostramos un pedazo de pan, y el alumno ha de decir “pan” y luego poner el letrero del pan sobre el pedazo de pan. En el tercer estadio mostramos la palabra “pan” y el niño ha de mostrarnos el pedazo de pan y decirnos el nombre.»[56]

En 1842 obtiene una plaza de profesor en Bicêtre. Los médicos de la institución le declaran la

guerra desde el primer día y muestran su hostilidad hacia ese joven que ni siquiera es un colega y que les desafía en su terreno, demostrando que los niños oligofrénicos, aquellos a quienes definen como «idiotas incurables», pueden curarse. Al cabo de unos pocos meses Séguin se enfrenta abiertamente con la dirección y lo expulsan, acusado de insubordinación y de «cosas vergonzosas» no especificadas, probablemente de abusos sexuales a los alumnos.

Séguin no se rinde y abre una escuela privada en Pigalle, donde continúa aplicando su método con los niños que las familias le confían. Ante todo trabaja en un libro, que en 1846 resume su trabajo. Cuando es consciente de que la clase médica francesa no quiere saber nada de él, emigra a Estados Unidos, donde pasará el resto de su vida; se licencia en Medicina y crea escuelas especiales en las que, con su visión optimista, cambia para siempre la educación de los niños oligofrénicos. Dejad que se muevan y trabajarán, parece decir; dejad que griten y hablarán.

Antes de morir, en 1880, publica un segundo libro donde propone que su método educativo se aplique también a los niños normales. En Francia, su nombre cae en el olvido. Solo muchos años después, un médico, Désiré-Magloire Bourneville, encuentra el material de Séguin en unos almacenes de Bicêtre y decide reanudar su trabajo, para compensar la injusticia de que fue víctima en vida el gran visionario. Gracias a los artículos de Bourneville, que se hallan en la biblioteca de la Clínica Psiquiátrica de Roma, el nombre de Séguin llega hasta Maria Montessori.

El hijo secreto

Mientras está ocupada investigando la obra de Séguin, Maria descubre que está embarazada. La maternidad la pilla por sorpresa. En esos años, en su ambiente, un embarazo fuera del matrimonio destruiría su carrera y su reputación. Maria, por lo general tan tajante en sus decisiones, se queda como paralizada. Al final es su madre quien toma las riendas de la situación y visita a los padres de Giuseppe Montesano, que muestran tanta preocupación como ella ante el riesgo de un escándalo. Las dos familias acuerdan ocultar el contratiempo. Con el pretexto de un viaje, Renilde envía a Maria a pasar los últimos meses de embarazo lejos de miradas indiscretas. El parto tiene lugar en su casa el 31 de marzo de 1898.

Una comadrona se encarga de registrar el hecho. En el acta de nacimiento afirma que el niño es hijo de padres desconocidos y le pone el nombre de Mario y un apellido inventado, Pipilli. El funcionario del ayuntamiento concluye así la anotación: «Habiendo solicitado la declarante que le deje a ella dicho niño prometiendo en presencia de los abajo nombrados testigos que se hará cargo de la crianza y custodia además de dar cuenta de ello a cualquier demanda de la autoridad, y no hallando nada en contra en dicha solicitud, he aceptado y he entregado a la solicitante el niño en cuestión».[57] El recién nacido es entregado luego a una nodriza, que vive con su marido y sus tres hijos en Vicovaro, a cuarenta y cinco kilómetros de Roma.

Renilde es quien se ocupa de todo, como cuenta una sobrina: «Creo que la madre había depositado todas sus ambiciones en la hija. Le decía: “Tú has hecho lo que ninguna mujer ha hecho en Italia: eres una científica, una doctora, lo eres todo, y ahora por un niño lo pierdes todo”».[58] En cualquier caso, el matrimonio reparador no entra en los planes de Maria, que tiene una pésima opinión de la institución. Años más tarde, una alumna suya recordará que no sabía cómo anunciarle que se había prometido: «No me atrevía a decírselo. ¡Imagínense! ¡Un matrimonio burgués!».[59]

En esa época, la condición de mujer casada no es compatible con un trabajo fuera de casa. Desde un punto de vista legal, todavía está vigente la institución jurídica de la autorización marital, por la que una mujer necesita el permiso de su marido para cualquier cosa. Una descendiente resume así los recuerdos transmitidos por la familia: «Maria tenía ante sí una elección imposible: o casarse con Montesano y, con ello, renunciar a su carrera —porque en

aquellos días una mujer casada no podía trabajar—, o bien renunciar a su hijo. No había alternativa. Incluso en la católica Italia había parejas que vivían juntas sin estar casadas, pero eran artistas, escritores, pintores, que llevaban una vida bohemia. Montessori era médica y científica. Si se hubiese sabido que tenía un hijo sin estar casada, habría sido el fin de su carrera. A los veintiocho años ya se había hecho un nombre, pese a las muchas dificultades, y era muy conocida en Italia, como médica que trabajaba en un hospital de Roma para niños retrasados, y como feminista. [...] Como quería seguir trabajando sin renunciar a su hijo, pero además sin casarse, Maria Montessori aceptó el plan de su madre».[60]

Si lo hubiese deseado mucho, tal vez habría podido compaginar el trabajo y la maternidad, pero el precio que hubiera tenido que pagar habría sido altísimo. Por supuesto, habría debido renunciar a la carrera en el hospital y, por tanto, al trabajo con los niños del manicomio. La única posibilidad de trabajar como médico habría sido el ejercicio libre de la profesión. Sabemos de otras mujeres que en esos años se encuentran en su misma situación. Por ejemplo, Anna Kulishova, que no oculta a la hija nacida de su unión con un compañero de lucha y que, durante toda la vida, incluso cuando encuentra la estabilidad emocional junto a Filippo Turati, rechaza el matrimonio. Debido al escándalo, se le niega un puesto en el hospital y se dedica a ejercer libremente la profesión, y así se convierte en médica de los pobres en los barrios obreros de Milán.

Pero Anna Kulishova es una militante socialista, una extranjera cuya sola presencia ya es motivo de escándalo, que fuma puros en público y predica la revolución, en una actitud de ruptura con las normas burguesas. Quien desea mantenerse dentro de la buena sociedad ha de ser más diplomático. La escritora y periodista Olga Lodi, compañera de batallas feministas de Maria, vive una situación similar unos años antes. Tras quedarse embarazada de un hombre casado, da a luz a escondidas un niño, que entrega a una nodriza. No obstante, recurriendo a una estratagema consigue rescatarlo cuando el pequeño tiene dos años: durante la epidemia de cólera que azota Nápoles en 1884, ayuda a atender a los enfermos y gracias a sus cuidados salva a un pequeño huérfano. Declara a la prensa que lo ha adoptado, luego lo entrega a escondidas a los familiares del niño y en su lugar se lleva a casa a su hijo natural. «No vamos a dar a la devolución la publicidad que se le dio a la adopción —escribe a su madre—. Arriesgando la vida, he conquistado el derecho a ser madre y ya no necesito a nadie.»[61]

Maria Montessori acepta la decisión de su madre y se separa del recién nacido. El vínculo entre ambas mujeres está por encima de todo: «Sentían verdadera adoración la una por la otra. Algo más grande que el amor que normalmente une a una madre y una hija», dirá el hijo ya adulto. [62] Nada sabemos de los pensamientos de Maria durante ese episodio dramático. Nunca habló de ello. Solo muchos años después, confesará que desde el día que nació el niño todas las noches pedía a Dios por él con una plegaria: «Señor, dame a mí todos los dolores y a él todas las

alegrías. Amén».[63] Debilitada por el parto y presionada por su madre, no sabe muy bien qué quiere. Siente todo el peso de la decisión de abandonar al niño recién nacido, pero también sabe que debe hacerlo si desea continuar su trabajo sobre el método Séguin, cuyo alcance revolucionario empieza a intuir. Además, sabe que un escándalo destrozaría el corazón de su madre, que lo ha apostado todo por ella y ha mantenido infinitas discusiones familiares para que pudiera estudiar y llegar a ser médica.

De modo que aprieta los dientes, confirma su visión severa de la vida —«la realidad está hecha de lucha, de dolor, de duro trabajo, y la vida solo está en todo esto»—[64] y sigue trabajando como médica, ocultando a todo el mundo su situación. En cuanto a su relación con Giuseppe Montesano, le impone desde el principio sus condiciones: cuidado del hijo de ambos a distancia y promesa de no casarse nunca. Él trata de complacerla y de tenerlo todo a la vez, como es propio de su carácter apacible. Su lema es «Buscar la armonía», recuerda un alumno.[65] Pero la familia lo presiona para que encuentre rápidamente una esposa y ponga fin a la relación con esa colega demasiado emancipada.

Un discurso de pionera

Seis meses después del parto, en septiembre de 1898, Maria Montessori hace su primera aparición en público, en el Congreso Pedagógico de Turín. La invitan para que explique la educación fisiológica de Séguin, del que ya es la mayor experta en Italia. Al cabo de dos días de la inauguración del congreso, un suceso ocupa las primeras páginas de los periódicos. Isabel de Austria es asesinada mientras se encuentra en Ginebra de incógnito. Iba a subir a un transbordador con su dama de compañía cuando un hombre se lanza sobre ella y le clava un estilete en el corazón. Se detiene al asesino, que resulta ser un italiano, Luigi Lucheni. A la policía que lo interroga sobre los motivos de su acto, responde: «Porque soy anarquista. Porque soy pobre. Porque amo a los obreros y deseo la muerte de los ricos».[66] Politizado tarde y de modo confuso, Lucheni se venga sobre todo de su infancia de niño maltratado, criado entre orfanatos espantosos y violentas familias de acogida.

En el congreso, Maria parte de ese hecho para defender la importancia de crear escuelas especiales destinadas a los niños oligofrénicos. Explica que al olvidar a los niños que tienen dificultades, abandonarlos en las calles o, peor, en los reformatorios o los manicomios, se sientan las bases para que un día se conviertan en adultos desadaptados y delincuentes. Cuenta que en Estados Unidos y en Inglaterra, donde las ideas de Séguin se han difundido desde hace tiempo, las instituciones para niños oligofrénicos generan trabajadores manuales que pueden ser útiles a la sociedad. Pide también a Italia que aplique el método Séguin y concluye su intervención con palabras que conmueven al público: «Nadie que se niegue a apoyar este programa tiene derecho a ser llamado hoy persona civilizada. No se trata de sentimientos o retórica, sino de sabiduría y ciencia».[67]

Es un discurso de pionera, pronunciado delante de tres mil educadores. Hasta aquel momento el problema de los niños oligofrénicos había sido estudiado por algunos médicos, pero pasado por alto por los pedagogos. Maria, en cambio, cada vez está más convencida de que se trata sobre todo de un problema educativo. Por eso quiere hablar con los enseñantes. La reacción que logra supera sus expectativas. Su propuesta, que consiste en pedir al Estado la creación de aulas especiales en las escuelas elementales y cursos de formación de docentes especializados, es la conclusión central del congreso, aprobada por unanimidad. El ministro de Educación al que se

presenta la conclusión es Guido Baccelli, el mismo que años antes, como decano de la facultad de Medicina, intentara convencer a Maria para que no se matriculara, y que se ha convertido entretanto en un gran admirador suyo.

También numerosas damas de la alta sociedad, compañeras en el compromiso feminista y filantrópico, la respaldan y apoyan. Muchas son esposas de políticos influyentes y, por tanto, valiosas para obtener apoyos en el Parlamento. La Roma de esos años es un mundo pequeño donde todos se conocen y es ahí donde Maria Montessori empieza su lucha para difundir las ideas de Séguin. El ministro Baccelli le pide que imparta unos cursos sobre la pedagogía especial en las Escuelas Normales de la capital. El día de la lección inaugural, el aula está de bote en bote. Toda la prensa habla de esa mujer médica «admirablemente segura de sí misma»,^[68] que ha decidido encabezar una cruzada en nombre de los niños.

Reúne a su alrededor a los políticos radicales, pero también a muchos religiosos. Cuando una cosa le interesa, busca todo tipo de apoyos, sin excluir a nadie por motivos políticos. «Sus maestros, los hombres que apoyan sus iniciativas, son (es cosa sabida) masones que defienden ideales humanitarios, pero es tan grande su prestigio que incluso la gente de Iglesia la apoya», escribe una testigo de la época.^[69] El ambiente en que se mueve es el de los políticos de la Izquierda Histórica y de la masonería y, a través de sus esposas, de los filántropos ilustrados de la buena sociedad. Al mismo tiempo se esfuerza por ganar también para la causa a los altos prelados del Vaticano. En una carta a Olga Lodi, escribe: «Queridísima amiga, ¿te gustaría asistir a una pequeña fiesta en mi escuela de los deficientes en el Corso? Invitados muy seleccionados: algunas damas, entre ellas la condesa Taverna, la princesa de Venosa, doña Giacinta Martini, la marquesa Nobili, Vitelleschi, etcétera. Tal vez el alcalde y el príncipe Borghese con sus respectivas esposas, tal vez Boselli: ciertamente (cosa que no te ocurrirá con mucha frecuencia) encontrarás a un cardenal, que viene a bendecir un pequeño oratorio para la educación religiosa de los niños».^[70]

A fin de difundir sus ideas, empieza a colaborar en una revista de pedagogía. Entre sus primeras colaboraciones destaca un artículo en el que habla de los niños rechazados por los colegios, que acaban deambulando por las calles y convirtiéndose en delincuentes. El artículo supone una acusación contra el gobierno, que cree que resuelve el problema de los niños con dificultades ocultándolo a la gente. Maria considera esta política doblemente inaceptable, por razones éticas y por razones científicas. Sabe que la ciencia permite ya intervenciones que hacen que la enfermedad mental deje de ser considerada una fatalidad. Sobre todo, no puede olvidar a los niños del manicomio de Roma, abandonados en sus jergones. Ahora que ha traído un hijo al mundo, el recuerdo de esa tragedia se le hace aún más insoportable.

Una mujer nueva

Aunque sabe que los tiempos de la política son muy largos, no está dispuesta a esperar. En enero de 1899 decide crear, junto con Giuseppe Montesano y otros colegas de la Clínica Psiquiátrica, una asociación para recaudar fondos y abrir escuelas especiales, con la idea de mostrar el camino al gobierno. El nombre elegido es Lega Nazionale per la Protezione dei Fanciulli Deficienti. Maria Montessori es portavoz y miembro del consejo directivo, y nombran presidente a Clodomiro Bonfigli, que había sido su profesor en la universidad.

Valiéndose de su fama, Maria emprende una larga gira de conferencias por las principales ciudades italianas con el objetivo de sensibilizar a la opinión pública y recaudar fondos. Invitada por el circuito feminista y las asociaciones culturales, conquista al público con sus discursos apasionados. Al acabar la jornada, reparte los formularios de solicitud de adhesión y recoge las cuotas de inscripción. Los ingresos procedentes de las entradas pagadas por el público también van a parar a la caja de la Lega. En la Italia de finales del siglo XIX, poco acostumbrada a que una mujer sea también una figura pública, Maria Montessori se convierte pronto en una celebridad. «La palabra fácil, rotunda y clara —como clara tiene la idea y el dominio de sí, y de su discurso— es consecuencia evidente de su dominio del tema que trata», se comenta en un periódico.^[71]

Al leer hoy aquellos discursos, advertimos su gran capacidad como oradora. En Milán pronuncia una conferencia sobre el tema de la «mujer nueva», en la que desmonta con ironía la idea, sostenida por importantes científicos de la época, de que el cerebro femenino está menos desarrollado que el masculino: «Es totalmente cierto que los hombres pierden la cabeza ante las mujeres».^[72] También ridiculiza la teoría de que las mujeres que estudian corren el riesgo de ser estériles, y lo hace explicando la anécdota de una científica extranjera que, en un congreso, tras escuchar esta afirmación, se levantó y exclamó: «Queridos amigos y colegas, os lo ruego, a ver quién rebate la existencia de mis nueve hijos». Declara que sueña con una maternidad por fin libre, en que las mujeres sean sujetos independientes y capaces de decidir: «La mujer del futuro se casará y tendrá hijos por elección libre, no porque le impongan el matrimonio y la maternidad». Mientras pronuncia estas palabras, piensa también en su situación. En la maternidad vivida como una vergüenza, en el hijo que se está criando en secreto para no provocar un escándalo. En la

doble moral, sobre todo. Es muy consciente de que, si se supiera la existencia del pequeño Mario, toda la reprobación caería sobre ella, no sobre Giuseppe.

Cada vez que en sus discursos públicos habla de la mujer nueva está hablando también un poco de ella misma, de su vida en una tierra de nadie, en el paso del mundo viejo, que sigue imponiendo sus reglas, al mundo nuevo, que todavía no existe: «Mientras tanto, lo que hoy vemos no es la mujer nueva, sino una mujer en transición. La mujer que sale del ámbito doméstico hoy entra en la sociedad sin preparación. Ha de dar muestras de una fuerza excepcional. Es una anomalía, no es aún la mujer nueva, sino la pionera que abre el camino. Ha perdido los derechos que le otorgaba su supuesta debilidad, pero todavía no ha conquistado su posición en la sociedad».[73] Su vehemencia entusiasma al público. Al acabar las conferencias, muchas mujeres se ponen en pie con lágrimas en los ojos y aplauden gritando: «¡Bravo! ¡Bravo!».

A los temas feministas añade los pedagógicos, explicando la educación especial creada por Séguin. Propone un enfoque nuevo para todos aquellos niños que la ciencia clasifica como deficientes y son excluidos del circuito escolar: empezar una educación especial desde los primeros años, rehabilitar al que puede ser salvado y aislar solo al que demuestre ser un caso extremo e incurable. Insiste en que todo eso no ha de ser obra de unas pocas almas caritativas, sino una obligación del Estado. Giuseppe Montesano sigue sus conferencias desde lejos: le escribe desde la sede de la Lega y le envía los fondos necesarios para los viajes. Le impresiona la capacidad de trabajo de Maria y escribe acerca de ello en los periódicos, destacando que los resultados de las conferencias, en cuanto a personas inscritas y fondos recaudados, superan todas las expectativas.

En cada una de las ciudades a las que viaja, Maria visita también los hospitales locales, las clínicas, los manicomios y los departamentos universitarios. La prensa la sigue con atención, a veces con alguna crítica. La acusa de ser ingenua, de tener mucha experiencia de la ciencia y poca de la vida. O bien, como siempre, la deja reducida a su aspecto: «La doctora Maria Montessori posee una simpática cabecita, en la que se agita un pensamiento elevado y sublime».[74] Cuando abandona Génova, la última ciudad de su ronda de conferencias, para regresar a casa, el compartimento del tren en que viaja está lleno de flores. En Roma la esperan el trabajo en la medicina privada, los experimentos con los niños del manicomio y las actividades de la Lega, pero también muchas otras cosas. Participa activamente en la creación de una asociación para defender los derechos de las maestras de primaria en zonas rurales, que viven solas y por eso a menudo se las acusa de inmoralidad y sufren ataques. Y además está su hijo, que ya tiene un año y crece alejado de ella. En cuanto puede, se sube a un carruaje y va a verlo a la granja de Vicovaro. Pero el tiempo que le dedica siempre es demasiado poco.

Un torrente de palabras

Su actividad como conferenciante la lleva también al extranjero. La primera etapa es Londres, donde acude en representación de Italia al Congreso Feminista Internacional, celebrado el verano de 1899. Es un gran acontecimiento. Quinientas conferencias, doscientos trabajos presentados, «un torrente de palabras»,^[75] escriben los periódicos, en un marco multicolor, donde «los saris indios y las anchas mangas chinas conviven con las faldas de lana y seda de las mujeres europeas».^[76] Maria pronuncia tres conferencias, que versan respectivamente sobre el feminismo italiano, en su opinión todavía no lo bastante desarrollado, la situación de las maestras de primaria en Italia, mal pagadas y menos consideradas aún, y el trabajo de los niños en las minas, para lo que pide una ley que prohíba contratarlos antes de los catorce años.

En el congreso representa el ala moderada del feminismo. Dada su formación, tiene una fe absoluta en el futuro. Está convencida de que el mundo nuevo se halla en marcha: «El progreso conduce a la invención de máquinas que suplan el trabajo de la mujer: máquinas de coser, máquinas de hacer la colada, etcétera. De modo que la mujer ha de aplicar sus energías a otra cosa. ¿Cómo las aplicará? Estudiando. En vez de hablar con el corazón, hablará con el cerebro; participará en las discusiones porque el mundo está ahora en el positivismo, y el positivismo solo se entiende con el cerebro».^[77] Por eso afirma que hay que animar a las alumnas a realizar estudios científicos, más allá de los prejuicios de la época: «Espero que todas las mujeres se enamoren de la razón científica, que no sofoca la voz del corazón, sino que explica sus razones y la apoya».^[78]

Su participación en el congreso es criticada por el ala socialista del feminismo italiano, que la acusa de ser la representante de un grupo de señoras de Roma y una protegida del ministro, porque su nombramiento como delegada es obra de Guido Baccelli y de la condesa Taverna, presidenta del Consiglio Nazionale delle Donne Italiane. Maria rebate las acusaciones con un artículo, en el que defiende al ministro y a sus protectoras romanas, que son nobles sí, reconoce, pero que trabajan en los ambulatorios para niños, en los sanatorios para tuberculosos, en los talleres artesanales para madres pobres.

Mientras se encuentra en Londres visita a todos los médicos expertos en educación especial en un intento de conseguir el segundo libro de Séguin, pero parece imposible hallar esa obra. Visita

asimismo muchas escuelas que aplican el método de su maestro francés. Tras su estancia londinense, Maria se dirige a París, donde quiere entrevistarse con Bourneville, el médico que lo ha redescubierto. En la capital francesa, por fin puede ver lo que queda del material original de Séguin. El valiosísimo conjunto de elementos inventados medio siglo antes se despliega ante sus ojos: los pequeños bastidores para ejercitar los dedos, para abrochar y desabrochar botones, cordones, cintas (que luego Maria hará más elegantes y variados), las bases de madera para insertar formas geométricas (que organizará en cajitas superpuestas), los bloques para encajar formas tridimensionales (en las que se inspirará para sus encajes de cilindros), las barras métricas (cuyo uso facilitará pintando las muescas), las columnas numéricas con cifras móviles (que todavía hoy, en el método Montessori, se llaman «tablas de Séguin»).

De regreso a Italia, trabaja de nuevo con gran ahínco en la Lega. Visita locales en alquiler a fin de abrir la primera clase especial. Contacta con artesanos para producir el material didáctico. Los archivos de la asociación contienen el registro de todos los gastos: traducción de los libros de Séguin, adquisición de un piano, delantales para los alumnos. La prensa italiana continúa siguiendo de cerca sus actividades. Maria representa un tipo de mujer nueva, entusiasta, comprometida en una misión, y a la gente le gusta muchísimo.

Un periodista que la entrevista al regresar de su estancia en el extranjero, la describe así, destacando como siempre sobre todo su belleza: «El rostro de un óvalo muy delicado, los cabellos de ébano espesos y ensortijados, los ojos de gacela, negros, profundos, escrutadores, una sonrisa perenne en los labios, símbolo del tesoro de afectos que encierra en el pecho, de la bondad que irradia, de la pureza del candor. No obstante, una voluntad indómita, casi diría que un espasmo de energía volitiva se percibía en ella: en el movimiento de los ojos, en las frases tajantes, en el gesto decidido se traslucía una naturaleza de acero, llena de sangre fría y dotada de tenacidad».[79]

Maria no se olvida de su actividad médica. En diciembre de 1899 gana un premio por su trabajo en los hospitales. Un mes más tarde, asiste a un curso de perfeccionamiento en sanidad pública, para ampliar sus competencias médicas a controles y pruebas policiales, y cuyo examen supera con la máxima puntuación.

Sin embargo, todas sus energías están orientadas a la cruzada de la educación especial. Trata de involucrar a la Opera Pia degli Asili de Roma, gestionada por la nobleza romana, que en esa época es una potencia en la ciudad, pues cuenta con nueve guarderías y dos salas de lactancia y hospitalización en los barrios populares de Testaccio y San Lorenzo. Escribe al presidente de dicha institución, solicitando permiso para abrir en sus parvularios clases especiales adonde llevar a los pequeños oligofrénicos del manicomio. Como tarda en recibir respuesta, insiste en hablar al menos en persona con los directivos, incluso acude al ministro Baccelli, pero al final tiene que rendirse: en los parvularios romanos no parece haber sitio para sus ideas.

La enseñanza de las cosas

En abril de 1900, inaugura con los otros miembros de la Lega la Scuola Magistrale Ortofrenica. Se trata de una institución única en Italia, pensada para formar enseñantes capaces de aplicar la educación especial. Maria es la directora, junto con Giuseppe Montesano, y la profesora de Higiene. Da las clases de manera gratuita, como todos sus colegas. Aunque hace cuatro años que ha terminado la carrera, todavía no tiene un sueldo y depende de la pensión de su padre. De momento no se preocupa, ya que está absorta en el esfuerzo de poner en práctica las ideas de Séguin. Además, sabe que sus padres la apoyan, siempre y haga lo que haga.

Los niños prisioneros del manicomio se han convertido en su obsesión. Cuando empieza el curso, lo primero que hace es llevar a sus alumnas a verlos. Muchas acaban la visita llorando. «Esto es por lo que trabajamos», explica Maria, recalcando bien las palabras en la puerta del edificio, antes de acompañarlas de nuevo a la clase. Las alumnas, que la siguen por la soleada calle que se extiende junto al Tíber, a duras penas consiguen mantener su paso.

Los cursos incluyen también ejercicios prácticos. Para ello la Lega crea el Istituto Medico-Pedagogico anexo a la Scuola Ortofrenica, donde acoger a un grupo piloto formado por cincuenta niños procedentes del manicomio. Con estos pequeños liberados por fin de su prisión Maria se convierte en educadora. Crea el material siguiendo las indicaciones de Séguin y repite cada ejercicio ideado por su maestro francés. Comprueba por sí misma que lo que escribe Séguin es cierto: después del trabajo, los niños están «acalorados, luminosos, cansados, pero no exhaustos».[80] Procede por intentos y, sobre todo, por observación directa. Cada vez que un niño se bloquea en un punto, ella se detiene con él, para analizar qué no funciona en el material, en el que introduce pequeñas innovaciones. Gracias a Séguin, que le ha enseñado a adaptar la pedagogía al alumno, no trabaja como lo hacen en general los pedagogos, que parten de esquemas filosóficos o, peor, ideológicos. Cuando está en clase con sus pequeños oligofrénicos, se considera una científica en un laboratorio.

Para comprender a fondo el libro de Séguin, transcribe a mano sus seiscientas páginas. Reflexiona sobre cada frase, centrándose en los principios del pensamiento del maestro, que luego confluirán con el suyo. El respeto a la individualidad de cada alumno: «Hay tantos comienzos como niños».[81] La necesidad de que el adulto guarde silencio para dejar trabajar al niño: «La

enseñanza de las cosas se presentará por sí sola».[82] La importancia del amor en todas las actividades educativas: «Hacer que el niño se sienta amado y animarlo a amar a su vez es el objetivo de nuestra enseñanza, igual que ha sido su comienzo».[83] La paciencia para respetar sus tiempos de aprendizaje: «La lentitud de este procedimiento es inevitable. Como las semillas, las ideas crecen lentamente, y cuanto más lentamente crezcan, más durará y se extenderá lejos su fruto».[84] La sugerencia de Séguin de que los maestros deben comportarse como actores evoca en Maria recuerdos antiguos, de cuando quería hacerse actriz: «Querría que fuesen hermosos, con voz fascinante, y que cuidaran de sí mismos con toda solicitud, para llegar a ser muy atractivos. Deberían ensayar sus gestos y la modulación de su voz con el mismo cuidado con que los grandes artistas dramáticos se preparan para salir a escena».[85]

Después de mucho buscar, encuentra por fin el segundo libro de Séguin en la biblioteca privada de un médico estadounidense, y pide que se lo envíen a Roma. El libro llega en tan malas condiciones que su padre insiste en que lo desinfecten antes de usarlo. Maria no sabe inglés y ha de pedir ayuda a una alumna: «Una o dos veces por semana, a primera hora de la tarde, le llevaba unas páginas traducidas, las leíamos y comentábamos —cuenta la joven—. Nos sentábamos juntas delante del escritorio donde se amontonaban papeles y libros, gráficos y fichas: la puerta del estudio debía estar siempre abierta, porque en el antiguo comedor una monumental matrona, su madre, leía, fumaba, o la contemplaba, esperando pacientemente a que su Maria (una vez me hubiera marchado yo por la noche) se retirara por fin a descansar».[86] Renilde vigila de cerca a su hija. Sabe muy bien que un malestar imprevisto y misterioso puede obligarla a guardar cama durante varios días. Es la única que está al corriente de que esa mujer famosa en toda Italia, en apariencia triunfadora, oculta la herida de un hijo secreto y a menudo se halla al borde de la crisis nerviosa.

Maria publica sus clases en fascículos, en los que explica que está trabajando en un proceso educativo que va de la educación muscular a la nerviosa, intelectual y, por último, moral. Como Séguin antes que ella, empieza a preconizar que toda la educación, incluso la de los niños normales, ha de replantearse sobre bases nuevas. Las críticas comienzan ya en estos primeros años. Un colega mayor que ella, Sante De Sanctis, que también trabaja intensamente en la educación de los niños oligofrénicos, considera que Maria se apropia con excesiva libertad del material de Séguin, y no duda en decirlo en público. En una larga respuesta, Maria trata de explicarse y de justificarse: «Su mordaz e impulsiva carta me ha causado un gran disgusto, pero todo lo que parece tan grave espero que desaparecerá con explicaciones mutuas. Ahora estoy demasiado cansada para responder de modo exhaustivo a todas las palabras que me dirige, a todas las acusaciones que me lanza. [...] Cuando usted piense que no estoy solo interesada en la propiedad de mi método (que no se trata de una cuestión moral individual), espero que todo le

resulte más claro [...]. Usted no conoce mi situación y por eso mis manifestaciones le sorprenden e indignan».[87]

El 31 de agosto de 1900 Maria cumple treinta años. Como regalo de cumpleaños su padre le entrega un grueso volumen encuadernado que lleva grabado el título *Memorie* y en el que ha reunido todos los artículos que hablan de ella, desde la época de la universidad. En la primera página ha escrito: «Querida hija: En estos últimos años se han acumulado en nuestra casa gran cantidad de periódicos, enviados por algunas amigas tuyas y admiradores. Esos diarios contenían recuerdos tan queridos para ti como para mí, ya que demostraban la explicación no común de tu ingenio y de tu actividad. Pero en el desorden en que estaban habría sido casi inútil conservarlos. Entonces pensé en reunir estos recuerdos en un “Volumen” ahora completado, y con ocasión de tu trigésimo cumpleaños te lo regalo, con la ilusión de que sea de tu agrado. Tu padre».[88] Empieza el nuevo siglo. La vida de Maria está a punto de dar un nuevo y dramático giro.

Una docente distinta

Todo el trabajo que Maria realiza para la Lega es voluntario, pero esa situación ya no puede prolongarse; necesita procurarse una posición profesional más sólida. En esos años hacer carrera académica en la universidad es casi imposible para una mujer, y Maria lo sabe, de modo que empieza a recurrir a sus conocidos para obtener una cátedra en la Scuola di Magistero, que es una vía intermedia entre escuela superior y universidad. Giacinta Marescotti Martini, compañera de luchas feministas y esposa de un político influyente, escribe al ministro Baccelli, insistiendo en la urgencia de la situación: su protegida vive de la pensión del padre y necesita un sueldo. Un par de meses más tarde, también Clodomiro Bonfigli se dirige al ministro para apoyar la candidatura.

La propia Maria escribe una carta al director de Magisterio, en la que explica por qué se considera la candidata adecuada, gracias a su experiencia con los niños de la Scuola Ortofrenica. La junta directiva rechaza su propuesta alegando que no reúne suficientes méritos. Es posible que no les agrade la candidatura porque viene respaldada desde arriba, pero también porque a Maria se la conoce como representante de la cultura progresista. La Scuola di Magistero es conservadora y un poco mojigata —«plácido destino final de profesores vejetes que se habían hecho merecedores de un descanso honroso», como la define una alumna de la época—,[89] que pide a sus alumnas un certificado de moralidad y que a la hora de elegir profesores tiene en cuenta, como establece el reglamento, también la educación y el carácter moral. Con su imagen de feminista militante y de librepensadora, Maria no da el perfil exigido. Además, empieza a hablarse de la existencia de un hijo nacido fuera del matrimonio, que estaría criándose en el campo, lejos de ojos indiscretos. Al final interviene el ministro y en enero de 1900 consigue que le asignen la cátedra de Higiene y Antropología.

Su llegada a Magisterio es un soplo de aire fresco. Esa mujer famosa, que participa en los congresos feministas, que trabaja en los ambulatorios para pobres, que se niega a casarse y dice siempre lo que piensa, entusiasma a las alumnas. Es una profesora distinta a las demás. Da las clases de una manera nueva, uniendo antropología, ciencia y pedagogía. Organiza visitas a los baños, a las oficinas de desinfección y, sobre todo, al pabellón de los niños oligofrénicos del manicomio, su obsesión. Sus clases se esperan como un acontecimiento. «Llega siempre sola — escribe una alumna—. Camina con elegancia, con pasos lentos y absortos. Mientras las

intelectuales, las feministas hacen gala de cierto descuido masculino en el vestir, Maria adorna sus delicadas formas con gracia femenina, a menudo con un ondear de velos.»[90]

Puesto que las alumnas serán maestras, Maria insiste en llevarlas a los colegios, venciendo la resistencia inicial de muchos directores, que no quieren extraños en las aulas. Durante las visitas les muestra todo aquello que en su opinión no funciona: el silencio forzado, la inmovilidad de los niños, «mariposas clavadas con alfileres, atados a sus sitios».[91] Explica que hay que cambiar todo el sistema, porque se basa en premisas erróneas. La idea misma de que al niño hay que enseñarle algo debe ser combatida. «En las clases hay un maestro mediador que traslada los conocimientos a las cabezas de los alumnos —escribirá años más tarde—. Para conseguir su propósito, se necesita la disciplina de la inmovilidad, de la atención forzada de los escolares; y al maestro le conviene poder distribuir con generosidad premios y castigos, para obligar a mantener esa actitud a quienes están condenados a ser sus oyentes.»[92]

En sus clases resuenan, con fuerza aún, los ecos de su compromiso como voluntaria con los parias de la sociedad. Invita a sus alumnas a no juzgar a los niños por las apariencias. «La belleza misma del cuerpo es un privilegio de clase —advierte, mirándolas una por una—. En el colegio, el niño pobre también es un paria. Menos guapo y noble, no atrae la simpatía que el maestro concede fácilmente a la gracia amable de los niños felices. Menos inteligente y careciendo de la ayuda de padres, que tal vez sean analfabetos, no obtiene esos estímulos que la alabanza y las altas calificaciones tanto prodigan a los niños fuertes, que no necesitarían ser estimulados. De modo que los oprimidos por la sociedad también son los oprimidos de la institución escolar.»[93]

Paralelamente, prosigue su trabajo con los niños oligofrénicos en la Scuola Ortofrenica. En el verano de 1900, al acabar el año escolar, organiza una demostración delante del ministro Baccelli y otras personalidades. Pronuncia un discurso y responde a las preguntas de los asistentes; luego deja que los alumnos muestren lo que han aprendido. Son unos resultados extraordinarios, que los colocan al mismo nivel que los niños normales. Algunos superan el examen en las escuelas públicas, lo que provoca estupor y sorpresa. Maria, por su parte, se plantea: «Mientras todos admiraban los progresos de mis pequeños idiotas, yo buscaba las razones por las que los niños sanos de las escuelas normales tenían un nivel tan bajo que ¡podían ser igualados en los test de inteligencia por mis desgraciados alumnos!».[94]

Le gustaría realizar una reforma de la escuela normal, ir de prisa, revolucionar el sistema educativo en su conjunto, pero muy pocos quieren escuchar ideas tan radicales. Todos ponen reparos con mil cuestiones y retrasos. «Estoy desesperada, es inútil, son sordos, sordos, sordos. Me toman por una exaltada. Todavía no ha llegado el momento, me dan ganas de llorar. ¿Qué puedo hacer?», se desahoga en una carta escrita a Giuseppe Montesano.[95] Él le responde con esa serenidad que le hace tan querido: «Tienes que tomar nota de lo posible, venciendo la oposición, hacer, hacer, las semillas siempre dan fruto». Es uno de los pocos, junto con Renilde,

capaz de enfrentarse a su carácter autoritario y de conseguir que razone. Maria no sabe que él está a punto de romper su pacto secreto y de colocarla en una situación imposible.

Un dolor más fuerte que perder al hombre amado

«Lo que ocurrió en realidad siempre ha sido un poco misterioso —explica una descendiente de Maria—. Probablemente Giuseppe Montesano aceptó el acuerdo de no casarse y de criar al niño a distancia con la esperanza de que ella accedería luego a casarse con él. Cuando eso no ocurrió, su relación empezó a resentirse.»^[96] La tensión fue asimismo en aumento por las presiones de la familia de él, que insiste en que se busque a una mujer decente. También en el trabajo aparecen signos de esa crisis. En agosto de 1901, Maria ha de presentar la ponencia central en el Congreso Pedagógico Nacional de Nápoles, pero su presencia no se confirma hasta el último momento, y se designa a Giuseppe Montesano como su posible sustituto. Al final ambos participan. En octubre, el que expondrá los diarios de las maestras de la clase de prácticas de Maria en un congreso celebrado en Ancona será en cambio Giuseppe, porque entretanto ella ha dimitido de todos los cargos en la Lega y en la Scuola Ortofrenica.

Todo se precipita en pocas semanas. El 29 de septiembre de 1901, Giuseppe reconoce legalmente a su hijo, por medio de un abogado que acude a la oficina del registro, aunque el niño seguirá al cuidado de los granjeros de Vicovaro. Unos días más tarde, el 6 de octubre, se casa con una joven llamada Maria Aprile. «Profundamente herida por la traición de Giuseppe Montesano y temerosa de que su secreto fuese divulgado, Maria Montessori corta toda relación. Renunció al trabajo psiquiátrico y a las otras actividades en las que colaboraba con él», cuenta una descendiente.^[97] Los pocos recuerdos de las personas más cercanas hablan de un momento terrible, en que Maria permanece durante días tendida en el suelo llorando. Nunca más hablará de Giuseppe, pero una alumna recuerda una confidencia que escuchó unos años después: «“Hay un dolor más fuerte que perder al hombre amado”, me decía, “y es tener que convencerse de que no es la persona que creíamos. Tener que despreciarle es atroz.” La mirada se le endurecía, tenía el rostro contraído de quien se traga una pena. Cambiaba inmediatamente de tema».^[98]

Envía una carta de dimisión a la Lega y no vuelve a poner los pies en la Scuola Ortofrenica fundada con Giuseppe. Le resulta imposible seguir trabajando a su lado. Como hace siempre en la vida, toma la decisión impulsivamente, quemando las naves. Esta forma de actuar —«la capacidad de abandonar de repente las cosas a las que parecía más unida, por las que había realizado

sacrificios hasta heroicos»—,[99] es típico de su carácter. No conocemos detalles de su ruptura sentimental, pero teniendo en cuenta el carácter de los dos amantes —«Montessori, muy graciosa, guapa, inteligente, prepotente: ¡todo un carácter! Montesano, bueno, delicado»—[100] es fácil imaginar que fue Maria quien no quiso verlo más. «En una criatura tan fuertemente armada para la vida, amor y odio debían ser tremendos», comenta una alumna.[101] Giuseppe Montesano le escribe una larga carta en la que le pide que reconsidere lo que ha decidido y que no tire por la borda todo el trabajo que habían hecho juntos.

Con esta decisión, Maria Montessori pierde cuanto ha hecho por la educación especial, la misión por la que ha abandonado a su hijo al nacer y ha luchado tanto tiempo, contra todo y contra todos. También es un motivo de ruptura el hecho de que, a pesar de su esfuerzo, la Lega no ha dado los resultados esperados. Las reticencias locales, sobre todo en las grandes ciudades del norte, han impedido que se convirtiese en un auténtico centro de coordinación nacional. Tampoco el Istituto Medico-Pedagogico ha conseguido despegar. Los parvularios-escuela para niños oligofrénicos creados por Sante De Sanctis —el colega que la criticó por la cuestión del material de Séguin— han tenido mucho más éxito; el que abrió en la via Rubattino es ahora un modelo en la ciudad. Maria percibe que el experimento iniciado con la Lega no está funcionando como ella esperaba. La intuición, inspirada en Séguin, de que la educación fisiológica puede aplicarse a todos los niños, y no solo a los oligofrénicos, es un pensamiento que nunca la abandona. Si realmente quiere cambiar las cosas debe dedicarse a eso.

A partir de ese momento, los caminos de los dos amantes se separan. Maria Montessori empieza una larga travesía del desierto, a cuyo término se centrará en su misión, que la llevará a recorrer el mundo como teórica de una nueva visión del niño. Giuseppe Montesano se queda trabajando con los pequeños oligofrénicos y desarrolla toda su carrera en Roma, entre el manicomio y la Scuola Ortofrenica. Morirá el 9 de agosto de 1961, tras una vida dedicada al primer trabajo creado con ella y sin haberla olvidado jamás. Un alumno que lo conoció cuando ya era muy viejo, no tiene dudas: «Cuando Montesano hablaba de Montessori, todavía le dolía».[102]

SEGUNDA PARTE

El descubrimiento de una misión (1901-1907)

No tengo una gran percepción del trabajo externo, de lo que tengo plena conciencia es de sus orígenes, del trabajo espiritual oculto del que ha derivado, de la comunicación con Dios.[\[1\]](#)

Una gran fe

En 1901 Maria Montessori ha interrumpido todos los vínculos con el pasado y parece inmersa en un profundo silencio. Es un momento de gran crisis. «Despedidas repentinas, huidas imprevistas, cambios instantáneos, auténticas rupturas totales, destrucciones fatales que nadie ni nada podía remediar», escribe en un cuaderno.[2] Desde el punto de vista profesional, ha perdido todo el trabajo hecho con la Lega. En el ámbito privado, el reconocimiento de su hijo por parte de Giuseppe le ha quitado la posibilidad de ver al niño, sobre el que no tiene ningún derecho legal. De vez en cuando acude a Vicovaro para verlo de lejos. Para el pequeño Mario es una aparición misteriosa, una «bellísima señora», [3] que llega en un carruaje y se queda sentada contemplándolo en silencio, mientras él juega en la era con sus hermanos de leche. No se acerca, no lo coge en brazos. De vez en cuando deja un juguete para él, o un dulce. Cuando regresa a Roma, después de cada visita, Maria se mete en la cama, con las persianas de la habitación bajadas.

Es esta «estremecedora experiencia del dolor» [4] lo que la empuja a buscar consuelo cada vez más en la religión. La fe católica, que hasta ese momento simplemente había sido parte de su cultura, se convierte en un refugio y en una manera nueva de ver la vida, algo que lo explica e ilumina todo, incluso el sufrimiento. Comienza a asistir a retiros espirituales. Visita sobre todo a las Siervas del Sagrado Corazón, una congregación religiosa femenina fundada unos decenios antes por dos monjas españolas para unir la dimensión contemplativa con el compromiso en la instrucción de las chicas pobres. Solicita que la acepten como novicia. La madre María del Patrocinio, de nombre real Carmona Díaz, superiora de la casa romana de la congregación, al penetrar en el alma de esa insólita postulante parece ver más allá, y la invita a dedicarse a su misión de científica de la educación, lo cual equivale a una vocación y puede vivirse como tal. «Ese método es la obra que el Señor quiere de usted», [5] le dice, animándola a no dejar de trabajar.

Volver a empezar desde el principio no es fácil. Ese período de fervor religioso le sirve también para eso, para contener el dolor y hacer acopio de fuerzas. Durante mucho tiempo, lleva «una vida de absoluto recogimiento», [6] como apartada de todo y de todos. Se convence de que Dios quiere algo de ella. Se aferra a la idea de que el dolor por la pérdida de su hijo es parte de un designio misterioso. Sobre esa estrecha cresta —la de unir la intuición pedagógica y la religión

católica— caminará durante años, ocultando su fe a los partidarios laicos y anticlericales. Desde fuera, apenas se ve nada. Lo que todo el mundo admirará siempre en ella es su tenacidad casi metafísica, su capacidad de hacer frente a todas las dificultades y de perseverar en una especie de íntima convicción: «Me animaba una gran fe —recordará años después—; aunque no sabía si alguna vez podría comprobar la verdad de mi idea, abandoné cualquier otra ocupación para profundizar en ella, como si me preparara para una misión desconocida».[7]

Muy pronto, llevada por su carácter decidido, deja de imaginarse como postulante en una orden religiosa y se ve más bien como fundadora de una congregación toda suya, constituida por maestras que trabajen en el mundo sin ningún signo externo, a fin de poder desenvolverse en cualquier ambiente. A lo largo de los años, intentará varias veces presentar su proyecto al Papa, por medio de sacerdotes y monjas con quienes tiene amistad, pero su pasado de militante y de científica jugará siempre en su contra. Una vez más, como ya ocurrió con el noviazgo anulado cuando era una muchacha, y con el matrimonio reparador rechazado tras descubrir que estaba embarazada, será bueno para su historia, que de este modo puede continuar.

Regreso a la universidad

En esos primeros tiempos de aislamiento y silencio, Maria Montessori intenta proponerse nuevos objetivos. En septiembre de 1902 presenta una solicitud para obtener la habilitación universitaria en Antropología, con la idea de impartir un curso en que se aplique la antropología a la educación, fundando una pedagogía que sea realmente científica. En el centro de todo, un concepto revolucionario —la clase como laboratorio de observación— tomado de Giuseppe Sergi, que fue profesor suyo en la universidad y ejerce mucha influencia en la escuela antropológica romana. Sergi es un garibaldino y un científico positivista, miembro de la sociedad *Libero Pensiero* y furibundo anticlerical. En definitiva, la persona lo más alejada que pueda imaginarse de la fe católica de Maria. Pero no conoce ese lado oculto de su alumna y la apoya de buen grado.

Debido a una serie de malentendidos, retrasos y renunciaciones, la formación de la comisión que ha de examinar su candidatura se demora una y otra vez. Maria aguarda, en silencio. Solo de vez en cuando se desahoga en una carta a una amiga: «¡Qué amarga y fría es mi soledad!». [8] Mientras espera la convocatoria, que tarda más de un año, no soporta estar sin hacer nada.

El 4 de enero de 1903 empieza las prácticas para matricularse en Letras y Filosofía. Solicita que la admitan en el tercer año y que se la exima de los exámenes literarios, en reconocimiento a sus méritos científicos. Para ello se vale de su notoriedad y del apoyo del ministro de Educación, pero la facultad rechaza su petición, alegando que no tiene el diploma del liceo, necesario para esos estudios. «Hoy uno me decía que no me consideraba lo bastante culta para admitirme en el examen, mañana otro ponía como excusa que como mujer ya sabía demasiado y que me conformase», escribe Maria a una amiga. [9] «Una mujer..., ¿a quién le importa? Hoy se le da, mañana se le quita; hoy se le promete, mañana se falta a la palabra, pide justicia y se le ríen en la cara.» [10] Al final será una vez más el ministro Baccelli quien impondrá que la admitan en el tercer año.

Volver a sentarse en los bancos de la universidad no es fácil para Maria, que tiene ya más de treinta años. De nuevo es estudiante allí donde muchos de sus antiguos compañeros de estudios son ahora profesores, y siente «la vergüenza que debe sentir un rico caído en la miseria». [11] Le sirve de consuelo conocer a profesores extraordinarios, como Antonio Labriola, filósofo marxista

famoso por sus clases caóticas, y Luigi Credaro, político radical y gran reformador de la enseñanza, cuyos cursos de pedagogía están concurridísimos.

De vez en cuando le llegan noticias de la Scuola Ortofrenica, que son como puñaladas: «He oído hablar en la universidad de la inauguración de los nuevos locales de la Scuola Magistrale Ortofrenica, las chicas hablaban de refrescos, de poesía, de fiesta. He comprado el periódico y he visto la noticia que le remito. También usted leerá el triunfo de mis enemigos. A ellos, todo les sonríe: la juventud alegre y las autoridades benefactoras, que conceden nuevos locales, sumas de dinero y protección. De mí, ¿quién se acuerda ya?».[12] Se ha enterado de que, para sustituirla como directora de la escuela, Giuseppe Montesano ha llamado a su cuñada, Maria Levi della Vida. La idea de que otra gestione su trabajo la llena de amargura: «En esa escuela está prohibido pronunciar mi nombre, el nombre de un enemigo. En esa escuela han destruido todo lo que podía recordar a mí, incluso han destrozado o quemado los instrumentos que hice fabricar para la educación de los niños, con tanto entusiasmo amoroso, para que no se diga que alguna cosa mía puede todavía ser útil».

Gracias a una recomendación de Giuseppe Sergi, ofrecen a Maria impartir unos cursos en una nueva escuela de vanguardia, fundada por el médico Ugo Pizzoli en Crevalcore, cerca de Bolonia, para formar a los maestros de primaria. En dicha escuela da clases dos veranos, en 1903 y 1904, y ofrece un curso de antropología basado en el estudio y las medidas del cuerpo de los niños. En el laboratorio, tiene a su disposición todos los inventos de la antropología aplicados a la pedagogía. Ante tanto instrumental complicado y poco manejable, siente una tremenda nostalgia del material de Séguin. Simple e inmediato, porque está pensado para los niños oligofrénicos, caracterizado por una esencialidad profunda, que es casi una forma de pureza filosófica, ese material sigue atrayéndola, como un tesoro perdido.

Partidaria del amor libre

Sus clases en la escuela de verano de Crevalcore tienen mucho éxito. En el informe enviado al Ministerio de Educación, Ugo Pizzoli escribe que la doctora Montessori ha sabido enriquecer sus clases de antropología con muchas intervenciones sobre problemas sociales y de actualidad. Explica que ha hablado también de la cuestión femenina, haciendo hincapié en que la liberación de la mujer forma parte del triunfo del socialismo. Este tema suscita gran interés entre los asistentes, en su mayoría maestras, y al acabar el curso le piden a Maria que trate de nuevo la cuestión en una serie de conferencias. En las crónicas que se conservan en los archivos aparece una nota escrita a mano que reza: «Montessori se mostró partidaria del amor libre».[13]

En aquellos años, Maria es todo eso: una simpatizante socialista y una mujer que teoriza sobre la liberación de la cárcel del matrimonio. Al mismo tiempo, y en privado, es una católica ferviente, que ha decidido dedicarse a la educación como otros ingresan en una orden religiosa, y que abraza el sueño de crear una congregación laica de maestras devotas. Mientras está en Crevalcore, intenta visitar al arzobispo de Bolonia, conocido por sus posiciones liberales. No lo consigue, pero de la carta que él le envía disculpándose por no haber podido recibirla se deduce que le ha presentado el proyecto de una «naciente sociedad», [14] pidiéndole el apoyo del Vaticano. En una misiva que el prelado le escribe dos años más tarde, se sigue hablando de la idea: «El proyecto que me expone es complejo, pero magnífico. Si estuviese en Roma, de buena gana la ayudaría en ese santo objetivo de caridad generosa y benéfica al que usted pretende consagrarse, pero entiendo que desde lejos no puedo hacer otra cosa que contribuir con mis oraciones».[15]

Al acabar los cursos de Crevalcore, Maria está agotada. «Me cansé y sufrí demasiado, perdí la noción del tiempo y de las cosas, me arruiné la salud —escribe a una amiga. Y añade—: Me oprimía el trabajo y también las penas.»[16] Aunque han pasado tres años, la ruptura con su amante es aún una herida abierta, y el dolor de no poder ver a su hijo, un tormento insuperable. Escribe a su amiga: «Vivo (¿vivo?...) solitaria y sin relacionarme con conocidos, sin la más simple conversación, entregada al trabajo del que he querido hacerme un poco víctima». Sola en el plano personal, aislada en la actividad profesional, no sabe qué hacer de su futuro. Asiste a las clases en la universidad, espera la convocatoria de la comisión para la habilitación en

Antropología y se aferra a las intuiciones a las que ha llegado gracias a Séguin. Todo es posible e imposible al mismo tiempo. Maria permanece inmóvil, inmersa en el estudio y en una especie de esencialidad muy semejante a la meditación: «Solo busco en mí y de mí la fuerza para reanudar el trabajo y superar la desesperación».[17]

Hechicera, bruja, captadora de jóvenes

Tras casi un año de espera, se le comunica que se ha creado la comisión para estudiar su candidatura como profesora de Antropología. En realidad, los retrasos le han sido útiles, porque le ha dado tiempo a prepararse. Se ha hecho socia honoraria de la Società di Antropologia, ha realizado investigaciones en el Istituto Romano di Antropologia, dirigido por Giuseppe Sergi, y ha publicado dos artículos de antropología aplicada a los colegios, resultado de haber estudiado a centenares de alumnos y entrevistado a sus profesores. Como siempre, destaca por su originalidad y su lenguaje sencillo. En el primer artículo aborda un tema nuevo, el de la influencia de los elementos ambientales en la inteligencia, subrayando un principio —la epigenética— que no aparecerá en la ciencia hasta muchos decenios más tarde. En el segundo, critica la institución escolar que, en vez de ayudar a los alumnos más desfavorecidos en el plano social, impulsa su exclusión. Personalmente, sueña con una nueva antropología aliada de la pedagogía que no se limite a medir el cuerpo de los alumnos, y en cierto modo a ratificar las desigualdades intelectuales y sociales, sino que trabaje para eliminarlas.

Cuando la comisión le encarga una investigación sobre los rasgos físicos de las aldeanas del Lacio, Maria se pone a ello de inmediato. Pide ayuda al personal del hospital San Giovanni, donde hizo sus primeras prácticas como médica. Recoger datos no es tarea fácil. A menudo las monjas tienen que sofocar auténticas revueltas cuando algún paciente se niega a que lo midan. Las hermanas de María Auxiliadora le abren las puertas del Ricreatorio femenino del Trastevere, donde los domingos se reúnen las trabajadoras. Maria siempre acude con una ayudante, una joven alumna, Elisabetta Ballerini, de carácter dulce, salud delicada y una católica fervorosa. La llama Bettina y la ama tiernamente, como si fuese una hija.

Siempre la acompaña, incluso cuando va al campo romano. Las mujeres de la Ciociaria, guapísimas, que desde siempre posan para los artistas, se asustan menos ante sus mediciones, pero en cuanto Maria pone la máquina fotográfica sobre el trípode, huyen alegando que la fotografía «viaja por todo el mundo».[18] En cada etapa Maria descarga del carruaje una cajita llena de instrumentos: pelvómetro, doble escuadra de Bertillon, compás de Martin, plomada, lápiz, cuaderno, cinta milimetrada, taburete, tablas de Broca y cámara fotográfica. Mide pómulos, pechos, pies, manos, cuellos, narices y orejas. Compara el color de la piel y de los ojos. Le

impresionan sobre todo los cabellos. A muchas lugareñas, cuando se las sueltan, las largas trenzas les llegan hasta los pies, como en los cuentos de hadas.

Para realizar su trabajo, llega hasta el Agro Romano, donde ya había trabajado como voluntaria y, por tanto, conoce las condiciones en que viven esas gentes. También sabe que suscitará desconfianza y hostilidad: «Mi pregunta incomprensible las asombraba: si era médica, ¿por qué buscaba a las mujeres bellas, jóvenes y sanas? No. Hechicera, bruja, captadora de jóvenes para los prostíbulos, espía de las cárceles, fabricante de tarjetas postales: muchas veces eso era yo a sus ojos, ofuscados por el prejuicio de la ignorancia. Y, como tal, enemiga y explotadora, me trataban con una hostilidad a menudo brutal. Cuántas veces tuve que dejar a medias la medición de una mujer porque aparecía un hombre torvo que me interrogaba de forma amenazadora, y si no conseguía justificar lo suficiente mi trabajo, me echaban de allí entre insultos».

En junio de 1904, se la convoca para presentar el trabajo de investigación, por el que obtiene una calificación de cuarenta sobre cincuenta. Luego saca dos temas para las clases que debe dar en público, y elige craniología y craneometría comparada. Una vez superado el examen, se la declara idónea y puede empezar a enseñar Antropología como profesora contratada en la facultad de Ciencias, la misma donde comenzó sus estudios universitarios. El día de la lección inaugural, las compañeras feministas le envían un enorme ramo de flores blancas. Maria Montessori ha conseguido entrar en el bastión masculino de la universidad, aunque como profesora contratada, es decir, pagada por las alumnas del curso y no por la facultad. Desde fuera, parece una mujer triunfadora. Muy pocas personas conocen la verdad de su vida marcada por la tragedia del hijo perdido.

Quien posee el amor es un dios

En 1905, a los siete años, Mario es enviado por su padre a un colegio en Castiglion Fiorentino, cerca de Arezzo. Ahora está realmente lejos, y Maria no tiene ninguna posibilidad de verlo. Solo puede obtener información de vez en cuando a través de los pocos que conocen su secreto. Un sacerdote con contactos en Vicovaro se informa en la familia de la nodriza, que recibe con regularidad cartas del niño. Un amigo que tiene a un hijo en el mismo colegio pregunta a menudo cómo está el pequeño Montesano. Las noticias siempre son buenas. El niño está sano, estudia mucho y se hace querer. En las cartas a su padre pide sin cesar noticias sobre la madre desconocida. Giuseppe Montesano le responde siempre que es una mujer muy famosa y muy atareada, y que un día aparecerá.

En el otro extremo de esta cuerda floja, Maria, concentrada y severa, no vive más que para el estudio. «Era como si todas mis comunicaciones con los otros humanos estuvieran suspendidas, aunque fueran las personas más cercanas de la familia, las más queridas», escribirá refiriéndose a ese período.^[19] Cuando no estudia, reza. Asiste a retiros espirituales cerca de Bolonia, con los jesuitas, y en las colinas romanas, en un convento de monjas franciscanas. El dolor la ha sometido a una dura prueba, pero no la ha destruido. Cree en la Providencia, en cada dificultad ve una semilla que dará su fruto. Siente que lo que parece un final es en realidad un momento de transición, casi de renacimiento, como demuestra un sueño que le describe a una alumna. «Soñó que estaba muriéndose: estaba muerta: luego había recobrado el conocimiento en un ataúd medio destrozado, repleto, rebosante de libros, libros que la oprimían y ahogaban; pero se agarró con desesperación a esos libros, consiguió levantarse, se sintió revivir: la mujer amante y amada había muerto; resurgía en el estudio de la ciencia.»^[20]

Lentamente, sus esfuerzos por crearse una posición académica empiezan a dar los primeros resultados. En 1906, Luigi Credaro, uno de sus profesores en la facultad de Filosofía, la llama para dar clases en la Scuola Pedagogica, que él mismo acaba de crear en Roma. No es propiamente una facultad, sino una institución intermedia, para el perfeccionamiento de los licenciados de las escuelas de Magisterio. En la asignatura que se le encarga, Antropología Pedagógica, Maria sigue explicando sus ideas innovadoras sobre la institución escolar —la clase como laboratorio, el niño en el centro, el profesor científico que observa— añadiendo como nota

personal un toque de espiritualidad: «Lo que crea de verdad a un maestro es el amor al niño. Porque es el amor lo que transforma el deber social del educador en la conciencia más alta de una misión».[21]

Son palabras nuevas que entusiasman a las alumnas. Especialmente una de ellas tiene la impresión de haber encontrado lo que anda buscando desde hace años. Se llama Anna Maria Maccheroni, ha estudiado para ser maestra, pero ha rechazado un excelente puesto de trabajo porque las escuelas tal como son no la convencen. Para mantenerse, da clases particulares y trabaja en un centro de ayuda al estudio. Cuando escucha a Maria, siente nacer en su interior un entusiasmo de conversa. No es la única que está profundamente impresionada. Muchas compañeras suyas le cuentan: «Estas clases hacen que nos entren ganas de ser buenas».[22]

Un día se presenta en el hogar Montessori. Cuando la profesora le pregunta qué desea, responde: «Es justo lo que no sé».[23] Maria la observa atentamente y la hace pasar. Sentadas en el sofá, hablan durante horas. Anna Maria Maccheroni le explica su frustración en la enseñanza. Maria Montessori le comenta el trabajo realizado en el pasado en la Scuola Ortofrenica. En su opinión, el enfoque nuevo del niño propuesto por Séguin es la clave para cambiar la institución escolar. La anima a procurarse los libros del pensador francés y a trabajar como voluntaria con los niños oligofrénicos. «El estado en que usted se encuentra es hermoso como un signo de predestinación: no sé expresarle cuánto me interesa —le escribe una semana más tarde—. Hacer acopio de las propias fuerzas para un objetivo, aunque parezca que las fuerzas se dispersan (y cuando el objetivo es oscuro), es un acto grande, cuyos frutos y consuelo se perciben más pronto o más tarde. Manténgase firme, porque este es nuestro primer deber, lo más hermoso que podemos realizar. Anímese y esfuércese, no importa en qué, tenga fe en que conseguirá lo que sea: y seguro que obtendrá éxito en un trabajo útil, y encontrará su lugar en el mundo y la paz.»

Durante el curso, lleva a Anna Maria Maccheroni y a las otras alumnas a visitar el reformatorio de Roma, que la escandaliza tanto como el manicomio. En esa prisión, tratados como malhechores y abandonados al cuidado de un personal violento e ignorante, hay muchos niños encerrados porque son oligofrénicos, o porque los han arrestado por delitos de los que en realidad son las víctimas, como el vagabundeo o la prostitución. Según el reglamento, una mujer como Maria solo puede mirarlos de lejos: «Al fondo, detrás de una reja, como en una bodega de barco, donde gritaban y enviaban saludos obscenos, entre las amenazas de los carceleros».[24] Pero cuando ella quiere algo, es imparable. En poco tiempo consigue entrar en el reformatorio y organizar clases de instrucción y de trabajos prácticos inspirados en el método Séguin.

Se encariña con esos chiquillos desheredados y escribe sobre ellos una serie de artículos. Cuando se les da amor y atención, explica a los lectores, esos niños aparentemente perdidos se transforman de un modo sorprendente: «En cuanto se les comprende, se llega a su corazón con un tenue rayo de afecto, responden vivamente; con una viveza que no estamos acostumbrados a

encontrar nunca en los niños buenos: sus miradas adoptan una expresión conmovedora de estupor y reconocimiento».[25] Como siempre, en sus reflexiones aparece el tema de la desigualdad social: «¡Somos tan inmensamente ricos! ¿Y por qué no damos, por qué no nos da vergüenza saber pensar tanto y amar en medio de personas que están encerradas en las tinieblas espesas de la ignorancia? ¿De qué sirve saber, de qué sirve amar, si no extendemos a los parias y los niños, y a toda la humanidad, el saber y el amor?».

Entre esos chiquillos halla la confirmación de lo que lleva diciendo desde hace tiempo: que la educación es una técnica del amor. Se trata también de una intuición que ya no la abandonará. Explica que el amor no solo redime a los niños encerrados en el reformatorio, sino también a quien va a ayudarlos. «Quien posee el amor es un dios», dice, citando a Tolstói.[26] Un suceso la conmueve especialmente. Cuando acompaña a unas damas a visitar el reformatorio, un niño canta una canción llena de melancolía, en la que un pequeño deshollinador recuerda a la madre lejana. Una de las señoras le pregunta al niño: «¿De modo que quieres mucho a tu mamá?». Y él responde, sorprendido: «¿Mamá? No sé, nunca he tenido». Maria no puede contener las lágrimas. La herida del hijo perdido está siempre a punto de reabrirse. Al acabar el curso escolar, los niños le regalan una fotografía de ella, tomada en el instituto y pegada a una cartulina. Maria va vestida severamente, con un traje cerrado hasta el cuello. En el reverso, la dedicatoria reza: «Fotografía tomada por los menores del reformatorio San Michele de Roma. “A su mamá”».

Mujeres, ¡levantaos!

En este período de transición, Maria Montessori no se olvida de su compromiso feminista. Lucha en primera línea por el voto femenino. En 1904 funda una asociación que bautiza con un nombre de inspiración mazziniana, *Pensiero e Azione*, que dirige con puño de hierro, convenciendo a muchas alumnas de que se apunten. Muy pronto, la mitad de las socias se dan de baja, asustadas por sus ideas extremistas y anticlericales. Maria siempre dice lo que piensa, aunque eso signifique ir contra la Iglesia. Cuando en Italia se organiza una huelga para protestar contra la detención de Francisco Ferrer, un anarquista y pedagogo catalán acusado de terrorismo, Maria se une a la iniciativa y escribe un comunicado agresivo en el que denuncia la «guerra de los jesuitas contra toda luz de progreso».[27]

En 1906, las *suffragette* italianas deciden intentar someter al gobierno a una prueba de fuerza. La idea es inscribirse en masa en las listas electorales, pues la ley no lo prohíbe expresamente. Maria, una de las primeras en hacerlo, arrastra consigo a un grupo de alumnas. Luego publica en un diario una proclama invitando a todas las italianas a unirse a la iniciativa. Es un largo texto apasionado, que comienza con estas palabras: «Mujeres, ¡levantaos! Vuestro primer deber en este momento social es pedir el voto político».[28] Un detalle nos da una idea de su fama. Tras firmar la proclama con su nombre, escribe a la directora del periódico pidiendo que cambie la rúbrica a fin de no irritar a sus compañeras: «Después de mi nombre, pon en minúscula: “socia honoraria”, ya que eso es lo que soy en la sociedad *Pensiero e Azione*, que es infantilmente susceptible a las formas. No quiere ser sospechosa de tener una presidenta, es decir, una patrona: antes que eso, se cargaría la proclama y hasta a la que suscribe».[29]

Muchísimas mujeres responden al llamamiento, aun sabiendo que los miembros de las comisiones electorales tratarán de detenerlas. Sin embargo, sorprendentemente, algunos aceptan las solicitudes. El Ministerio del Interior, pillado desprevenido, se apresura a presentar un recurso. En segunda instancia, los Tribunales de Apelación competentes rechazan las listas de inscripción. Todos, excepto uno, el de Ancona, presidido por uno de los juristas más famosos de la época, Lodovico Mortara, que reconoce la inscripción de un grupo de diez maestras de las Marcas. Es un momento histórico. Por primera vez un grupo de mujeres italianas son registradas

como electoras, aunque solo lo serán menos de un año, el tiempo que necesita la magistratura para bloquear su pequeña revolución con una sentencia de la Corte Suprema de Casación.

Durante el proceso en el tribunal de casación, Maria está sentada entre el público con sus compañeras de lucha, y lo explica todo en un artículo. Describe a las militantes que escuchan el alegato del abogado defensor, «impasibles, como quienes no teniendo derechos tampoco deben tener entusiasmos».[30] Al ministerio fiscal, que se ha manifestado en contra del voto femenino evocando el derecho consuetudinario, le reserva un comentario sarcástico: «Si la mafia hubiese creado consuetudes en Sicilia, ¿habría que entender que constituye oficialmente la ley sícula?». Sigue trabajando por la causa y recoge firmas para una petición, que se presenta al Parlamento en febrero de 1907. También en esta ocasión, cuando se debate en la sala el documento, está sentada entre el público y asiste al fracaso de la iniciativa. En realidad, el gobierno crea una comisión, que prolongará su trabajo durante años, dejando así estancada la cuestión.

La comunión de los pecados

El compromiso feminista de Maria Montessori se manifiesta también en el trabajo como docente. Escribe un artículo para denunciar que las alumnas de la Scuola di Magistero que llegan a Roma de otras ciudades no encuentran en la capital ningún tipo de alojamiento promovido por los poderes públicos y han de conformarse con vivir en los conventos de monjas, lugares de pensamiento anticuado y limitado. Estas palabras demuestran, una vez más, su libertad de pensamiento: es una católica devota, pero también una mujer libre, que dice siempre lo que piensa. La profesora que critica públicamente los conventos y su mentalidad atrasada es la misma persona que, en verano, acude a los retiros espirituales de las monjas franciscanas. En ella coexiste todo: un sentimiento religioso profundo, una idea de misión personal, la militancia feminista, una conciencia progresista que tiende a indignarse de continuo y una mente abierta a todas las ideas nuevas.

Su imagen pública de esos años es sin duda la de una pensadora radical. Escribe en revistas feministas artículos que hacen hincapié en su sensibilidad respecto a la justicia y el compromiso social. «La única vía de salvación para los individuos es que toda la humanidad esté salvada», proclama.^[31] En clase, explica a sus alumnas que la culpa de los criminales no debe considerarse un error personal de cada individuo, sino de la sociedad en su conjunto. Hay quien nace pobre y marginado y quien nace rico y favorecido, dice, retomando las categorías marxistas. No duda en utilizar incluso el lenguaje espiritual —en una mezcla de socialismo y cristianismo— para impulsar la lucha contra las desigualdades. Habla de «la comunión de los pecados»^[32] y de la solidaridad en la culpa común, que es «la forma científica del perdón». Y da su versión personal de la vida eterna: «Dicen los religiosos que Dios marca en la eternidad todas las faltas grandes y pequeñas que tendremos que pagar, y también marca todas las grandes y pequeñas virtudes por las que seremos recompensados. Pues bien, aquí está la vida eterna, el gran libro donde están marcadas todas nuestras obras: nuestra posteridad».^[33]

En 1908 participa en el Congreso Nacional de las Mujeres Italianas en la que es su última intervención pública como militante feminista y donde pronuncia un discurso titulado «Moral sexual en la educación». Es un tema escandaloso para la época. Poca gente habla en público de estos temas, pero Maria está acostumbrada a hacerlo con sus alumnas. En el discurso, no perdona

a nadie. Critica a los burgueses laicos, que acuden a los burdeles: «Cuando el niño se convierte en adolescente, la madre dice: un joven necesita desahogarse y desahogarse quiere decir seducir, ser adúltero, frecuentar los burdeles».[34] Critica a los católicos, que eluden cualquier razonamiento sobre el sexo: «El que cree en Dios creador, qué mayor blasfemia podría pronunciar contra su Dios que la de haber creado cosas cuya sola mención ha de provocar rubor en el rostro». Denuncia, sobre todo, el absurdo de prohibir a las mujeres, que son las que dan a luz, que hablen de estas cosas.

Propone también soluciones concretas, por ejemplo, dejar de hablar de París y de cigüeñas y de ocultar a los niños la barriga de la madre. Como siempre, cree que los colegios desempeñan un papel fundamental: es en clase donde hay que hablar sobre todo de educación sexual. Hoy en día parece un discurso moderado, pero en aquella época era algo revolucionario. *La Civiltà Cattolica*, la revista de los jesuitas, reproduce la noticia en tono escandalizado, hablando de «falta de pudor»[35] y de «fanatismo perverso». Con ese final transgresor, Maria concluye su militancia feminista. Corre el año 1908. Su vida está a punto de cambiar, una vez más, gracias a un experimento social iniciado en San Lorenzo.

San Lorenzo

Encerrado entre las murallas aurelianas, la estación Termini y el cementerio de Verano, San Lorenzo es en esa época uno de los barrios con peor fama de Roma, una especie de tierra de nadie donde a la policía no le gusta entrar. Maria Montessori lo conoce bien, allí empezó a trabajar cuando era estudiante, con las damas de la Unione del Bene y con los médicos de los ambulatorios populares. Allí abrió el Istituto Medico-Pedagogico de la Lega, para acoger a los primeros niños sacados del manicomio. Y allí acude desde hace años a curar a domicilio a los pacientes pobres e imparte clases gratuitas en la Scuola di Educazione Civile para los obreros.

Sabe lo que se oculta tras sus portales y en sus calles oscuras. Está acostumbrada a ver a mujeres desgreñadas, cubiertas apenas con blusas raídas, a hombres de mirada peligrosa. Sobre todo la conmueven los niños de San Lorenzo: descalzos, indefensos, víctimas de todos los abusos. Otra militante que trabaja en el barrio en esos años describe así a uno de esos chiquillos: «Un pequeño amigo mío, vendedor de fruta, estaba un día en la via San Lorenzo y, a pesar de la lluvia que caía densa y sin tregua, seguía ordenando sobre la acera sus montoncitos de mandarinas, a los que nadie prestaba atención porque los transeúntes caminaban presurosos. Me aproximé y le aconsejé que se fuera a casa. “Prefiero estar aquí, señorita”, me respondió, “en casa no puedo salir de la habitación, porque la cocina está alquilada, y cuando los niños entramos, zorra va, somanta viene. Prefiero estar aquí”, concluyó, mirándome con sus grandes ojos sonrientes».[36]

En San Lorenzo, los pobres viven a menudo en edificios medio en ruinas, vestigios de la especulación de sociedades inmobiliarias que lanzan proyectos de ensanchamiento de la capital y luego los desestiman cuando se quedan sin financiación. Todo el barrio parece una ciudad fantasma. Cimientos excavados que quedan al aire libre y sobre los que crece la hierba. Edificios abandonados tras haber construido un par de pisos, que se abren al cielo como dientes cariados. Ventanas condenadas con tablones.

En 1904, un organismo creado para mejorar la situación de la construcción de Roma, el Istituto Romano di Beni Stabili, decide abordar dicha situación. Manda sanear todo el barrio, termina la construcción de los edificios, instala baños comunitarios con agua corriente y fuentes para lavar la ropa. Asigna los apartamentos a las familias y establece un sistema de premios para incentivar a quienes mejor los conserven. De día, cuando los adultos están trabajando y los niños en el

colegio, los edificios quedan en manos de los más pequeños. Esos pilluelos, abandonados a su suerte, se mueven en bandas y causan daños por doquier. Rompen los cristales, ensucian las paredes. Los días de mercado, se divierten recogiendo fruta y verdura podrida abandonada por los vendedores ambulantes y arrojándola desde las ventanas a los transeúntes.

Eduardo Talamo, el director del Istituto, piensa resolver el problema creando un sistema de parvularios en los bloques de viviendas, donde los niños permanezcan hasta que los padres regresen del trabajo y los hermanos mayores del colegio. Se trata de un proyecto muy ambicioso, que en poco tiempo ha de extenderse a una decena de edificios. Necesita una directora para coordinarlo todo. Alguien le propone a Maria Montessori, a la que Talamo conoce desde los tiempos de la Lega. Cuando se le presenta la propuesta oficial, Maria se toma un tiempo para pensarlo. Dedicarse a parvularios para niños pobres en el peor barrio de la ciudad puede parecer un paso atrás, justo ahora que está procurándose con gran esfuerzo una carrera académica. Por otra parte, el trabajo pedagógico cada vez es más importante en su visión de las cosas: más que la medicina, más que la militancia feminista o social. Ha comprendido que para cambiar el mundo hay que empezar por los niños, posiblemente los pobres. Consulta con uno de sus antiguos profesores, que la invita a no rebajar el prestigio de la clase médica convirtiéndose en directora de parvulario. Habla también con una monja franciscana, con la que mantiene una buena amistad. Le explica que la propuesta la atrae de una manera misteriosa. Siente que se trata de algo que en poco tiempo ocupará todo el espacio y le robará toda su energía. «Maria, si piensas así, tienes que hacerlo», le responde la religiosa.[\[37\]](#)

Ha llegado tu luz

Comunica a Talamo que acepta el encargo, a condición de que le dejen libertad total. Quiere transformar el reto de San Lorenzo en una oportunidad para experimentar sus ideas con niños que todavía no han entrado en contacto con la institución escolar. El hecho de que el Istituto disponga de escasos recursos le parece incluso una ventaja. Como no hay dinero, la instalación no está organizada como en una escuela tradicional. Nada de tarima, nada de bancos, nada de maestras que aplican los sistemas aprendidos en la Scuola di Magistero. Será algo nuevo, donde Maria podrá organizarlo todo a su manera. Ha decidido aplicar la enseñanza de Séguin a los niños normales y ver qué ocurre.

En pocas semanas monta el proyecto. La apoyan todos: la reina, la nobleza, las feministas, los radicales, los masones. Solo *La Civiltà Cattolica* critica el experimento por considerarlo demasiado socialista. El 6 de enero de 1907, Maria inaugura el primer parvulario en un bloque de viviendas de la via dei Marsi. Los niños —unos cincuenta, de entre dos y seis años— se arriman unos a otros como si fueran un rebaño, asustados y llorosos. Los asistentes los contemplan con una mirada entre enternecida y perpleja. Maria está de pie en medio de la habitación con actitud de líder. Lo que a otros les parece un material desastroso para ella es una gran oportunidad: «Eran como un grupo de niños salvajes. Sin duda, no habían vivido como el pequeño salvaje de Aveyron, en un bosque lleno de animales, sino en una selva de gente perdida y más allá de los límites de la sociedad civil».[38]

Después del discurso de Talamo, Maria interviene brevemente, luego saca del bolso el breviario y lee un fragmento correspondiente a ese día, que en la liturgia católica conmemora la Epifanía: «Arriba, resplandece, que ha llegado tu luz, y la gloria de Yahvé sobre ti ha amanecido».[39] Mira alrededor, satisfecha, mientras muchos de los políticos presentes tuercen el gesto ante esas referencias religiosas. Años más tarde, comentará: «No sé qué me pasó, pero tuve una visión e, inspirada en ella, me inflamé y dije que aquel trabajo que estábamos iniciando resultaría ser muy importante, y que un día la gente llegaría de todo el mundo para verlo».[40]

El parvulario ocupa la planta baja del edificio y consta de un gran salón, un baño y un patio. Al principio, el mobiliario es de desecho —alguna mesa grande, sillas desparejadas—, pero muy pronto Maria manda fabricar objetos a la medida del alumno. En la pared de la entrada cuelga una

reproducción de la *Virgen de la silla* de Rafael, como una protección espiritual a su trabajo. Pide que instalen en el baño instrumentos para pesar y medir a los alumnos y registrar su crecimiento, además de jofainas y espejos a la altura de los niños, para que puedan lavarse solos. Son cosas completamente nuevas para esos pequeños tan pobres que nunca han tenido un baño en casa. Cada detalle está pensado para su autonomía: delantales con botones por delante, a fin de que puedan abrochárselos solos, sandalias fáciles de poner y quitar. Los muebles son pequeños y, sobre todo, ligeros, para que logren trasladarlos sin necesidad de ayuda. Su amiga Olga Lodi, invitada a visitar la instalación, exclama maravillada: «Pero ¡si es una casa de los niños!». [\[41\]](#) Nace así un nombre que en pocos años dará la vuelta al mundo y se convertirá en sinónimo de método Montessori.

La Casa de los Niños

Maria elige como maestra a la hija del portero del edificio. Le dice que se limite a mirar y a informarla de todo. Quiere que cuanto ocurra en aquel laboratorio pedagógico se revele de forma natural, sin interferencias externas. Los niños han de tener absoluta libertad de movimientos, tienen que poder, si lo desean, tirarse al suelo o meterse debajo de la mesa. La muchacha le cuenta que mientras está barriendo los niños la siguen y quieren ayudarla. Parecen más atraídos por la idea de hacer la limpieza con ella que por los juguetes aportados por las señoras ricas que financian el parvulario. Maria se queda muy sorprendida. Lo anota en su libreta para reflexionar en su casa con calma.

Pasa todo su tiempo libre en la Casa de los Niños. Cada vez centra su atención en un elemento nuevo, siguiendo la observación y el instinto. Una mañana, atraída por la visión de una bebé que está en el patio, tranquila y sonriente en brazos de su madre, la lleva a clase y se la muestra a los niños. Cuando los reta a estar en silencio como ella, los chiquillos se lo toman muy en serio y de repente se callan, casi conteniendo la respiración. Nace así el ejercicio del silencio, que con el tiempo va enriqueciéndose con nuevos elementos y se convierte en una actividad fija de la jornada de la Casa de los Niños. Es un momento muy similar a la meditación, algo que Maria considera importante para preparar a los niños de cara a las tareas en clase.

Durante ese ejercicio los niños están sentados en silencio absoluto, con los ojos cerrados, y esperan que ella, desde la habitación contigua, los llame. Maria pronuncia cada nombre en voz baja, alargando las vocales, como si los llamara de lejos, y cada niño se levanta sin hacer ruido y acude junto a ella, contento por haber sido elegido. «Después de esos ejercicios, parecía que me querían más: sin duda se habían vuelto más obedientes, más mansos. En realidad, nos habíamos aislado del mundo y habíamos pasado unos minutos juntos y unidos; yo deseándoles y llamándolos, y ellos recibiendo, en el silencio más profundo, la voz que se dirigía personalmente a cada uno de ellos, considerándole en aquel momento el mejor de todos.»^[42] Incluso en situaciones tan ritualizadas como esta, se mantiene fiel a su condición de científica. Años más tarde, una alumna explicará: «Durante la clase del silencio llegó una alumna brincando y gritando. Yo la detuve. La doctora me miró mal. En la casa nunca se mencionaban nuestros errores, pero

esta vez el caso era grave. Me preguntó: “¿Por qué la has interrumpido? Era interesante ver qué habría hecho”».[43]

En otra ocasión, Maria llega a la clase con un fuerte resfriado y, cuando saca del bolso el pañuelo, observa que los niños se agolpan a su alrededor. Entonces improvisa una breve lección sobre cómo sonarse. Al final de la demostración, los pequeños estallan en mil agradecimientos. Al principio Maria se sorprende, luego lo entiende. Hasta aquel momento, los adultos les han gritado o pegado, pero nadie les ha tratado como iguales.

En clase nunca alza la voz, no se impone con su autoridad. Se sienta y espera que los niños vayan a ella. Repite que hay que respetar a los alumnos en su totalidad, incluso los límites de sus pequeños cuerpos: «Se tiene tan poca consideración por el niño que nos creemos obligados a acariciarlo y ellos a dejarse acariciar y besar. Una persona entra y dice: “Qué niño tan guapo, dame un beso”, el pequeño se retrae, pero interviene la madre: “Vamos, no seas maleducado, no te hagas el tímido”. Si una persona desconocida (guapa o repugnante, da lo mismo) entrase y besase a la madre, esta se sentiría ofendida y reaccionaría con indignación».[44]

En la Casa de los Niños el cuerpo no solo es respetado, sino valorado. Los pequeños pueden trasladar sillas y mesas por sí mismos y moverse en la clase según su ritmo. Es algo revolucionario en una época en que en los colegios el cuerpo no tiene ningún espacio, e incluso los bancos están pensados para enjaularlo y aislarlo. Una de las intuiciones de Maria, que un siglo más tarde se verá confirmada por las ciencias cognitivas, es que el movimiento forma parte del proceso de aprendizaje. «Los niños aprenden moviéndose», dice.

Piezas, arcilla y lápices

Para reproducir el material de Séguin que tenía en la Scuola Ortofrenica, Maria ha de empezar de nuevo, encontrar a los artesanos que necesita y explicarles cada detalle. Quiere los mejores materiales y las formas más armoniosas. Le parece escandaloso que en las escuelas se utilicen objetos de baja calidad. Repite que las cosas han de ser hermosas para llegar al alma del niño. Una alumna la describe discutiendo con un artesano: «Recuerdo bien la escena: el joven alto, delgado, inteligente. La doctora con los diseños sobre el escritorio. “¡Hágalos de cartulina!”, le dijo el joven a modo de conclusión. Yo estaba allí al lado y vi cómo la doctora se quedaba pensativa por un instante. Pero enseguida empezó a explicar al joven cómo se utiliza ese material, las equivalencias, las igualdades, los desplazamientos. El rostro del joven iba trasluciendo atención e interés. Fue una clase práctica. Ahora sonreían ambos. El joven se marchó y se llevó consigo los diseños. “¡Los haré, no le quepa duda!”».[45]

Es la primera vez que utiliza el material didáctico con niños normales. Con los pequeños oligofrénicos tenía que explicar cada cosa, ayudar en cada gesto. Los niños normales, en cambio, trabajan solos. Es en este paso donde Maria realiza una primera y fundamental innovación respecto a su maestro francés. Séguin enseñaba a los niños retrasados creando una actividad a medida de cada uno. Era capaz de pasar horas con un niño entre sus rodillas, para obligarlo a mirarle a los ojos. Maria, como trabaja con niños normales, tiene más margen de maniobra, y desde el primer momento adopta una postura distinta, casi de observadora externa. Esto le permite ver el conjunto, repensar el modo como se interactúa con los niños. Es un paso crucial, que la llevará mucho más lejos que Séguin: incluso a establecer una nueva concepción de la mente infantil.

Enseña el material a los niños y les explica cómo funciona, luego les deja trabajar solos, observando o, mejor —como le gusta decir—, meditando. Para ella no existen realidades adquiridas, conceptos de base. Todo está abierto y es posible. Poco a poco, van cobrando forma los primeros elementos de lo que con los años se convertirá en su método. En una conferencia pronunciada unos meses después del comienzo de la actividad en San Lorenzo ya expone los dos elementos centrales de la didáctica que está naciendo en la Casa de los Niños: la naturaleza diferente del maestro, que dirige sin imponerse («El adulto no ha de estar sentado en la cátedra y

emitir juicios y calificaciones. Que descienda entre los alumnos, humildemente»),[46] y la naturaleza diferente del niño, que trabaja sin cansarse («Estudiar no desgasta, no fatiga, sino que alimenta y sostiene»).

Todos los días, en San Lorenzo, experimenta cosas nuevas. Quiere que en la clase todo esté pensado para convertirla en una auténtica casa para los niños. Cuando los pequeños llegan por las mañanas, se realiza un control de la limpieza. Se les peina en busca de piojos. Algunos, por turnos, se bañan, mientras que otros se lavan la cara y las manos solos. Junto con el material didáctico, también se proponen lo que Maria llama las tareas de la vida práctica. Los niños se ejercitan con pequeños bastidores para abrochar y anudar, con vasos para trasegar el agua, con estropajos para limpiar la mesa. Cada uno de ellos es responsable del cuidado de la clase. Para Maria, esto es fundamental. A menudo afirma que todas las personas, hasta las más ricas, deberían empezar el día haciéndose la cama.

También propone muchas otras actividades con papel, arcilla, piezas, lápices de colores. Con el tiempo, comprobando las reacciones de los niños, descarta las que considera que no funcionan, por ejemplo, todas aquellas en que hay que copiar alguna cosa. Se da cuenta enseguida de que a los niños les encanta ordenar. Un día, cuando a la hija del conserje se le cae una caja con tarjetas, los niños corren a recogerlas y las disponen en un orden perfecto. Otro día, la mujer llega tarde y descubre que los niños ya han cogido el material de los estantes: «La maestra consideró este proceder como un instinto de robo. Los niños que roban, que faltan al respeto a la escuela y a la maestra, demostraban, en su opinión, la necesidad de severidad y educación moral. Yo creí interpretar que los niños ya conocían tan bien los objetos que podían cogerlos ellos solos. Y así fue».[47] A partir de ese momento, Maria decide que los niños cojan ellos mismos los objetos con que van a trabajar, y solo les pide que vuelvan a ponerlos en su sitio cuando hayan terminado.

En los años siguientes, introducirá también una comida comunitaria, que los niños se encargan de servir por turnos. La vajilla siempre será de vidrio y cerámica, porque el niño ha de gozar de plena confianza por parte del adulto. Lo sorprendente es que los pequeños se demuestran capaces de gran atención y lo hacen todo con cuidado y seriedad. Maria, como siempre, observa e interpreta: «Peppinella (cuatro años recién cumplidos), tras haber depositado sobre la mesa la pesada sopera, se apoyaba con las dos manos en la mesa y levantaba los dos pies dando un saltito. Recuperaba enseguida su dignidad de joven camarera y esperaba el momento de llevar la sopera a otra mesa, donde repetía el saltito. Los espectadores se reían. La doctora me dijo en voz baja: “Ese saltito es un alivio tras el esfuerzo de haber llevado la pesada sopera”».[48]

La gran obra

Maria es una observadora muy perspicaz. Se pasa horas contemplando a los niños, registrando cada detalle. Desde el primer día se sorprende de la intensidad con que trabajan con el material didáctico: «El niño normal era atraído por un objeto, fijaba sobre el mismo toda su atención, y se ponía a trabajar sin descanso, con una concentración sorprendente».[49] Dedicar mucho tiempo a estudiar este aspecto. Observa que los niños, considerados tradicionalmente inquietos y volubles, son capaces de prestar una atención muy superior a la del adulto. Se concentran en cada paso, repiten cada ejercicio hasta que están satisfechos y, cuando actúan así, nada puede distraerlos.

Un episodio concreto obra en Maria una especie de iluminación. Un día ve a una niña de tres años trabajando con unos encajes sólidos, poniendo una y otra vez los cilindros en su lugar. Parece profundamente absorta, como si nada pudiera afectarla. Maria coge la silla donde se sienta la niña y la pone sobre una mesa, pero la pequeña coge el material, lo coloca sobre sus rodillas y sigue trabajando desde ahí arriba. Entonces Maria pide a los otros niños que canten y bailen en torno a la mesa. La niña tampoco da muestras de oír ni de ver nada. Sigue encajando los cilindros una y otra vez —hasta en cuarenta y cuatro ocasiones, cuenta Maria— y luego, de golpe, deja de trabajar y levanta la vista, mirando alrededor por primera vez. Es como si en su interior algo se hubiera completado, pero ¿qué?

Maria dedica mucho tiempo a este fenómeno, estudia a otros niños, toma notas. Tiene delante algo que en realidad está ante los ojos de todos desde siempre: ¿quién no ha visto nunca que un niño, cuando observa un espectáculo que le interesa, está como hipnotizado, sordo a cualquier llamada? Su intuición la lleva a aislar ese elemento y convertirlo en el punto de partida para el desarrollo de su método. «Fue la primera grieta que se abrió en las profundidades inexploradas del alma infantil», dirá años después.[50] Percibe que en los niños se oculta una enorme capacidad de atención, que surge en cuanto se los sitúa en un ambiente pensado para ellos y no para los adultos. Gracias a este especial estado mental, que Maria llamará «polarización de la atención» y que un siglo más tarde la neurociencia confirmará al hablar de «experiencia de flujo», el niño aprende de un modo profundo y definitivo.

Maria se convence de que el aspecto fundamental de la educación es este: ayudar al niño a revelar su verdadera naturaleza, por lo general oculta porque está oprimida por una institución

escolar pensada para los adultos, es decir, para los enseñantes y su trabajo didáctico. En realidad, la opresión empieza incluso antes, en la familia. Muchos años después, en una conferencia, comparará al niño que entra en el parvulario con un guerrillero, que ya ha sido sometido a la represión y que, por tanto, ha crecido deformado, obligado a defenderse y a esconder su verdadera naturaleza.

Otra de sus intuiciones es que los niños son grandes trabajadores. No juegan: aprenden. Han nacido para eso, para hacer lo que en sus conferencias —utilizando una expresión de la alquimia— llamará «la gran obra».[51] Por eso, tras haberse concentrado durante horas en el material didáctico, alzan hacia ella los rostros serenos. En vez de estar cansados, están llenos de energía. En vez de tener ganas de moverse y correr, parecen apaciguados. Han hecho aquello para lo que están en el mundo, han conseguido el objetivo de su existencia. Si se les deja trabajar de esta manera, se convierten en niños distintos, transformados desde el interior.

Es lo que en los años siguientes Maria llamará «normalización», un fenómeno que no duda en definir como un segundo nacimiento. Los niños, si están en un ambiente adaptado, con el material adecuado, en poco tiempo dejan de estar inquietos y de ser ruidosos y se transforman en criaturas tranquilas, calmadas, contentas con su trabajo. Un siglo más tarde, de nuevo la neurociencia confirmará sus observaciones, al identificar las «funciones ejecutivas»[52] —el control de la inhibición (mantenerse concentrados), la memoria de trabajo (retener las informaciones), la flexibilidad cognitiva (ser creativos)— que son la base biológica del aprendizaje. Si al niño se le pone en una situación que le permita desarrollar estas funciones muy pronto, su conducta se verá extraordinariamente modificada. Cuando aprende de este modo, es un niño mejor incluso a nivel social, porque es capaz de estar en armonía con los demás. Sobre todo, es un niño al que nadie deberá obligar ya a estar atento en clase. «Cuando hayáis resuelto el problema de controlar la atención del niño, habréis resuelto todo el problema de la educación», [53] dirá Maria años más tarde, desarrollando su pensamiento.

El niño normalizado apenas tiene ya necesidad del profesor. Lo hace todo solo, poniendo en práctica lo que pronto llamará Maria la autoeducación. Se queda muy sorprendida ante un niño de San Lorenzo que cuando le preguntan quién le ha enseñado una cosa, responde asombrado: «¿Quién me ha enseñado? Nadie me ha enseñado. He aprendido».[54] Lo que ve la sorprende incluso a ella: «Tardé mucho en convencerme de que no eran ilusiones. Ante cada nueva experiencia me decía a mí misma: “No lo creo, la próxima vez”».[55] Reprende a la maestra que le explica cosas que Maria no considera posibles. Todos los días observa cómo trabajan los pequeños, en silencio y sumamente concentrados, igual que criaturas llegadas de otro mundo: «Los niños parecían inspirados por los ángeles. Un día, por fin, estando delante de los niños, me dije: “¿Quiénes sois vosotros? ¿He encontrado aquí a los niños que están en los brazos de Cristo?”».

Al comentar aquellas primeras experiencias en San Lorenzo, Maria utiliza a menudo un lenguaje

espiritual. Coexisten siempre en ella las dos almas —la científica y la religiosa—, separadas pero no en contradicción, unidas por una mente curiosa, especialmente sensible a las intuiciones y a cuanto sea en verdad nuevo. Su concepción metafísica de la vida se transmite directamente en su visión del niño, ser espiritual por excelencia, pero también en la actitud que ella misma mantiene en clase. Cuando está con los niños se halla en un estado como de meditación, observadora receptiva a cualquier sorpresa, capaz de intuiciones e iluminaciones que a veces tienen algo de mesiánico. Así es como repara en detalles que muchos otros no saben captar. Años más tarde, al final ya de su vida, dirá: «Un descubrimiento, si es tal, ha de contener algo nuevo. Y lo nuevo es una puerta abierta para quien tiene el valor de traspasarla: una puerta que da acceso a los campos aún inexplorados; por tanto, una puerta fantástica, maravillosa, que debería sorprender a la imaginación».[56]

El hecho maravilloso

Los periódicos hablan cada vez más de lo que llaman «el milagro de San Lorenzo». Los niños, que los primeros días eran una masa informe de pilluelos asustados, ahora se muestran serenos y formales. Si llega alguien, se levantan, saludan y ofrecen una silla antes de volver a sus tareas. Si les regalan juegos, los aceptan por educación, pero luego los apartan para retomar su material. Un día, unos visitantes depositan sobre la mesa una bolsa llena de galletas de formas geométricas, pero a ningún niño se le ocurre comérselas. Están demasiado ocupados diciéndose uno a otro: mira un triángulo, yo tengo un círculo, he encontrado un rectángulo. Los visitantes se quedan mudos del asombro. La única que no se sorprende es Maria: «Este es el hecho maravilloso: el niño trabaja por sí solo, y tras haber trabajado es más fuerte, más sano mentalmente».[57]

Está segura de que estos resultados pueden reproducirse. Se trata de crear un ambiente adecuado. El resto llegará por sí solo: «Los niños no encuentran obstáculos en el camino de su desarrollo. No tienen nada que esconder, nada que temer, nada que evitar. Simplemente, es así».[58] A quien teme la anarquía, responde que ella cree en el orden, pero el que nace desde dentro, no el que se impone desde fuera. Años más tarde escribirá: «En nuestro sistema, tenemos un concepto distinto de la disciplina; también la disciplina ha de ser activa. No decimos que es disciplinado un individuo solo porque se ha vuelto artificialmente silencioso como un mudo, e inmóvil como un paralítico. Ese sería un individuo aniquilado, no disciplinado. Nosotros llamamos disciplinado al individuo que es dueño de sí mismo y, por tanto, puede disponer de sí allí donde haya que seguir una regla de vida».[59] En la Casa de los Niños no se ponen notas ni se dan premios. Maria se convence enseguida de que a los niños no les interesan las medallas de cartón que se entregan en las escuelas tradicionales para premiar a los más diligentes. Lo que les interesa es aprender. Por eso la única forma de castigo admitida es la inactividad. Al que se porta mal se le trata como un enfermo y se le hace reposar. Por lo general, el niño que queda aislado de esta manera «se cura» rápidamente, porque tiene demasiada prisa por volver a trabajar con los compañeros.

Muy pronto Maria abre una segunda Casa de los Niños. Para ocuparse del nuevo parvulario elige a una joven maestra. No le gusta este término, sino que prefiere el de «directora», que le recuerda sus experiencias en los retiros espirituales: «Según mis métodos, la maestra enseña

poco, observa mucho y, sobre todo, tiene la función de dirigir las actividades psíquicas de los niños y su desarrollo fisiológico. Por eso he cambiado el nombre de «maestra» por el de «directora». Al principio este nombre suscitaba sonrisas, porque la gente se preguntaba a quién tenía que dirigir aquella maestra que no tenía subordinados y debía dejar en libertad a los pequeños alumnos. Pero su dirección es mucho más profunda e importante de lo que comúnmente se entiende: porque esta maestra dirige la vida y las almas».[60]

Pide a la directora que vaya a vivir en el mismo edificio donde está el parvulario, a fin de constituir con su cultura y sus maneras un ejemplo para esas familias pobres. En su concepción de la educación, la directora es una especie de misionera laica: «Entre esas personas, en esas casas por donde de noche nadie circula sin ir armado, va a vivir su misma vida una noble mujer, de cultura elevada, una educadora profesional, que dedica todo su tiempo y su vida a educar. Auténtica misionera y reina moral entre el pueblo, si tiene suficiente tacto y suficiente corazón, recogerá admirables frutos de su obra social».[61]

Este elemento religioso de su pensamiento no se advierte desde fuera. Para sus defensores, Maria sigue siendo la militante feminista y radical de siempre. En el discurso de inauguración de la segunda Casa de los Niños, recuerda a todos que los parvularios de los bloques de viviendas son un elemento de liberación para las mujeres que trabajan: «De modo que venimos a socializar una “función materna”, una función femenina, dentro del hogar. Esta es, en la práctica, la solución de algunos problemas de feminismo que a muchos parecían insolubles».[62] Imagina un futuro en que se podrán colectivizar también la enfermería y la cocina. Su sueño es que un día las madres pobres puedan decir, como las ricas: «He dejado a mi hijo con la niñera y la enfermera». Maria Montessori es una pensadora revolucionaria porque también piensa como mujer, y aporta su mentalidad femenina a un sector, la pedagogía, hasta entonces dominado por los hombres.

Las letras de papel de lija

En las primeras Casas de los Niños Maria Montessori no contempla la escritura y la lectura porque se trata de materias que se enseñan en las escuelas de primaria. Son los propios niños de San Lorenzo los que, tras los primeros meses trabajando con el material sensorial, exigen más. Criados en un mundo de analfabetos, intuyen que las palabras escritas constituyen la clave del futuro. Maria decide probar tras la pausa del verano.

No quiere utilizar abecedario y cuadernos, como se hace en los colegios, sino que recupera las letras móviles de Séguin. Le gustaría que se las fabricasen en madera y esmalte, como las que vio en Bicêtre, pero no tiene suficiente dinero. Al final, se resigna a hacerlas sola, en su casa. Coge folios y les pega encima las letras recortadas en papel de lija, de modo que crea un contraste al tacto. Una vez más, la falta de medios estimula la innovación. «Solo después de haber fabricado esas simples cosas, me di cuenta de que este abecedario era muy superior al de los deficientes, por el que habían perdido inútilmente dos meses: si yo hubiese sido rica, me habría quedado para siempre con el alfabeto espléndido pero estéril del pasado. Queremos lo viejo porque no podemos conocer lo nuevo, y buscamos siempre la grandiosidad, que está en las cosas ya en declive, sin reconocer en la humilde simplicidad de los comienzos nuevos el germen que deberá desarrollarse en el futuro.»[63]

El alfabeto de papel tiene la gran ventaja de poder reproducirse fácilmente. Además, posee una característica importante: la letra en papel de lija no es una guía para la visión, sino para el gesto. El niño no tiene que reproducir el contorno de las letras de metal con el lápiz, como en el material de Séguin. Todo lo que tiene que hacer es seguir la letra de lija con el dedo, y al hacerlo aprende el gesto de la escritura antes de saber lo que significa. Es una innovación fundamental respecto al material de Séguin. Más tarde, Maria introducirá otras dos modificaciones en su abecedario móvil: una pequeña varilla en el reverso de las letras, para mostrar en qué sentido hay que sostenerlas, y un archivador de cartón para guardarlas. Son objetos simples, que luego se convertirán en clásicos del material Montessori. «Todavía conservo aquel archivador, fabricado con el viejo cartón de una caja rota que encontramos en la portería, y burdamente cosido con hilo blanco», dirá años después, cuando ya es famosa en todo el mundo.[64]

A los niños de San Lorenzo les entusiasman las letras de lija. Como siempre, Maria les deja

libertad para utilizar el material de manera acorde con sus ritmos. Un día tiene sobre sus rodillas a un niño de dos años y medio, que mete las manitas en los contenedores de las letras. Las coge de los estantes y se las muestra a los demás, que gritan en voz alta cada letra. El juego continúa durante casi una hora y, al final, incluso el pequeño sabe reconocerlas. En otra ocasión, Maria llega a clase y sorprende a los niños muy alborotados, caminando en una especie de procesión. Algunos agitan sobre la cabeza los cartones con las letras. La directora, un poco avergonzada, se mantiene apartada, incapaz de contener el entusiasmo colectivo por el alfabeto.

Los niños pasan días enteros con las letras de cartón. Trabajan absortos, concentrados, siguiendo con el dedo las líneas del papel de lija, murmurando los sonidos, juntando las letras. Maria se da cuenta de que están asimilando las letras, incapaces aún de leer: «Cuando me acercaba a un niño y, para agasajarlo, leía en voz alta la palabra que acababa de componer, el niño me miraba asombrado, como diciendo: “¿Cómo lo sabes? ¿Cómo has adivinado que estaba pensando en esa palabra?”. En efecto, el fenómeno de la lectura era ajeno a este curioso ejercicio».[65]

La explosión de la escritura

Dos meses después de haber comenzado a trabajar con las letras de lija, ocurre algo. Es la Navidad de 1907 y en San Lorenzo se produce lo que Maria llamará la explosión de la escritura: «Era un día invernal de diciembre, soleado, y subimos a la terraza con los niños. Los chiquillos jugaban corriendo libremente; algunos se quedaron a mi alrededor. Yo estaba sentada junto a un cubo de chimenea y le dije al niño de cinco años que se encontraba a mi lado, tendiéndole un pedazo de tiza: “Dibuja esta chimenea”. El niño, obediente, se agachó y dibujó la chimenea en el suelo, reproduciéndola de manera reconocible: por eso, como acostumbro a hacer con los pequeños, me explayé en exclamaciones de alabanza. El niño me miró, sonrió, se detuvo un momento como si fuera a explotar en un acto de alegría, y luego gritó: “¡Escribo! ¡Yo escribo!” e inclinado en el suelo escribió “mano” y, luego, entusiasmado, escribió también “chimenea”, y luego “techo”. Mientras escribía, seguía gritando: “¡Estoy escribiendo! ¡Sé escribir!” con tanta fuerza que a sus gritos acudieron los otros niños y lo rodearon mirándole con asombro. Dos o tres me dijeron temblando: “La tiza, yo también escribo” y se pusieron a escribir varias palabras: “Mamá, mano, -gino, chimenea, -ada”. Ninguno de ellos había tomado jamás una tiza o cualquier otro instrumento para escribir: era la primera vez que escribían; y trazaban una palabra entera, igual que la primera vez que hablaron dijeron una palabra entera».[66]

A continuación, llega la lectura. Maria no hace nada para estimularla, porque parte de la idea de que leer es comprender. Cree que es inútil obligar a los niños a repetir mecánicamente sonidos, si no captan el sentido de lo que hacen. Deja que todo vaya sucediendo según los tiempos de cada uno. Como siempre, inventa e improvisa. Un día escribe en la pizarra: «Si sabéis leer esto, venid a abrazarme»,[67] luego se sienta en una esquina, como de costumbre, y deja que los niños trabajen libremente. Al principio, nadie parece hacer caso a la frase, muchos la ignoran. Luego, de repente, unos días más tarde, el cambio radical: «Una niña pequeñita, que apenas levantaba dos palmos del suelo, vino a mí y me dijo “Aquí estoy” y me abrazó».

Otro día pone sobre la mesa todos los juegos de la clase. Escribe el nombre de cada uno en una tarjeta, que deposita en una caja. Los niños extraen las tarjetas al azar, leen en silencio, luego van a la mesa, pronuncian en voz alta la palabra y reciben a cambio el objeto. Cuando acaban el juego, Maria también quiere dar algo a los niños que todavía no saben leer, pero, para su gran sorpresa,

estos no quieren los regalos, sino sacar una tarjeta y participar en el ejercicio. No están interesados en los juguetes, entiende Maria. Para ellos el premio es aprender: «Los miraba tratando de explorar el enigma de su alma, que nos resultaba desconocida, y me quedé casi meditando contemplándolos, mientras el descubrimiento de que los niños amaban el saber por instinto humano y no el juego vacío de sentido me maravillaba y me hacía pensar en la gran elevación del alma humana».[68] Recuerda a una de las maestras que, sentada con una gran caja llena de tarjetas y rodeada de niños que las cogían y leían, le dice, al acabar la jornada: «No se lo creerá, llevamos así más de una hora, y todavía no se han cansado».[69]

En la lectura y la escritura Maria Montessori es innovadora respecto a Séguin. El uso de las letras mayúsculas le parece demasiado rígido, y prefiere la cursiva. Tampoco comparte su idea de que la escritura nace del reconocimiento visual de las letras, sino que cree que proviene de la educación de la mano al gesto. En esto se inspira en su práctica con los niños oligofrénicos. Años antes, en la Scuola Ortofrenica, había trabajado mucho con una niña que no conseguía coser. A fin de ayudarla, le hizo practicar en un bastidor para ensartar transversalmente una tirita de papel entre las otras dos, y en poco tiempo obtuvo el resultado deseado también con la aguja y el hilo: «Pensé que el movimiento necesario de la mano había sido preparado para coser sin coser; y que realmente hay que encontrar una manera de enseñar antes de hacerlo».[70]

La explosión de la escritura es el elemento del método Montessori que atrae la atención del mundo y en pocos años convierte el sistema aplicado en un barrio pobre de Roma en un fenómeno global. En realidad, Maria siempre explicará que la escritura precoz no es más que una parte que sobresale de un todo mucho más grande: la revelación de la capacidad natural de los niños de autoeducarse, cuando están en el ambiente adecuado. El secreto no son las letras de lija, repetirá a quien quiera escucharla. Las letras móviles existen desde los tiempos de Quintiliano en la antigua Roma, y no por eso se tienen noticias de procesiones por las calles del Imperio romano, con personas que exhibían las letras, como hicieron los niños de San Lorenzo. El secreto no reside en el material, sino en el niño, dirá, reflexionando sobre estos primeros experimentos: «Nadie entonces llegó a admitirlo. Ese prejuicio de “no creer en lo extraordinario”, la vergüenza de pasar por crédulo si se quiere mantener la dignidad y superioridad cultural es común; y es uno de los obstáculos que ocultan lo “nuevo” e inutilizan un descubrimiento».[71]

La realidad es que en San Lorenzo empezó una revolución. Hasta aquel momento se había considerado al niño un ser pasivo, que solo necesitaba comida, dormir y juegos para pasar el tiempo y convertirse, posiblemente demasiado deprisa, en adulto. Maria Montessori, en cambio, está convencida de que es una criatura especial, distinta del adulto, en muchos aspectos superior. Es una de sus muchas intuiciones que un siglo más tarde confirmará la neurociencia. Hoy sabemos que el cerebro, en los tres primeros años de vida, tiene una capacidad de creación de sinapsis incomparablemente superior a la del adulto. Una criatura tan potente, explica Maria, ha de ser

tratada como tal y situada en un ambiente adecuado —«preparado», dirá muy pronto— que no es la escuela, sino un lugar nuevo. Allí, si se le deja libertad para dar rienda suelta a sus potencialidades, el niño aprende casi sin intervención de los adultos. El experimento acaba de empezar. Todo es posible. Maria Montessori ha descubierto al niño, y ante ella se abre un continente inexplorado.

TERCERA PARTE

Los primeros discípulos

(1908-1913)

¡Qué milagro encontrar almas que se funden con nosotros para ayudarnos en el camino fatigoso de la construcción! Que renuncian a todo y no son más que seguidores nuestros.[\[1\]](#)

Una baronesa angelical

Los resultados obtenidos por Maria Montessori en San Lorenzo llaman casi de inmediato la atención de Alice Hallgarten, una estadounidense que vive en Roma, casada con el barón y senador Leopoldo Franchetti. Un poco más joven que Maria, Alice es una criatura angelical, que dedica todas sus energías a un ideal de amor universal. Trabaja desde hace años en la Unione del Bene y como voluntaria en San Lorenzo. Detesta la vida mundana y en cuanto puede se refugia en la gran finca familiar de la Montesca, en Città di Castello, en Umbría. Siente veneración por Francisco de Asís y un amor infinito por la naturaleza. En caso de enfermedad o tristeza, prescribe como remedio dar largos paseos por el parque de la finca, cuyos árboles conoce uno por uno.

Sueña con transformar la Montesca en un refugio para los campesinos de las tierras vecinas. Crea dos escuelas rurales, un parvulario para los huérfanos, un ambulatorio médico, un taller textil que cuenta con comedor y la redistribución de los beneficios entre las obreras. Visita a diario a las familias más pobres, a las que lleva comida y medicinas. Los campesinos la veneran como a una santa y a menudo bautizan a su primogénita con su nombre. Leopoldo Franchetti, perdidamente enamorado de ella, financia todas sus iniciativas. Solo de vez en cuando suspira: «Acabaremos en la pobreza».[2]

Alice busca sin cesar nuevas ideas pedagógicas para las escuelas rurales que ha creado. Aprovecha sus viajes al extranjero a fin de entrar en contacto con los educadores más activos de la época, preferentemente con las mujeres. Llama a la alemana Felicitas Buchner para que dirija la Scuola Professionale Femminile en la Montesca, e invita a su finca a la inglesa Lucy R. Latter, creadora de la escuela-jardín, a la vez que sufragando la traducción al italiano de su libro. Cuando visita por primera vez una Casa de los Niños en San Lorenzo, queda impresionada. Más aún, como dirá una amiga: «extasiada».[3] A partir de ese momento, solo piensa en una cosa: ayudar a Maria Montessori a cambiar la institución escolar. Financia la fabricación del material, pasa días enteros hablando con ella de pedagogía. También le promete apoyos políticos, pero para ello necesita la ayuda de su marido, a quien le organiza una visita a una Casa de los Niños de San Lorenzo. «La doctora se mantenía apartada, para que el barón viese por sí mismo el funcionamiento de la escuela —cuenta una testigo—. El barón miraba y callaba. Al final, la

doctora se le acercó y le preguntó qué opinaba. “¿Ha escrito un libro?”, le preguntó bruscamente él. “¿Un libro?... No.” “Pero es que usted se puede morir y todo esto se perdería”.»[4]

Leopoldo Franchetti es un hombre de acción. En poco tiempo lo organiza todo. Llega a un acuerdo con un importante editor romano a fin de que se prepare para editar el libro. Invita a Maria a su residencia de la ciudad, en la villa Wolkonsky, y pone a su disposición un estudio silencioso y el parque, considerado uno de los más hermosos de Roma, para que pueda trabajar sin que nada la distraiga. Con la ayuda de su alumna Elisabetta Ballerini, Maria escribe el libro en menos de un mes. Durante la corta convivencia, Leopoldo Franchetti aprende a conocer el carácter autoritario de Maria. Se da cuenta de que no se plegará fácilmente a las exigencias de un gran editor, que podría imponer supresiones o correcciones. De modo que cuando le presentan el manuscrito, envuelto en papel de seda y atado con un lazo blanco, en vez de llevarlo a la editorial romana, el barón coge el tren a Città di Castello y lo entrega a una imprenta local, con la orden de reproducirlo en su integridad, sin cambiar una coma. Maria ha elegido un título largo y complicado —«El método de la pedagogía científica aplicado a la educación infantil en las Casas de los Niños»—, decidida a hacer hincapié en que no se trata de una invención suya, sino de la aplicación de la observación científica al niño. No obstante, desde el primer momento todos lo llaman el «método Montessori», y con ese título será traducido en todo el mundo, a raíz de lo cual Maria se convertirá en una celebridad.

Dará lugar a una explosión de fama rapidísima, en un momento en que las comunicaciones y las noticias viajan muy lentamente, y una vez más su vida cambiará. Pero en ese momento Maria no sabe nada de todo esto. Está pensando todavía que su futuro se halla en Roma, y confía en quedarse en la universidad, desde donde difundir sus ideas pedagógicas. Cuando su puesto en Magisterio sale a concurso, con el riesgo de que lo ocupe otro profesor, moviliza a todas sus amistades de alta posición: «No estaría mal que al ministro Rava le llovieran de todas partes importantes recomendaciones y manifestaciones de interés para que yo pudiera tener pronto ese puesto asegurado por concurso». [5]

Gente nueva que habla en nosotros

En el verano de 1909, Alice Franchetti invita a Maria a explicar su método en la Scuola di Economia Domestica, que todos los años se organiza en la Montesca con el objetivo de formar a las maestras locales. Aunque el curso de Maria es uno de los muchos que ofrece la escuela de verano, atrae toda la atención. Su discurso inaugural es muy sugerente: «No soy yo quien ha creado algo nuevo en el arte de educar, sino que es el espíritu infantil el que se me ha revelado, y yo he sabido contemplarlo en su verdadera manifestación. Esto, que es realmente grande en el nuevo método, esta voz del alma infantil, de la gente nueva que habla en nosotros, esto y no otra cosa nos ha hecho peregrinar hasta aquí y, como un gran fuego interior, nos ha empujado a superar la vida material y a elevarnos a la más alta espiritualidad», proclama.[6] A continuación reconoce el apoyo fundamental que ha recibido de Alice: «Muchos han visitado la Casa de los Niños para fortalecerse con ese baño espiritual; pero solo la angelical baronesa Franchetti ha comprendido que esa agua revigorizaría a la humanidad. Hoy vemos aquí su primera aplicación».[7]

Las alumnas se entusiasman con su mensaje revolucionario: «Durante las clases, muchas alumnas lloraban, de modo que parecía un curso bastante triste. Y yo les decía: “¿Qué hay de melancólico en mis palabras?”. Ellas respondían: “Sentimos que nace la conciencia en nuestro interior”».[8] En los momentos que tiene libres, pasea por el parque de la villa o escucha a Alice, que en la terraza de la casa toca un exótico instrumento de viento. Durante todo el curso, Maria es su huésped y objeto de mil atenciones. La baronesa insiste en que duerma un poco por la tarde en una gran habitación silenciosa. Saca todos los libros de la estancia, cierra las persianas y ordena: «¡Descanse!».[9]

Hablar durante horas con el asfixiante calor de agosto es fatigoso. Maria ha de explicar por primera vez en público sus intuiciones: «No solo di unas clases, sino que me aislé del mundo y me mantuve en un estado de meditación un mes entero: hablando todas las mañanas siguiendo los pensamientos reunidos la noche anterior —escribe en una carta—. Al acabar, estaba exhausta».[10] En septiembre, una comisión formada por todos los profesores examina a las alumnas para entregar las notas finales. Una de ellas recuerda así la jornada: «Hace un momento ha acabado el examen, que se ha limitado a una conversación muy animada, y estoy esperando a que salga la doctora para despedirme. El grupo y todo en general ha sido muy agradable. Tenerani aprueba a

todo el mundo y ríe con sus ojos celestes, mientras la boca permanece inmóvil; Chiaraviglio no para de hacer preguntas y le gusta escuchar respuestas que coincidan con sus ideas. Montessori siempre está sonriente, todo le parece bien».[11] En la ceremonia de entrega de diplomas, Alice está junto a Maria. Vestida de blanco, con flores silvestres en el cabello, parece una chiquilla. Nadie imagina la tragedia que se avecina.

Inmediatamente después de acabar el curso, Alice se marcha a Estados Unidos, decidida a hablar del método Montessori a todo el que quiera escucharla. Gracias a sus contactos con el mundo de la educación, pone en guardia a las principales publicaciones pedagógicas anglosajonas. Durante el viaje, comienza a sentir molestias recurrentes. Siempre está cansada, pierde peso. Pasa un período de reposo en un sanatorio alemán, pero en agosto de 1910 ya se dirige a Bruselas, donde presenta en la Exposición Universal sus escuelas rurales, por lo que obtiene una medalla de oro. Cuando Maria da charlas en Roma, siempre está en primera fila para aplaudirla y apoyarla. «Ayer asistí a la espléndida conferencia de la doctora —escribe a sus colaboradoras de la Montesca—. Vuela cada vez más alto, cómo me gustaría que pudieseis escuchar sus inspiradas palabras.»[12]

Su salud sigue empeorando. En abril de 1911, el diagnóstico llega como una condena: tuberculosis. Seis meses más tarde, Alice muere en un sanatorio suizo, tras haber escrito una carta de despedida a todas las personas queridas: «Alabado sea el Señor por nuestra muerte corporal. Antes de encontrarme con nuestra querida hermana Muerte, quiero enviaros mi palabra de amor, de paz, de adiós».[13] Leopoldo Franchetti parece enloquecido por el dolor. Durante días da vueltas por los salones vacíos de la Montesca gritando: «¿Dónde estás Alice? ¿Por qué no me respondes?».[14] Intenta continuar con el trabajo de su mujer, en las escuelas rurales y en el compromiso de difundir el método Montessori en las regiones del sur de Italia. Pero unos años más tarde, en 1917, se suicida. En su testamento, perdona todas las deudas a los campesinos, les deja sus tierras y dedica un último pensamiento a los árboles que tanto amaba Alice: «Es mi voluntad que en el parque de la Montesca nunca sea talado un árbol vivo y sano».[15]

Solamente tres hijas

«Mis hijas están unidas a mí y yo a ellas: para toda la vida; para una obra a la que nos hemos entregado. Parece una cosa insignificante, pero ¡es extraordinaria!»^[16] Maria Montessori se refiere así a las primeras muchachas que la siguen en su trabajo, y que para ella son discípulas, ayudantes e hijas adoptivas. A Elisabetta Ballerini, llamada Bettina, la primera colaboradora, y a Anna Maria Maccheroni, la alumna de Magisterio, pronto se añade Anna Fedeli, una compañera de la lucha feminista.

Las tres jóvenes lo dejan todo para seguirla, y juntan sus ahorros para ofrecerlos a la causa. Las familias respectivas están preocupadas por la radicalidad de su decisión. Anna Maria Maccheroni recuerda los primeros tiempos en que, tras haber renunciado a una plaza de profesora en una Escuela Normal, trabajaba con los niños oligofrénicos y por la noche elaboraba el material de Séguin con una sierra, madera, esmalte y trementina, ante los ojos estupefactos de su familia: «Como es natural, mis padres creían que me había vuelto loca. Ya habían desaprobado que no hubiera aceptado dar clases en las escuelas secundarias, y ahora me veían serrando madera».^[17]

Maria va a cumplir cuarenta años, en esa época una edad avanzada para una mujer. La joven psiquiatra de cintura fina, inmortalizada por la prensa en la época de su compromiso con la Lega, ha dado paso a una mujer madura, gruesa, que sigue viviendo con sus padres ancianos, mientras su hijo perdido, que ya tiene once años, crece en un colegio lejano. Intensa, severa, siempre vestida de oscuro, vive como inmersa en una especie de retiro espiritual y científico. Muy pronto se lleva a sus alumnas a su casa, y transforma el piso en una pequeña comuna femenina, donde solo se vive para el sueño de desarrollar un nuevo concepto del niño. Maria pide a sus discípulas una dedicación total —«Quien se dedica a mi obra tiene que dejar todas las otras, sacrificarse y seguirme»,^[18] dice en una carta, parafraseando el Evangelio—, pero a cambio les ofrece un ideal al que dedicar la vida.

Junto a ellas se enfrenta a la atención creciente por su método. Tras la publicación del libro y el curso en la Montesca, todo se precipita. Llegan invitaciones de todas partes. Un parvulario de Perugia la llama para abrir una sección Montessori. La directora de los parvularios de Bellinzona le pide que dé unas conferencias en Suiza. Las cosas del mundo se hinchan, escribe Maria,

preocupada, en una carta. Para las cuestiones legales se dirige a un abogado de Roma, cuyo despacho muy pronto se ve atestado de correspondencia referida al método Montessori.

Debido a su carácter, Maria tiene poca capacidad de organización («Puedo hacer algunas cosas, pero no todas. No sé organizar»),^[19] y menos aún de gestionar las finanzas. Mientras puede, deja la tesorería en manos de su madre, que desde siempre se ocupa de la economía doméstica, con una bolsa de raso negro colgada del cinturón y un cuaderno de cuentas en la mano. «Pagaba inmediatamente al obrero que había realizado algún trabajo. “Puede necesitar ese dinero”, decía», según recuerda una alumna de Maria.^[20] Pero los gastos aumentan rápidamente y superan la simple gestión familiar.

«Esta enorme obra, que crece como una tormenta, como algo excesivo para nuestras fuerzas, ¡abrumador! ¿Qué será de nosotras?»,^[21] escribe Maria en una carta a Donna Maraini, una dama noble que la apoya desde hace tiempo. Rica, bien introducida en la corte y casada con un senador, es un contacto muy valioso con el mundo político romano y con la reina madre. Está educando a sus hijos con el método Montessori y sueña con abrir una Casa de los Niños en la finca familiar de Palidano, cerca de Mantua. Su marido, irritado por tanta dedicación, se queja: «Si dejamos solo a nuestro coche, va directamente a casa de Montessori».^[22]

A su amiga puede contárselo todo: por ejemplo, las tensiones que surgen de vez en cuando con Renilde. El juego de equilibrios en su vida está cambiando. Cada vez es menos hija y más madre, incluso madre abadesa de un pequeño grupo de discípulas que han jurado fidelidad a su misión y que la ayudan a curar la herida de la maternidad secreta. Cuando tiene tiempo, cocina para ellas. Es una buena cocinera y le gusta comer. También le gustan las labores domésticas. Dice que la ayudan a pensar. Si tiene que resolver una cuestión complicada, coge los zuecos de madera y el cubo de agua y se dedica a limpiar cuidadosamente el suelo.

La santa mártir del movimiento

La alumna a la que Maria quiere con mayor ternura es Bettina. Considera que tiene un talento especial para los niños y una fuerte naturaleza espiritual, que recuerda «las características de los santos angelicales».[23] La conoció en el parvulario-escuela para niños oligofrénicos de la via Rubattino, donde la chica, que había estudiado para ser maestra, trabajaba como voluntaria. La invitó a matricularse a su curso en Magisterio, y desde aquel momento ha permanecido siempre a su lado.

Cuando un extraño malestar obliga a Bettina a guardar cama, Maria cree que es un problema de cansancio: «Ha enfermado por el trajín al que la sometí, y ella me obedecía dulcemente, incluso si la hubiera enviado a la muerte. ¡Estoy tan arrepentida!», escribe a Donna Maraini.[24] En realidad, son los primeros síntomas de la tuberculosis. Su amiga interviene con presteza y paga para que puedan tratar a la joven en los mejores sanatorios. Conoce el secreto de Maria. Sabe lo que esa muchacha supone para ella. «Mi corazón había adoptado a Bettina como una hija y con ella llené su vacío», confiesa Maria en una carta.

Durante un tiempo, Bettina permanece ingresada en un sanatorio dirigido por las monjas en Nettuno, desde donde escribe cartas angelicales en que solo habla de su maestra: «El tiempo pasa rápido contemplando el mar mientras pienso en mi Mamá venerada y en el porvenir que le espera a su gran obra».[25] Maria intenta aceptar ese golpe terrible, dado su carácter fatalista y su visión religiosa, pero a veces se deja arrastrar por el desánimo. «Soy consciente de que había depositado en esa jovencita los últimos restos de mi egoísmo —escribe a Donna Maraini—, pensando hallar en ella un dulce alivio que me diera para siempre valor y fuerza. Y todo esto junto es lo que en la vida se llama cariño. Cosa (¡es cierto!) que no debía permitirme, porque creo (¡y ahora mucho más!) que no debo apegarme a ninguna criatura. Este es el precio de mi misión.»[26]

Muy pronto la situación es desesperada. Maria insiste en que Bettina pase una temporada en su casa, casi a modo de despedida. Duerme con ella, sin preocuparse del riesgo de contagio. La muchacha está ya muy débil, pero cree que aún puede salvarse. Pasa los días en la cama, hablando sin descanso, como enfebrecida, sobre los proyectos futuros, el desarrollo del método, las cosas que harán juntas. De vez en cuando, Maria se retira a otra habitación para llorar a escondidas. Su alumna más querida se está muriendo, y ella no puede hacer nada, solo llorarla en las cartas a

Donna Maraini: «Tan buena como mi hija predilecta, devota como ella, consagrada al trabajo en cuerpo y alma, nadie, ninguna otra puede serlo».[27] Bettina vivirá los últimos años entrando y saliendo de los sanatorios y morirá en 1914. Maria la recordará siempre como una especie de santa mártir del movimiento: «Una *sponsa Christi* pura como un lirio, y puesta a los pies del altar».[28]

También Anna Maria Maccheroni sufre extraños trastornos, que durante mucho tiempo le impiden caminar. Para recuperar energía, lleva en el bolso huevos, que de vez en cuando agujerea con una aguja y se bebe crudos. Maria se considera su madre a todos los efectos y actúa en consecuencia. Cuando la joven ha de ser operada de un fibroma en el útero, Maria decide lo que hay que hacer sin consultar con los padres de la joven, y asiste a la intervención. Debido a la operación, Anna Maria Maccheroni no podrá tener hijos, lo que le parece a Maria una señal divina: un sacrificio y una oblación necesarios para la causa, escribe en una carta.

No ha abandonado su proyecto de congregación laica. En 1910, pronuncia con sus alumnas una promesa solemne ante el altar, en una especie de rito privado de consagración. Para recordar el acontecimiento, escribe en el diario una breve nota: «En la noche de Navidad de 1910, nació y permaneció con nosotras».[29] Desde aquel momento, se considera unida a las alumnas con un vínculo sagrado e indisoluble. Años más tarde, explicará que Bettina murió repitiendo los votos religiosos y que Anna Fedeli, ingresada en aquel momento en un sanatorio, le escribe cartas que son «una continua invocación a la obra a la que se dedica, una exhortación continua a mí para que *actúe* y obedezca la orden del Señor».[30]

También Anna Fedeli enfermará de tuberculosis, y morirá en 1920 del mismo mal del siglo que se llevó a Bettina. Por entonces Maria se encuentra en el extranjero, pero se encarga de que la alumna descanse en Roma, en la tumba de la familia Montessori, donde también pedirá ser sepultada Anna Maria Maccheroni, en 1965, tras haber trabajado hasta el último día por la causa del método. «No puedo ni imaginar cómo habría sido mi vida sin esta obra —escribirá en los años de la vejez—. Yo buscaba una forma de amor no cerrada dentro del círculo de los lazos de familia, de simpatía, de intereses personales. Haberla encontrado fue mi paz».[31]

La Umanitaria de Milán

La primera ciudad italiana que se moviliza para remedar el experimento de San Lorenzo es Milán. En 1908, la Umanitaria, una organización de inspiración socialista con gran actividad ciudadana, propone a Maria Montessori abrir Casas de los Niños en sus barrios obreros modelo. Ella acepta con entusiasmo y obtiene de Eduardo Talamo permiso para ausentarse unos meses de Roma con objeto de poner en marcha el proyecto. El 18 de octubre de 1908 inaugura una primera Casa de los Niños en la via Solari, e inmediatamente después una segunda, y las confía respectivamente a Anna Maria Maccheroni y a Anna Fedeli.

Siempre que puede va a visitar a sus dos alumnas, pese a que el trayecto en tren desde Roma dura un día entero. Le gusta mucho caminar por la gran ciudad lombarda, donde todo le parece nuevo: «Salgo por la mañana temprano. Voy a comprar cosas para los niños, caminando bajo la lluvia. Compro hermosos grabados para alegrar y acostumbrar sus ojos a la belleza, compro juguetes, pequeños muebles, ropa de casa, elijo los modelos de las batas y organizo los trabajos». [32] Como siempre, cuida todos los detalles del ambiente, que ella llama «el vestido del alma». [33] Quiere que cuanto rodea al niño exprese belleza y simplicidad. Con la ayuda de los trabajadores de la Umanitaria, también se ocupa de amueblar las casas donde vivirán las alumnas. Todo es muy espartano: una cama de hierro, una manta de lana, una mesa, una silla. Como exige Maria, las jóvenes viven en la pobreza, en los mismos edificios en que habitan los trabajadores, y dedican toda su vida a la enseñanza.

Cuando está en Milán, Maria pasa mucho tiempo en clase ayudando a sus alumnas. «Me sirvió más verla con los niños que leer sus libros —dice Anna Maria Maccheroni—. Veía, sentía, su disposición interna, aunque exteriormente no hiciera nada extraordinario. Es el “tono”, es la persona en conjunto que se expresa con una gran simplicidad.» [34] Mientras los niños trabajan con el material, Maria se mantiene apartada, para mostrar el arte de retirarse, tan difícil para el adulto acostumbrado a «dar» la clase. Observa a cada niño con gran atención, como si estuviera delante de un experimento de laboratorio. «Muchos que no me entendieron —dirá un día—, creen que soy una sentimental romántica, que solo sueña con ver a los niños, besarlos y contarles cuentos, y que ha de visitar todas las escuelas para contemplarlos, acariciarlos y darles caramelos. ¡Por lo general, me cansan! Yo soy una rigurosa investigadora científica, no un literato

idealista como Rousseau, y pretendo descubrir al hombre en el niño, ver en él el auténtico espíritu del hombre, el diseño del Creador: la verdad científica y religiosa.»[35]

Si Séguin fue el punto de partida, ahora Maria avanza libremente por el camino que se ha trazado y precisa conceptos que en las siguientes décadas pasarán a la pedagogía y al pensamiento común: el ambiente a la medida del niño, la atención a la individualidad, la libre experiencia. Hoy son principios aceptados universalmente, pero en aquella época eran revolucionarios. Otros conceptos, como la autoeducación y el valor del error, siguen siendo todavía una característica específica del método.

El error ocupa un puesto central en su concepción. No lo considera un fracaso, sino un paso para avanzar, la otra cara del aprendizaje: «¿Por qué corregir al niño? Cuando el niño se equivoca, tenemos todas las razones para creer que no está preparado, al menos por el momento, para captar la asociación psíquica que queremos provocar en él. Si lo corregimos y le decimos: “No está bien, te has equivocado”, estas palabras de reproche le afectan mucho más que las otras y permanecen en su memoria, ocupando el lugar de las cosas que debía entender. En cambio, el silencio que sigue al error deja intacto el campo de la conciencia».[36]

Proporcionar al niño exactitud

En las Casas de los Niños sigue utilizándose el material de Séguin, convertido ahora ya en el de Montessori. Con la ayuda de Leopoldo Franchetti, a partir de 1908 lo registra con patentes en París, Nueva York y Londres, y se convierte en su única propietaria legal. Ha añadido nuevos elementos, destinados a la escritura y la lectura. Ha probado cada pieza, ha introducido muchas modificaciones, ha establecido definitivamente las medidas, las materias primas y los colores. Cada medida, cada color, cada gradación han de ser las que ella indica. En otras palabras, cada pieza debe ser exacta. «Se había olvidado de proporcionar al niño exactitud —dirá un día—. No se entiende la importancia de este detalle, que es el centro de todo. De ella proceden la alegría, la laboriosidad, el perfeccionamiento y la libertad.»[37]

El material, repite, ha de tener unas características precisas. Ha de ser bonito, para atraer al niño, ha de aislar un único concepto, para enseñar por el simple hecho de ser manipulado, y ha de prestarse a la corrección del error por parte del niño, que él mismo se dé cuenta cuando se equivoca y vuelva a intentarlo hasta conseguir su objetivo. Los adultos deben limitarse a mostrar cómo se usa y dejar luego que los niños trabajen. Esto es lo más difícil, porque los adultos tienen una tendencia natural a intervenir, ayudar, explicar. Maria, en cambio, teoriza una especie de zen del enseñante. Recuerda una alumna: «Sabía mirar y se vaciaba de todo lo que sabía. Quería ver. Decía un día hablando consigo misma: “Me vacío, me vacío, me vacío”. Para ver, el ojo ha de estar despejado».[38] La propia Maria, a la hora de resumir su método, dice: «Esperar, observando».[39]

Maria alerta sobre el exceso de estímulos, porque considera que demasiado material puede confundir. No le gustan los juguetes, que le parecen desorientadores, porque sugieren que el niño ha de distraerse, y en cambio ella quiere facilitar la concentración. En las primeras Casas de los Niños hay muchos juguetes, aportados por los continuos visitantes, convencidos de que los niños pobres están ávidos de ellos. Maria observa que los alumnos no parecen interesados. Para atraerlos, se pone a jugar. Los niños la rodean y participan un poco en el juego, más que nada por complacerla, pero en cuanto pueden vuelven a su trabajo con el material didáctico. «Entonces comprendí que los juguetes son algo inferior en la vida del niño, y que este solo los elige cuando no dispone de algo mejor: existía algo más elevado, que en su alma prevalecía, sin duda, sobre

todas aquellas cosas frívolas —dice Maria. Y comenta luego—: Lo mismo podemos pensar de nosotros: jugar al ajedrez o al bridge es una cosa muy agradable en los momentos de ocio, pero ya no lo sería si nos obligaran a ello durante toda la vida. Cuando nos reclama una ocupación urgente y elevada, se olvida el bridge; el niño siempre se encuentra con ocupaciones urgentes y elevadas que le reclaman.»[\[40\]](#)

La producción del material

La Umanitaria de Milán dispone asimismo de una Casa del Lavoro para jóvenes artesanos. Y ahí es donde empieza a fabricarse el material. Los encajes sólidos con las hileras de cilindros en orden decreciente, la torre de cubos de madera rosa, la serie de prismas marrones de igual longitud y distinta anchura, las varillas graduadas, los encajes geométricos, las cajas de los colores, las cajas de sonidos: todo el riquísimo material didáctico que Maria Montessori ha elaborado y patentado se fabrica en Milán y se envía por encargo. A ella se le entrega un porcentaje por cada set vendido. El primer año del que se conserva el balance oficial es 1913, cuando la Umanitaria le entrega mil trescientas liras. Sobre el precio del material existe un primer documento, fechado en 1916, con un coste de seiscientas cincuenta liras por el set completo.

Si se considera que en aquella época el salario anual de un empleado público italiano es de tres mil liras, las cifras nos indican dos cosas: que el coste del material es muy elevado y que Maria tiene un gran interés económico en su producción. Se trata de un detalle fundamental, ya que una de las críticas repetidas al método Montessori es que ha sido también un negocio. Maria vive de su método desde el principio. Patenta el material y contrata con varias empresas —primero en Italia, luego en el extranjero— su producción y venta. Cada nueva Casa de los Niños que se inaugura exige la compra de material didáctico y, por tanto, sustenta económicamente a Maria, así como la demanda de nuevos enseñantes, que rápidamente dan lugar a cursos de formación de pago.

Sus críticos señalan que por aquellos mismos años otra mujer científica, Marie Curie, elabora el método para aislar el radio, pero renuncia a patentarlo y lo deja para la libre utilización de la ciencia. No obstante, hay que tener en cuenta que, a la muerte de su marido, Marie Curie hereda su cátedra de la Sorbona. Maria Montessori, por el contrario, no tiene una plaza fija, e incluso abandona pronto la enseñanza para dedicarse a su método. En las cartas que le escriben políticos y miembros de la corte italiana, siempre y solamente es la «señorita Montessori», una mujer sin marido, sin trabajo y sin cargos oficiales. Cuando se evoca a Marie Curie sorprende más otro detalle. Justo mientras en Italia se abren las Casas de los Niños, la científica francesa crea con unos amigos una escuela en casa para educar a los hijos al margen del sistema oficial. Está demasiado escandalizada por lo que ve en las aulas de París y no puede ni pensar en enviar allí a

sus dos hijas: «A veces tengo la impresión de que sería mejor ahogar a los niños antes que encerrarlos en los colegios de nuestros tiempos».[41]

Un individuo difícil

Maria Montessori sigue trabajando en Roma como directora del departamento de las Casas de los Niños creado por el Istituto Romano dei Beni Stabili. Muy pronto, abre otras cuatro escuelas en el barrio de San Lorenzo. Eduardo Talamo, el director del Istituto, también participa activamente en el proyecto, ocupándose sobre todo de la disciplina y elaborando un reglamento detallado, que manda colgar a la entrada de todas las escuelas. Las relaciones con Maria pronto se vuelven tensas. Ella no soporta sus continuas intervenciones, y a él le molesta la excesiva notoriedad de Maria. La idea de la escuela en la casa es suya, pero todo el mundo solo habla ya de ella. Muy pronto se produce el encontronazo. En una carta a una amiga común, Talamo se queja: «Con Montessori tenemos graves problemas; me escribe diciendo que no acepta mis propuestas, dando a entender que existe un litigio (?) y amenazando con impedir que se enseñe su método en nuestras escuelas. Me parece que está engañada y muy mal aconsejada. En cuanto a retirar sus métodos, que haga lo que quiera, pierde más ella si se dice que los Beni Stabili los han retirado de sus Casas de los Niños: aunque no sé cómo se pueden retirar los métodos cuando se venden los materiales de la enseñanza en la Umanitaria, que le entrega a la inventora el veinte por ciento del coste».[42]

En el conflicto con Eduardo Talamo surge una contradicción, que se repetirá hasta el final: por un lado, desea difundir sus ideas; por el otro, quiere controlar todos los pasos y seguir siendo la única propietaria del material. En las reuniones cada vez más tensas con Talamo, pide garantías de que no se haga nada en San Lorenzo sin otorgarle una compensación. Talamo no está dispuesto a aceptar ese compromiso. Tiene que llenar todo un barrio de Casas de los Niños, y rápido, y quiere hacerlo sin un coste excesivo. Irritado, describe así la situación: «Es como el que, habiendo publicado un libro de historia de la gramática que se vende en las librerías, pretendiera que todo el que lo estudia hubiera de tener al autor como profesor; de lo contrario, no puede estudiarlo. En el caso Montessori es aún peor, porque yo le digo dedícate a enseñar, pero de la disciplina de la escuela me ocupo yo, y ella responde (tal como me escribe) que no puede separarse la parte disciplinar de la enseñanza, y protesto, y me voy, y peleamos. Los locos están cada vez más locos, y peor cuando se envanecen, no los aguanta ni Dios».[43] También Maria, en una carta a Donna Maraini, explica la tensión creciente entre ellos: «Esta mañana me ha llamado Talamo con su

habitual tono agresivo, ¿cómo se puede aguantar? ¿Podrías escribirle a este individuo diciéndole que intentase llegar a un acuerdo conmigo y tratarme mejor?». [44]

La ruptura se consuma en 1910. De un día para otro, los porteros de los bloques de San Lorenzo reciben la orden de no dejarla entrar en las Casas de los Niños. El brusco final de la colaboración con Talamo la priva del laboratorio pedagógico de las escuelas del barrio, pero permite que su historia continúe. Sin esta ruptura, Maria podría haberse quedado encerrada en el marco de la intervención social romana. En cambio, muy pronto toma una dirección más cosmopolita, que la llevará muy lejos. Como ya ocurrió en el pasado, la derrota aparente resulta ser un giro cargado de futuro. Maria, ayudada por su carácter decidido y casi imparable, cada vez deja atrás a los demás, sin siquiera darse la vuelta. «Las puertas cerradas son providenciales. Siempre son una fuente de progreso», dirá muchos años después, reflexionando sobre el camino recorrido. [45]

Sin embargo, Maria no olvida San Lorenzo. Hasta el fin de sus días recordará las primeras manifestaciones de la mente infantil que descubrió en Roma, y trabajará en torno a esta intuición durante medio siglo y viviendo dos guerras mundiales. Sabe que en San Lorenzo está el origen, el momento en que captó la inmensa potencialidad de los niños: «Durante miles y miles de años, la humanidad había pasado junto a los niños manteniéndose completamente insensible a esta especie de milagro de la naturaleza que es la formación de una inteligencia, de una personalidad humana». [46] Cada año, el 6 de enero, celebra el aniversario de la fundación de la primera Casa de los Niños. En 1932, con motivo de los veinticinco años —una especie de bodas de plata—, enciende veinticinco grandes velas, las coloca en la habitación, y permanece meditando largo tiempo en el centro del círculo de luz.

Tras la ruptura con Talamo, ha de comenzar de nuevo, pero no se desanima. Ahora sabe qué camino ha de seguir —observar al niño— y a ello se atendrá toda la vida: «No se ve el método. Lo que se ve es el alma del niño, que, libre de obstáculos, actúa según su propia naturaleza. Las cualidades infantiles que hemos descubierto pertenecen sencillamente a la vida, como los trinos y colores de los pájaros, los perfumes de las flores; no son el resultado de un “método de educación”». [47]

Como moscas de verano

Al principio, Maria trata de mantenerse en la estela de las iniciativas sociales de la capital. Vuelve a llamar a la puerta de la Opera Pia degli Asili di Roma, para convencer a sus directivos de que le permitan dar clases con las que seguir aplicando las intuiciones desarrolladas en San Lorenzo. Una vez más, su intento cae en saco roto. Al final, encuentra un nuevo intermediario en Ernesto Nathan, primer alcalde progresista de la capital, elegido con el apoyo de una coalición de republicanos, liberales, radicales y socialistas. Nathan es un anticlerical recalcitrante y el punto central de su programa es la reforma de la enseñanza primaria, que quiere arrebatarse al control de la Iglesia católica. Es muy lógico, por tanto, que se interese por la labor pedagógica de Maria, a la que además conoce en persona, porque él mismo ha defendido desde el primer momento las actividades de la Lega Nazionale per la Protezione dei Fanciulli Deficienti y porque su mujer ha sido compañera de Maria en las luchas feministas.

En octubre de 1910, el ayuntamiento inaugura una Casa de los Niños en la via Sant'Angelo en Pescheria, una zona muy popular en el antiguo gueto judío. En diciembre de 1911, un grupo de señoras del Consiglio Nazionale delle Donne Italiane abre otra para los hijos de las clases más acomodadas, en la zona del Pincio. El ayuntamiento cede un local y anticipa los primeros fondos, pero luego la escuela se financiará con las cuotas pagadas por las familias. Es un colegio elegante, donde también se enseñan lenguas extranjeras y los niños vuelven a casa en un tranvía tirado por caballos.

Hasta entonces, las Casas de los Niños han cubierto la franja de edad correspondiente al parvulario, pero Maria Montessori mira más allá, a la enseñanza primaria, animada por su amiga Donna Maraini, que ha educado a sus hijos con el método y quiere que sigan estudiando del mismo modo. Maria se hospeda a menudo en la casa de Palidano de Maraini, donde entra en contacto con una familia de artesanos, los Bassoli, que empiezan a producir el material, además de la Umanitaria. El hecho ocurre de un modo del todo casual. Durante un paseo en coche de caballos por la pequeña ciudad, pasan por delante de un taller y la dama se vuelve hacia Maria exclamando: «Pero ¿tú no buscabas un buen carpintero para el material?».[48]

El alcalde Nathan también insiste en llevar el método a las escuelas de primaria. Quiere introducirlo en la escuela pública, y necesita formar enseñantes. Le pide a Maria Montessori que

imparta un curso de cuatro meses en la Escuela Normal Fuà Fusinato. Maria acepta, y repite la iniciativa al año siguiente. Pero enseguida le molesta que el Ayuntamiento de Roma actúe por su cuenta, sin consultarle. Los funcionarios ponen en marcha clases Montessori en algunas escuelas, lo que suscita sus protestas. Solo ella, repite, puede hacerlo y decidir quién enseñará en ellas.

Son los primeros indicios de lo que pronto será un enfrentamiento abierto. Maria se queja de los burócratas, que quieren ir a toda prisa y siguen presentándole mil proyectos, «como moscas de verano».[49] No acepta que su método sea tratado en la junta municipal como uno de los muchos asuntos públicos de la capital. Además, sospecha que el interés por su método proviene solo de la velocidad de adquisición de la escritura y la lectura, cosa que le disgusta. Desde hace tiempo está repitiendo que ese detalle de la escritura precoz, que tanto llama la atención, no es en realidad lo más importante. Maria quiere reformar en profundidad la enseñanza, no ofrecer atajos para éxitos escolares rápidos. Cada vez se vuelve más cauta, decidida a proteger su trabajo, sobre todo el material didáctico que está creando para las escuelas de primaria. En una carta a Donna Maraini le explica que en Roma tiene la sensación de trabajar en un ambiente poco fiable: «Debes saber que en esa escuela no solo no haré experimentos, sino que me guardaré muy bien de divulgar mis ideas, porque hay personas poco delicadas que podrían disponer de ellas para publicarlas por su cuenta y estropearlas, impidiendo así más aún el avance de mi camino».[50]

La aplicación del método continuará en las escuelas públicas de Roma con muchas vicisitudes hasta la Primera Guerra Mundial. En los archivos municipales se pueden leer los borradores de las encendidas discusiones entre la facción de sus partidarios, que elogian sobre todo el aprendizaje rápido de la escritura y lectura, y la de sus oponentes, que señalan el coste elevado del material. Las relaciones personales entre Maria Montessori y Ernesto Nathan también se deterioran rápidamente, y al cabo de unos años ya no se dirigirán la palabra. Lo mismo ocurre con Luigi Credaro, el que había sido su gran defensor, que en 1914, como ministro de Educación, prefiere que en los parvularios públicos se aplique el método de la escuela maternal creado por dos pedagogas de Brescia, Rosa y Carolina Agazzi. Este método tiene la ventaja de que no exige la adquisición de material didáctico, sino que utiliza lo que sus creadoras llaman, polemizando con Maria Montessori, «fruslerías sin patente».[51] Inspirado en la concepción del parvulario como prolongación de la familia, el método Agazzi es además más casero y tranquilizador.

El año de los adioses

La radicalidad de Maria asusta. Su método no admite medias tintas. Exige una formación propia de iniciados y un replanteamiento general de la manera de organizar la enseñanza. Basta considerar la abolición de los premios y castigos, innovación que provoca en todas partes la resistencia de los enseñantes, que protestan y sostienen que no pueden trabajar sin ellos. «¡Los castigos! No sabía que fueran una institución indispensable, dominante en la vida de toda la humanidad infantil —comentará Maria—. Todos los hombres han crecido bajo esta humillación.»[52] Su método exige que los adultos realicen un profundo trabajo sobre sí mismos y tengan la humildad de reconocer que no son ellos el motor del aprendizaje. El desarrollo no se puede enseñar, explica Maria, y nadie puede crecer en lugar del niño. «Quien crea al niño desde luego no somos nosotros»,[53] afirmará años después, con una de sus frases fulminantes. Los adultos pueden facilitar, eliminar los obstáculos. A partir de ahí, el niño, si está en la situación adecuada, actúa por sí mismo.

Maria está sola de nuevo, pero no se detiene. Trabaja sin descanso, en jornadas inacabables, en las que «incluso de noche el pensamiento se impone al sueño».[54] De vez en cuando sufre crisis nerviosas, provocadas por el cansancio y por el dolor secreto de su hijo lejano, y ha de retirarse unas semanas. Desde uno de esos retiros forzados, escribe a su amiga Olga Lodi: «Estoy en el campo, deshecha de cansancio, casi enferma de cansancio».[55] Cuando se siente demasiado débil para escribir, sus alumnas son las encargadas de informar a amigos y patrocinadores. Anna Fedeli, tras haber visitado a su maestra en el convento de las monjas de Grottaferrata, explica a Donna Maraini: «Necesita tranquilidad. Todo el movimiento que se realiza en su nombre, a su favor, pasa por su alma y no la deja en absoluto indiferente».[56]

En teoría, mantiene el trabajo de médica y docente, pero en realidad desatiende cualquier otra actividad. Su expediente personal en los archivos de la universidad está repleto de certificados médicos con los que solicita períodos de baja por enfermedad y largas excedencias, renovadas constantemente. Los médicos declaran que «sufre cefaleas, insomnio y otros trastornos relacionados evidentemente con el cansancio»,[57] y que necesita interrumpir «cualquier trabajo mental por un período que no puede establecerse con precisión».[58]

Maria entiende que ya no puede tenerlo todo. Debe elegir. El año de 1910 es, en ese sentido, el

de los adioses. Deja de ejercer como médica, presenta la dimisión en la Scuola Pedagogica y pide una excedencia como profesora de Antropología en la universidad. Al principio, espera seguir al menos con las clases en Magisterio, pero muy pronto comienza a pedir también largas excedencias y abandona la enseñanza activa. Se trata de un salto en el vacío. No tiene ninguna garantía de que su método pueda mantenerla económicamente en los próximos años.

También en 1910 publica su segundo libro, *Antropología pedagógica*, que es una despedida de la carrera académica. Dedicado a sus padres, reúne en él las clases que dio durante cuatro años en la Scuola Pedagogica, con las que trató de cambiar la visión de la escuela también desde un punto de vista académico. En aquella época, la antropología todavía estaba muy influida por las técnicas de medición y clasificación, pero Maria fue mucho más allá de esos aspectos técnicos. En gran parte de sus clases describió el carnet biográfico del alumno, que en su opinión debía sustituir a los boletines de notas y a los libros de escolaridad, destacar las causas de las dificultades de los niños y observar sus mejoras. Por eso sugiere que contenga también información sobre el ambiente familiar y social del niño, sobre su comportamiento en clase, hasta convertirse en un documento capaz de guiarle en su posterior autoeducación.

Su alumna Anna Maria Maccheroni explica así este año de transición: «Me pareció verla como un nuevo Colón abandonando tierras conocidas para dirigirse a un destino desconocido. Daba todo lo que tenía, permanecía en pie mirando al frente de cara a lo ignoto, sola. En el mundo había muy pocas clases Montessori. Eso era todo».[59]

La escuela en el convento

Su fe católica, que hasta entonces se había mantenido con gran reserva, vive una fase pública a través de la colaboración con las hermanas Franciscanas Misioneras de María. Se trata también de una orden joven, como la de las Siervas del Sagrado Corazón que la atrajo en el pasado, fundada unos decenios antes por iniciativa de una noble francesa. En el convento de Grottaferrata, donde Maria realiza ejercicios espirituales en verano, algunas monjas de esta orden trabajan como maestras y son apasionadas del método. Desde hace un tiempo, en el convento de la via Giusti, en Roma, la orden ha acogido a un grupo de huérfanos supervivientes del terremoto de Messina, y el método podría ser una idea nueva para tratar con estos niños traumatizados. Las religiosas sugieren a Maria que pida una audiencia a la madre superiora.

A Maria le causa una gran impresión Marie de la Rédemption, de nombre real Geslin de Bourgogne, una aristócrata francesa diez años mayor que ella y con un porte de princesa de otra época. Aprecia la nobleza que —escribe en una carta—, cuando se vive hasta el fondo, posee la gracia de la vida espiritual. Enseguida se enamora de las grandes salas elegantes y del claustro umbroso lleno de flores, así como del silencioso recogimiento de las monjas. Propone impartir un curso de formación en el convento, para las religiosas y las señoras de la alta sociedad, y abrir una Casa de los Niños interna para las prácticas, que luego se convertirá en una escuela estable.

La Casa de los Niños se organiza rápidamente, con el patrocinio de la reina Margarita, que la financia, y un comité promotor, que reúne a la flor y nata de la capital. Los niños son los huérfanos del terremoto de Messina, todos ellos profundamente traumatizados: «No se conocía su nombre ni su condición social: se encontraban abatidos, silenciosos, ausentes. Era difícil alimentarles y más difícil aún hacerles dormir. Durante la noche se oían gritos y lamentos».[60] Para ellos se crea un ambiente encantador, con muebles claros y elegantes. Sobre la mesa, vajilla de cerámica y vasos de cristal, y flores por doquier. «Las monjas enseñaban los buenos modales a los niños, con una minuciosidad que se complicaba cada día —recordará Maria años más tarde—. Muchas de las hermanas pertenecían a familias aristocráticas y pusieron en vigor las reglas más rigurosas de la vida mundana que habían abandonado, buscando en su memoria y en sus antiguas costumbres todos los detalles que podían recordar; parecía que los niños fuesen insaciables de aquellos ademanes. Habían aprendido a sentarse a la mesa como príncipes y a servir como camareros de alto estilo.»

El curso de formación en el convento se inaugura en abril de 1910. Durante ocho meses, las alumnas asisten a las clases teóricas y realizan las prácticas en el aula. Para impedir que perturben el trabajo didáctico, Maria cuelga carteles en las paredes con la inscripción: «No hablen a los niños».[61] Anna Maria Maccheroni recuerda muy bien su severidad al respecto: «Cuando un niño se dirigía al armario, alumnas y visitantes le preguntaban “¿Qué vas a coger?”, o bien “¿Qué quieres hacer? ¿Por qué?”. El niño pequeño no piensa; simplemente coge lo que corresponde al momento presente de su desarrollo. Obedece a un instinto-guía. Hay que dejarlo libre, no molestarlo».

Maria también da clases de manera experimental en su casa a un grupo de niños de entre seis y nueve años, a fin de estudiar la forma de extender el método a las escuelas de primaria. Son hijos de amigas y patrocinadoras, por tanto, de excelentes familias. Un día, uno de esos niños les dice a sus padres que la comida en la casa Montessori es mejor. Esta afirmación les sorprende mucho, puesto que tienen a su servicio a uno de los cocineros más famosos de la ciudad. En realidad, lo que el niño aprecia no es tanto la comida, sino la experiencia de la comida, el hecho de participar en poner la mesa y de servirse él mismo. También Maria, que en ese período vive las primeras tensiones con el Ayuntamiento de Roma, aprecia el tiempo que pasa con sus alumnos: «Es un descanso estar con los pequeños, con los que no hay problemas».[62]

Ya sea en las escuelas o en su casa, su actividad de investigación avanza día a día, como un trabajo interior ininterrumpido. Gracias a su formación ecléctica, Maria ve al niño desde puntos de vista distintos —médico, fisiológico, antropológico, pedagógico y religioso— que se complementan entre sí. Sin embargo, el objeto de su investigación siempre es uno solo: la mente del niño. Sigue dando vueltas a la paradoja fascinante de esos primeros años de vida, que son fundamentales para el desarrollo de la persona, pero que son también un período del que a menudo no se conserva ningún recuerdo. Ese es el «secreto de la infancia», del que hablará toda la vida, con una especie de admiración reverente: «Yo no pretendo adivinar, ni deseo escrutar los pensamientos de los niños a los que educo. Que la inteligencia del niño y las leyes que la regulan son misteriosas y difíciles de comprender lo reconocen todos los educadores, pero yo voy más allá, y digo: respetemos el secreto, renunciemos a descifrarlo».[63]

Llevar la religión al pueblo

Maria implica a la superiora del convento de la via Giusti en su proyecto de congregación laica. Marie de la Rédemption sabe muy bien que el pasado de feminista y científica de Maria, así como su colaboración con los políticos masones y anticlericales del Ayuntamiento de Roma y con los socialistas de la Umanitaria de Milán, la hacen sospechosa a los ojos de la jerarquía católica, pero pese a todo intenta ayudarla. La invita a asistir con sus discípulas al curso de formación previsto para las novicias, y reúne todos los elementos útiles para apoyar su causa. En los archivos de la orden se conserva un dossier completo sobre este tema. En uno de los documentos, se lee: «Las hermanas saben muy bien que Montessori es ahora una cristiana practicante, que lleva una vida sumamente piadosa, se acerca a menudo a la mesa eucarística, y esperan firmemente que será otra científica a la que el estudio de la ciencia habrá conducido a la fe».[64] En una carta de la vicaria provincial a la madre superiora, descubrimos un detalle sorprendente: «En casa de Montessori van a construir una capilla, con una entrada secreta para un sacerdote que vaya a decir la misa; esa presencia no ha de conocerla nadie, ni siquiera el servicio. El padre de Maria Montessori se opone a la religión, la madre se ha vuelto religiosa solo cuando lo ha sido su hija».[65]

En el archivo se conserva el largo informe que una monja envía a la madre superiora tras haber mantenido una conversación con Anna Fedeli, en la que la alumna de Maria Montessori explica cómo el método puede considerarse un modo de llevar la religión al pueblo: «La educación de los niños tiene mucha importancia en su plan, de ello no cabe duda. Pero el objetivo principal es que la maestra de los niños sea para los adultos (los padres de sus alumnos y todo el barrio) una reforma de las ideas, un elemento elevador, moralizador, un agente de la verdad. Esta *rara avis* ha de ser fundamentalmente cristiana, llevar una vida pura y formal, ser delicada en medio de la zafiedad y virtuosa en medio del vicio. Sin llegar a aprobar de manera directa las teorías ateas y revolucionarias, ha de hacer creer que está de su parte, para obtener primero la confianza de las personas y poco a poco reconducirlas al camino de la disciplina, de la obediencia a las leyes divinas y humanas y, por último, al cristianismo. Es la propia ciencia, dice la señora Fedeli, la que nos conducirá al cristianismo, pero para introducirse en el ambiente del pueblo llano ignorante, primero hay que hacerles creer que buscamos el bien, sin decir que este bien nos viene

del catolicismo».[66] Esta idea podría parecer fruto de la fantasía de Anna Falchi, pero la propia Maria Montessori, en una carta a Donna Maraini, comenta así sus jornadas en las Casas de los Niños de la Umanitaria: «Es muy interesante escuchar las necesidades de las almas del pueblo: están sedientas de espiritualidad, y no tienen de qué beber... ¡Qué gran obra saciar su sed! ¡Indicar la vía de la elevación y la paz!».[67]

En los archivos se conserva también un documento titulado *Regole*, en el que se describe el proyecto de Maria: una orden laica de mujeres que hacen voto de castidad, pobreza y obediencia, organizadas en pequeñas comunidades de maestras, auténticas misioneras de las periferias que trabajan entre el pueblo sin signos externos, con la actitud «de quien aprende, no de quien enseña: de quien depende, no de quien manda».[68] Después del rito de los votos privados pronunciados junto con sus discípulas, Maria considera que ha ofrecido su vida por entero a Dios, y lo repite en las cartas a Donna Maraini. Además, hace tareas de promoción al ir personalmente a distintas órdenes católicas femeninas de Roma con el material ilustrativo de su método.

A través de sus protectoras, intenta obtener una audiencia con el Papa, en vano. Lo que la hace sospechosa a los ojos de los católicos tradicionalistas no es solo su pasado. Hay también elementos teóricos de peso, porque su método se opone a la pedagogía tradicional de la Iglesia, basada en el concepto de autoridad. Además, muchos exégetas católicos temen que se acepte la idea de que el niño puede prescindir de toda enseñanza externa, incluida la de los sacerdotes. También la idea de abolir premios y castigos escandaliza a los teólogos, puesto que la moral católica se basa en los conceptos de Paraíso e Infierno.

Y todavía empeora más las cosas el hecho de que en esos años se da la lucha de la Iglesia contra los modernistas, es decir, todos aquellos que intentan renovar la fe desde dentro en nombre de la libertad de pensamiento y la ciencia. El modernismo se combate como una herejía, sus principales representantes son excomulgados y, si son religiosos, suspendidos. En *La Civiltà Cattolica* las ideas de Maria se califican de «modernismo pedagógico». El director del periódico tradicionalista *Unità Cattolica* incluye el método Montessori en la lista de las novedades que amenazan a la Iglesia, junto al «deporte femenino, la ley sobre la prioridad del matrimonio civil, el tango, los congresos pacifistas, la masonería».[69]

En este clima tenso, la colaboración con las monjas del convento de la via Giusti tiene una corta vida. Ya en 1912 se suspende el curso anual de formación. A Anna Maria Maccheroni se la aparta de la dirección de la Casa de los Niños interna, que se pone en manos de una monja. Al final, en 1914 se cierra la escuela. Maria recibe la noticia mientras se encuentra en el extranjero y escribe una afligida carta a la madre superiora: «Cuando nos enteramos de que el parvulario de la via Giusti se había cerrado, ¡nos sentimos cruelmente heridas en el corazón! Era nuestro sostén, el único signo de amor público y de abierta aprobación de la Iglesia. [...] Querida madre, no entiendo lo que ha sucedido, pero ¡permítame que recuerde todo el bien que nos ha dispensado! El

consuelo que recibí de su bondad para con nosotras... Y si ha creído conveniente rechazar sin explicaciones o aviso a los que confiaban en usted, aquellos a quienes había demostrado tanta benevolencia, será porque Dios así lo ha dispuesto. Tal vez en el futuro, de esta humillación saldrán la luz y una compensación».[70]

Una peregrinación

Roma, desde siempre etapa obligada del Grand Tour, acoge a muchísimos extranjeros, lo que ayuda a la difusión del método en el exterior. De regreso a su país, los viajeros hablan de las Casas de los Niños y despiertan el interés de sus compatriotas. Muy pronto, personas de toda condición se presentan en casa de Maria Montessori para conocerla: profesores, periodistas, médicos, funcionarios, aristócratas, líderes religiosos, filántropos. «Una peregrinación desde todos los rincones de la tierra, con todas las características de una peregrinación: la fe y el fervor», dirá uno de estos viajeros al describir el fenómeno.^[71] A menudo es tal el número de visitantes que tienen que esperar días enteros para hablar con ella.

Quien no puede acudir personalmente escribe, y la casa está atestada de misivas en las que se pide información sobre cómo abrir una escuela, dónde comprar el material didáctico y cómo encontrar una maestra formada en el nuevo método. «Entre las muchas cartas, recuerdo muy bien una que procedía de China —cuenta una alumna—. Abultaba como una almohadilla. Iba atada con una cinta de raso blanco bordada a mano con figurillas de hombres chinos. Por la ropa que llevaban se diría que era un bordado bastante antiguo. Era precioso. La carta no estaba certificada, el sobre era de lo más corriente, de papel fino y, lo recuerdo perfectamente, de color azul celeste. Sin embargo, llegó intacta. Estaba escrita en inglés y decía aproximadamente lo siguiente: “Me llaman loca porque siempre he estado convencida de que había que cambiar la institución escolar de arriba abajo. Y ahora su libro traducido al chino me dice que tengo razón, que mi convicción no es una locura”.»^[72] Las alumnas reúnen las cartas en grandes cajas de cartón. Periódicamente, alguien propone ordenarlas, pero nunca hay tiempo para ello. Maria de vez en cuando coge una y la lee en voz alta a su madre, que enferma cada vez con mayor frecuencia y se ve obligada a guardar cama.

En 1911, Maria decide que ha llegado el momento de buscar una nueva casa. Quiere una más grande, donde poder abrir una clase para la experimentación y un centro de estudio permanente con idea de desarrollar el método. Sueña con un lugar donde todos puedan caber: los padres, las discípulas, los visitantes, los niños de las clases modelo y las alumnas de los cursos de formación. La elección recae en un gran piso en la via Principessa Clotilde, con amplias terrazas que se asoman a la piazza del Popolo. A Maria le encanta desde el primer momento: «¡Oh, qué

bonita es esta casa! Qué imponente, dulce, blanca, nueva, como una virgen. Y al mismo tiempo robusta, magnífica. Llena de aire, de luz, adornada con terrazas como una esposa con sus joyas».

[73]

Maria moviliza a todos sus conocidos para que convencan a los propietarios de que se la alquilen. Cuesta doce mil liras al año, una suma enorme. Para pagarla, pide ayuda a sus protectores de la alta sociedad romana. Se le da muy bien recaudar fondos, lleva haciéndolo desde los tiempos del feminismo y de la Lega: «Conoces la historia de san Felipe Neri, que importunaba a un señor avaro para que ayudase a una familia pobre, hasta que aquel señor, que tenía constantemente a Neri entre sus pies insistiendo en lo mismo, le dio al santo un bofetón. Y san Felipe dijo: “Esto es para mí, ¿y para la familia pobre?”».[74] Al final, algunos de sus protectores se comprometen a abonar una parte del alquiler. La reina Margarita pone el resto. Es una decisión arriesgada, si se piensa que Maria no tiene la certeza de conseguir financiación los años siguientes, pero ella es así. «La fuente de mi fuerza no está en el mundo exterior», dice.[75]

El interés que sus ideas están suscitando en el extranjero la anima a continuar. Es optimista por naturaleza y confía en el futuro, y lo escribe a menudo en sus cartas: «Todo es tan hermoso, tan maravilloso, prometedor...».[76] De vez en cuando experimenta momentos de desaliento, en que le parece que la empresa a la que ha dedicado su vida es demasiado difícil. Está sola con unas pocas alumnas y escasísimos medios, ante un trabajo que crece a ojos vistas. No tiene despacho, no tiene secretaria. Odia ocuparse del dinero y se queja de las cuentas que «aparecen» de repente. Siente que tiene la cabeza llena de ideas, pero no siempre dispone de la tranquilidad necesaria para trabajar. En una carta a su amiga Olga Lodi, escribe: «¡No logro disponer ni de un minuto de descanso y de alivio en mi vida! ¡He acumulado trabajo de una manera desatinada! ¡Y tengo la impresión de ser un mozo de carga del pensamiento!».[77]

La asedian constantemente visitantes que llegan en busca de noticias. Algunos, deslumbrados por Maria, lo dejan todo para dedicarse al método como si fuera una misión divina. Otros le escriben para sugerir el modo de gestionar el desarrollo del movimiento. A todos les mueve un gran entusiasmo, como si estuvieran ante un nuevo mensaje espiritual. Un pastor anglicano inglés le escribe una larga carta para explicarle que ha de organizar un gran movimiento internacional, dirigido por ella y con personas de confianza como delegados en cada país.

Montessori, Roma

Quien hace mucha publicidad entre los extranjeros es el embajador británico en Italia, que inaugura una Casa de los Niños en la sede de su embajada en Roma. Todos los alumnos son hijos de diplomáticos y hablan distintas lenguas, pero esto, según señala un periodista estadounidense que visita la escuela, no impide el buen funcionamiento del método: «Al principio hubo cierta confusión, pero en menos de un mes la torre de Babel se transformó en una comunidad de niños felices y atareados».[78]

En la prensa anglosajona especializada se abre un debate iniciado por un artículo del *Journal of Education*, publicado en Londres en septiembre de 1909, y luego por la revista estadounidense *The Kindergarten-Primary Magazine*, en la que a partir de diciembre de ese mismo año una pedagoga llamada Jenny Merrill escribe una serie de artículos. Los *kindergarten* son por aquel entonces las escuelas de referencia en Estados Unidos. Convencer a sus teóricos de la bondad del nuevo método significa conquistar el país. En sus artículos, Jenny Merrill explica que en Roma está sucediendo algo nuevo, que podría cambiar para siempre el concepto de los parvularios. Explica las explosiones de escritura, el trabajo desarrollado con una gran concentración y silencio, la transformación de los niños. También manifiesta alguna reserva, por ejemplo, sobre el hecho de que el trabajo predomine sobre el juego, pero dice estar convencida de que el tema será abordado en profundidad. Si es posible *in situ*, porque las escuelas Montessori hay que verlas personalmente. «Esperemos que nuestros especialistas del *kindergarten* que están de viaje hagan el esfuerzo de visitar estas nuevas instituciones en Italia», escribe como broche de la serie de artículos.[79] No tiene ni idea de hasta qué punto su invitación será aceptada por los colegas.

Decenas de funcionarios docentes estadounidenses cogen el barco y van a Roma a conocer a Maria Montessori. Las principales universidades del país envían profesores como observadores. Una periodista describe la situación así: «Profesores de las escuelas públicas de Carolina escriben a sus primos que están de vacaciones por Europa diciéndoles que no dejen de pasar por Roma para ver las escuelas Montessori. Madres de Oregón y de Maine escriben poniendo solo en la carta “Montessori, Roma”, y piden informaciones apremiantes, perentorias, sin vergüenza, porque advierten la posibilidad de que sus hijos, sus propios hijos, los seres humanos más importantes en el mundo, puedan perderse una cosa fundamental».[80]

Entre los primeros que llegan a Roma se encuentra Anne George, una maestra de treinta y un años, alertada por una amiga que vive en Italia. Su caso describe muy bien cómo se difunde el método en esos primeros años, gracias al entusiasmo de los visitantes extranjeros. Anne George viaja a Roma en la primavera de 1909, y se presenta de inmediato en casa Montessori. Maria no sabe inglés, Anne solo conoce unas pocas palabras de francés. La comunicación no es fácil: «Conseguí decir que era maestra, luego nos sentamos mirándonos en silencio durante un tiempo que me pareció una eternidad», recuerda Anne George.^[81] Pese a las dificultades causadas por la barrera lingüística, a Anne la impresiona profundamente Maria Montessori: «Sentí en mi interior que aquella mujer estaba en contacto con la verdadera alma de las cosas y que su trabajo era grande, sincero y digno de atención. Nunca olvidaré la sonrisa con que me acogió entonces, ni la maravillosa sinceridad con que me habló de su trabajo y sus esperanzas». En estas palabras encontramos algo que todos los que conocieron a Maria Montessori han recalcado: su gran carisma, su personalidad fuera de lo común y una especie de fuerza tranquila que la hace casi invencible.

Si se la ve trabajando con los niños, la impresión todavía es mayor: «La sencillez de la doctora Montessori fue una revelación. Cada vez que entrábamos en una clase, percibía que un espíritu nuevo y más dulce entraba en la habitación, y que los niños eran, de una manera difícil de explicar, más libres».^[82] Anne George describe aquí otro elemento fundamental: su forma de estar en clase, que es distinta de la de los adultos, sobre todo en aquel tiempo. En los cursos de formación que imparte, Maria tratará de transmitir esta actitud a las alumnas, pidiéndoles que sean ante todo personas transformadas, capaces de acercarse al niño de un modo nuevo.

Quien quiera enseñar con el método Montessori debe trabajarse mucho a sí mismo. Solo de ese modo se convertirá en lo que Maria sueña: un nuevo tipo de adulto, que sabe utilizar el silencio más que la palabra, la capacidad de observar más que la autoridad. A las alumnas les ofrece una serie de consejos —preparar el ambiente, explicar el uso del material, observar al niño—, pero la regla de oro es siempre la de abstenerse. El adulto, que por definición está en una posición de fuerza, ha de hacer lo que sea para retirarse y dejar el espacio al niño, tradicionalmente considerado más débil. Debe vencer la tentación de ayudarlo, ha de dejarle actuar con sus fuerzas, permitiendo que se equivoque y se corrija tantas veces como sea necesario, sin tratar de acelerar ningún proceso. Esta idea elevadísima, casi utópica, es una de las aportaciones fundamentales de Maria a la pedagogía, pero al mismo tiempo es uno de los motivos por los que su método encuentra tantas resistencias. Para los adultos que gestionan la institución escolar, escucharla es aceptar revisar desde los cimientos las propias ideas y actitudes. Y pocos están dispuestos a hacerlo.

Anne George es una de estos pocos. Impresionada por lo que ve, se queda en Italia todo el verano, luego regresa a Estados Unidos con una copia del libro de Maria y un set completo de

material didáctico. Cuando llega a su país, empieza a estudiar italiano para leer el libro. Al año siguiente, vuelve a Italia a fin de perfeccionar el idioma y se apunta a un curso de formación que imparte Maria en su casa para unas pocas alumnas escogidas. A su regreso a Estados Unidos, funda una escuela en Tarrytown, un suburbio rico de Nueva York. Es la primera escuela Montessori de Estados Unidos: una escuela privada, financiada por el presidente del National Bank of New York. Todos los alumnos proceden de las familias de la élite financiera de la ciudad.

Un empresario estadounidense

Hasta ese momento, en Estados Unidos, las noticias sobre el método se limitaban a los ambientes de la educación y la pedagogía. Para que lleguen a un público más amplio será necesaria la entrada en escena de un personaje muy pintoresco, Samuel McClure, que organizará una gran operación de propaganda en torno a Maria Montessori. Nacido en una familia de emigrantes irlandeses muy pobres, McClure encarna al estadounidense hecho a sí mismo. De muchacho, empezó a trabajar como periodista en una revista de ciclismo sin haberse subido nunca a una bicicleta, y en pocos años se convirtió en un editor legendario e inventó un concepto nuevo —encargar artículos y seriar libros para venderlos a diversos periódicos— que creó escuela.

Incansable y entusiasta, alterna momentos de depresión con momentos de creatividad, en los que sueña con fundar una banca McClure, una compañía de seguros McClure, una editorial McClure y hasta una ciudad ideal McClure. En 1893 publicó una revista, el *McClure's Magazine*, que tuvo un gran éxito inmediato. Uno de sus puntos fuertes es el descubrimiento de personajes nuevos. Para ello McClure dispone de corresponsales en los distintos estados de Estados Unidos y de un despacho en Londres, cuya misión es mantenerle informado sobre las novedades procedentes de Europa.

Cuando desde Londres le transmiten la propuesta de una escritora estadounidense, Josephine Tozier, que con ocasión de un viaje a Italia ha entrevistado a Maria Montessori, intuye que la historia tiene algo. Esa mujer europea que predica un nuevo modo de ver al niño parece encarnar a la perfección lo que él llama el «McClure ideal»: un personaje fuerte, un pionero que cambiará el mundo. Encarga el reportaje a pesar de la opinión de la redacción, que no entiende que una doctora italiana desconocida, que además colabora con un convento de monjas católicas, pueda interesar al público estadounidense.

El artículo se publica en mayo de 1911. Josephine Tozier explica sus visitas a dos escuelas de Roma, la privada del convento de la via Giusti y la municipal de Sant'Angelo in Pescheria. Una dispone de grandes espacios, jardines llenos de rosas y, según la periodista, un toque excesivo de religión. La otra se alza en uno de los barrios más pobres de Roma, en el gueto judío, pero los niños que hacen sus tareas en clase, tranquilos y silenciosos, le parecen muy distintos de los

pilluelos que corren por las callejas alledañas. Solo la palidez debida a la malnutrición recuerda que ellos también proceden de ese barrio desheredado.

Josephine Tozier describe los aspectos más importantes del método mediante anécdotas muy logradas. Por ejemplo, la importancia de dejar siempre al niño la iniciativa. Un alumno no puede ver el material porque tiene delante un grupo de compañeros más altos y se dispone a subir a una silla. En ese momento la maestra lo alza en brazos, sin darse cuenta, explica la periodista, de que con esta acción ha interrumpido algo muy valioso y privado al niño de una alegría mayor que la de ver el material: hallar por sí solo la solución para lograrlo.

A fin de explicar el gran orden en medio de la libertad que se advierte en las Casas de los Niños, la periodista cita a Maria Montessori: «La primera idea que el niño ha de adquirir para ser activamente disciplinado es la distinción entre el bien y el mal; y la labor del educador consiste en procurar que el niño no confunda el bien con la inmovilidad y el mal con la actividad, como ocurre a menudo según la antigua idea de la disciplina; nuestro objetivo es disciplinar mediante la actividad, el trabajo, el bien, y no mediante la inmovilidad, la pasividad y la obediencia. Una clase donde todos los niños se mueven de manera útil, inteligente y voluntaria, sin comportarse de forma maleducada, es para mí una clase muy disciplinada».[83] En el artículo se enumeran los aspectos fundamentales del método: el ambiente a la medida del niño; el uso del material didáctico; la libertad de trabajar, con la única limitación de volver a ponerlo todo en su sitio al acabar; las clases con niños de diferentes edades; la ausencia de premios y castigos; la posición apartada del profesor.

El número de la revista en que aparece el artículo tiene tanto éxito que hay que reimprimirlo inmediatamente. «Parecía que todo el mundo estuviese esperando el mensaje de Maria Montessori», escribirá McClure en sus memorias.[84] El editor encarga a Josephine Tozier otros artículos, pero los lectores quieren cada vez más y escriben miles de cartas. Muy pronto se crea una sección fija con el título «The Montessori Movement». En la redacción, un grupo de periodistas se encarga de actuar como oficina de información sobre los progresos del método en Estados Unidos. Los lectores, sobre todo las lectoras, quieren saber cuándo se traducirá al inglés el libro de Maria Montessori, si se vende ya el material didáctico en Estados Unidos y si existen proyectos de apertura de Casas de los Niños. A Roma llegan muchas cartas.

Ante tal estallido de interés, Maria se siente halagada pero también inquieta, dividida entre el deseo de dar a conocer su método en ese gran país lejano y el miedo de que se aplique de forma apresurada e inexacta. De momento, todo se lleva a cabo con desorden e improvisación. Otra periodista estadounidense escribe: «Cuando todos estos turistas y estas audaces maestras llegan a Roma, muchos sin saber italiano o francés, ¿con qué se encuentran? Con un callejón sin salida. Esperan encontrar una institución muy organizada, como nuestras grandes *model schools*, vinculadas a las Escuelas Normales, a través de cuyas aulas puede pasar una hilera infinita de

observadores. Y no se dan cuenta de que es inevitable que los italianos hablen italiano. Si son lo bastante tenaces para superar el muro de protección alzado por los amigos en torno a Maria, solo encuentran a la doctora Montessori, solo a una persona, sumamente comprometida con un trabajo importante, una persona que no habla ni entiende una palabra de inglés, que no tiene ni el dinero, ni el tiempo o la fuerza para enfrentarse ella sola a la avalancha de cartas y de personas que le preguntan por sus ideas».[85]

Muy pronto McClure va a visitarla a Roma, para ofrecerse como empresario. Conoce todos los secretos de la comunicación y está seguro de poder crear un verdadero movimiento Montessori en Estados Unidos. Como sabe francés, puede hablar con Maria sin intérprete. Es el comienzo de una colaboración poco viable, entre dos personas de caracteres opuestos —silenciosa y concentrada ella, entusiasta y voluble él— y cuya relación se construye sobre un gran equívoco de fondo. Maria cree que él es un discípulo entregado como ella a la causa, pero McClure es un hombre de negocios, que en Maria ve ante todo una fuente de ingresos. No obstante, el trato con McClure supone un paso fundamental. Gracias a él, Maria se convierte en una celebridad internacional y comienza su vida nómada, en la que viajará por el mundo siguiendo lo que pronto definirá como la «llamada».[86] Pero antes de afrontar ese nuevo cambio, ha de cerrar una herida que lleva abierta demasiado tiempo.

El hijo recuperado

El 20 de diciembre de 1912 muere Renilde Montessori, tras una larga enfermedad. Maria la cuida hasta el final. Casi nunca abandona la cabecera de la cama, pasa días sin comer y, cuando alguien le insiste, responde: «No puedo».[87] En el funeral, se sienta al lado de su padre, rodeada de alumnas. A la ropa oscura, que viste desde hace años, ha añadido un velo negro que le cubre la cabeza, donde se distinguen las primeras canas. Antes de que el féretro sea depositado en el nicho en el cementerio del Verano, Maria mete la cabeza en la oscuridad y apoya un buen rato la frente contra la madera. Concluida la ceremonia, lleva a su padre y sus alumnas a ver el mar, que en Roma no está lejos. La naturaleza siempre le ofrece un inmenso consuelo.

Ahora que su madre ya no está, el obstáculo principal a su maternidad secreta ha desaparecido. «Maria recuperó a Mario cuando murió Renilde, porque su madre no quería reconocer a ese niño. Ese hijo no existía en la familia de Maria. Era una tragedia, un silencio del que nunca se hablaba», ha explicado una descendiente.[88] Maria decide enviar una señal a ese hijo lejano. A través del padre de un compañero de colegio le hace llegar su nombre y su dirección.

Quiere dejar la iniciativa al muchacho. No sabe qué esperarse. Su hijo podría odiarla por ese larguísimo abandono, negarse a hablar con ella. Maria, normalmente tan fatalista e imperturbable, en esa ocasión tiembla, y le confía a Donna Maraini: «Parece que se haya desvanecido un período de la vida y que sea noche oscura».[89] En cuanto recibe el mensaje, Mario reacciona con sumo entusiasmo. Le escribe una larga carta, llamándola «mamá» y explicándole que hace años que espera ese momento.

Es el principio de un intercambio epistolar conmovedor, en que por fin puede darse rienda suelta a los sentimientos contenidos demasiado tiempo. No hay ningún reproche por parte del hijo, ningún miedo por parte de la madre, solo la felicidad de poder hablarse por fin, como dos héroes de cuento separados durante años a causa de un encantamiento. Quieren quemar etapas, verse lo antes posible. Organizan un encuentro durante las vacaciones escolares de Carnaval. Mario va de excursión a Arezzo con su clase y allí lo espera Maria, que ha acudido a la cita en coche. Regresan juntos el 1 de febrero de 1913. Antes de emprender viaje a Roma, Maria envía un telegrama a Donna Maraini con una sola palabra: «Llegamos».[90]

Como en una película de acción, se trata de una especie de rapto. Tal vez acordado desde el

principio con todo detalle, aunque con mayor probabilidad improvisado, como explica la primera biografía estadounidense de Maria, que pudo entrevistar a Mario adulto: «El recuerdo de Mario Montessori es de un día de primavera de 1913, cuando tenía quince años. Durante una excursión con el colegio, vio a la señora que durante toda su infancia había ido a verlo y se despertó su curiosidad. Un coche se detuvo donde él estaba descansando. La señora salió del coche, Mario se levantó y le dijo simplemente: “Sé que eres mi madre”. Le pidió que se lo llevase con ella. La señora no puso objeciones y Mario subió al coche».[91]

Al llevarse a casa a un menor de edad que legalmente no es su hijo, Maria corre un gran riesgo. Si el padre del chico decidiese denunciarla, estallaría el escándalo. Pero Giuseppe Montesano sabe que no puede oponerse a lo que está ocurriendo, ahora que Mario ha elegido. Entre los dos amantes de antaño no se produce una reconciliación auténtica, sino más bien el fin de una larga y silenciosa tensión. Ella recupera lo que le ha sido negado tanto tiempo, él reconoce su derrota. Es una decisión que, en cierto sentido, llega como una liberación para ambos. «Recuerdo haberle oído decir que quien está ofendido es como quien ha sido herido y todavía tiene el arma en la herida. Si perdona, el arma cae y la herida se cierra», explica una alumna.[92]

Desde ese momento, Maria tiene consigo a su hijo, que presenta a todos como si fuera un sobrino. Pocos conocen la verdad. Una discípula, entrevistada años más tarde, explicará que era un tema del que a Maria no le gustaba hablar. Cuando se refería al muchacho, solo decía: «Ya sabes que Mario ha tenido una infancia difícil».[93] Todos los que lo conocen en esa época lo describen como un muchacho extravertido y alegre, robusto, con una salud excelente, que se adapta con una velocidad increíble a su nueva situación. Estudia en casa con un preceptor. Nunca se aleja de su madre, como si temiera volver a perderla. Ha decidido de una vez por todas que su lugar está junto a ella.

Hasta ese día, Maria había aceptado la separación con gran estoicismo, intentando volcar todas sus energías en el trabajo y en la fe. «Todo el arte de vivir consiste en someterse a la realidad», le gusta decir.[94] Ahora que ha recuperado a Mario, puede por fin recobrar el equilibrio. Incluso la idea de fundar una congregación religiosa va perdiendo fuerza. Cartas y diarios se llenan de amor por su hijo: «Es una gran persona, he sentido su alma, es fuerte, amable, generoso, apasionado; posee una sabiduría y un amor infinitamente profundos».[95] Maria lo llama «niñito», «tesoro», «pececito», «mi único amor», «obra maestra de Dios». Lo trata como a un igual e intenta alimentar su mente curiosa. Mario explicará: «Cuando era un muchachito, una mañana me despertó temprano en nuestra casa de Roma una sacudida de la cama y un sonido similar a un trueno. Apenas había abierto los ojos cuando entró mi madre en la habitación, tranquila y sonriente, y se sentó al borde de mi cama. “Mario”, dijo, “¿ves cómo se mueve la lámpara?” Yo lo veía. “¿Notas cómo se mueve el suelo?” Yo lo notaba. Mi madre alargó los brazos como invitándome a una espléndida sorpresa: “Esto, Mario, ¡es un terremoto!”».[96]

Ante el tribunal internacional

Todo esto ocurre en un momento crucial para el desarrollo del método. Pocas semanas antes, Maria Montessori ha inaugurado el primer curso de formación internacional en su gran casa de la via Principessa Clotilde. Se ha decidido a hacerlo ante la presión internacional, preocupada ante la idea de que su método se difunda de manera incontrolada, sobre todo por iniciativa de los estadounidenses, que la asedian a preguntas. «Estos, sin el curso, habrían venido aquí a ver, y con el ver y el libro ya entienden lo suficiente para aplicar el método: por tanto, de igual modo estas personas harían Casas de los Niños, pero sin darnos nada a nosotros, sin depender de nosotros. El curso puede proporcionarnos las riendas, puede aportarnos amigos, tal vez apóstoles», explica a Donna Maraini.^[97]

Organiza el curso a toda prisa, mientras hace frente a la muerte de su madre y retoma el contacto con su hijo. Se esfuerza por mantenerse lúcida. Sabe que es un momento decisivo para su trabajo. Escribe a su amiga Donna Maraini, que es una de las pocas que está al corriente de su decisión de romper el silencio con Mario: «Me siento perdida... Y es el momento de afrontar una situación para la que es preciso tener la mente clara y el corazón fuerte. Estoy a punto de comparecer ante un tribunal internacional».^[98] Ha de ganar tiempo, para poder recuperar primero a Mario en Arezzo. Pide ayuda a su amiga para retrasar el comienzo de las clases el máximo posible, entreteniendo a las alumnas con conferencias de amigos y profesores de la universidad. Invita incluso a un arqueólogo para que imparta una jornada de conferencias sobre las excavaciones que se han realizado en el Foro Romano.

Las clases empiezan en febrero, cuando Maria ya ha regresado a Roma con Mario. El curso dura cuatro meses y hay un centenar de matriculados. El grupo estadounidense es el más numeroso: sesenta alumnas, que han viajado juntas y desembarcado en Nápoles para proseguir luego el viaje en tren. El resto del auditorio es muy variado: una estudiante del Transvaal, que se queja de las sillas y prefiere estar en el suelo con las piernas cruzadas, dos hermanas llegadas de Australia, que han vendido la casa para pagarse el viaje, o un estudiante indio, que nunca ha visto la nieve, que ese año cae en abundancia sobre Roma.

La mayoría de las alumnas son mujeres. En las clases, antes de explicar el material didáctico, Maria las invita a hacer un profundo trabajo sobre sí mismas: «Solo vosotras podéis prepararos

para observar, igual que los niños han de aprender por sí solos de sus experiencias. Esto es lo que una maestra ha de saber: cómo observar».[99] Por la noche se queda con algunas alumnas para continuar los debates. Sentada entre ellas parece aún mayor. «Llevaba siempre vestidos largos y un poco pasados de moda, como mi abuela», recuerda una de ellas.[100]

El curso, según un planteamiento que se mantendrá durante años, está dividido en dos partes. Clases teóricas impartidas en italiano, con un intérprete que traduce al inglés, y ejercicios prácticos en una Casa de los Niños modelo, abierta a tal fin. A partir del curso siguiente, Maria decidirá que las candidatas añadan una fotografía a la solicitud. Afirma que es capaz de captar la naturaleza de una persona simplemente mirándola a los ojos. Muchos, con el tiempo, la considerarán una «vidente», [101] una «médium», o incluso una mujer de «personalidad mágica». [102] Los recuerdos familiares también refieren este aspecto. Maria declara que experimenta auténticas visiones, como si estuviera en contacto con una parte de la realidad invisible para los demás.

A la inauguración del curso asisten el ministro italiano de Educación, el embajador inglés y el estadounidense, e incluso la reina Margarita, que, por razones de etiqueta, raramente acude a casas particulares. Maria pronuncia un discurso de tono profético. «¿Por qué estáis aquí? —pregunta, mirando alrededor—. El motivo es esa pequeña escuela y la revelación por la que algunos oyeron, algunos vieron, todos creyeron.»[103]

El curso constituye un gran éxito y aumenta el número de extranjeros que acuden a Roma para conocerla. Aunque el piso de la via Principessa Clotilde es grande, siempre parece que falte espacio. Una visitante recuerda: «Su casa estaba abierta a las multitudes, era un entrar y salir constante. En cierta ocasión, una señora estadounidense esperó siete horas para verla. Olvidada por la gobernanta, permaneció sentada en la sala de espera, aguardando pacientemente, sin quejarse, mientras iban pasando las horas y la habitación se sumía en las sombras».[104] Las alumnas de Maria alzan un muro infranqueable para seleccionar a las personas y evitar que le hagan perder el tiempo. «Quiero hablar con quienes llegan aquí en busca de la verdad —repite Maria—. Muchos acuden por curiosidad o porque les gustan las novedades o lo insólito. No puedo hablar con esos ladrones del tiempo. Si viera a todos los que llaman y respondiera a todos los que escriben, no tendría tiempo para los experimentos y el estudio, y mi método no está todavía acabado.»[105]

Las primeras tensiones en Estados Unidos

Gracias a la labor de propaganda de McClure, el interés por el método en Estados Unidos es enorme. El libro de Maria, traducido por Anne George, llega a las librerías en 1912 y se agota de inmediato. Se le ha añadido un prólogo de Henry W. Holmes, un profesor de pedagogía que escribe cosas muy positivas sobre el método, pero que realiza una observación que se repetirá a menudo en las críticas del mundo académico. «Un sistema educativo no está obligado a alcanzar la perfección para merecer ser estudiado, investigado y aplicado de forma experimental — comenta, perplejo ante el hecho de que Maria afirme haber creado un método científico, pero luego no acepte que otros científicos lo verifiquen y, si es necesario, lo mejoren. Personalmente, se declara optimista—: La doctora Montessori tiene una mente demasiado abierta para pretender ser infalible, y una actitud demasiado científica para oponerse a un análisis preciso de su esquema y a test sobre sus resultados.»^[106] En realidad, eso es justo lo que hará Maria, que insistirá en querer ser la única que controle y desarrolle su método, cosa que acabará enemistándola con gran parte de los pedagogos estadounidenses.

Para la venta del material didáctico se encuentra enseguida una solución. Carl Byoir, un periodista con olfato para los negocios, que se entera de la existencia del método por el *McClure's Magazine* e intuye su potencialidad económica, viaja a Roma y le propone a Maria un acuerdo para producir y vender en exclusiva el material didáctico en Estados Unidos, a cambio de seis mil dólares. Para tener una idea de lo que supone esta cifra, pensemos que en aquella época la renta media estadounidense era de ochocientos dólares. En vez de prever un porcentaje sobre cada set de material vendido, como hace la Umanitaria de Milán, Byoir ofrece el veinte por ciento de las acciones y los dividendos correspondientes. En cuanto regresa a Estados Unidos, crea una sociedad, la House of Childhood, y en enero de 1912 empieza la producción. Se trata de una empresa muy rentable, porque un set completo de material cuesta doce dólares y se vende a cincuenta. Sin embargo, menos de un año después de comenzar la producción, Byoir cede su parte de la sociedad a otro hombre de negocios y abandona la empresa. No conocemos las razones de su decisión. No hay que excluir que se diera cuenta del difícil carácter de Maria y prefiriera capitalizar la inversión y marcharse antes de chocar con ella.

McClure, más optimista, sigue soñando con enriquecerse gracias al método. Debido a la mala gestión, lo han despedido de su diario y lo persiguen los acreedores. Funda una Montessori Educational Association para gestionar la avalancha de peticiones que llegan a la redacción, pero cuando lo anuncia recibe un telegrama de Maria, enfadada porque el empresario no ha esperado su autorización: «Indignada stop Anuncio en el número de julio prematuro».[107] La crisis se supera enseguida y la asociación se pone a trabajar. En torno a la iniciativa, nace el primero de los muchos equívocos que minarán la colaboración entre ambos. Maria cree que la asociación es un instrumento para atraer financiación, mientras que para los estadounidenses —acostumbrados a la tradición de los comités desde la época de la guerra de Independencia— se trata de un medio para permitir una gestión colectiva del movimiento. Los primeros montessorianos de Estados Unidos aplican el método con flexibilidad, pensando que contribuyen al desarrollo de algo que todavía está haciéndose. Anne George, por ejemplo, observa que los niños estadounidenses son distintos a los italianos y cree que deberán introducirse modificaciones.

La refuerzan en esta idea las palabras de la propia Maria, que desde hace tiempo repite que el método no está acabado y que, más que un sistema de reglas codificadas, es el resultado de la observación científica aplicada al niño: «Lo que comúnmente se llama mi método de educación es en realidad una primera semilla de ciencia positiva, que con sus métodos de investigación ha alcanzado la verdad allí donde se desarrollan las almas infantiles. Las Casas de los Niños son los primeros laboratorios de ciencia humana: por eso su fama ha cruzado rápidamente la tierra».[108] Los principios aplicados al método no salen de ella sino de los niños, que, si se les deja libertad para trabajar, revelan el funcionamiento de sus mentes a quien sabe mirar con ojos atentos. Una de las monjas franciscanas del convento de la via Giusti dio la que tal vez es la mejor definición del sistema Montessori: «Un método que no es más que una paciente observación de la infancia».[109]

Institutos, manuales y otros litigios

Un tema de constante discusión con el empresario estadounidense es la formación de los enseñantes. McClure querría que se realizara en Estados Unidos, y anuncia el proyecto en el periódico. Maria trata de apaciguar su entusiasmo. En el primer curso realizado en Roma en 1913, los alumnos estadounidenses fueron mayoría. ¿Por qué ir a enseñar a Nueva York cuando los estudiantes están entusiasmados con la idea de emprender el viaje hasta Italia? Hace publicar en el *McClure Magazine* un comunicado para acabar con cualquier equívoco: «La señora Montessori tiene la intención de iniciar en otoño un curso para maestros que deseen abrir escuelas Montessori. El curso lo impartirá personalmente Maria Montessori en Roma. No se abrirá en Estados Unidos este año ninguna escuela de formación aprobada por Maria Montessori».[110]

Sus dudas sobre el instituto de formación estadounidense tienen su origen en razones personales, porque no está dispuesta a trasladarse a Estados Unidos unos meses y dejar a su hijo en Roma. Además, existen razones económicas. Impartir los cursos en Roma significa cobrar todas las tasas de inscripción, mientras que hacerlos en Nueva York supone repartirlas con el empresario. Cuando la candidata elegida para dirigir el instituto acude a Roma con intención de discutir la cuestión, de inmediato capta el meollo del problema. «La doctora quiere dinero para su escuela, pero no quiere crear un centro en Inglaterra o en Estados Unidos que pueda llevarse estudiantes de Roma».[111] Escribe a McClure para comunicarle que ya no está interesada en participar en el proyecto: «He visto a Montessori muy irritada, con el Comité, con miss George y con todos nosotros. Todo es imposible y yo me retiro del movimiento». A pesar de estos nubarrones, la relación entre Maria Montessori y Samuel McClure sigue siendo muy cordial. En junio de 1913, Maria le escribe, en su francés florido: «Usted siempre se ha mantenido elevado, fuerte y caballeroso, como la persona sin tacha y sin miedo, como el caballero y el amigo que gozará de mi confianza toda la vida».[112]

Otro problema es la difusión de libros estadounidenses sobre el método. Quien abre esa senda es la escritora Dorothy C. Fisher, que, después de ir a Roma a visitar las Casas de los Niños, publica *A Montessori Mother*, que obtiene un gran éxito. Pronto le siguen otros textos. Una lectora del diario de McClure publica un artículo titulado «A Mother's Experiment», en el que explica que, tras haber viajado en barco a Italia y visitado las Casas de los Niños en Roma, compró el

material y aplicó el método en su casa con su hijo de seis años. Esta idea del método casero no agrada a Maria. Pero lo que más la alarma es el segundo libro de Dorothy C. Fisher, *The Montessori Manual for Teachers and Parents*, donde la autora explica cómo poner en práctica el método en el colegio y en casa, y hasta sugiere con gran naturalidad modificaciones e ideas nuevas. Al fin y al cabo, observa, Maria hizo lo mismo con el material de Séguin, y seguramente, escribe, encontrará «en todo el mundo una multitud de ingeniosos colaboradores para su empresa».[113]

Maria decide reaccionar. Escribe un manual que hace traducir al inglés, *Dr. Montessori's Own Handbook*, e imprimir a la vez en Estados Unidos e Inglaterra. En el momento de su publicación, envía una carta abierta al suplemento educativo del *Times* para explicar lo que la ha llevado a ello: «He tomado la iniciativa de preparar yo misma un manual para poner en práctica los objetivos que el libro de Mrs. Dorothy Canfield Fisher tiene la pretensión de cumplir. Agradecería mucho que me diera la oportunidad de decir que no he delegado, ni tengo la intención de delegar en otros, el trabajo de explicar de forma divulgativa mi método, cosa de la que me ocupo en persona».[114]

Tiene un temor real de que sus ideas sean mal comprendidas y aplicadas, pero también un claro deseo de control, debido a su carácter autoritario, y la voluntad de proteger sus intereses económicos. Desde que recuperó a su hijo, este aspecto es más importante que antes. Maria sueña con construir un imperio para que Mario lo herede un día, casi como una compensación por haberlo abandonado al nacer. «Esta es la herencia del niño —escribe en el diario—. ¡Asegurar su futuro! Feliz, compensado por lo que sufrió: y seré yo sola la que se lo dará todo.»[115]

Además, poco a poco, tal vez de manera inconsciente, por efecto del éxito y de los admiradores que se agolpan a su alrededor, su actitud cambia. En los primeros años, hablaba como científica, explicando que la mente del niño se muestra al que quiera observarlo, y hasta se quejaba de estar sola ante un trabajo inmenso. Ahora, adopta cada vez más la actitud de quien, habiendo recibido una revelación, ha de comunicarla al mundo. El riesgo, como empiezan a señalar sus críticos, es que pase de ser una científica que sugiere a sus colegas cómo estudiar a los niños en condiciones ambientales ideales a ser una profetisa que custodia un mensaje y lo transmite a unos pocos iniciados elegidos y formados por ella. Es algo que muchos no le perdonarán. «No hay monopolios en el comercio de las ideas», concluirá años después lacónicamente su biógrafa estadounidense.[116]

La mujer más interesante de Europa

En noviembre de 1913, McClure llega a Roma para verla de nuevo. Sus negocios andan cada vez peor, los deudores lo acosan. Su única fuente de ingresos son las conferencias de pago sobre el método Montessori. Quiere convencer a Maria de que le ceda los derechos de las películas filmadas en las Casas de los Niños de Roma, a fin de atraer más público. Le pide dinero a un amigo para el viaje y sube a un barco que lo conducirá directamente a Europa. Como ocurre siempre con él, de una idea nace otra más grande, y McClure acaba invitando a Maria a ir a Estados Unidos. Al principio, ella se niega, para no separarse de su hijo. Pero McClure la convence preparando un programa concentrado en menos de un mes y digno de una celebridad: un encuentro con el presidente de Estados Unidos, conferencias en los teatros más prestigiosos y una visita al laboratorio de Edison.

«Ayer, finalmente, cerré un acuerdo, tras una semana durísima —escribe el empresario a su mujer—. Ahora que he obtenido el acuerdo, es una maravilla. ¡Derechos exclusivos de sus películas en Estados Unidos! ¡Imagina! Y además, el hecho de que ella vendrá y las conferencias conjuntas y las películas, todo durante tres semanas, y el control futuro de sus conferencias y películas tal vez para el resto del mundo.»^[117] Firman un contrato por el que Maria se compromete a impartir una decena de conferencias en Estados Unidos, a cambio de un anticipo de seiscientos dólares. Los ingresos se repartirán en un sesenta por ciento para ella y el resto para McClure.

La invitación llega en el momento justo. La difusión del método en Italia se halla en un punto muerto. En Roma, Maria tiene ya más enemigos que partidarios. En las discusiones de la junta municipal, los funcionarios señalan que los costes de abrir una Casa de los Niños son mucho mayores que los de una escuela normal. Un borrador de una sesión de 1913 resume las críticas: «Se adquirió material con un coste de dos mil liras; otras dos mil fueron entregadas a la señora Montessori, que con unas pocas clases formó un grupo de educadoras. [...] Mientras que una sección normal de un jardín de infancia acoge hasta setenta y cinco alumnos, el método Montessori exige clases poco numerosas de cuarenta alumnos en teoría, de veinte o veinticinco en realidad. Y eso no es todo, porque ese método exige el doble de locales, muebles hechos ex profeso, alfombras, mesas lacadas, butacas, etcétera».^[118] No falta una indirecta contra Maria, que acaba

de terminar el primer curso de formación internacional: «Mientras tanto, el método Montessori ha traspasado las fronteras de Italia. Se habla de él en Estados Unidos y en Australia, y recientemente la señora Montessori ha dado conferencias pagadas a razón de cincuenta libras esterlinas por oyente, acumulando así en pocos días unas setenta y cinco mil liras».

El 21 de noviembre de 1913 Maria se marcha a Estados Unidos. Embarca en Nápoles en el transatlántico *Cincinnati*, junto con McClure. Su hijo acude al puerto a despedirla y luego regresa a Roma con Anna Fedeli. «He visto a mi heroico niño, que agitaba la mano saludando y me animaba desde el muelle —escribe Maria—. Iba dando saltos, hinchaba los carrillos y gritaba: “¡Soy feliz!”. Su voz me llegaba, aunque ya no podía verlo. Luego, el muelle se convirtió en una mancha indistinguible.»^[119] Durante la travesía, Maria escribe un diario, que es sobre todo un diálogo con el muchacho lejano: «Hijo mío, ¿qué estarás haciendo? Me consuela saber que estás durmiendo en la habitación que tu mamá te ha preparado. Duerme bien, tesoro mío adorado.»^[120] La nave avanza lentamente con su carga de un millar de pasajeros. Maria viaja en primera clase, y reparte el tiempo entre su camarote, los salones comunes y las tumbonas en cubierta, donde permanece sentada durante horas, envuelta en una manta, contemplando el horizonte. McClure siempre está a su lado, procurando que nada la moleste.

Cuando el barco hace escala en Gibraltar, esperan a Maria dos telegramas, enviados por su padre y su hijo, respectivamente. Da la bienvenida al océano arrojando al agua el ramo de flores que le entregó Mario al partir. Siente que ese viaje a Estados Unidos es decisivo también para su hijo. Hasta entonces, ha sido Giuseppe Montesano quien se ha ocupado del chico, pero ahora le toca a ella garantizar su futuro, dejarle algo que lo compense de su trágica infancia: «McClure piensa en una compañía Montessori-McClure que conquistará el mundo y ganará un montón de dinero. El chico será el heredero», escribe.^[121]

Recuperar a Mario le ha permitido liberar por fin sentimientos bloqueados durante años, y el torrente de emociones parece imparable: «Verte y sentir tus dulces caricias, ¡cariño mío! Santo favorito de Dios. Hijo, para ti yo solo soy tu madre, pero para mí tú lo eres todo.»^[122] Está preocupada por el período de separación, pero al mismo tiempo se siente extrañamente serena. Cuando el barco es azotado por una tempestad, permanece encerrada en su camarote. Oye los cantos que surgen de la tercera clase, donde los pasajeros menos afortunados tratan de dominar el mareo reuniéndose en torno a un violinista para escuchar las canciones de la patria lejana.

Los periódicos estadounidenses esperan su llegada, y se refieren a Maria como «la mujer más interesante de Europa.»^[123] En el transatlántico se difunde la noticia de su presencia y los pasajeros entregan a McClure una solicitud para que la celebridad italiana dé una conferencia antes de llegar a puerto. El capitán la invita a visitar la sala de máquinas, y el oficial médico hace lo mismo con el ambulatorio y el pequeño quirófano. Este largo viaje es un paso simbólico, que recalca el gran cambio operado en la vida de Maria Montessori. La mujer del pasado —la

médica, la feminista, la docente, la voluntaria de San Lorenzo— se difumina lentamente, como las costas de Europa el primer día de navegación en pleno océano. En Estados Unidos, Maria se convierte en «la Montessori». Deja atrás el período épico de su vida, aquel en el que ha luchado por estudiar Medicina, y el período de la larga travesía solitaria en el que ha definido su misión. Empieza la fase del éxito, con todas sus tentaciones: dinero, poder, deseo de control.

CUARTA PARTE

La gestión del éxito

(1914-1934)

Hay que considerar que nosotros solo tenemos con qué elevarnos, pero no con qué sostenernos; y que una condición para asegurar, digámoslo así, el negocio, es tener el menor número posible de enemigos y los patrocinadores más llamativos.[\[1\]](#)

Una gira triunfal

El barco que lleva a Maria a bordo atraca en Nueva York el 3 de diciembre de 1913. En el muelle la esperan el vicecónsul italiano, una delegación de la comunidad italoamericana y muchos periodistas. Las primeras fotografías se toman mientras está aún en la escalerilla del barco. Imponente pese a su baja estatura, envuelta en un abrigo de pieles negro, y con expresión decidida, llena todo el espacio. A su lado, McClure da la impresión de desaparecer. Antes de ir al hotel, Maria pide que la lleven a dar una vuelta en coche por la ciudad. «Tengo que verlo todo», proclama.[2]

En el hotel está prevista una conferencia de prensa. La multitud es tan grande que el personal controla a los invitados a fin de impedir la entrada a los curiosos. Algunas alumnas del curso de Roma, para poder entrar, se procuran sombrereras y fingen ser modistas con una entrega urgente para la doctora italiana. En la suite que le ha sido asignada, Maria afronta todo ese alboroto con suma tranquilidad. «Por encima de todo, da una impresión de calma y seguridad —escribe un cronista—. Tal vez porque contrasta con nuestra agitación, tal vez porque está en un país extranjero y no entiende el inglés; cualquiera que sea la causa, parece curiosamente distante. No se muestra indiferente, le interesa este lugar extraño y ruidoso, pero al mismo tiempo parece apartada, serena y no afectada por nada. —Y luego concluye—: Pasar media hora con la educadora más famosa del mundo nos hace entender de inmediato que el método es Montessori y Montessori es el método, y tenemos serias dudas sobre cómo continuará la autoeducación cuando ella ya no esté.»[3]

Los periodistas se agolpan a su alrededor con mil preguntas. Quieren saber si es una sufragista: «Naturalmente. No se puede no sentir simpatía por el movimiento feminista, que es uno de los grandes desarrollos sociales y políticos de nuestro tiempo. Cualquier iniciativa que engrandezca al individuo y a la humanidad ha de ser apoyada. Pero no soy una militante».[4] Le preguntan si en verdad está convencida de que no existen niños malos: «Incluso los recién nacidos son totalmente buenos si están en el ambiente adecuado —responde sin dudar—. El recién nacido, acostado pacíficamente en su cuna, utiliza sus sentidos ya desde el séptimo día de vida». Los cronistas toman nota, sin saber que aquella doctora extranjera anticipa en medio siglo los estudios sobre la

vida neonatal. No todos son precisos. Algunos escriben que es una condesa, o que quiere quitar los niños recién nacidos a sus madres. Pero la publicidad es excelente.

El 4 de diciembre Maria está en Washington, donde visita la escuela Montessori que Alexander Graham Bell, el inventor del teléfono, y su mujer Mabel han creado en la ciudad, y que dirige Anne George. También en esta ciudad concede muchas entrevistas. Según el programa previsto, debería entrevistarse con el presidente Wilson, lo que preocupa bastante a McClure, pues no está seguro de poder mantener la promesa hecha en Roma. Al final, no se produce el encuentro, oficialmente debido a una indisposición del presidente, pero su hija, Margaret Wilson, acompaña a Maria a visitar la ciudad en un coche de la Casa Blanca y organiza una reunión con altos cargos públicos.

El 6 de diciembre Maria pronuncia la primera conferencia, en el Masonic Temple de Washington. Habla despacio, en italiano. Anne George, de pie a su lado, traduce al inglés. Detrás de ella se van proyectando las imágenes de las películas filmadas en las Casas de los Niños en Roma. Después de la conferencia, se celebra una fiesta en su honor, con cuatrocientos invitados: la alta sociedad de la capital acude en su conjunto a ver a la mujer que ha descubierto el poder de la mente infantil. El 7 de diciembre los Bell organizan una comida de presentación con los educadores de las escuelas locales, y luego acompañan a Maria a la estación, donde la espera el tren para regresar a Nueva York.

El lunes siguiente habla en el Carnegie Hall. La sala está llena, y más de mil personas se quedan en la calle. Presenta el acto John Dewey, de la Universidad de Columbia, decano de los educadores estadounidenses. Maria habla extensamente, explicando su método y ampliando la visión de la institución escolar a la humanidad entera: «El desarrollo que pretendo afecta al niño en su totalidad: fuerza del cuerpo, conocimiento de las necesidades prácticas de la vida, despertar de todos los sentidos y un preciso control muscular. Y mi objetivo más amplio es el perfeccionamiento de la raza humana».[5] Dado el éxito, McClure concierta una segunda conferencia en el Carnegie Hall, que tendrá lugar la semana siguiente.

La fiebre Montessori

El 9 de diciembre Maria está en Filadelfia, donde conoce a Helen Keller, una mujer muy famosa en Estados Unidos, que años más tarde será más famosa aún gracias a la película *El milagro de Ana Sullivan*. De niña, Helen Keller se quedó ciega y sorda a causa de una enfermedad. Los padres, por sugerencia del matrimonio Bell, le buscaron una profesora extraordinaria, Anne Sullivan, que halló un modo de comunicarse con la niña y la ayudó a estudiar hasta obtener un título universitario. La historia de Helen Keller es la confirmación de lo que Maria sostiene desde hace tiempo sobre el instinto natural de los niños para el conocimiento. Incluso en la oscuridad más profunda y en la carencia sensorial más absoluta, el potentísimo cerebro infantil tiene recursos infinitos.

El encuentro se produce delante de los periodistas. Helen es una militante socialista, y durante la conferencia de prensa habla de la lucha por la justicia social. Maria prefiere mantenerse al margen de la política, aunque sin renegar de su pasado: «Empecé como simpatizante de revoluciones políticas de todo tipo. Luego comprendí que la liberación de lo que tenemos en el corazón es el inicio y el fin de toda revolución».[6] Las dos mujeres se comunican mediante un sistema muy complicado. Maria Montessori habla en italiano, Anne George traduce al inglés, y luego Anne Sullivan transforma las palabras en signos trazados sobre las manos de Helen Keller, y lo mismo en el sentido opuesto. Al final del encuentro y saltándose el complejo sistema de comunicación, Maria abraza a Helen y susurra a Anne George: «Dile que estoy demasiado emocionada para expresar con palabras lo que siento».[7]

Tras una estancia en Boston y en Providence para impartir unas conferencias, visita el laboratorio creado en Menlo Park por el inventor Thomas A. Edison. El 15 de diciembre se halla de nuevo en Nueva York para hablar por segunda vez en un Carnegie Hall abarrotado de público. Norteamérica, tierra de la libertad, parece entusiasmada con el mensaje de esta doctora italiana, que en cada discurso insiste en el concepto de libre desarrollo del alumno: «En vez de imponer a los niños los resultados de la experiencia de otro, debemos dejar que experimenten por sí solos, a fin de que su experiencia haga del conocimiento algo real y personal, no algo mnemónico».[8]

Visita Pittsburgh y Chicago, rodeada siempre de una multitud, gracias a la excelente labor de propaganda de McClure. La prensa habla de «la fiebre Montessori». A pesar de la agenda tan

apretada, tiene tiempo de enviar un telegrama a sus alumnas de Roma para recordarles que lleven flores a la tumba de su madre, en el primer aniversario de su muerte. McClure nunca se separa de ella, cuidando de que nada la irrite, porque ahora ya conoce bien su carácter difícil. «Casi hemos terminado, todo bien, y una vez más puedo respirar —escribe a Mabel Bell—. La doctora ha tenido éxito en todas partes y, dejando de lado su neurastenia y el cansancio que produce, ha resultado ser una excelente compañera de viaje.»[9]

McClure le organiza un fin de semana de asueto en el Battle Creek Sanitarium, como huésped de John Harvey Kellogg, médico y pionero higienista, además de inventor del proceso para producir los *corn flakes*, que en su clínica atiende a pacientes comunes y también a celebridades como McClure. A todos les propone baños de sol, ejercicios de respiración y un rígido calendario diario de gimnasia y dieta vegetariana. Recuperada tras dos días de descanso, Maria llega a Nueva York, donde la noche del 23 de diciembre asiste a una recepción de despedida.

El día antes de partir, ha de ocuparse de las negociaciones con James Pierce, el nuevo director de la House of Childhood, la sociedad estadounidense que produce el material didáctico en Estados Unidos. Quiere cambiar las condiciones económicas: en vez de dividendos anuales, que no tiene ninguna posibilidad de controlar, desea un porcentaje fijo sobre cada set vendido, como sucede con la Umanitaria de Milán. Hace tiempo que sospecha que la sociedad está obteniendo grandes ganancias sobre el material sin entregarle lo que le corresponde. Las negociaciones son largas y difíciles, pero Maria repite que se fía por completo de McClure, que asiste a la reunión y traduce al francés para ella.

Querría que el empresario la acompañase también en el viaje de regreso, pero McClure no puede abandonar el país a causa de la presión de los acreedores. Confía a Maria a Mr. Bang, un joven empleado de la editorial inglesa que publica el libro de Maria, que como ella ha de regresar a Europa. La travesía de Nueva York a Liverpool en el transatlántico *Lusitania* dura cinco días, en los que Maria casi no abandona el camarote, incapaz de trabar conversación con el joven, que no habla francés.

Se traslada en tren a Londres y solo tiene tiempo para dar una vuelta en coche por la ciudad, que no ha vuelto a ver desde los años de su juventud, y para un encuentro con la prensa en la estación de Charing Cross. Está muy cansada, pero todavía le falta la etapa francesa. Ella y su joven acompañante viajan en ferri y luego en tren hasta París, desde donde Maria continúa sola hacia Italia. Cuando el joven explica a McClure el viaje, no oculta que ha sido difícil: «Cuando por fin llegamos a París, la doctora Montessori enfermó gravemente de neuralgia y casi tuvo un desvanecimiento. Sin embargo, tras pasar gran parte de la noche dándose baños y masajes, se sintió mejor y al día siguiente pudo irse a Roma».[10]

¿Dónde están los amigos fieles?

Maria llega a Roma el 5 de enero de 1914. Una vez en casa, que sus alumnas han llenado de flores frescas y velas encendidas, puede por fin abrazar a Mario y a su padre. Está cansada, pero eufórica, todavía bajo el efecto del éxito obtenido en Estados Unidos. Las primeras semanas son un intercambio continuo de cartas con el empresario estadounidense. En un telegrama le dice: «Ruego siga escribiéndome todos los días stop Debemos conquistar todo stop Mi confianza en usted».[11] Le cuenta que se ha permitido un breve período de reposo, para recuperar fuerzas siguiendo los principios higiénicos aprendidos en la clínica Kellogg: masajes y dieta vegetariana, todo lo que necesita —escribe— para trabajar con él en la conquista del mundo. No lo sabe, pero su colaboración ha llegado ya a su fin.

La primera cuestión que los enfrenta es la del centro de formación de Nueva York. McClure insiste en inaugurarlo cuanto antes. Maria duda. En realidad, ella también comprende la necesidad. Desde los experimentos de San Lorenzo, sueña con crear un centro de desarrollo del método, que reúna un lugar de estudio permanente para ella y sus colaboradoras, una escuela modelo donde experimentar el nuevo material y un curso regular para formar enseñantes. Pero no está segura de querer abandonar Italia. Sondea a McClure a fin de saber si hay fondos para organizar una estancia de unos años. Desde el primer momento precisa que no está dispuesta a comprometerse si no le pagan. Para hacer una comparación, explica que los montessorianos ingleses, a fin de asegurarse su presencia para impartir cursos de formación regulares en Londres, están dispuestos a entregarle una cifra fija anual. McClure no puede prometerle nada, porque está cargado de deudas: lo único que tiene es mucha prisa. Sin decírselo a Maria, ya ha registrado el nombre de una Montessori Company, con la que espera gestionar en el futuro la empresa del método y las ganancias que con ella se obtengan.

Maria sabe que la situación en Estados Unidos es delicada. La oleada de interés en la gente es notable, pero podría disminuir con la misma rapidez con que se inició. Además, hay que tener en cuenta que los académicos estadounidenses son en gran parte hostiles, y no están dispuestos a aceptar lecciones de una italiana, que ni siquiera es profesora universitaria. El ejemplo más conocido es el de William Heard Kilpatrick, profesor de la Universidad de Columbia, que en 1914 publica un libro, *The Montessori System Examined*, donde acusa al método de pertenecer a

un sistema de pensamiento que se remonta a Itard y Séguin y que, por tanto, está irremediablemente pasado de moda. «Kilpatrick era la autoridad. Dio su opinión, y fue un no», resumirá años después una estudiosa.^[12]

Maria sabe que hay que aprovechar el momento y que el apoyo y el dinero estadounidenses son fundamentales para el desarrollo de su método. Pero al mismo tiempo no está dispuesta a satisfacer todas las demandas que le llegan del otro lado del océano. Si prospera la idea de que basta seguir un curso suyo para formar después a otras personas, enseguida perderá el control de la aplicación del método en el país. El hecho de estar lejos y de no hablar inglés aumenta la confusión. En una carta a Donna Maraini se desahoga: «¿Dónde están los amigos fieles allí? ¿Quién trabajaría para nosotros? ¿Quién nos conoce? ¿Quién explicaría la bondad de las ideas? ¿Quién tiene suficiente competencia? Un curso que no dé el derecho a preparar maestros puede procurarnos todo esto. Sin el curso se corre el riesgo de que, sin defensas verdaderas, las luchas y la confusión destruyan el futuro».^[13]

No entiendo nada de negocios, lo sé

La relación con McClure se enfría en unos meses, se desmorona por cuestiones económicas. Discuten prácticamente por todo: los pagos de las conferencias del viaje a Estados Unidos, los costes de reproducción de las películas de las Casas de los Niños, las cantidades pagadas por la House of Childhood. Para tratar de resolver al menos esta última cuestión, McClure participa en el capital de la sociedad y pone en la dirección a su hermano Robert, pero la situación, en vez de mejorar, empeora. Ahora es con él con quien Maria se enfada, en un incesante intercambio epistolar. Ya no lo llama «querido amigo», sino «señor McClure» y empieza a escribirle a través de su abogado. Sabe que al empresario solo le interesa el aspecto económico de la empresa y teme que la engañe: «No entiendo nada de negocios, lo sé, sin embargo, entiendo que, pese a contratos y abogados, al final todo el mundo gana a costa de mi trabajo, y yo soy la única que me quedo sin nada».[14]

McClure no puede moverse, bloqueado por los acreedores y, en marzo de 1914, envía a su hermano a Italia. Recibe un telegrama, en el que Maria le ordena que no lo haga, pero Robert ya ha emprendido el viaje. La visita es un desastre desde el primer momento. El emisario es recibido con extrema frialdad. Tras haberle obligado a esperar largo tiempo, Maria le exige discutir de nuevo todos los acuerdos. Así lo resume este en una carta a su hermano: «Si se hace todo esto, se podrá hablar de un centro de formación, pero ha de quedar claro que es ella la que organizará las clases, que será su empresa, que si nosotros nos ocupamos será solo en calidad de sus agentes, todo deberá someterse a ella para ser aprobado».[15]

Por si fuera poco, Maria, que mientras tanto ha entrado en contacto con otros estadounidenses, retira a McClure el mandato de representación. Ante esta situación dramática, McClure piensa en escapar de los acreedores y viajar a escondidas a Roma. Su mujer, exasperada por el psicodrama que se desarrolla a ambos lados del océano, le apremia a poner fin a la colaboración: «¿Cómo puedes creer que reconducirás las relaciones con ella? No hallarás paz en ningún trato con esa mujer».[16] Al final, incluso McClure, el eterno optimista, ha de rendirse. Rompe toda relación con Maria y encarga a su abogado que venda la House of Childhood. Como Maria no tiene suficiente dinero para hacerse con la empresa, las negociaciones se prolongan, y no acabarán

hasta 1916, cuando la familia de una nueva alumna estadounidense, Adelia Pyle, aporte la cantidad necesaria.

En la correspondencia con McClure se describe muy bien cómo vive Maria esos primeros años de repentino estallido de su fama. Asediada por personas que hablan una lengua que no conoce y que la reclaman por doquier, desconfiando y preocupada por lo que se hace en su nombre, trata de tenerlo todo junto —el desarrollo y el control— y está sola en el centro de una corte de admiradores y hombres de negocios. El mismo carácter fuerte, casi imparable, que la ha llevado a alzarse de nuevo tras cada dificultad, le impide ahora confiar en los demás. «Lleva el mando en la sangre», dirá de ella una alumna, muchos años después.^[17]

Por un instante cree que McClure es la persona adecuada, pero es una ilusión momentánea. Como siempre, cuando la decepcionan, no duda en romper toda relación. En menos de cuatro meses, pasa de las promesas de una amistad para siempre a cartas amenazadoras, y acaba con un telegrama tremendamente cortante: «No haga nada sin contratos regulares stop Prohíbo la publicación de las conferencias del año pasado».^[18]

Repasando estas cartas, se ven cada uno de los conflictos que turban a Maria Montessori, y todas sus contradicciones. Es una mujer movida por un ideal fortísimo, que no puede renunciar a su trabajo de investigación, pero al mismo tiempo la distrae sin cesar el aspecto económico de la empresa. Oscila entre ideal y ambición, entre entusiasmo y cansancio, siempre con los nervios a flor de piel. Se deja seducir por los halagos de los admiradores, pero en el fondo no se fía de nadie. Su mal genio es más fuerte que todo, recordado incluso por una de sus descendientes: «Era una mujer difícil, difícilísima. Colérica. Si una persona no le caía bien, podía ser incluso cruel».^[19] Ella misma se interroga sobre su compleja personalidad: «¿Por qué actúo así: crearme enemigos, hacer que me odien, cuando todo el mundo corre hacia mí para amarme, y yo siento un amor tan profundo e ilimitado que puedo abrazar a toda la humanidad?».^[20]

Lejos de la Europa en guerra

En la primavera de 1914, Maria Montessori organiza en Roma un segundo curso internacional. En esta ocasión la sede no es su casa, sino Castel Sant'Angelo. El curso dura cuatro meses, de marzo a junio, y asisten a él un centenar de alumnas, de nuevo la mayoría estadounidenses. El método suscita interés en todas partes, pero en ese momento Estados Unidos es el país que muestra mayor entusiasmo. Son muchos quienes le piden que vuelva. Solo ella puede formar enseñantes, lo que hace que su presencia sea indispensable. El estallido de la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, facilita su decisión. Italia todavía no ha entrado en la contienda, pero podría hacerlo en breve. Mario cuenta dieciséis años y pronto tendrá edad para ser movilizado. Para Maria, la idea es inaceptable. Marcharse llevándose a su hijo le parece la manera más eficaz de alejarlo del peligro.

Acepta la invitación de las autoridades educativas de California, que le llega por mediación de una alumna. Antes de partir, confía a su anciano padre a Anna Fedeli y a la omnipresente Donna Maraini: un pequeño comité femenino que se compromete a cuidar al que todos denominan con afecto «el abuelito Montessori». El 11 de abril de 1915 embarca con su hijo en Nápoles, en el transatlántico *Duca degli Abruzzi*. Ocho días más tarde, la esperan en Nueva York dos alumnas norteamericanas, Helen Parkhurst y Adelia Pyle, que la acompañarán durante toda la estancia.

Se detiene en Nueva York para visitar las Casas de los Niños de la ciudad y para dar una conferencia; luego parte hacia San Francisco en un tren continental que atraviesa Estados Unidos de costa a costa. Maria le explica a su padre el viaje, que dura diez días, en largas cartas llenas de detalles: «En el tren, hay servicio de barberos, manicuras, pedicuras, etcétera, además, hay baños y ducha. Los comedores tienen las mesas muy grandes, porque el tren es el doble de ancho que los trenes europeos».[21] Por la ventanilla desfila ante sus ojos el paisaje, hecho de «llanuras infinitas, inmensas como el océano».[22]

El 25 de abril llega a San Francisco, y de la estación va directamente a la Exposición, donde se ha organizado una recepción de bienvenida. Luego, coge el tren hacia Los Ángeles. No parece cansada por el viaje, es más: «Una cosa sin duda maravillosa es que estoy mejor que en Roma, en el sentido de que parezco menos fea y menos vieja que antes, y ¡tengo unas ganas y fuerzas para corretear que antes no tenía! Corro y salto, y tengo la agradable sensación de sentirme

“rejuvenecida”».[23] El Oeste americano, tan distinto de la costa oriental que fue el escenario de su primer viaje, suscita su curiosidad. Los organizadores le reservan un trato muy considerado. Maria tiene derecho a hoteles de lujo y coches con chófer, a su alrededor siempre hay una multitud de admiradores. «Está siempre rodeada de personas que desean conocerla y escuchar de ella una palabra que luego conservarán como un tesoro —escribe un cronista—. Por desgracia para todos, no habla inglés. El resultado es que cuanto puede ofrecer a los visitantes es una inclinación y una sonrisa, acompañadas de un apretón de manos.»[24]

Recelosa, en cierto modo fanática

Un detalle resulta evidente desde el primer momento. Todos los que hasta ahora han estado trabajando para el método en Estados Unidos y organizaron la primera estancia de Maria se hallan ausentes. Mabel Bell, la presidenta de la Montessori Educational Association, se entera del viaje a posteriori, pero insiste en contactar con Maria. Los directivos de la asociación conocen la complicada personalidad de la fundadora, y muchos le piden que desista. Uno de los administradores le escribe: «Será difícil tratar con una mujer con su carácter. Indudablemente, es un genio y tiene toda la irresponsabilidad de un genio, pero al mismo tiempo me parece muy desconfiada. No tengo ningunas ganas de relacionarme con ella y me disgustaría que lo hiciera usted. No hablamos italiano y todas las conversaciones con ella han de realizarse a través del intérprete. Creo que no es capaz de entender quiénes son sus amigos».[25]

Mabel pide ayuda a Bailey Willis, profesor de geología en Stanford, que sabe francés y puede hablar sin intérprete. En el resumen detallado que Willis le envía después del encuentro, se describen con gran precisión los rasgos más evidentes de la personalidad de Maria. Su miedo a ser desbancada («estaba sinceramente preocupada por el mal uso de su nombre y por la pureza del método»),[26] su peculiar modo de estar con las personas («Tiene una forma, que a alguien le puede resultar desconcertante, de permanecer en silencio, considerando lo que acaba de decirsele, con una expresión de absoluta indiferencia, y durante tanto tiempo que uno se pregunta si ha comprendido»), su dificultad para entenderse con los estadounidenses («Se siente una extranjera, ante influencias que no entiende, desconfiando de quien busca su amistad»), su obsesión por el control («Es recelosa, en cierto modo fanática, independiente y sumamente femenina. Exige una lealtad a sus ideas que, tal vez de un modo no consciente, es una solicitud de lealtad a su persona»). Como siempre, el carisma de Maria surte su efecto. «Por lo que a mí respecta — declara Willis—, me ha gustado. La presencia elegante, la sutileza femenina, la manera alegre de defenderse, el sentido profundo de trabajar para una misión, el pensamiento contemplativo, la rapidez con que se inflama al intercambiar sugerencias, todo denota una personalidad muy brillante, con la que debatir es a la vez peligroso y fascinante.»

Willis envía a Mabel Bell el documento que Maria le ha entregado, con las condiciones para seguir colaborando. En el texto Maria escribe que la asociación ha de defender el método de las

falsas interpretaciones y garantizar la integridad de su aplicación, contratar abogados para estudiar las cuestiones relativas a la defensa legal del método y del nombre Montessori, periodistas para gestionar la imagen y las relaciones públicas y hombres de negocios que se ocupen de la financiación. Precisa que las escuelas han de ser dirigidas por una titulada en un curso suyo de formación y se ha de utilizar el método sin contaminaciones de otras pedagogías y sin modificaciones. Insiste en que todo ha de depender de ella. La sociedad no puede ni siquiera emitir un boletín, porque cualquier boletín ha de venir del «Centro». Y especifica que Centro significa «el despacho de la propia doctora Maria Montessori y el lugar donde el método continúa desarrollándose bajo su dirección y su trabajo».[27]

A Mabel Bell la escandaliza en grado sumo el documento: «Es tan completamente reaccionario, tan alejado de mi concepción de todo lo que la idea Montessori representa, que no sé cómo continuar. ¿Cómo puede una persona que busca sinceramente la verdad decir que un método ha de ser aplicado “sin añadidos o modificaciones”? La propia Montessori un día explicó que había afirmado: “Si no es experimental, no es mi método”. Y al principio ni siquiera quería que fuese llamado método Montessori; quería que lo llamasen método científico. Ni ella ni ninguna otra mente, por extraordinaria que sea, posee el monopolio del método científico de hacer las cosas. No podría ni siquiera pretender una propiedad exclusiva de sus principios. Solo puede reclamar legítimamente el derecho de patente sobre su material».[28]

Cosas nuevas, casas que llegan hasta el cielo

En este segundo viaje Maria lleva consigo a su hijo y puede concederse más tiempo para descubrir Estados Unidos. La electricidad, el cine, los rascacielos, las máquinas de escribir, todo le llama la atención y se lo explica en las cartas a su padre. Durante unas semanas, Mario intenta llevar un diario destinado a su abuelo, pero las novedades son tantas que pronto se desanima. «Cosas nuevas, casas que llegan hasta el cielo, iluminaciones fantásticas, exposiciones colosales, recibimientos increíbles —explica Maria en una carta—, y Mario, en su delirante felicidad, tenía una desesperación práctica: “¿Cómo se puede describir todo esto?”»[29] El muchacho es presentado a todo el mundo como un sobrino, y da muestras de saber gestionar con desenvoltura la repentina fama: «Mario está alegre, exultante, es el objetivo de los periodistas y de los intérpretes, que al no poder acercarse a mí, lo entrevistan a él. Se las da de importante y proporciona no poca información. ¿Qué diantre habrá dicho?».[30]

Junto a Maria está siempre Adelia Pyle, que además de inglés habla cuatro lenguas y es, por tanto, una intérprete perfecta. Adelia quedó deslumbrada por Maria en la época del curso de formación en Roma, y ahora ha decidido seguirla y dedicarle su vida. La considera una auténtica guía espiritual y está pensando en convertirse al catolicismo. En sus memorias cuenta que, durante su estancia en Estados Unidos, un día Maria riñó a una muchachita de color encargada de su guardarropa y, luego, conmovida por sus lágrimas, le besó las manos para excusarse, gesto sorprendente a los ojos de Adelia: «¡Solo una persona de profunda convicción religiosa haría una cosa así!».[31]

Tras haber visitado Pasadena y San Diego, Maria se instala en Los Ángeles, donde inaugura un curso de formación. Vive con Mario y Adelia en una hermosa zona residencial. Le impresionan los grandes espacios de la ciudad y el hecho de que todos confíen en todos. Las puertas y las ventanas están siempre abiertas, el periódico y el correo se dejan delante de la puerta. Los novios pasean sin acompañantes, algo impensable en Italia. Mario aprovecha esa mentalidad abierta y está siempre rodeado de las jóvenes alumnas de su madre. En una carta de Maria a su padre le cuenta de esos días envueltos en una luz dorada, entre clases, meriendas en el prado y muchachas en flor. Después de una conferencia y una comida en su honor, las jóvenes, vestidas de blanco, se

presentan una por una para estrecharle la mano y ofrecerle flores, en una hilera interminable: «Todo a mi alrededor se cubre de rosas, de claveles. Extasiada por tan encantador espectáculo, no me doy cuenta de una cosa, esto es, de que las hermosas muchachas, tras haber estrechado mi mano, estrechan la de Mario, que está detrás de mí».[32]

El 24 de mayo de 1915 le llega la noticia de que Italia ha entrado en guerra. Maria intenta acercarse a su padre escribiendo muchas cartas. Le explica cada detalle de su estancia: un terremoto, las casas prefabricadas que transportan en camiones, la electricidad, que transforma la noche en día. Le habla también de su trabajo de investigación, que continúa asimismo en Estados Unidos. Un día, los hijos de los vecinos entran en su jardín persiguiendo a un animal y se detienen encantados ante su material didáctico, negándose a regresar a su casa, a pesar de las llamadas de su madre. Así es como las señoras del barrio se interesan por el método y convencen a Maria para que abra una pequeña escuela en casa que sus hijos participen en sus experimentos didácticos.

A principios de julio, Maria se traslada a San Diego para impartir un curso de dos meses. Aprovechando una interrupción de las clases viaja a México, donde asiste a corridas de toros y peleas de gallos, y le causan gran impresión los nativos americanos, criaturas majestuosas que, según escribe a su padre, parecen ser uno con sus caballos. También habla de las muchas peticiones para que se quede en Estados Unidos. Lo que más la tienta es la invitación a participar en la Exposición Internacional de San Francisco, que tendrá lugar en esos meses para celebrar la apertura del canal de Panamá. Algunos trabajos están dedicados específicamente a la educación, y Maria podría hacer una demostración del método. Sabe que sería un escaparate extraordinario, porque llegarán visitantes procedentes de todo el mundo. Pero eso significa prolongar la estancia. En las cartas a su padre valora todos los factores, incluido el económico: «Además de esto, algún dinerillo caería en el saco, y son solo dos meses más. ¿Qué hago?».[33] Al final, tras haberle pedido su bendición, decide aceptar.

El aula de cristal

Para prolongar su estancia, debe financiarlo todo personalmente, imprimir miles de folletos, contratar a un mánager para que lleve la organización, buscar traductores en las distintas lenguas, alquilar una casa. Invierte en la empresa las ganancias obtenidas por los cursos en California. «Estoy haciendo mi primera prueba en un negocio —explica a su padre—. Si todo va bien, cabe esperar la difusión oficial del método, es decir, algo colosal. Si no va bien, cabe esperar recuperar la inversión, disponer de un discreto anticipo y pasar unos meses con un trabajo que entusiasma ¡y en la más grandiosa y magnífica exposición que jamás se haya visto en el mundo!»[34]

Para mostrar a los visitantes de la exposición cómo se trabaja en una Casa de los Niños, manda construir un aula con paredes de cristal. En su interior, treinta niños, elegidos entre dos mil candidatos, trabajan absortos, sin verse afectados por la multitud que los observa desde fuera. Para dirigir la escuela elige a Helen Parkhurst, que como Adelia había asistido a uno de los cursos internacionales de Roma.

Maria, a quien le gusta rebautizar a las alumnas más queridas, la llama Margherita y está encantada con ella. De vez en cuando, va a verla trabajar en la clase de cristal. Se sienta en una esquina y observa. Un día, mientras los niños están en el descanso del mediodía, exclama: «Margherita, ahora tú y yo nos vamos a comer». Sentada en un restaurante, la mira directamente a los ojos y le dice: «Cuando hoy te miraba, pensaba: si ahora hiciese esto con este niño..., y tú hacías exactamente lo que yo pensaba. Antes nunca me había ocurrido. Ha sido maravilloso. Margherita, ¿te quedarás conmigo?».[35]

La alumna acepta entusiasmada. Maestra de escuela primaria licenciada en el Columbia University's Teachers College, tiene gran experiencia y además resulta muy valiosa por sus dotes organizativas. Tras la ruptura con McClure, se nota la ausencia de un empresario que se ocupe del aspecto práctico del movimiento en Estados Unidos. «Teníamos mucha necesidad de dinero y no había nadie para aconsejarla. Todos pensábamos que McClure la había tratado mal», recuerda la alumna.[36] Maria mantiene una relación muy peculiar con el dinero. Cuando tiene bastante, por ejemplo, al acabar un curso, no repara en gastos. Para celebrar la decisión de Helen de trabajar con ella, le regala un reloj de oro con diamantes. Si el dinero escasea, es presa de la angustia.

Muchas veces Helen y Adelia esconden las facturas que se acumulan en la casa, y luego las entregan a las familias de las alumnas más ricas para que las paguen.

Maria alterna momentos de gran entusiasmo con otros de desaliento, en que le parece que todo es demasiado precario, sin seguridad ni orden. Pero basta que su hijo la abrace para que recupere de inmediato la sonrisa. «Nos perfumamos un poco y nos vamos a Catalina»,^[37] exclama entonces ella riendo, y arrastra a todo el mundo a una excursión a la isla que está enfrente de Los Ángeles, en uno de esos ferris con el fondo transparente que tanto la divierten. «Íbamos allí y cenábamos a lo grande en un restaurante, y Adelia y yo teníamos que pagar», recuerda Helen. Ni ella ni Adelia reciben una compensación por su trabajo, pero esa cuestión no parece importante. Ambas poseen el entusiasmo de las conversas.

El aula de cristal es un gran éxito. Miles de visitantes extranjeros hacen cola para contemplar a los niños trabajando con el material y luego planean importar el experimento a sus países. Maria explica a su padre: «¡En Argentina proyectan crear mil escuelas! «Es de locos»..., diríamos en Roma. «Vui pazziate»..., dirían en Nápoles. Y es cierto. No perdamos la cabeza y mantengamos la calma, por favor. Si son rosas, florecerán: pero entre la semilla y la flor, está el dedo de Dios».

^[38]

Una bola de fuego

A finales de verano, Maria recibe la noticia de que la salud de su padre ha empeorado. Sufre por la lejanía, pero sabe que no puede regresar todavía a casa. Es consciente de que está en una fase de transición muy delicada. En Italia ya no cuenta con apoyos. En Estados Unidos cualquier cosa parece posible, pero todavía hay que concretarlo. Es un momento decisivo, en el que todo puede materializarse en un instante: «Parece la solución saturada en la que está a punto de formarse el cristal —escribe a su padre, utilizando una imagen tomada de sus estudios juveniles de química—. ¿Qué ocurrirá mañana? Por lo visto, esto está en las manos de Dios, y yo espero con ansiedad».

[39]

Todas las noches sus oraciones son para su padre. Le explica que Adelia Pyle, su alumna más devota, ha hecho una promesa por su curación: «Cuando se ha enterado de que estabas enfermo, ha cogido su valioso broche con nueve preciosos brillantes y lo ha partido, se ha quitado una pulsera con brillantes y una enorme perla negra, y ha apartado esas valiosas joyas para ofrecerlas a un altar; desde ese día, ni ella ni yo nos hemos puesto joya alguna. Este arrebató fue como una oleada de amor, que había de llegar hasta ti, a través del océano y del desierto que nos separan».

[40]

El tono de las cartas es cada vez más afectuoso. Lo llama «Mi papá, querido pequeño, mi papaíto».

[41]

Lo riñe un poco porque no come y se enfada con los médicos: «Obedece en todo al médico, pórtate bien, como si yo estuviese aquí. Cuento los días que faltan para volver». Lo llora un poco, como si ya estuviese muerto: «Veía con el corazón tu cabeza venerable sobre la almohada, ¡y habría querido besarla! Veía tus queridas manos sobre las sábanas y habría querido estrecharlas entre las mías, y velarte». Sobre todo le describe sus éxitos e intenta consolarlo, explicándole que el método Montessori —«tu nombre, papá»— es cada vez más famoso en ese país lejano. Firma «Tu niña Maria». No volverá a verlo. El 25 de noviembre de 1915 Alessandro Montessori muere en Roma, a los ochenta y tres años, y es enterrado junto a su mujer.

Maria abandona Nueva York un mes más tarde, el 20 de diciembre, junto con Mario y Adelia. Ha de decidir a quién deja el control del movimiento en Estados Unidos, elección que recae en Helen Parkhurst. Crea una nueva Asociación Montessori estadounidense, que ella misma preside. Helen Parkhurst es su representante legal y la madre de Adelia Pyle, la tesorera. Esta decisión crea una situación confusa respecto a la asociación presidida por Mabel Bell, que unos meses más

tarde se transforma en una asociación local centrada en la ciudad de Washington, bajo la dirección de Mabel Bell y Anne George, y sin ninguna relación con la fundadora del método.

Maria está tan contenta con Helen Parkhurst, que le encarga poner en marcha en Nueva York el tan esperado centro de formación, una escuela que ofrezca cursos regulares y entregue diplomas a los docentes, supervisado a distancia por Maria. Se trata de una decisión importante, muestra de la gran estima que siente por la alumna estadounidense, y suscita ciertos celos entre el círculo más estrecho de sus discípulas. Es evidente que Helen ocupa un lugar especial en su corazón.

La última despedida entre ellas es muy solemne y da lugar a un incidente curioso. La alumna confiesa que esa noche ha tenido un sueño extraño. Cuenta que ha visto una gran bola de fuego que descendía de lo alto y la arrollaba. Maria no tiene dudas y comenta: «Margherita, esa bola de fuego era yo».[42] Luego, de repente seria, le pone las manos sobre los hombros y le dice: «Margherita, yo nunca te dejaré, pero tú sí me dejarás. —Por último, mira una estampita que lleva en el bolso y exclama en voz alta—: San Antonio, ¿por qué me has hecho esto?». Su alumna se queda estupefacta ante semejante demostración de emotividad, tan insólita en la maestra. No entenderá el significado de sus palabras hasta unos años más tarde.

La Escuela Montessori

En diciembre de 1915, Maria Montessori no tiene muchos motivos para regresar a Roma. Su padre ha muerto. El ayuntamiento se ha olvidado de ella. Las monjas franciscanas le han retirado su protección. Excepto por la presencia de su amiga de siempre, Donna Maraini, son pocos los vínculos que mantiene ya con su ciudad. La gran casa de la via Principessa Clotilde, que había de ser el centro del movimiento, ha sido devuelta a los propietarios cuando no hubo dinero para pagar el alquiler. Además, regresar a Italia supone seguir corriendo el riesgo de que a su hijo lo llamen a filas y lo envíen al frente. Decide aceptar la invitación de Anna Maria Maccheroni a pasar la Navidad en Barcelona, adonde la alumna se ha trasladado hace poco a petición de Maria. El estallido de la guerra ha obligado a los montessorianos ingleses a anular el primer curso internacional previsto en Londres, y Maria decide realizarlo en España, que es un país neutral. Como suele pasar, no tiene planes precisos. Es uno de los muchos momentos de transición en su vida, en los que espera a ver hacia dónde la llevará el destino. Lo hace desde que era joven: profundamente fatalista y siempre confiando en ella misma. «¡Afrontaba la vida de manera muy diferente al resto de la gente! Diría que veía que existe el lado ignorado de la vida», dice de ella una alumna.[\[43\]](#)

Acompañada de Adelia y Mario, desciende del transatlántico en el puerto español de Algeciras. Está esperándola Anna Maria Maccheroni, a la que Helen Parkhurst compara en broma con san Juan Bautista, porque siempre va por delante preparando el camino del Señor. Tras pasar tres días en Madrid, llegan a Barcelona, donde asisten a la misa del gallo y a un concierto. Cuando en la sala se oyen las conmovedoras notas de «El cant dels ocells», una canción tradicional catalana, Maria estalla en llanto pensando en su padre muerto lejos de ella. Abandona la sala precipitadamente, avergonzada, pero muy pronto descubre que los funcionarios catalanes están tan emocionados como ella. Al acabar el concierto, la rodean para consolarla. Uno de ellos escribirá: «Había llorado con nosotros, era completamente nuestra».[\[44\]](#)

Hace años que Cataluña la espera. Las autoridades locales habían descubierto el método en la época de San Lorenzo, atentos desde siempre a los experimentos pedagógicos debido, entre otras cosas, al movimiento de la Renaixença catalana. Como ocurre a menudo, la primera iniciativa surge de una sola persona, en este caso un religioso, el padre Antonio Casulleras Calvet,

misionero de la congregación de San Vicente de Paúl, que en 1909 regresa de Guatemala con el proyecto de crear jardines de infancia dependientes de las iglesias locales. Cuando oye hablar de lo que Maria Montessori está haciendo en Roma, le impresiona la semejanza entre ambos proyectos y propone al gobierno catalán que los estudie en profundidad.

El gobierno municipal encarga a un docente, Juan Palau Vera, que vaya a Roma. Al pedagogo le impresionan vivamente las Casas de los Niños, y regresa con el libro de Maria y un set de material. En marzo de 1914, con el apoyo del Consell d'Investigació Pedagògica y en especial de su secretario, Eladi Homs, abre la primera Casa de los Niños, en la Casa Provincial de Maternitat i Expòsits, un gran hospicio público gestionado por las monjas, que desde el siglo XIX se ocupa de los huérfanos de la calle. Dejados a su aire en la gran estancia vacía, en cuyo centro está el material traído de Roma, los niños corren, gritan y lo desordenan todo. Pero en unas pocas semanas se produce la normalización de la que habla Maria, y los pequeños parecen transformados. Muy pronto se manifiestan también las primeras explosiones de escritura.

Animado por estos primeros éxitos, el gobierno catalán envía a unos maestros a Roma para que realicen el curso internacional de 1914 y pide oficialmente a Maria que mande una alumna de confianza a Barcelona. En la primavera de 1915, antes de emprender su segundo viaje a Estados Unidos, Maria encarga a Anna Maria Maccheroni que vaya a España.

«Llegué a Barcelona por mar desde Génova —recuerda la alumna—. Me llevaron a visitar la Maternitat, donde recogían a los niños abandonados. Me acuerdo del hermoso edificio, de los amplios pasillos con el suelo reluciente, de los cristales brillantes de las lamparitas eléctricas, de los armarios llenos de la ropa blanca de los pequeñines y de las cunitas, también blancas. En cada una, un niño. Allí acabó mi admiración.»^[45] Le basta echar una ojeada para comprender que esa estructura de salas inmensas y un poco frías, llena de huérfanos recogidos en la calle, no es adecuada para crear la escuela modelo que su maestra espera de ella. Le pide al gobierno que le proporcione una instalación propia. Empieza con cinco niños, y en unos meses tiene un centenar. La Escuela Montessori, a la que asisten los hijos de la burguesía de la ciudad, obtiene un éxito inmediato. Entretanto, alumnas que han seguido el curso de formación en Roma van abriendo otras escuelas Montessori.

El Divino Amigo de los niños

En el caso catalán, método y religión están estrechamente unidos desde el principio. Anna Maria Maccheroni, fervorosa católica, acepta la propuesta de un sacerdote local de aplicar las ideas de su maestra a la enseñanza del catecismo. Los resultados llaman la atención de la jerarquía católica local, que la invita a un gran congreso litúrgico organizado en Montserrat para explicar el método e involucrar a las escuelas confesionales. Maria Montessori lo aprueba, contenta de ver que alguien capta el lado religioso de su labor, un aspecto que ella, por razones de oportunismo político, no puede explicitar en otras partes.

Años más tarde, hablando de la colaboración con los misioneros de San Vicente de Paúl, dirá: «Aunque esos padres no me conocían e ignoraban que yo era católica, y aunque en el libro no hiciera ninguna profesión directa de fe religiosa, les pareció que mi método era católico en su esencia misma. La humildad y paciencia de la maestra, los hechos, que se valoran más que las palabras, el ambiente sensorial como inicio de la vida psíquica, el silencio y el recogimiento de los niños, la libertad de perfeccionarse inculcada en el alma infantil, el cuidado con que se previene y corrige cuanto está mal o incluso el simple error o la más leve imperfección, el control del error identificado con el material de desarrollo y el respeto a la vida interior de los niños profesado con culto de caridad, eran principios de pedagogía que les parecieron emanados e inspirados directamente por el catolicismo».[46]

En poco tiempo, las escuelas Montessori de Barcelona elaboran una didáctica católica completa. Se prepara un material específico, con un calendario litúrgico y un misal ilustrado, unos textos donde se explican los momentos destacados de la misa y los misterios del breviario, con cartulinas de colores y esquemas móviles, y se narra la pasión y la muerte de Jesús, «el Divino Amigo de los niños».[47] Completa el conjunto una pequeña capilla donde todo, desde el altar hasta los paramentos sacros, está hecho a la medida de los niños. En el jardín de las escuelas, los niños plantan trigo y uva para cosechar ellos mismos los frutos que se utilizarán en la eucaristía. «¿Quién sabría explicar el sentimiento que nos animaba? Realmente, toda aquella pequeña escuela vivía en la fe», cuenta Anna Maria Maccheroni.[48] Como es habitual, todo se comprueba en las reacciones de los niños. «El niño ha de poder penetrar a su manera en la vida sobrenatural —dice Maria Montessori—. ¡También delante de Dios el niño ha de ser niño!»[49]

Este fervor religioso se plasma asimismo en el curso internacional organizado en Barcelona en febrero de 1916. Maria confía en atraer una parte de los aspirantes al curso anulado en Londres, y envía a los montessorianos ingleses el material publicitario. La formulación católica explícita —«Fundamentos de pedagogía científica, enseñanza de las Casas de los Niños y de las elementales hasta los diez años, educación religiosa católica»—[\[50\]](#) causa perplejidad a las docentes inglesas, y al final solo se matriculan cinco. El curso se lleva a cabo ante ciento ochenta y cinco maestras, en gran parte catalanas.

Sierva en el mundo

Al acabar el curso en Barcelona, Maria debería realizar una gira de conferencias por varias ciudades catalanas, pero en el último momento cancela sus compromisos y se va de vacaciones a Mallorca con Mario y Adelia, que es ya como su segunda hija. En España, la joven decide convertirse al catolicismo y se bautiza, adoptando el nombre de Mary, en una ceremonia solemne celebrada en Montserrat.

Las relaciones con los montessorianos catalanes no son siempre fáciles. También surgen discusiones y enfrentamientos. Maria, con su carácter autoritario, tolera mal las decisiones de los funcionarios locales. Además, no soporta que en las escuelas de Magisterio del país se enseñe su método junto con otras pedagogías. El gobierno trata de convencerla para que se instale en Barcelona de manera permanente, ofreciéndole una cátedra de Pedagogía y un puesto en la junta municipal, pero ella no quiere cerrarse ninguna vía. En una carta muy explícita a un dirigente, subraya que todo lo que hace por Cataluña se debe a un motivo más sentimental que económico. Unos meses de cursos en Londres, explica, le generan más beneficios que años de trabajo en Barcelona. En un enfrentamiento especialmente duro, llega a presentar la dimisión de todos los cargos y a pedir que retiren su nombre de las escuelas catalanas, pero de nuevo la constancia de sus admiradores locales se impone. Nadie se ha enterado de la ruptura, que muy pronto queda resuelta.

La aplicación del método a la educación católica, experimentada en Cataluña, le da una oportunidad de intentar retomar los contactos con el Papa. Su grave crisis personal, causada por la separación de su hijo, hace tiempo que está superada, y con ella la idea de una congregación religiosa, pero Maria sigue esperando que el Papa apoye su método e impulse las escuelas católicas hacia la vía de la renovación. Desde hace unos años reina un pontífice que ha atenuado la lucha antimodernista, lo que hace que Maria albergue ciertas esperanzas. Se dirige al padre Tacchi Venturi, el poderoso secretario general de la Compañía de Jesús, y le explica su trayectoria espiritual: «Tal vez el padre Rinaldi le ha hablado de un primer intento de congregación religiosa, surgido en 1910. Parece que fueron los problemas con el método los que lo detuvieron: aunque yo creo que fue la inmadurez la que lo hizo morir al nacer. No obstante, es significativo que todas las que pertenecieron a ella, o murieron repitiendo sus votos (la señorita Ballerini), o se mantuvieron

absolutamente fieles, haciendo otros prosélitos, que no pudimos acoger. Pero esperando “la promesa”, como los judíos esperaron al Mesías».[51]

Le explica que las Siervas del Sagrado Corazón, las monjas de la orden católica en la que de joven pensó ingresar como novicia, siguen considerándola una de ellas y la llaman «sierva en el mundo». Sabe muy bien que su imagen oficial suscita una profunda desconfianza en el Papa, pero no se resigna a ello: «No sé por qué decreto de la Providencia, nuestra obra tuvo que estar hecha durante años solo de aspiración y amor, permaneciendo oculta, como un sentimiento permanece secreto en el alma, cuando la persona no puede manifestarlo. Y precisamente aquellos en quienes teníamos depositada nuestra esperanza nos ignoraban y perseguían. Y justamente la obra puesta por Dios en nuestras manos era la que nos alejaba de nuestra meta».

Envía al padre Tacchi Venturi algunos textos que está escribiendo sobre la pedagogía religiosa. Repite que su fe es sólida y que las jerarquías católicas no deben asustarse por su imagen de científica progresista y por sus textos de orientación positivista: «Si alguna palabra, alguna expresión puede hacer creer lo contrario, es un error mío personal, un error de exposición debido al lenguaje científico en que fui educada y formada. (Yo estudié en la época en que el materialismo estaba en auge; formé mi mente con las doctrinas de Darwin; estudié fisiología con el famoso materialista Moleschott.) Ese lenguaje científico es como mi lengua materna, y me queda aún algún involuntario acento. Pero ¿quién quiere rechazar a un buen servidor porque silba cuando pronuncia las eses?».[52]

El método avanzado

En 1916 publica un nuevo libro, titulado *L'autoeducazione nelle scuole elementari*. En esta obra, que se traduce al inglés como *The Advanced Montessori Method*, y luego a todas las demás lenguas, se añade una nueva e importante pieza al método, que todavía no está acabado. La pedagogía de Maria es una obra en continua construcción, como una gran catedral, y abarca horizontes cada vez más amplios. En esas páginas Maria habla de los derechos de los niños, algo poco explorado en la época, y explica que aspira a una humanidad renovada, basada en un principio nuevo: el niño como sujeto de derecho, no como propiedad del adulto. Su sueño es que el niño se convierta en motor de la historia. «¿Qué es esta obra? —dice refiriéndose a su método—. Es la primera obra social y humana que hemos permitido al niño realizar en el mundo. Habíamos visto las obras de los hombres y de las mujeres: pues bien, esta es la obra del niño.»[53]

En el método para las escuelas elementales también se mantiene fiel al principio de la actividad de los alumnos y de la experiencia práctica. Al principio, para introducir los números, utiliza monedas, luego pasa a las cifras sobre papel de lija, como en el caso de las letras. Por último, crea un sistema de perlas que, organizadas en grupos de diez sobre alambres, permiten al niño visualizar el sistema decimal y luego, ensambladas, la elevación al cuadrado y al cubo. El sistema decimal se convierte en algo que se maneja, se compara, incluso se extiende sobre el suelo, en largas hileras de colores. Como explica Maria desde hace tiempo, aprender, para un niño, no significa escuchar al adulto, sino experimentar. El material es lo que posibilita la organización del conocimiento. «La mano toca la evidencia, y la mente descubre el secreto», dirá un día, con una de sus frases deslumbrantes.[54]

Siempre presenta el material siguiendo el mismo rito. Lo coloca delante del niño y espera que sea él quien se aproxime. Explica su funcionamiento con pocas palabras. Luego observa. Si un material no atrae la atención, lo recoge para mejorarlo. El cerebro del niño y su extraordinario poder siguen siendo sus principales objetos de estudio. Habla de «mente absorbente» para indicar el funcionamiento de la inteligencia de los niños, que aprenden viviendo —absorbiendo la realidad— desde que, al poco de nacer, captan el vocabulario y la sintaxis de la lengua materna simplemente escuchando hablar a los padres inclinados sobre la cuna. «La forma psíquica del

niño es distinta a la del adulto —dice—. El niño tiene con el ambiente una relación distinta de la nuestra. Los adultos admiran el ambiente, pueden recordarlo, pero el niño lo absorbe.»[55] Una vez más, se trata de una intuición que la neurociencia confirmará unos decenios más tarde, cuando se estudie la plasticidad del cerebro infantil.

Asimismo, gracias a la observación, se da cuenta de que hay momentos privilegiados para el aprendizaje. Es la teoría que llamará de los «períodos sensitivos», fases del crecimiento en que se manifiesta una sensibilidad especial para captar determinados conceptos. Si se dejan pasar sin aprovecharlos, el aprendizaje también se produce, pero con más dificultad y con menos profundidad: «El niño realiza sus adquisiciones en los períodos sensitivos, que podrían compararse con un faro encendido que ilumina interiormente».[56] Identifica diversos períodos sensitivos: del movimiento, del lenguaje, del amor al ambiente, del sentimiento religioso.

Uno de los primeros en manifestarse, hacia el segundo año de vida, es el del orden. A esta edad, explica, el niño necesita el orden como el aire que respira, y si se le niega, sufre y manifiesta su frustración con lo que los adultos llaman una rabieta. Puede parecer una observación paradójica, ya que por lo general se piensa que los niños son desordenados por naturaleza. Pero se trata de una necesidad tan delicada, advierte, tan oprimida por el ambiente exterior, que a menudo pasa inadvertida: «Si un objeto está fuera de lugar, el niño de dos años se da cuenta y lo pone en su sitio. Percibe incluso el desorden en pequeños detalles, que los adultos e incluso los niños mayores no perciben».[57] Recuerda a un pequeño alumno en el aula de cristal de San Francisco, que cada tarde antes de irse a su casa arrimaba todas las sillas a la pared, exactamente como estaban dispuestas antes de empezar las clases. «Un día, mientras colocaba una silla grande, se detuvo indeciso y retrocedió para colocar la silla de forma ligeramente oblicua; esa era su auténtica posición.» Una vez más, la extraordinaria capacidad de observación de Maria la ayuda a captar cosas que los demás no ven.

La libertad con el material

Maria Montessori seguirá trabajando mucho tiempo en los elementos que constituyen el núcleo del método avanzado —matemáticas y geometría— y sus investigaciones se plasmarán en dos libros, publicados en español en 1934: *Psicoaritmética* y *Psicogeometría*. Su intención era cerrar la trilogía con un último volumen, *Psicogramática*, pero no logrará acabarlo. Según indica en los títulos, con estos libros se propone utilizar las materias como ayuda al orden mental: «El material no sirve para enseñar las operaciones aritméticas, ni mucho menos para facilitarlas o simplificarlas. Su finalidad es entretener la mente del niño con ejercicios que le induzcan al razonamiento y a la búsqueda de la prueba de los hechos presentados de una manera operativa y atractiva».[58] Cada vez habla más de educación como ayuda al desarrollo de la personalidad. Lo que pretende mostrar no es cómo enseñar conceptos, sino cómo hacer que las personas sean equilibradas, seguras de sí mismas y en armonía con los demás.

Siempre que recuerda sus inicios y reflexiona sobre los pedagogos que la han precedido, se convence de haber conseguido algo nuevo y revolucionario. «Pestalozzi les dio a los niños la libertad sin el material. Froebel, el material sin libertad. Yo les he dado la libertad con el material», resume, citando a dos grandes pedagogos del pasado.[59] En el tema de la libertad insiste muchísimo, aun sabiendo que muchos la acusan de fomentar la anarquía. Para Maria, libertad y posibilidad de hacer cualquier cosa son dos conceptos muy distintos. «¡Por favor, levántese inmediatamente!», [60] grita un día a la directora de una Casa de los Niños que está tumbada en el suelo, mientras los niños se le suben encima. Su ideal es que el niño trabaje en libertad, porque la idea de lo que debe o no debe hacer está en su interior, como un fruto que nace de su sensibilidad, tras esa transformación profunda que ella llama «normalización».

La libertad, advierte, hay que cultivarla con cuidado y paciencia, día a día, de modo que emerja en la personalidad del alumno. No tiene sentido actuar igual que en las escuelas tradicionales, donde se mantiene a los niños sometidos y pasivos durante años, y luego se empieza a hablar de libertad y autodeterminación como si fueran temas abstractos. Una vez más tiene en mente una visión del mundo, no solo de la educación: «Sin duda será difícil conseguir la libertad en los grandes grupos sociales mientras los niños se vean obligados a pasar años de su formación en situaciones de sumisión continua, como ocurre ahora en la mayoría de las naciones. Su carácter se

verá obligado a manifestarse como la conducta de un esclavo liberado de la época romana: el carácter de un hombre libre es una cosa completamente distinta».[61] Es un mensaje sutil, que no siempre se comprende. A Maria acaban atacándola todos: los tradicionalistas, que la acusan de hacer trabajar a los niños con excesiva libertad, y los anarquistas, que la acusan de canalizar la libertad en un sistema demasiado rígido.

Mientras está en Italia, en 1916, lleva una copia del libro a la tumba de su madre, la primera persona que creyó en ella. También manda una al ministro de Educación. Hace tiempo que no enseña en su país, e incluso la última cátedra oficial, la de Magisterio, es ya objeto de discusión. Periódicamente, directores y ministros le piden que retome la enseñanza, so pena de perder el puesto, pero ella siempre consigue, gracias al honorable Bertolini, poderoso cuñado de Donna Maraini, ganar tiempo y justificar sus ausencias alegando una enfermedad, o un encargo del Ministerio de Educación, o una excedencia ilimitada. Tras una larga serie de aplazamientos, en 1919 las autoridades de Magisterio la declaran cesante. El último vínculo con Italia, la cátedra en la universidad, congelada desde hacía tiempo, será suprimida de oficio por el ministerio muchos años después, en 1929.

Durante un tiempo, parece que ha encontrado una base en Barcelona, mientras la guerra se recrudece en el resto de Europa. En febrero de 1917, otorga ante un notario español poderes a Anna Fedeli para que su alumna pueda representarla en todas las cuestiones patrimoniales y económicas en su país. En octubre de 1918, acepta la dirección del centro local de formación pedagógica y entra a formar parte del Consell Pedagògic municipal.

Viaja a Italia a menudo para ver a su amiga Donna Maraini. Ahora que sus hijos son mayores, esta dama ha decidido vivir libremente una homosexualidad que en el pasado debía ocultar. En su casa vive su joven amante con sus hijos pequeños. La hospitalidad de Maraini es legendaria. Al gran parque de su mansión también acude a jugar todos los días su ahijada, la primogénita de una maestra montessoriana de orígenes humildes: una niña desgreñada de ojos violeta llamada Elsa Morante, que un día será una de las más grandes escritoras italianas.

Cuando Maria regresa a Italia, intenta visitar las pocas escuelas montessorianas que sobreviven en su ausencia. Aunque el gobierno no se interesa por el método, algunas de sus alumnas trabajan para mantener encendida la llama, a menudo sin olvidar el profundo mensaje social de San Lorenzo. Una maestra inaugura en Nápoles una Casa de los Niños, donde acoge alumnos procedentes de las clases sociales más pobres. Desde el primer momento los niños la miran perplejos, porque no grita ni reparte bofetones como todos los adultos que conocen. «Pero ¿usted no nos pega?», preguntan con cierta desconfianza. Cuando les pide que se sienten para la primera comida en común, tras haber puesto la mesa con cuidado, se niegan a ensuciar los hermosos cubiertos limpios e insisten en comer con las manos. Para ellos todo es nuevo y casi mágico: «Uno de los primeros días, un niño pequeño que había mostrado gran interés en las clases sobre cómo

pedir los objetos, cómo pedir permiso, sorprendido por el prodigioso resultado obtenido con estas palabras, también espera el milagro de los objetos, y pide “permiso, permiso” a una puerta cerrada». [\[62\]](#)

La Cruz Blanca

Durante los años de la guerra, una rica estadounidense expatriada en París, Mary Cromwell, decide utilizar el método con los hijos de quienes han huido de los países invadidos por los alemanes. Informa del proyecto a Maria, que la invita a visitar una Casa de los Niños en Milán y la autoriza a encargar el material didáctico a un taller de París, donde trabajan mutilados de guerra. En unos meses Mary Cromwell empieza a trabajar con los niños, profundamente traumatizados por lo que han visto: «Sus juegos siempre consistían en poner los objetos uno sobre otro, incluso los más pesados, y amontonarlos, como si a aquellos niños los apremiara el deseo de reconstruir. En sus actos se reflejaban las escenas vividas en sus pueblos destruidos».[63]

Ante los horrores de la guerra, Maria se olvida de su afán de control y piensa en un sistema para multiplicar las clases Montessori entre las víctimas del conflicto. «La idea es empezar formando pequeños equipos de seis maestras: una es la jefa, otra la secretaria, cuatro son profesoras que enseñarán a los niños —escribe—. Estas están sometidas a una disciplina especial y visten de uniforme. Supongamos un equipo de seis estadounidenses que van a Francia. Se introducen en los sencillos parvularios de los niños refugiados: cada una de las cuatro maestras toma a su cargo cuarenta niños, y organizan cuatro clases con un ambiente alegre, con colores animados, agradable; por último, crean una especie de Casa de los Niños, con ejercicios de vida práctica, etcétera. Cada clase recibe diez mujeres belgas o francesas, jóvenes o viudas de guerra, que asisten a las clases, juntas y en silencio. Poco a poco alguna comienza a prestar una pequeña ayuda, y así sucesivamente; al cabo de seis meses, cada una de estas diez mujeres monta una clase de cuarenta niños, y de este modo se atiende a mil seiscientos niños en seis meses. Cada una de las cuatro estadounidenses actúa como vigilante, inspectora, de diez clases. Luego, se empieza de nuevo y seis meses más tarde, ya se dispone de cuatrocientas maestras, cuarenta inspectoras y cuatro inspectoras generales, que atienden a dieciséis mil niños.»[64]

En su mente va cobrando forma la idea de una asociación internacional que se ocupe de los más pequeños de entre las víctimas civiles. Afirma que las heridas psíquicas deben curarse exactamente igual que las físicas, porque un niño traumatizado por la guerra es un adulto que lleva en sí el germen de un conflicto futuro. «Se trata de crear una Cruz Blanca para niños, paralela a la Cruz Roja de los soldados heridos en la guerra —explica en una carta—. Los médicos que se

ocupan de las enfermedades nerviosas y las maestras, especialmente preparadas, equivalen en la Cruz Blanca a los cirujanos y las enfermeras en la Cruz Roja, y prestarían servicio a los niños.»[65]

Como siempre, llama a todas las puertas. Pide ayuda a los socialistas, a los médicos, a las monjas. Sabe qué argumentos utilizar con cada uno. A Augusto Osimo, secretario de la Umanitaria de Milán, le explica que hay que escuchar el grito de ayuda del pueblo. A Giulio Cesare Ferrari, influyente psiquiatra y académico, le dice que en la nueva asociación los médicos de las enfermedades nerviosas obtendrían por fin el prestigio que merecen. Al padre jesuita Tacchi Venturi le sugiere que la Cruz Blanca podría ser la ocasión de aparecer públicamente como católica. Sabe que el apoyo oficial del Papa sería fundamental en el éxito de la empresa, y para obtenerlo está dispuesta a crear su asociación en el seno de la Iglesia: «Pongamos el método en las manos de su amo. Hagamos que lo dirija el Señor, como un don de la Eucaristía».[66] El pontífice no da su aprobación y se limita a mandar una bendición privada. El proyecto de la Cruz Blanca queda en el olvido.

La Scuola Magistrale

Durante los años de la guerra, Maria Montessori viaja a menudo a Milán. Augusto Osimo, secretario de la Umanitaria, se ha convertido en un amigo. Los talleres de la sociedad son el principal productor del material didáctico en Italia, aunque toda la producción se realiza de forma artesanal y poco organizada. La secretaría está inundada de cartas referidas a pedidos bloqueados, envíos equivocados, retrasos. Mucha gente protesta porque el coste del material aumenta anualmente, en algunos casos incluso dos veces al año, con la consecuencia paradójica de que se encarga sobre catálogo con un precio y cuando se produce la entrega el precio es mayor.

Las Casas de los Niños milanesas no están bajo el control de Maria Montessori, que considera que el nivel de la didáctica es muy mediocre. En sus informes, las propias maestras admiten que la preparación sensorial no despegua, que la normalización no se produce, que no aparecen las explosiones de escritura que dieron fama a San Lorenzo. Es la prueba de que lo que Maria dice desde el primer momento es cierto: el material por sí solo no basta. Se requiere un enseñante que esté a la altura, una voz que, como le gusta repetir, sepa apelar al alma del niño. El trabajo con los niños, advierte, es ante todo espiritual: «Yo tuve esta intuición: y creo que no fue el material didáctico, sino mi voz, que los llamaba, la que despertó a los niños y los impulsó a utilizar el material didáctico y a educarse».[67]

Augusto Osimo es en esa época su mayor defensor en Italia. Maria trata con él la idea de un centro de formación permanente, el sueño retomado una y otra vez y nunca realizado. «Milán me ha causado una impresión extraordinaria de grandeza, de nobleza, y es allí, y no en Roma, donde se ubicará el centro que tanto deseo», le escribe.[68] Ya en 1911 le había autorizado a impartir en la Umanitaria un breve curso de formación, dirigido por Teresa Bontempi, inspectora de escuela en Suiza, que había asistido al curso de la Montesca. Maria incluso presidió la comisión examinadora, pero no quedó satisfecha con los resultados. En el futuro quiere ser ella la que organice en persona los cursos, para la que Osimo espera transformar en una Scuola Magistrale permanente.

El primer curso, que se desarrolla entre dos viajes a Estados Unidos, en diciembre de 1914, se ha organizado apresuradamente para aprovechar la estancia en Italia de Maria. El nombre oficial es «Curso de preparación a la educación infantil según el método Montessori». Dura siete meses y

está pensado como una auténtica Scuola Magistrale, donde Maria imparte pedagogía científica, y otros profesores enseñan materias como higiene, fisiología infantil, antropología pedagógica, historia natural, educación física y dibujo. Además de las clases teóricas, se prevén muchas horas de prácticas. Maria inaugura el curso, aunque se retira casi de inmediato porque tiene otros compromisos, y hace que la sustituya Anna Maria Maccheroni. Pero este nombramiento dura poco, pues muy pronto decide enviar a España a su alumna, que es remplazada por Anna Fedeli, a la que también acaba sustituyendo porque quiere llevársela consigo a Estados Unidos. Entonces manda a una nueva alumna, Lina Olivero. Cuando Osimo, desorientado por ese trasiego de enseñantes del método, que además a la Umanitaria le cuestan tres veces más que los otros docentes, se atreve a protestar, Maria le replica que ella tiene un trabajo internacional que dirigir.

La Scuola Magistrale sigue funcionando, con altibajos, durante la Primera Guerra Mundial, pero sin Maria, que envía de nuevo a Milán a Anna Fedeli con la misión de representarla. Cuando la alumna enferma de tuberculosis, la situación se complica aún más. Como resume la mujer de Osimo en una carta: «La señorita Maccheroni es la única persona viva que la Montessori reconoce con capacidad para preparar a las maestras montessorianas».[69] Pero por aquel entonces Anna Maria Maccheroni está trabajando en Barcelona. En 1918, la epidemia de gripe provoca la anulación del curso, porque las autoridades cierran todas las escuelas de Milán para evitar el contagio.

Los muñecos Montessori

Mientras dura la guerra, Maria Montessori prefiere que su hijo permanezca en la España neutral o, mejor aún, al otro lado del océano. Por esta razón acepta una serie de invitaciones para impartir cursos de formación en Estados Unidos, en una estancia que recibe menos cobertura por parte de la prensa que las anteriores, pero que dura más, desde finales de 1916 hasta finales de 1917. Mientras está con ella en California, Mario se enamora de una de las alumnas de su madre. Maria da su bendición al matrimonio, que se organiza en unas pocas semanas. Las memorias familiares sugieren incluso que la joven fue elegida por Maria para mantener a su hijo alejado de Europa. Lo cierto es que el 5 de diciembre de 1917 Mario, que solo tiene diecinueve años, se casa en San Diego con Helen Christy, de veinte. La familia de la joven desaprueba ese enlace apresurado con un extranjero, y además católico. Inmediatamente después de la ceremonia, los jóvenes esposos viajan a Sudamérica, en una luna de miel que Maria ha decidido que durará hasta que se acabe la guerra. Ella lo paga todo. En esa época los ingresos garantizados por la venta de los materiales y los cursos de formación le permiten vivir con desahogo.

En el otoño de 1918, Mario y su mujer llegan a Cádiz, en un barco procedente de Panamá, y enseguida se establecen en una gran casa en Sarrià, en las afueras de Barcelona, lo que confirma a España como base de la familia Montessori. Allí llegan al mundo los primeros hijos de Mario: Marilena, en 1919, y el pequeño Mario, en 1921. Cuando nace la primogénita, es Maria la que asiste a su nuera en el parto, porque la comadrona llega con retraso. Años más tarde escribirá cosas muy importantes sobre ese tema, sugiriendo poner al recién nacido sobre la barriga de la madre y que el parto se produzca en un ambiente tranquilo y en penumbra, anticipando una vez más en unos decenios la teoría del parto natural.

«¿Por qué prestamos tan poca atención al nacimiento, la crisis más grande que la vida puede afrontar? —escribe—. Hasta el momento de nacer, el crecimiento del niño se produce en un refugio donde no hay traumas y la temperatura es estable; en ese ambiente reposa totalmente, nada en un elemento líquido que lo acoge y sostiene y que nunca cambia, donde no penetra la menor luz y tampoco el menor sonido. Desde esta morada líquida el niño es proyectado al exterior brutalmente. De la oscuridad y el silencio pasa al duro mundo del hombre. Duro contacto con las cosas sólidas: las manos sin alma del adulto se ocupan de él, a veces sin ninguna delicadeza. Por

no hablar del auténtico trauma del nacimiento, la presión de los huesos, el esfuerzo por salir del vientre materno. Llega como un peregrino herido que viene de lejos, débil y exhausto. Y en estas condiciones, ¿qué ayuda recibe? ¿Qué protección? Todos se ocupan de la madre. El médico controla que esté bien, que esté vivo, como si quisiera decir: “Bien, estás vivo, ahora espabila”.»[70]

El nacimiento de la primera nieta la consuela al menos en parte de la deserción de Helen Parkhurst. Como había previsto Maria, la alumna la abandona para crear su propio sistema pedagógico, al que llama Dalton Plan, por el nombre de la localidad donde abre la primera escuela. Tras ese abandono, en 1918, también se cierra el centro de formación de Nueva York. Maria se desentiende de Estados Unidos, donde ya no tiene representante oficial, y Estados Unidos se desentiende de ella. Al otro lado del océano, todo parece conspirar contra el método. Los primeros montessorianos han sido excluidos, los medios de comunicación se interesan por otras novedades, los académicos son hostiles. El interés por Maria Montessori y por sus ideas declina con la misma velocidad con que ha nacido. Habrá que esperar a los años cincuenta y al entusiasmo de una maestra católica, llamada Nancy McCormick Rambusch, para que el método renazca en el país.

Helen Parkhurst, que se muestra muy dura con su antigua maestra, se declarará convencida de que entre las razones de ese fracaso se halla sobre todo el mal carácter de Maria: «Podía entrar en erupción como un volcán». [71] La primera biógrafa estadounidense de Maria también apunta a su personalidad, así como a la rigidez en la aplicación del método. Recalca que todo en ella parecía hecho para suscitar la desconfianza de los estadounidenses: «Una mujer, una extranjera y una católica. En el mejor de los casos era una *outsider*, en el peor, una anomalía». [72]

Sus nietos —los muñecos Montessori, como los llama Maria— la compensan de estos fracasos. Fuente de alegría y a la vez de estudio, al crecer adquieren conciencia de la excepcionalidad de esa mujer autoritaria, centro emocional del padre y temible para la madre. Helen nunca mantendrá una relación fácil con la suegra. Durante mucho tiempo intentará resistir a sus presiones para que se convierta al catolicismo, pero al final cederá para que la dejen un poco tranquila.

Todo el mundo acaba cediendo ante Maria. Una de sus nietas recuerda: «Nunca consideramos a Maria Montessori como “la abuela”. Para nosotros era el centro del universo: el ser que observaba, decidía, exigía, explicaba, mandaba». [73] En casa todos andan de puntillas para no molestarla mientras trabaja, y Maria trabaja siempre. A ratos puede parecer una mujer pasada de moda, gruesa y vestida de oscuro, pero su mente es como una flecha: «Intelectualmente, era una visionaria, una inventora como Marconi, Bell o Edison. Emocionalmente, era una mujer de buena familia de la época victoriana».

Sus nietos crecen siguiendo el más puro método Montessori, libres de toda restricción física e intelectual, observados con atención por esa mujer que desde hace años intenta penetrar el

misterio de la infancia: «Los niños salen fuera cuando llueve, se quitan los zapatos cuando encuentran charcos de agua, y cuando la hierba de los prados está húmeda de escarcha, corren con los pies desnudos para pisarla; descansan tranquilamente cuando el árbol los invita a adormecerse a su sombra; gritan y ríen cuando el sol los despierta por la mañana».[74] Los muñecos Montessori pronto se convierten en niños despiertos y cosmopolitas, acostumbrados a una gran familia nómada formada por una abuela autoritaria como una reina, un padre italiano, una madre estadounidense y una especie de tía, Adelia. A su hogar acuden visitantes de todo tipo —funcionarios del gobierno, santones hindúes, teósofos, monjas católicas— y a la entrada, maletas y baúles están siempre preparados para un nuevo viaje.

Un amigo socialista

Cada vez que emprende un viaje, Maria Montessori lleva a su hijo consigo. El único país al que no puede llevarlo es, paradójicamente, Italia. Como muchos otros italianos que se encontraban en el extranjero durante la guerra, Mario se arriesga a las consecuencias penales por no haberse presentado en su patria para combatir. A fin de resolver esta situación, Maria mueve todos los hilos. Le pide ayuda a Augusto Osimo, que gracias a su militancia en el partido socialista conoce a muchos políticos, sobre todo al diputado Filippo Turati. A Maria, por lo general muy fatalista ante las adversidades, le angustia sobremanera la situación de su hijo. Cuenta a su amigo las humillantes visitas al consulado italiano en Barcelona, donde trata inútilmente de convencer a los funcionarios de que Mario no pudo responder a la llamada a filas porque sufría ataques de epilepsia ocasionados por una caída del caballo. Querría que eso fuese reconocido de manera oficial y Mario declarado inútil, pero el sustituto del cónsul italiano en Barcelona, que además es militar, no parece muy predispuesto a ello, como tampoco el médico español, que pretende —para gran indignación de Maria— tener al joven en observación para comprobar los ataques epilépticos.

Maria pide a Osimo que acuda a las autoridades italianas y no duda en proponer que recurra a recomendaciones y sobornos. Viaja a Roma para ver en persona a algunos amigos que todavía tienen cierta influencia política. Al final consigue llegar hasta Turati. En el archivo de la Umanitaria se conservan cartas en que el diputado confirma a Maria que se ha interesado por el caso y ha contactado con un alto oficial del ejército. Dice que está seguro de que pronto anularán las causas penales pendientes y licenciarán a Mario por invalidez. No aparecen más detalles en el archivo, pero gracias también a una amnistía general concedida por el gobierno en 1919, Mario puede entrar muy pronto en Italia.

Durante las estancias en su país, Maria vuelve a discutir con Osimo por un curso de formación en la Scuola Magistrale de la Umanitaria. En el otoño de 1920 viaja a Milán para dar unas clases. Sueña con un centro permanente no solo para formar enseñantes, sino también para experimentar. Su método no está acabado, repite. Para la enseñanza de la historia elabora una ingeniosa línea del tiempo, en la que los alumnos pueden señalar los principales hechos políticos y militares. Para la enseñanza media, una didáctica que va haciéndose más compleja pero no pierde su alma, esto

es, la practicabilidad y la implicación de los alumnos en todas las actividades: «Los pequeños piensan con las manos; los muchachos, con las piernas».[75]

Tiene grandes aspiraciones para el centro de formación milanés. Planifica cursos regulares, con su presencia en Milán cuatro meses al año: los dos primeros para enseñar el método y los otros dos para dedicarse a experimentar. Llega a un acuerdo económico con Osimo: un sueldo fijo de veintinueve mil liras, equivalente al de un alto cargo del Estado, y un porcentaje del cincuenta por ciento sobre las matrículas de las alumnas, pero solo de las extranjeras. La cuestión económica cada vez es más importante, porque Mario y sus nietos dependen de ella. Maria se lo explica francamente en una carta a Osimo: «Los otros miembros de mi familia se encuentran relativamente bien, pero sin trabajo. De modo que llevo sobre mis hombros un peso importante».[76]

En mayo de 1921 a Osimo le diagnostican un tumor. Como entre ellos no hay contratos, sino solo un acuerdo verbal, Maria le pide formalizar su trato sobre la producción del material didáctico y sobre los porcentajes que a ella le corresponden. Osimo hace que desde la Umanitaria le envíen un contrato, que Maria le devuelve a Milán pidiendo cambios en la retribución por cada set didáctico vendido. No habrá tiempo para más discusiones, porque Osimo morirá en 1923.

En 1925 la Umanitaria interrumpe la producción del material. Maria recurre entonces a Ernesto Bassoli e Figli de Mantua, empresa que luego, con varios cambios de nombre y de propiedad, dará origen en la segunda posguerra a la Gonzagarredi, hoy todavía activa. Uno de los artesanos recuerda las primeras reuniones con Maria: «No sabía dibujar, pero era muy precisa aclarando cómo quería una silla o un objeto. Explicaba con paciencia cómo habían de ser los encajes sólidos (de madera ligera, con tiradores fáciles de agarrar, bien pulidos...), mientras los carpinteros lo anotaban a su manera. Cuando luego había que fabricar y ella no estaba, a menudo discutían sobre quién lo había entendido mejor».[77]

El desarrollo en el mundo

Hasta ese momento, el gran y efímero estallido de interés estadounidense ha monopolizado la atención de Maria Montessori, pero en realidad el método se difunde también por el resto del mundo. No es fácil seguir su desarrollo, a veces casual, vinculado a encuentros, visitas o iniciativas personales. Uno de los primeros países que envía funcionarios docentes a Roma es Argentina, país que mantiene vínculos muy estrechos con Italia por la masiva emigración italiana. También Nueva Zelanda se mueve con rapidez, ya en 1910, gracias a la visita a Roma de una mujer, miss Newman, profesora del Auckland Teachers' College, que por aquel entonces estaba viajando por Europa. La sigue inmediatamente Australia, que envía cuatro maestras al curso de 1913.

El motor del fenómeno son sobre todo las mujeres. Rusia se interesa por el método gracias a una maestra de San Petersburgo llamada Julia Fausek, que en 1913 abre la primera Casa de los Niños en San Petersburgo, y al año siguiente viaja a Roma para ver personalmente el trabajo de la fundadora. Después de la Revolución soviética logra mantener abierta la Casa de los Niños de San Petersburgo, e incluso crear otras. En 1925 consigue que el gobierno soviético le financie un segundo viaje para visitar varias escuelas Montessori de Europa. Pero es solo cuestión de tiempo, y muy pronto la dictadura la obliga a cerrar sus aulas. Julia Fausek muere en febrero de 1942 durante el ataque alemán a Leningrado.

En los países lejanos, Maria confía en los montessorianos locales y les deja trabajar libremente. En algunos casos, como en Rusia, permite que se impartan cursos en que sus alumnas forman a otras alumnas, y ella se limita a firmar los diplomas finales, a cambio de una compensación económica. La situación en los países que visita con regularidad y donde puede ejercer un control directo es muy distinta. Holanda es uno de estos países. Ya en 1914 invitan a Maria a dar unas conferencias en Amsterdam. Tres años más tarde, concede el permiso para la creación de una Sociedad Montessori holandesa, que recibe gran apoyo de las autoridades. Durante un tiempo, tiene la idea de abrir su centro permanente de formación en Holanda: «La acogida aquí ha sido notable, ya que los profesores universitarios están dispuestos a reconocer el valor científico del trabajo. La Universidad de Amsterdam ha expresado el deseo de ser ella misma la sede del trabajo que hay que hacer».[78]

En Francia, las cosas son más difíciles. La difusión inicial del método la realizan los teósofos y después los católicos, lo que acaba por hacerlo sospechoso a ojos de las autoridades, que lo consideran demasiado confesional. La primera que introduce las Casas de los Niños en Francia es una maestra teósofa llamada Pujol-Ségallas, que realiza un curso de formación en Roma con Maria en 1910, y el año siguiente abre una escuela privada. Lo mismo hace otra teósofa, Jeanne Barrère, hija del embajador francés en Roma. Los académicos franceses, en cambio, se interesan poco por el método, puesto que Séguin representa un pasado ya superado y en gran parte olvidado. En la primera posguerra, resurgen las iniciativas, sobre todo gracias a Jean-Jacques Bernard, hijo del dramaturgo Christian Bernard, y a su mujer, Georgette, durante mucho tiempo amigos íntimos de Maria.

En la gestión del método en los distintos países Maria mantiene unos principios indiscutibles, sobre todo la prohibición de mezclarlo con otras pedagogías y el control personal de la formación de los docentes. También sabe muy bien que, si el uso del material no va acompañado de un trabajo del adulto sobre sí mismo y de una filosofía de vida diferente, que conciba al niño de una manera nueva, el impacto queda limitado. Se irrita con quienes quieren simplemente importar un método educativo más eficaz, rápido y de éxito, sin comprender que lo que ella pretende difundir es una nueva visión de la humanidad.

El niño, padre del hombre —como le gusta repetir citando al poeta William Wordsworth— siempre es el centro de su reflexión, estudiado y observado como un ser superior. Si nos quejamos tan a menudo de que los niños se hagan mayores —dirá en una conferencia—, es porque en el hecho de hacerse mayor hay algo equivocado. Durante un curso de formación, invita a sus alumnas a sentarse a trabajar con el material didáctico de la clase anexa al curso, y pone de relieve que los adultos son más torpes y ridículos que los niños: «Indudablemente, nuestros rostros son menos hermosos y menos expresivos de lo que podrían ser. Nuestra personalidad es como la de los animales pesados que transportan sus cuerpos de un lugar a otro, que no tienen otra misión que transportar estos cuerpos».[79]

El pragmatismo inglés

También Inglaterra se interesa muy pronto por el método, gracias a un pastor anglicano, Bertram Hawker, que en 1912, con motivo de un viaje a Australia, recalca en Roma, donde es invitado por el embajador inglés a visitar la Casa de los Niños para los hijos de los diplomáticos. Hawker queda tan impresionado que anula el viaje y se queda en la capital italiana para conocer a Maria y estudiar más de cerca su método. De regreso a su país, abre una clase Montessori en su casa. Ese mismo año el libro de Maria se traduce al inglés, y el gobierno británico envía a Roma a un funcionario, Edward Holmes, para que luego informe públicamente.

Como en otros países, se producen choques y divisiones en el seno de la Sociedad Montessori nacional acerca de las cuestiones de siempre: la formación y la contaminación con otros métodos. No faltan entre los pedagogos ingleses las voces críticas, porque muchos representantes del movimiento pro escuelas infantiles consideran que el método es demasiado rígido en el uso exclusivo del material. Otros recuerdan la herencia de Séguin, muy presente en las escuelas para niños oligofrénicos del país, y hacen hincapié en que el principio de educación fisiológica y parte del material no son de Maria, sino del pedagogo francés.

No obstante, el pragmatismo inglés salva en cada ocasión los obstáculos, y el movimiento tiene una historia relativamente tranquila. Una sociedad, la Philip & Tacey Ltd. de Londres, obtiene la exclusiva para la fabricación y venta del material. El primer curso de formación se imparte en la capital inglesa en el otoño de 1919, con gran éxito. La prensa sigue con interés el acontecimiento. El *Times Educational Supplement* publica por capítulos los resúmenes de las clases. Maria Montessori abandona el país a finales de enero de 1920, y encarga a Anna Maria Maccheroni que permanezca en Londres para supervisar el desarrollo del movimiento. Gracias a la presencia de la alumna y a la organización de los montessorianos ingleses, que recogen fondos suficientes, se establecen las bases para un acuerdo por el que Maria impartirá en Londres cursos regulares.

Con ocasión del primer curso en Londres, una periodista inglesa, Sheila Radice, publica un libro, *The New Children: Talks with Dr. Maria Montessori*, que contribuye a dar mucha publicidad a las ideas de Maria. En el volumen cuenta lo importante que es verla en acción en clase. «Nunca he conseguido convencer a nadie con las palabras», es una frase que pone en boca de la fundadora del método. «Tal vez haya que inventar una nueva forma de lenguaje para expresar

este fenómeno. Afortunadamente, están los niños, que hacen lo que hacen, y si las personas no me creen, no tienen más que visitar las escuelas.»[80] Ante las preguntas de la periodista, Maria trata de ser muy concreta, pero de vez en cuando predomina su lado espiritual: «Esperamos los nacimientos posteriores del alma del niño. Le damos todos los materiales posibles, a fin de que no falte nada al alma que anda a tientas, y finalmente observamos la facultad perfecta que se crea, teniendo cuidado de no interrumpir al niño, para que pueda concluir sus esfuerzos».[81] A quien la critica diciendo que su enfoque es demasiado radical y que rompe con todo lo que se sabe sobre los niños, ella responde con una imagen evangélica: «Si los caminos del Señor no siguen la lógica humana, no es culpa del Señor, sino de la limitación de la lógica humana».[82]

A muchos católicos ingleses les atrae el método. Su cuartel general es el convento de las Hermanas de la Asunción de Kensington Square, donde se hospedarán muchas veces tanto Maria como su alumna Anna Maria Maccheroni. Maria pronuncia allí conferencias para los maestros católicos, a veces sobre temas muy concretos, por ejemplo, el pecado original, y por esta cuestión los tradicionalistas la atacan a menudo, ya que sugieren que sus ideas sobre la natural inclinación del niño al conocimiento niegan el dogma católico.

Como ya ocurría en tiempos del convento de la via Giusti, la jerarquía católica la mira con desconfianza. Una monja del convento londinense invita a Maria a visitar a la superiora de su orden en París a fin de aclarar su postura doctrinal. Maria debería detenerse en la capital francesa en su viaje de regreso a Barcelona, pero en el último momento renuncia, cansada tal vez de justificarse con quien, en vez de acogerla como al hijo pródigo, multiplica las dificultades. «Me parece todo tan lejano y difícil... —escribe a la religiosa—. Parece que Dios nos pida paciencia. Pero mi corazón siempre está lleno de fe en el triunfo final.»[83]

Durante una de sus estancias en Londres, es recibida en la corte de Isabel de Inglaterra. De ese encuentro solo queda una fotografía, conservada en el archivo familiar. Vestida de gala, con un traje blanco largo y una tiara en la cabeza, Maria mira hacia el objetivo como si fuese una emperatriz que se prepara para visitar a otro personaje real. «Era como una reina —dirá una alumna inglesa—. Hacía entradas reales.»[84]

Entre socialismo y psicoanálisis

Los primeros contactos con Alemania y Austria también se remontan a la época de San Lorenzo. El libro sobre el método se tradujo al alemán ya en 1913, año en que Maria firma un acuerdo con una empresa de Berlín, la Johannes Müller, para la producción del material. Durante la Primera Guerra Mundial se realizan en Alemania experimentos privados, como el de Ida Hohenemser, una prima lejana de Donna Maraini, que en 1914 abre en su casa cerca de Jena una Casa de los Niños para los hijos de los obreros. Sin embargo, es durante la República de Weimar cuando el método va asentándose por obra de Clara Grunwald, una maestra judía socialista, que vive su profesión como una vocación. Clara convence a las autoridades de Berlín de que el método puede ser una clave para reconstruir el país tras el desastre de la guerra. En 1919 inaugura, junto con una docente que ha asistido a un curso de Maria en Roma, una Casa de los Niños pública, en un barrio obrero. Como socialista, considera que las ideas de Maria Montessori no son solo una gran intuición pedagógica, sino también una vía de redención para los hijos del proletariado. En 1921, asiste a un curso de formación en Londres, y a partir de ese momento pone todas sus energías al servicio de la difusión del método en Alemania.

Funda la Deutsche Montessori-Gesellschaft (DMG), que ella misma preside, y enseguida se topa también con el problema de la formación. Su entusiasmo es mucho y cuenta con el apoyo de las autoridades, pero sin maestras no puede avanzar a la velocidad deseada. En 1923 consigue por fin organizar un primer curso, en el que participa Maria. En 1925, proyecta un segundo, pero en esa ocasión no obtiene su autorización. Decide impartirlo de todas formas, cosa que provoca cierta irritación en Maria, que en cambio sí acude al curso de 1926. A Maria le desconcierta la dirección del movimiento, considera la DMG dirigida por Clara demasiado socialista y se queja de que todas las alumnas del curso sean declaradamente ateas. Acaban peleándose: Maria se niega a firmar los diplomas y Clara amenaza con emprender acciones legales. Al final, llegan a un acuerdo, pero entre ellas existe ya un claro enfrentamiento.

De inmediato, Maria toma medidas, algo propio de su carácter decidido. Como ha observado acertadamente Sheila Radice, tiene una personalidad cuando menos autoritaria: «La unidad de objetivos y de principios que ha caracterizado su vida y su profesión le hace difícil concebir la diversidad de opiniones, incluso en cosas básicas, que existe en el mundo al margen de su

método».[85] Crea una nueva sociedad, la Vereins Montessori-Pädagogik Deutschland (VPPD), con algunos miembros secesionistas de la DMG, de la que ella es presidenta honoraria, y Herbert Axter, un abogado de Berlín, el director. La composición del comité de honor parece indicar una vinculación con ambientes más moderados: Konrad Adenauer, por entonces alcalde de Colonia, Paul Löbe, presidente del Reichstag, y Thomas Mann, el famoso escritor. En 1929 empieza un largo contencioso, en el que la nueva asociación acusa a la de Clara de heterodoxia. La polémica implica a todas las escuelas Montessori del país, cuyos docentes son invitados a posicionarse. Clara escribe a una amiga: «Desde el punto de vista personal, estoy amargamente decepcionada. La conducta de Maria está en deplorable contradicción con su pedagogía. Pese a todo, su método es bueno y digno de seguir siendo aplicado. ¡Y yo lo haré!».[86]

El ascenso del nazismo lo complica todo, porque el nuevo régimen suprime cualquier tipo de financiación pública a las escuelas Montessori, acusadas de ser nidos de judíos y socialistas. Clara ya no puede trabajar, pero sigue enseñando en privado, y entra en una red clandestina que saca de Alemania a los alumnos perseguidos. A los amigos que se ofrecen a ayudarla a emigrar mientras todavía pueda, les responde que lo hará cuando haya puesto a salvo al último niño judío de Alemania. En abril de 1943 también le llega a ella la orden de deportación. Debido a su avanzada edad, se la inscribe con una «T», por el gueto de Theresienstadt. En cambio, sus alumnos reciben una «O», Ost, es decir, campos al Este. En aquella época las noticias sobre la Shoá son fragmentarias, pero todo el mundo sabe que Theresienstadt es un campo menos duro. Clara pide que se modifique su destino para irse con sus alumnos, enviados a Auschwitz. A fin de que los niños no se asusten, les dice que harán una excursión en tren. No se sabe la fecha de su muerte.

Muy parecida es la historia del movimiento en Austria. También en este país la figura central es una joven maestra judía socialista, Lili Roubiczek, que había asistido al mismo curso londinense que Clara. Al final de Gran Guerra, la situación en Viena es dramática y gran parte de la población pasa hambre. En 1922 Lili abre la primera Casa de los Niños en uno de los barrios más pobres de la capital. Pronto está dirigiendo a un grupo de muchachas que trabajan con entusiasmo para cambiar la institución escolar y con ello la situación del proletariado. Trabajan gratis y duermen en la escuela, alimentándose —recuerda una de ellas— de patatas y col. El espíritu de inventiva de Lili es inagotable: crea espacios Montessori en los grandes almacenes, donde los niños pueden entretenerse mientras los padres hacen las compras, y organiza encuentros periódicos con médicos y psicólogos para comparar sus respectivos conocimientos. Maria la aprecia mucho y le deja gran libertad. «Creo que fue la única alumna suya autorizada a experimentar y ampliar el método —recuerda una de sus colaboradoras—. La acompañaba a menudo en sus viajes, como animadora e intérprete. Su dedicación a Maria era total.»[87]

Cuando Maria visita Viena, le satisface mucho lo que ve. Autoriza a Lili a impartir cursos de

formación. Lo único que le crea ciertas dudas, como en Alemania, es el profundo socialismo y ateísmo de las maestras. Pero lo que las dividirá será el psicoanálisis, que a Lili le interesa sobremanera. En 1931 empieza su formación como analista, para gran preocupación de Maria, contraria a cualquier mezcla de su método con otras doctrinas. La invasión nazi de 1938, que también en Austria declara ilegales las escuelas Montessori, impide que lleguen a la ruptura. Lili se ve obligada a emigrar a Palestina y luego a Estados Unidos, donde sigue trabajando en educación y en psicoanálisis. En 1933 escribe por última vez a Clara Grunwald: «Muchas gracias por su benévola opinión sobre mi ensayo aparecido en la *Zeitschrift für Psychoanalytische Pädagogik*. A la doctora no le ha gustado, se ha enfadado mucho a causa de mi “mezcla” de su pedagogía con el psicoanálisis. Me ha escrito una carta terriblemente irritada y prohibido cualquier nueva “mezcla”. Al parecer, prefiere limitarse antes que ceder una parte de su descubrimiento».[88]

Regreso a la patria

En 1922, también Italia decide reconsiderar la situación. El ministro de Educación, Antonino Anile, que conoce en persona a Maria, le pide que realice una inspección en las escuelas Montessori. Ella acepta y escribe a sus amigos italianos cartas entusiastas, en las que imagina incluso una reforma general de los parvularios del país según su método. La Marcha sobre Roma, que en octubre lleva a Mussolini al gobierno, no interrumpe el proceso iniciado. El nuevo ministro de Educación, Giovanni Gentile, también insiste en que el método debe promoverse de nuevo en Italia.

El primer contacto directo con Mussolini lo establece Mario, que con el paso de los años desempeña un papel cada vez más activo en la gestión del movimiento. En el invierno de 1923, Mario escribe una carta a Mussolini, en la que destaca el contraste entre el desarrollo del método en el extranjero y la situación de abandono en que se encuentra en Italia. Mussolini encarga a los consulados italianos un informe sobre las actividades de las escuelas Montessori en sus respectivos países y le sorprenden los resultados halagüeños de la investigación. Se da cuenta de que Maria Montessori es en ese momento la italiana más famosa del mundo. Cuando se entera de que está de paso en Roma, le pide una entrevista. Mussolini de joven había sido maestro de primaria y como militante socialista había colaborado con la Umanitaria, por tanto, son muchos los elementos que lo vinculan a los primeros experimentos del método en Italia. La prensa se hace eco de la petición por parte de Maria de un hombre fuerte que ayude al método a imponerse en Italia, y la respuesta del jefe del gobierno es: «¡Lo haré yo!». [89]

Mussolini anuncia que quiere transformar la institución escolar italiana según el método Montessori, pero desde el principio queda patente que pocos están dispuestos a seguirle. «El método Montessori está consolidado y los que no lo entienden no hacen más que mostrar su ignorancia», rebate el Duce, imperturbable ante la resistencia de los funcionarios docentes. [90] Le atrae la idea de tener clases de niños laboriosos y disciplinados, así como la adquisición precoz de la escritura y la lectura, fundamental en un país que todavía lucha contra el analfabetismo. Maria, por su parte, espera que por fin haya llegado el momento de volver a casa. Se traslada de Barcelona a Roma con su familia —Mario, Helen, sus nietos y la fiel Adelia— y alquila un chalet en Parioli, uno de los barrios más elegantes de la capital.

Es feliz volviendo a ver la ciudad donde creció, y descubriéndosela a sus nietos: «Nos llevaba a pasear en un simón, y nos contaba las historias y leyendas relacionadas con cada monumento, iglesia o fuente», recuerda una nieta.^[91] También a Mario le gusta reencontrarse con su país, del que salió cuando era un muchachito. «Hablaban con satisfacción de aquella breve “belle époque” italiana, cuando era un joven brillante y conducía un precioso Lancia Lambda con la alegre compañía que uno se imagina», recuerda un amigo.^[92] Otras imágenes privadas de aquella época proceden de las notas de Elise Herbatscheck, una alumna austríaca que acude a menudo a Roma: Maria la lleva consigo a una audiencia con el Papa y se divierte prestándole su ropa; Maria le recita poesías en voz alta; Maria va de vacaciones con su hijo y sus alumnas. Recuerda especialmente un viaje a los Alpes en un Isotta Fraschini, con largas paradas en los prados para hacer picnic. Mientras Mario y sus alumnas bromeaban, ella se limita a mirarles. Tiene una forma peculiar de retirarse a observar, como hace en clase con los niños: «Se sentaba en silencio, Si te acercabas, te hablaba».^[93] Comenta también unas vacaciones en Ostia. Como siempre, Maria se mantiene apartada, en una tumbona, envuelta en su ropa oscura, y los observa divertida mientras corren por la playa. «En su presencia, todos nos sentíamos como niños», comenta Elise.^[94] Como ferviente socialista, no le entusiasma la colaboración con el fascismo, pero se limita a comentar: «Mussolini la ayudaba mucho, y eso era suficiente».

Un año difícil

En 1924, se crea en Roma un organismo para promover el desarrollo del método, la Opera Montessori, con fondos públicos y privados. Mussolini aporta diez mil liras procedentes de su fortuna personal. En el proyecto se incluyen cursos anuales de formación y una revista. El verano de 1924 es un momento dramático, marcado por el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti y por la Secesión aventina, a la que siguieron las primeras leyes especiales, que en unos pocos meses instauran la dictadura. También en esta ocasión, Maria se mantiene fiel a su línea de no inmiscuirse en política. No aparece su firma en el *Manifesto degli intellettuali fascisti*, publicado por Gentile en la prensa italiana el 21 de abril de 1925, ni en el *Manifesto degli intellettuali antifascisti*, redactado como respuesta por Croce en el *Mondo* del 1 de mayo, que sí firma en cambio Giuseppe Montesano. Maria ya no mantiene ningún contacto con su antiguo amante, tampoco Mario, que desde el día en que dejó el colegio para ir a vivir con su madre cortó toda relación con su padre.

Para Maria, 1925 es un año difícil por otro motivo, completamente personal. Adelia Pyle la abandona para seguir al Padre Pio, un fraile italiano al que la voz del pueblo describe como el primer santo estigmatizado desde los tiempos de san Francisco. La joven oye hablar del religioso cuando se traslada a Italia. Sabe que vive en San Giovanni Rotondo, en el Gargano, y que a diario recibe la visita de cientos de peregrinos que suben a su ermita para asistir a su misa y confesarse con él. Adelia pide permiso a Maria para ir con una amiga a San Giovanni. Emprende un largo viaje, en tren de Roma a Foggia, y luego en autobús hasta San Giovanni Rotondo. Cuando se encuentra delante del fraile, se siente abrumada por la emoción. «Caí de rodillas y dije: “¡Padre!”. Él posó sus manos estigmatizadas sobre mi cabeza y dijo: “Hija mía, no te vayas, Quédate aquí”.»[95]

Adelia vuelve a casa, por fidelidad a su maestra, pero el recuerdo del Padre Pio no la abandona. «Es un santo que vive en este mundo, y sufro por no poder estar a su lado —le dice un día a Maria—. Quiero volver allí, ¡y me gustaría que me acompañase!»[96] Maria acepta, llevada por la curiosidad de ver con sus propios ojos a ese personaje del que todos hablan. Viajan juntas a San Giovanni Rotondo. Asisten a la misa del Padre Pio junto con los otros peregrinos. Maria hace algunas fotografías, que todavía se conservan entre sus cartas. En el momento de regresar, cuando

están a punto de subir al coche de línea, Adelia se queda repentinamente bloqueada y dice: «No puedo. Estoy paralizada, como si alguien me hubiera clavado a la tierra».[97] Maria regresa sola y su alumna se queda en San Giovanni Rotondo, de donde ya no se moverá. Ingresará en las terciarias franciscanas, abrirá una casa para los peregrinos y vivirá junto al Padre Pio hasta su muerte, en 1968, unos meses antes de la de su padre espiritual.

Maria se siente profundamente herida por el abandono de Adelia. A partir de ese momento, nadie puede nombrarla en la casa: ni siquiera sus nietos, que la han considerado siempre una tía, tampoco su nuera, para quien era un placer hablar con Adelia en su lengua. El nombre de Adelia queda prohibido, como el de Giuseppe. Desde siempre, en su casa solo se hace lo que dice Maria. En el recuerdo de sus nietos, ella es el centro de todo: un personaje tan autoritario como capaz de repentinas alegrías y de grandes gestos de ternura. Es una presencia arrolladora, de risa contagiosa, amante del buen comer, de las novelas policíacas y el cine. Si una película le gusta, es capaz de permanecer en la sala toda una tarde para asistir a tres sesiones seguidas.

Maria, que siente una enorme curiosidad por todo, disfruta compartiendo sus descubrimientos con sus nietos: «Cuando en sus lecturas descubría temas o argumentaciones interesantes, nos los refería, comentaba y explicaba». Le agrada hacer solitarios con las cartas, que resuelve rápidamente sin dejar de hablar con los suyos, envuelta en el humo de su indefectible cigarrillo. Si juegan todos juntos, es mejor dejar que gane. Todos conocen su carácter difícil, que puede llevarla a repentinos estallidos de cólera. Mario siempre la justifica y explica a sus hijos que su abuela es un genio y, por tanto, distinta a las demás personas. Las relaciones con su nuera son especialmente tormentosas, lo que no ayuda al matrimonio de Mario, que ya lleva tiempo en crisis.

Anuncios rimbombantes, resistencias silenciosas

En el frente italiano, la colaboración con el fascismo es complicada. Maria pasa casi todo el tiempo en el extranjero impartiendo cursos de formación y dando conferencias, lo que no la ayuda a controlar la Opera Montessori, minada por rivalidades internas, ni el desarrollo de las escuelas Montessori, hostigadas por los funcionarios del ministerio. El 21 de febrero de 1926, se inaugura en Italia el primer curso nacional de formación, en el que afloran también discrepancias y polémicas, que parecen anticipar el que será el tono del decenio de colaboración con el régimen fascista: anuncios rimbombantes desde arriba, resistencias silenciosas desde abajo y al final, nada de nada.

Cuando se le ofrece el carnet honorario del Partido Fascista, se irrita mucho, porque no le gusta que la asocien a ningún movimiento político. Si se le pregunta por el tema, repite que el único partido que le interesa es el del niño. Además, es consciente de que, más allá de las proclamas de Mussolini, la institución escolar italiana no está haciendo nada para adoptar su método. Empieza a perder las esperanzas. En 1927, decide trasladar de nuevo a su familia a Barcelona. Es su manera de expresar su contrariedad, pero también es una decisión que deja el campo libre a sus enemigos.

Su decepción se extiende por igual a la Iglesia católica. Durante un tiempo ha confiado en que el regreso a Italia pudiese mejorar su imagen ante la jerarquía católica. Ha cultivado las relaciones con religiosos influyentes, multiplicando las declaraciones de ortodoxia católica. «Estoy dispuesta a corregir —escribe a uno de ellos— cualquier error que se haya podido detectar, porque creo que toda la verdad está en la Iglesia.»^[98] Ha publicado sus libros más claramente religiosos: *Los niños vivientes en la Iglesia*, *La vida en Cristo*, *La Santa Misa explicada a los niños*. Pero todo esto no le proporciona el apoyo que espera. Como siempre, camina sobre la cresta difícil de su fe personal y de su gran libertad intelectual, y acaba siendo sospechosa a ojos de todos. «Las personas religiosas la desaprobaban por su positivismo; los positivistas, por el uso de un lenguaje religioso», dirá un día Mario.^[99]

En 1929, el Papa publica una encíclica en la que critica a los innovadores de la institución escolar, acusándolos de naturalismo pedagógico, e insiste en que hay que corregir los desórdenes y las pasiones del niño, si es necesario con severidad. Maria se siente interpelada, y responde en

la revista de la Opera Montessori con un artículo, donde comenta el deseo irresistible de los adultos de castigar y controlar a los niños. A partir de ese momento, ya no volverá a intentar ganarse la voluntad de las jerarquías católicas. Las memorias familiares hablan incluso de un período abiertamente anticlerical, en el que Maria se desahoga en privado, acusando a la Iglesia de mantener a los fieles en la ignorancia. Lo cierto es que no se conocen sus declaraciones públicas contra la institución eclesial, y que su fe sobrevive por enésima vez a la decepción, haciéndose, si cabe, todavía más discreta.

Las cosas no van mejor con los académicos italianos, que le declaran la guerra. El mayor enemigo es Giuseppe Lombardo Radice, poderoso colaborador del ministro Gentile, que la ataca en todos los frentes. La acusa de silenciar todo cuanto debe en su material a sus maestros franceses, y —en una clara provocación— habla del «método Itard-Séguin-Frères de la Charité-Bourneville-Montessori».[100] Critica el cariz fanático que el método a menudo adopta en sus alumnas, sugiere que la idea de los ejercicios de vida práctica se ha tomado de la didáctica de las hermanas Agazzi. La lista de las acusaciones no se acaba aquí. En una nota, escrita curiosamente en tercera persona, Maria comenta: «Hay que observar que L. R. y M. no son “adversarios”. Adversarios son quienes luchan uno contra otro. En este caso, la lucha viene de una sola parte: es el ataque sin respuesta, el ataque que no consigue aún provocar la defensa —Y concluye—: Quien ataca es una persona que tiene un empleo lucrativo, una posición social asegurada, una cátedra importante y un poder excesivo; el atacado no tiene un empleo, nunca obtuvo nada de su país y eligió el exilio, aunque su obra brille en todo el mundo como una de las obras italianas más bellas de nuestros tiempos».[101]

La relación con Mussolini, en cambio, sigue siendo cordial, como demuestran las cartas conservadas en el Archivio di Stato de Roma. Maria se dirige al dictador con gran confianza. En 1928 escribe: «Me quedan aún algunos años de energía activa: y solo su protección puede lograr que las energías que conservo consigan llevar a término el plan, que sin duda la Providencia de Dios ha trazado, para ayudar a los hombres en los niños de todo el mundo: y la ha puesto, Excelencia, ante Usted para que tenga el centro irradiante en su raza, de la que Usted es el Salvador».[102] No obstante, una vez superado el primer momento de entusiasmo, el Duce se desinteresa de la cuestión.

Esto da vía libre a la oposición de los funcionarios. El hecho de que en diez años se sucedan ocho ministros distintos de Educación facilita el trabajo de los enemigos de Maria. Cada iniciativa se desarrolla de forma caótica y desorganizada. También la creación de un instituto permanente de formación —su sueño nunca abandonado— resulta un fracaso. El instituto, llamado Regia Scuola Magistrale di Metodo Montessori, se inaugura en enero de 1928 y está situado provisionalmente en una escuela, en espera de una sede definitiva. El edificio nunca será construido. Muy pronto Maria deberá rendirse a la evidencia: el instituto no cuenta con el apoyo

del Ministerio de Educación y no consigue ponerse en marcha, entre la resistencia de los funcionarios, las luchas internas de poder y la falta de fondos.

Montessorismo sin Montessori

Para empeorar más las cosas, en 1930 se nombra presidente de la Opera Montessori a Emilio Bodrero, un entusiasta fascista que no siente ninguna simpatía por la fundadora. No tardan en chocar. Maria reprocha a Bodrero su colaboración en el extranjero con las Sociedades Montessori que ella no reconoce. Él, por su parte, aprovecha cualquier ocasión para criticar ante Mussolini a esa mujer que, con su vida cosmopolita y su visión de la libertad del niño, se corresponde muy poco con los ideales fascistas.

En 1932, Maria acepta la invitación para participar en los encuentros del Club Internazionale per la Pace. Pronuncia una conferencia que lleva por título «Educación y paz», en la que describe la humanidad como un niño perdido en un bosque de noche. Repite que la única solución es empezar por la educación. Cuando Mussolini le pide su opinión sobre la conferencia, Bodrero escribe un largo informe crítico, donde destaca que las palabras de Maria en defensa de la paz entre los pueblos chocan con la visión viril y marcial que propone el fascismo.

En julio de 1932, los enemigos de Maria obtienen una victoria importante. Giuliana Sorge, una alumna suya y directora de la Regia Scuola di Metodo Montessori, es acusada por algunas colegas de haber pronunciado una frase crítica sobre Mussolini y suspendida en su cargo. Giuliana se apresura a enviar una larga carta al Duce para reafirmar su adhesión al fascismo. Gracias a la intervención de Mussolini, se la readmite en la enseñanza pública, pero se la traslada a una escuela tradicional de Milán. Hay que elegir a una nueva directora. Maria propone a otra colaboradora de confianza, Adele Costa Gnocchi, y aprovecha la ocasión para pedir que se renueve a todo el personal docente, que considera inadecuado. El ministro de Educación gana tiempo, encarga una investigación interna y luego rechaza la petición de Maria y la candidatura de Costa Gnocchi, y en su lugar nombra a un profesor que no tiene ninguna relación con el movimiento.

Un director de la Regia Scuola di Metodo que no posee el diploma de formación montessoriana, un presidente de la Opera que odia a la fundadora: está claro que los enemigos de Maria hacen todo lo que pueden para sabotear el experimento italiano. En el Archivio di Stato se conserva un memorándum de 1932 en el que algunos funcionarios, preocupados por la falta de fe fascista de la fundadora, escriben: «Puesto que ninguna solución propuesta por Montessori podrá

garantizar la fe de la escuela, es necesario tener el valor de transformar la Scuola Montessori en escuela “tipo Montessori”, eliminando así a la doctora. En otras palabras: montessorismo sin Montessori».[103]

Maria, por su parte, ha hecho ya muchas concesiones al régimen. Ha aceptado, por ejemplo, que en la Regia Scuola di Metodo se enseñara una asignatura de cultura fascista. Y en una carta de 1931 dirigida a Bodrero, con copia a Mussolini, ha hablado de «conectar los principios del método Montessori con las directrices del régimen fascista, especialmente las que afectan al campo educativo y organizativo de la juventud Balilla».[104] Tras haber explicado todas las ventajas del método, desde la fuerza del carácter a la disciplina perfecta, acaba así: «En resumen, mi método puede colaborar con el fascismo porque establece la posibilidad de construir grandes energías espirituales; crea una higiene mental real que, cuando se aplica a nuestra raza, puede poner en valor sus enormes capacidades que, estoy segura de ello, superan las capacidades de todas las otras razas». Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, cada vez viaja más a disgusto a Italia. Querría renunciar a la Opera Montessori, pero Mario la convence de que espere y escribe de nuevo a Mussolini pidiéndole su intervención.

La ruptura con el fascismo

Mussolini, cuya intervención ha solicitado Maria, pide a Emilio Bodrero que le informe por escrito. Bodrero, en su informe, admite que Maria tiene razón cuando se queja de que, tras la salida de Giuliana Sorge de la Regia Scuola di Metodo, sus peticiones respecto a la dirección y al personal docente no han sido atendidas. En referencia al otro motivo de enfrentamiento con la fundadora —las relaciones de Bodrero en varios países con las que Maria llama asociaciones Montessori ilegales—, se justifica diciendo que son muy poderosas, y que a menudo la ruptura entre la fundadora y los directivos no se ha debido a cuestiones de método, sino a conflictos personales.

Cuando Maria lee el informe, se siente calumniada e inmediatamente presenta su dimisión: «Señor Presidente de la Opera Montessori. He tenido acceso a la carta que usted escribió a S. E. Chiavolini y, para su información, al Jefe del Gobierno. Existen en ella determinadas insinuaciones y falsas afirmaciones contra mí que hacen incompatible mi adhesión a una actuación a todas luces perjudicial para la Opera Montessori y para mí, personalmente. Por este motivo, mediante esta carta declaro que me aparto de la Opera Montessori, que usted dirige».[105] La carta lleva fecha del 15 de enero de 1933. Tras diez años de colaboración con el régimen, Maria se aparta, en uno de sus repentinos cambios de rumbo, que tan bien ha descrito la periodista Sheila Radice: «Vive de una forma intuitiva. La he oído decir que, del mismo modo que los niños siguen de manera inconsciente el sendero que los llevará a hablar, leer y escribir, también ella actúa sin saber a qué tiende su acción».[106]

A partir de ese momento, la policía secreta empieza a vigilarla, pero, excepto algunas observaciones malévolas sobre su fortuna millonaria, no encuentra ninguna prueba de antifascismo. En 1934, Maria regresa a Italia para participar en un congreso Montessori internacional, que se celebra en Roma. Mientras pronuncia su discurso, algunos miembros del GUF, el grupo universitario fascista, presentes entre el público le silban. Un testigo explica el incidente con evidente satisfacción: «Montessori poco después concluía apresuradamente su discurso y su hijo, al anunciar la próxima conferencia del congreso (primero en inglés, después en francés y en alemán y, por último, en italiano), añadió estas extrañas palabras: “si no nos molestan”».[107] El mismo intelectual fascista escribe una serie de artículos malévolos en que

habla sobre todo del aspecto económico del movimiento, y define el método como «una rica mina de oro».[108]

En 1936, se cierran la Opera Montessori y la Regia Scuola di Metodo, así como las escuelas que aplican el método. La colaboración con el fascismo acaba siendo un fracaso. Maria, como siempre, se muestra fatalista, y comenta así la situación con su hijo: «Dios se ha servido del único modo que tenía de hacernos entender que nuestro trabajo aquí ya había concluido y que nos necesita en otro lugar».[109]

La ruptura con el fascismo coincide con un momento difícil también desde el punto de vista financiero. En enero de 1933, Filippo Del Giudice, el abogado que se ocupaba de gestionar los bienes de la familia, huye al extranjero, dejando un agujero financiero enorme y a todos sus clientes en la ruina. Era un gran amigo de Mario, hasta el punto de haber sido el padrino de bautismo de uno de sus hijos. Además del dinero de los Montessori, gestionaba los bienes de muchos profesionales romanos y de algunas órdenes religiosas católicas. Su historia tendrá un desarrollo curioso, porque Del Giudice se marcha a Londres, donde se convertirá en un importante productor cinematográfico, pero el dinero perdido nunca se devolverá.

La quiebra de su abogado no es más que el primero de una serie de desastres financieros que en los años treinta acaban con el patrimonio de Maria. La Guerra Civil en España en 1936, y luego las incautaciones nazis en Holanda durante la guerra, acabarán por devorar el resto de su fortuna, lo que en cierto sentido la devuelve a la pureza de sus orígenes. Empieza la última parte de su vida, esa en la que de nuevo se halla sola, nómada y dependiente de la ayuda económica de sus admiradores, como al principio de su aventura. Desde el punto de vista organizativo, cada vez delega más en su hijo la dirección del movimiento, mientras ella prefiere concentrarse en el desarrollo del método, al que imprime un nuevo salto cualitativo, elevándolo al nivel de una auténtica filosofía del hombre.

QUINTA PARTE

La educación cósmica

(1934-1952)

Si no hubiese tenido la certeza de que el hombre puede ser mejorado, no habría tenido fuerzas para luchar durante cincuenta años, empezando muchas veces la obra que otros habían destruido. No tendría la fuerza, a mi edad, para seguir viajando por el mundo predicando esta verdad.[\[1\]](#)

La AMI y el ascenso de Mario

En los años de la primera posguerra, Maria Montessori no es la única que trabaja para cambiar la institución escolar. Tras los horrores de la contienda, se plantean cada vez más los fundamentos de la enseñanza escolar y se habla cada vez más de «nueva educación». En 1921, se celebra en Calais, Francia, un congreso internacional sobre el tema, en el que se funda la NEF (New Education Fellowship). Maria es una de las principales invitadas, pero declina la oferta. En un primer momento, delega su representación en Mary Cromwell, que vive en Francia, luego en su alumna Anna Maria Maccheroni y, al final, en un dirigente montessoriano inglés, que pronuncia una conferencia sobre el método. En la sala de exposiciones se exhibe un set completo del material. Los congresistas aceptan desempeñar el papel de los niños, para reconstruir una Casa de los Niños. «Somos todos montessorianos», comenta entusiasmada.[2]

En realidad, a Maria no le interesa que su movimiento confluya en un marco más amplio. Su carácter independiente y su decisión de crear un sistema de material patentado y de formación cerrada la ayudan a no mezclarse con los otros innovadores. Hoy en día, nadie recuerda a los que participaron en los trabajos de la asociación, mientras que el nombre Montessori ha superado la prueba del tiempo. Durante unos años, Maria sigue los trabajos de la NEF como observadora, pero en 1929, al margen de un congreso suyo en Dinamarca, funda la Asociación Montessori Internacional (AMI).

La primera sede se halla en Roma, pero luego, cuando se consuma la ruptura con el fascismo, la traslada a Berlín, después a Barcelona y, por último, a Amsterdam, donde se encuentra en la actualidad. Maria es la presidenta, pero delega cada vez más en su hijo, que es nombrado director general, los aspectos prácticos del movimiento, como la producción del material, la coordinación de los grupos nacionales y la organización de los cursos de formación. Ella se dedica sobre todo a la investigación. «Siempre estaba trabajando en alguna idea nueva. Si la dejabas sola unos minutos, la encontrabas probando algún nuevo material didáctico», dice una alumna. Otra recuerda que, mientras estaba con ella en el cine, Maria le susurró que había tenido una idea para visualizar el teorema de Pitágoras con los niños.

En un movimiento casi enteramente femenino, Mario es uno de los pocos hombres con poder. El montessoriano rumano Ilie Sulea Firu, hablando del curso internacional de Roma de 1931,

explica: «Una marea de alumnas de media Europa y solo tres hombres, Lazar Popp, rumano como yo, Arturo Piga, enviado por la Universidad de Chile, y yo: éramos como tres cabras en el rebaño de las ovejas. Maria Montessori hablaba siempre como si solo hubiese mujeres. Así se acercó a nosotros Mario, su hijo».[3]

El que antaño fuera un niño abandonado y traumatizado por una historia familiar difícil se ha convertido en un hombre alegre y extravertido, que tiene mucho éxito con las mujeres. «Tenía una gran necesidad de ser amado. Tal vez por una carencia de la infancia», recuerda una alumna de Maria.[4] No todo debe haber sido fácil para Mario. De niño, soñaba con ser un deportista profesional, le gustaba sobre todo el boxeo, pero muy pronto se dedicó enteramente al movimiento Montessori. Presentado como «sobrino y secretario de la doctora»,[5] durante años ocupó una posición subalterna. La gente se dirigía a él cuando no podía llegar a su madre. O cuando había que evitar el carácter difícil de la fundadora, capaz de montar en cólera por una nimiedad. Son muchas las anécdotas que ilustran este aspecto de la personalidad de Maria. Un día, durante una conferencia, tiene la impresión de que la traductora no reproduce con exactitud sus palabras y empieza a dar patadas en el suelo gritando: «¡No! ¡No!». En otra ocasión, cuando un camarero la interrumpe mientras está trabajando en su habitación del hotel, reacciona con rabia y de un manotazo tira al suelo la bandeja con todo su contenido. En esos casos, Mario es el único capaz de calmarla.

Hay quien ha querido ver en él el motor principal del trabajo de Maria. «A través de un niño, ayudó a todos los niños», dijo un religioso que la confortó en los años dramáticos de la separación.[6] Ciertamente, no puede excluirse que la historia personal de Maria influyera en sus reflexiones pedagógicas. Se ha observado desde distintos ámbitos que considerar el desarrollo del niño como una realización de sus capacidades innatas más que como un efecto de la acción del adulto quizá fuera tranquilizador para una mujer que se había perdido los primeros quince años de la vida de su único hijo.

Una de las hijas de Mario describe a su padre como un personaje de novela: «Le gustaba el viento, las tempestades y el mar. Le gustaba la lucha de los elementos. Le gustaba montar a caballo, remar y nadar. Siempre impecablemente vestido, le gustaba la ropa buena. Le gustaba hacer regalos extravagantes: nunca una rosa, ¡por lo menos sesenta! Le gustaba la comida, le gustaba cocinar, le gustaba beber y fumar. Le gustaban las mujeres hermosas, la música y el canto».[7] Una alumna de Maria habla de su extraversión alegre durante las demostraciones prácticas en los cursos de formación: «Ver a Mario trabajando con los niños era una cosa extraña, ¡parecía cualquier cosa menos montessoriano!».[8] Lo recuerda manejando los números de papel de lija, saltándose la lección montessoriana en tres tiempos, escondiéndolos detrás de la espalda y mezclándolos luego para invitar a los niños a ver qué pasa. «Jugaba; si lo hacía él no pasaba nada, ¡si lo hubiese hecho yo me habría excomulgado!»

Mario tiene una risa franca y un gran sentido del humor, exactamente como Maria. Hablando de un curso impartido en Roma, explica divertido: «Giovanni Gentile, ministro de Educación, leyó un discurso noble y culto ante un público entre el que se encontraba todo el cuerpo diplomático. Cuando le tocó hablar a Maria Montessori, pronunció una espléndida conferencia pasando uno a uno un montón de folios que ella había pedido que le llevara un ayudante con toda urgencia. Al acabar, el famoso filósofo la felicitó calurosamente y alargó la mano para coger los folios que habían quedado sobre la mesa. Todos reparamos en la expresión atónita de su rostro: ¡todas las páginas estaban en blanco! Más tarde, mi madre me comentó en broma: “Todos leen su discurso. ¡Yo también quería quedar bien y hacer igual que los demás!”».[9] Siempre están juntos, son parecidos como dos gotas de agua, alegres, profundamente cómplices. «Mario y yo nos estrechamos fuertemente», escribe Maria en una carta a Donna Maraini, y tal vez ninguna expresión describe mejor su existencia juntos, vivida así desde aquel lejano día de febrero de 1913, en que fue a buscarlo a Arezzo, contra todo y contra todos.

Un «vuelo» entre la gente

En la década de los treinta, la vida de Maria Montessori es especialmente nómada. «¡Cuánto deseo un lugar fijo! ¡Un trabajo definitivo! Tal vez nunca me será concedido. Tal vez el trabajo de mi vida será un “vuelo” entre la gente», escribe a Donna Maraini.^[10] Viaja sin cesar para impartir cursos de formación, desplazándose por distintos países europeos con la regularidad de un metrónomo. A cada curso acuden multitudes de estudiantes, a menudo de distintos colores. Una alumna que en 1934 ha asistido a un curso de formación en Niza escribe: «Lo conmovedor del curso son los distintos casos: un seminarista de París que duerme en un garaje porque no tiene dinero; dos muchachas a quienes su abuela había dejado, con infinitos sacrificios, unos bonos del Tesoro para cuando se casaran, y ellas los han vendido para hacer el curso ¡y no tienen a nadie en el mundo que las ayude! Y lo mismo ocurre con otras personas llegadas de muy lejos ¡y que comen una sola vez al día! En cambio, es divertido un grupo de ingleses, una familia entera: son diez, el padre los ha matriculado a todos, incluidas dos maestras, porque abrirá una escuela Montessori en una gran finca de su propiedad».^[11]

En sus clases Maria explica, incansable, su pensamiento, siempre centrado en el niño y en sus exigencias. Repite que todas las actividades han de surgir de su voluntad y su curiosidad, y nunca han de imponerse desde fuera, ni siquiera con formas suaves y seductoras. Solo así el niño aprende de verdad, sin jamás cansarse: «El trabajo sin interés (el trabajo forzado) es extremadamente agotador, y también lo es la inactividad».^[12] Explica que los niños no hacen las cosas por un sentido utilitarista, sino por el placer de hacerlas. Le gusta recordar la anécdota de una directora de una escuela Montessori que observa con curiosidad a un niño inclinado sobre la página de un relato sobre un mito griego, pensando que está entretenido con cualquier cosa, hasta que el niño alza el rostro con una sonrisa de satisfacción y dice: «He encontrado veintiséis adjetivos en una sola página».^[13]

Ahora ya su visión es clara y la lleva a sostener la necesidad de replantear radicalmente las relaciones entre las generaciones. Durante milenios, el adulto ha estado luchando contra el niño, mediante un sometimiento sistemático al que ha dado el nombre de educación. Ha llegado el momento de buscar algo nuevo: «Es necesario transformar el espíritu del adulto. Modificar al adulto y sus relaciones con el niño. Y con ello habremos logrado la felicidad del niño, habremos

aprendido de él algo que no puede enseñarnos si no le damos libertad para enseñárnoslo, el camino del reino de los cielos. La paz, el renacimiento de nuestro corazón, la solución de los problemas que afligen nuestro espíritu y lo elevan a un grado superior, el triunfo de la vida espiritual sobre la vida material».[14]

En cuanto puede, recalca en España, para ver a sus nietos, que viven en Barcelona con su madre, puesto que Mario viaja sin parar con ella. Los muñecos Montessori son ahora cuatro, tras el nacimiento de un niño en 1925, Rolando, y de una niña en 1929, Renilde. Tras la ruptura con el fascismo, Maria convierte de nuevo la ciudad catalana en su base y durante unos años el movimiento local vuelve a florecer: un curso internacional Montessori, una revista Montessori, un museo Montessori. En octubre de 1935, Maria abre en su casa una clase experimental para probar los métodos en niños de enseñanza media. El salón se transforma en un laboratorio, donde a diario se someten a prueba ideas y materiales. La ayuda una nueva alumna procedente de Italia, Maria Antonietta Paolini, a la que Maria llama Pao.

En el verano de 1936, el estallido de la guerra civil pone fin al paréntesis español. Mario está en Inglaterra preparando un congreso que ha de celebrarse en Oxford, y reproduce así los relatos familiares: «Camiones conducidos por la milicia leal recorrían las calles, deteniendo a los simpatizantes de Franco. El hecho de ser católicos e italianos aumentaba el peligro. Un camión se detuvo ante nuestra puerta. Los milicianos armados que lo ocupaban estuvieron mirando atentamente nuestra casa. Como me contó luego mi hijo mayor, mi madre se alejó de la ventana y reunió a los niños: “Algún día”, dijo con calma, “todos tenemos que morir. Unos antes y otros después. Recemos ahora a Dios y pidámosle que nos guíe a donde tenemos que ir”. Luego, se oyó el ruido del camión que se alejaba. Mi hijo se dirigió a la planta baja y miró con prudencia lo que ocurría en el exterior. Los milicianos se habían ido, pero habían dejado una marca: una inscripción en rojo con las siguientes palabras: “Respetad esta casa, pertenece a una amiga de los niños”. Estaba firmada con el emblema comunista: la hoz y el martillo».[15]

Los montessorianos ingleses organizan el traslado de Maria en un barco de guerra. Sus nietos se quedan en España, con su madre. Un año más tarde logran embarcarse en un buque italiano, mientras que Helen, divorciada ya de Mario, permanece en España. Los niños llegan a Génova, desde donde viajan a Londres. Los acompaña Pao, que de nuevo lo deja todo para continuar, siguiendo a Maria, su vida de «nómada feliz».[16] Tras la Segunda Guerra Mundial, será la monitora del Centro Montessori de Perugia y vivirá el resto de su vida recordando a la maestra. En los últimos años, enseñaba a los visitantes las cartas de Maria, que guardaba como una reliquia en una cajita de madera: «Este es mi gran tesoro. Cuando estoy de mal humor o algo me deprime, ¿qué hago? Abro y me digo: veamos qué me dice hoy. Mantengo una conversación constante con ella, yo le hablo y siento su mano en la mía».[17]

Los Hijos de la Tierra

Al acabar el congreso de Oxford, Maria Montessori acepta la invitación de una alumna holandesa, Ada Pierson, que le ofrece un alojamiento en principio aparentemente provisional. Hija de un hombre muy rico, Ada Pierson pone a su disposición una gran villa en Baarn y luego una casa en Laren. Maria se traslada allí con su familia y con Pao, que recuerda: «Éramos prófugos, pero la doctora, a pesar de la precariedad de la situación y de su edad, no perdía el entusiasmo ni el valor para empezar de nuevo».[18] Una vez más retoma la idea de un centro permanente y le pide a su alumna que cree una escuela modelo. Por la noche hace que le explique cómo ha transcurrido el día: «No me preguntaba “¿Qué has hecho hoy?”, sino “¿Qué has visto hoy?”. Es una filosofía maravillosa, siempre la he vivido como una religión, y con ella hablaba de misión».[19]

En Laren sigue desarrollando el método. Dedicándose a la franja de edad de los adolescentes, a los que llama *Erdkinder*, con una expresión alemana que podría traducirse como «Hijos de la Tierra». Hace trabajar a grupos de chicos en su casa y en algunas clases experimentales. Busca al adolescente real, al margen de las proyecciones de los adultos. Repite que es difícil estudiarlo en las escuelas o las familias, donde el ambiente no le ayuda a distinguirse, sino al contrario, lo deforma: la familia aplastándolo con prohibiciones e incomprensiones, la escuela preparándolo solo para el trabajo y humillándolo con sus reglas. «A los catorce, a los dieciséis años, los niños todavía están sometidos al chantaje ruin de la “mala nota” con la que los profesores valoran su trabajo —dice—. Es un método similar a aquel con que se pesan los objetos inanimados, con la ayuda mecánica de una báscula. El trabajo se “mide” como materia sin vida, y no se juzga como producto de la vida.»[20]

Por eso, explica, de las escuelas no salen adultos equilibrados, sino «enanos psíquicos».[21] Con chicos de esa edad las tareas de clase deberían compartirse entre profesores y alumnos. Su propuesta es una escuela superior única, donde se reúnan todos los saberes, y a tiempo completo, posiblemente en un internado, porque la adolescencia es la edad de la vida en comunidad. Todo —materias científicas y humanísticas— debe formar parte de una visión grandiosa de lo creado, porque a los adolescentes les gustan las empresas épicas. La institución escolar debe ocuparse del desarrollo de su personalidad, más que de la preparación para una profesión. Y hay que recordar que la adolescencia es un nuevo nacimiento: «Los chicos de doce a quince años deben

considerarse como los “recién nacidos” de la época adulta: ingresan, por su propia naturaleza, en la vida social de los hombres. Edad delicada, llena de sorpresas».[22] Sueña con escuelas rurales, donde los adolescentes puedan crecer en contacto con la naturaleza, trabajar en una especie de gran granja colectiva autogestionada, bajo la supervisión de los profesores, vender los productos de la tierra, uniendo siempre el trabajo manual con el intelectual.

En el desarrollo del método destinado a la adolescencia observa el crecimiento de sus nietos. Cuando nacieron, se interesó por el tema de los primeros meses de vida, en una época en que nadie hablaba aún de vida neonatal. Ahora que están creciendo, se interesa por la transición de la infancia a la edad adulta. Pasa mucho tiempo observándolos. Lee con ellos a Dante, su gran pasión, la Biblia, la *Iliada*, las memorias de los exploradores famosos. Si los niños intercambian algunas frases en holandés, protesta: «¡No habléis en chino cuando estéis conmigo!».[23]

Aunque tiene ya casi setenta años, no ha perdido la energía ni la curiosidad. En una carta a Donna Maraini le cuenta el descubrimiento del largo invierno de Laren. En su pluma expresiva el gran Norte desconocido se despliega lentamente como un cuadro mágico. «¡Dieciocho grados bajo cero! Aquí estoy, en un lugar pequeño y aislado. En la misma casita hecha de vidrio y vigas de madera, en este momento rodeada de nieve que va sepultándolo todo poco a poco. Este frío intenso, que nunca había sentido con tanta crudeza, es interesante: y sus consecuencias son nuevas para mí. Por ejemplo, tenía una cesta de pequeñas patatas redondas en una cueva, expuestas al frío, y oigo el ruido de piedras que caen al suelo. Eran los dos Marios, padre e hijo, que tiraban al suelo esas patatas. Luego me trajeron una cebolla, que parecía fresca, pero que no podías romper a menos que golpearas el cuchillo con un martillo. ¡Qué hechos tan extraños! ¿Tú sabías que se producían estas petrificaciones? Por la mañana encontramos una auténtica estalactita: las gotas de agua que salen poco a poco de los grifos habían formado columnillas de hielo cristalino. Cuando íbamos a lavarnos, el agua no circulaba por las cañerías porque el hielo las había obturado. Es inimaginable el jolgorio y la alegría que estas cosas producen en los jóvenes. Las escuelas, y también los institutos, les conceden vacaciones parciales para que puedan ir a patinar al gran río de Amsterdam, el Amstel (¿recuerdas que pasaba por delante de tu hotel?). Se puede ir en coche por encima de las aguas del Zuiderzee, es decir, del mar, y pasar a través de las islas que ahora forman todo un continente. Hay quien inunda los prados y las pistas de tenis para poder patinar sobre ellas. Todos saltan y bailan sobre el hielo. Ya no se llevan sombreros, sino gorros de lana suave; gorras de cuero que protegen las orejas. Mariuchino [Mario junior] sigue yendo en bicicleta desde nuestro pueblo, Laren, hasta el pueblo vecino de Baarn, donde está el instituto, y se va encantado desafiando la nieve. También Mario padre sigue viajando diariamente en coche entre Utrecht y Amsterdam. Qué silencio, pese a tanto movimiento. Yo también, el vejestorio, continúo dando mis clases en Laren y Amsterdam. Ayer fue el último día de clase antes de las vacaciones de Navidad. Un gorro de lana, un abrigo de pieles, mantas y bolsas de agua caliente en

el coche. Por el camino vi a muchos chicos en trineos y bailando en los prados helados artificialmente. Ahora estoy de vacaciones. En nuestra escuela de Laren todos los radiadores han reventado y los niños siguen trabajando en torno a las estufas de carbón, pero nadie falta a clase.»[\[24\]](#)

La magna visión

Con el paso del tiempo, su visión va ampliándose cada vez más. No se trata solo de cambiar la institución escolar, sino también la sociedad, y luego el mundo. Si los intentos de colaboración con las autoridades catalanas e italianas fracasaron, quiere decir que hay que mirar más allá de un gobierno concreto y dirigir la mirada al planeta entero. En 1934, en el momento en que está rompiendo con el régimen de Mussolini, escribe a una alumna: «Esta obra la tuve delante de mí durante veinticinco años sin ver su expansión, es decir, la finalidad social sobre toda la humanidad. ¿Le parezco misteriosa? ¿O visionaria? Seguro que no. Usted es una persona que lo entiende. ¿Recuerda cuando nos separamos en Francia? Usted creyó que ya había hecho cuanto hacía falta y se separó del grupo. Pues bien, fue en Combloux el gran paso de la “escuela” a la “sociedad”: la magna visión. Luego, todo se resquebrajó en Roma, como una cáscara de huevo de la que salió una vida destinada a volar muy alto, a huir a los espacios. Es así».[25]

Sus relaciones siempre son sumamente abiertas, e incluyen a las personas más dispares, de Clarence Gasque, zoroastriana y militante vegetariana, a Inayat Khan, músico y místico indio, fundador del movimiento sufi internacional. Son los años en que empieza a referirse al concepto de «educación cósmica» —educar para una grandiosa visión de conjunto, en la que cada hombre está unido a los otros y al planeta en su conjunto—, que desarrollará en la última época de su vida: «Existe un plan al que el mundo entero está sometido. Todas las cosas, animadas e inanimadas se hallan subordinadas a ese plan».[26] Su faceta mística no ha desaparecido; es más, tras haber renunciado a buscar el apoyo de la jerarquía católica, halla nuevas vías de expresión, más personales y libres, y el punto de llegada siempre es el mismo: una visión de gran respeto por el niño. «Quien no cree en Dios, principio y fin de todo, y por tanto querría considerar al hombre como ente supremo —escribe—, cae inevitablemente en una actitud de arrogancia hacia el niño y, bajo una apariencia de preocupación, comienza una verdadera lucha con el niño para convertirlo en lo que pensaba de sí mismo como modelo e ideal.»[27]

Mientras el mundo se apresura hacia la Segunda Guerra Mundial, Maria Montessori pronuncia muchas conferencias sobre el tema de la paz. Como siempre, no parte de posturas ideológicas. La paz para ella no es una abstracción, sino algo que ha tocado con la mano. La ha visto en acción en sus clases, donde los niños, inmersos en un ambiente adecuado, no muestran ninguno de los

aspectos de agresividad y afán de posesión que a menudo se les atribuye. No habla de educar para la paz, sino de educar en la paz, de modo que los niños sean criaturas nuevas, capaces de dinámicas no violentas. Poner a una persona en la situación de experimentar sin prisas, de medir sus propias capacidades, de sentirse responsable de la clase: todo eso crea paz. Por el contrario, el autoritarismo y la competición —los ingredientes de los colegios en su concepción tradicional— generan violencia. Como todo lo que enseña desde hace años sobre el trabajo en la escuela, también la paz necesita tiempo, paciencia y fe. Personalmente, no tiene dudas: «Si se ayuda al niño, la próxima generación será de seres humanos mejores».[28]

Su sueño es que acabe clausurándose una época, la del adulto, y se inaugure la del niño, que es ciudadano del universo, indiferente a las distinciones de raza, religión y política. También la fe, entendida como un dogma vinculado a una Iglesia, le parece algo cada vez más superado. «La respuesta a todas estas contradicciones (las divisiones religiosas y lingüísticas) radica en una educación adecuada: ningún otro medio político o social podrá obtener ningún resultado. Para despertar el espíritu se necesita algo sagrado y profundo, y a los nuevos hijos de un mundo civil hay que infundirles un sentimiento y un entusiasmo profundos por la santa causa de la humanidad. Entonces no habrá necesidad de enseñar religión, cosa que en realidad es imposible, porque el respeto reverente por la verdad, interior y exterior, se desarrollará natural y libremente.»[29] Para crear la paz, hay que facilitar una educación amplia de miras, repite a quien esté dispuesto a escucharla, una escuela que ensanche la mente. No la institución escolar tradicional, empeñada en meter en la mente de los niños ideas y nociones vinculadas a un «mundo que ya se arrastra a su fin».[30]

En la década de los treinta, Maria Montessori deja de ser solo una educadora, aunque genial y claramente adelantada a su tiempo, para convertirse en una filósofa. Su mirada se dirige cada vez más a toda la humanidad. Fiel a su postura de siempre, no se ocupa de política, pero ve sus errores, por ejemplo los tratados de paz punitivos firmados al acabar la Primera Guerra Mundial, que están precipitando al mundo a un nuevo desastre. En una conferencia pronunciada en Bruselas en 1936 declara: «Un pueblo vencido es hoy una enfermedad para la humanidad. El empobrecimiento de uno no da lugar a la riqueza de otro, sino a la decadencia de los demás. Todos nosotros formamos un único organismo, una Nación Única que fue la inconsciente aspiración espiritual y también religiosa del alma humana».[31] Cuando habla del futuro tiene intuiciones sorprendentes: llega a anticipar la realidad virtual («Las ondas cortas y largas, medio de misteriosas comunicaciones invisibles, pero capaces de transportar los pensamientos de toda la humanidad, de una forma absolutamente inmaterial, ¿a quién pertenecen?»)[32] las energías alternativas («La energía solar será transformada por fin en una especie de pan más sustancioso que el nuestro») y la globalización («Los obstáculos terrestres ya no separan un país del otro y el hombre puede ir por el mundo sin trazar caminos»).

Cuando habla de la institución escolar sabe superar también el espacio limitado de un aula para tener una visión más amplia. Dice que los adultos son ciegos y los niños, visionarios. Este tono profético no es del agrado de los académicos, que la acusan de no ser lo bastante científica, pero entusiasma a los discípulos, que sienten por ella una veneración casi religiosa. «La dificultad de escribir con mesura sobre Montessori y su trabajo se debe a que solo puede hacerlo quien no la ha comprendido —dice un montessoriano inglés—. Tan pronto como comienzan a aparecer los primeros destellos de la verdad, el mundo entero parece diferente, los estudiantes y los académicos caen en un estado de trance para el que “entusiasmo” es un término muy pobre. Sería más apropiado llamarlo “fervor religioso”. En resumen, se convierte en un sueño de salvación.»[\[33\]](#)

La India

La última y gran aventura de su vida está vinculada a la Sociedad Teosófica. Fundada en 1875 por Helena Petrovna Blavatsky, una noble rusa que ha viajado mucho por Oriente, donde ha recogido las enseñanzas de varios maestros de sabiduría, la teosofía predica la fraternidad universal, el sincretismo religioso y una visión del hombre como centro de enormes poderes latentes y aún inexplorados. Cuando era joven, en la época del congreso feminista de Londres de 1899, Maria se inscribió en la Sociedad Teosófica, en la sección europea, porque la italiana todavía no existía. Su hijo afirma que incluso contribuyó a la introducción de la teosofía en Italia, y a la traducción de los primeros textos teosóficos al italiano, aunque no hay pruebas que validen tal afirmación. En cambio, es cierto que los teósofos, siempre muy preocupados por el tema de la educación, son de los primeros en apasionarse por el método. Invitan varias veces a Maria a visitar la India, donde la Sociedad Teosófica tiene su sede central, pero siempre tiene que declinar la invitación debido a otros compromisos.

Sin embargo, cree que ese país tiene un enorme potencial y siente no poder conocerlo. En 1927, Elise Herbatschek, su alumna austríaca, acepta la invitación de una amiga que se ha trasladado a la India y quiere abrir una Casa de los Niños. La decisión suscita un conflicto diplomático con Maria, que quiere que Elise trabaje en Viena y no aprueba su marcha. Durante dos años, pese a que envía regularmente informes mensuales, Elise no recibe respuesta. Pero cuando se encuentra con Maria en el congreso de creación de la AMI, en Dinamarca, es acogida calurosamente: «No hay palabras para describir mi alivio y mi alegría cuando la doctora me estrechó entre sus brazos. Me había perdonado».[34] Maria le pide que se lo explique todo sobre la India. Después del congreso, se la lleva consigo de viaje: «Visitamos todos los castillos del país, con el coche lleno de sus nietos».

En 1939, George S. Arundale, presidente de la Sociedad Teosófica, va a conocer a Maria. «Era nuestro deseo visitarla, pero no teníamos ni idea de que ella, que tan bien comprendía a los niños, fuese por su simpatía tan semejante a ellos —recuerda su mujer—. Cuando fuimos a verla, nos dimos cuenta de que habríamos podido simplemente llamar a la puerta y entrar. Ella estaba allí, nos conocimos, y en el gran afecto y la comprensión que surgió entre nosotros hubo tal vez el

recuerdo de encarnaciones pasadas.»[35] Al año siguiente, Arundale vuelve a Holanda con una invitación oficial.

Pretende organizar una estancia de seis meses, a fin de impartir un curso en la Sociedad Teosófica y pronunciar una serie de conferencias. La iniciativa cuenta con el apoyo de las personalidades indias más importantes, de Tagore a Gandhi. Este último había conocido a Maria en Londres unos años antes y ha aceptado pronunciar el discurso de apertura de su curso de formación: «Esperaba encontrarla aquí en Londres, a usted y a sus niños. Es para mí motivo de enorme alegría ver cómo estos niños son guiados a la virtud del silencio, con qué generosa paz responden, avanzando, a la leve llamada del maestro».[36]

El 1 de septiembre de 1939, Alemania invade Polonia, lo que desencadena el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Los planes para el viaje están muy avanzados, pero por un momento se teme que todo sea anulado. No obstante, Arundale confía en la personalidad de Maria, y escribe en la revista de la Sociedad Teosófica: «Tenemos muchos motivos para creer que madame Montessori, que es una luchadora, acudirá a pesar de las dificultades. Ya ha expresado su deseo de partir y el gobierno británico de la India no ha puesto obstáculos».[37] El curso, que ha de desarrollarse antes de Navidad, cuenta ya con cientos de alumnos inscritos.

Maria sale de Amsterdam el 25 de octubre. La acompaña Mario, como siempre, que deja a sus hijos en Holanda con Ada Pierson. La alumna de Maria apenas tiene unos años más que los nietos mayores, Marilena y Mario junior, de veinte y dieciocho años, respectivamente, y se comporta como una madre con los más pequeños, Rolando y Renilde, de catorce y trece. Probablemente ya está previsto que se case con Mario. «Maria Montessori quería a Ada —cuenta una descendiente—. Creo que durante los años que vivió con Mario entendió que mi abuelo necesitaba una mujer estable, razonable e inteligente. Ada dedicó su vida a mi abuelo, y por ese motivo no quiso tener hijos propios. Fue la persona que reunió a la familia porque los nietos de Maria, teniendo en cuenta la vida que habían llevado, no estaban muy unidos y, sobre todo, las relaciones con sus padres eran difíciles.»[38]

El viaje dura casi una semana: en tren desde Amsterdam hasta Nápoles, luego en avión en distintas etapas. Al llegar a la India, Maria y su hijo recalán en Bombay, desde donde vuelan a Madrás, en un pequeño avión del servicio postal de las líneas Tata, pilotado por el propio fundador. Les espera un comité de bienvenida, con decenas de niños en fila formando como una guardia de honor. Un chófer los lleva a visitar Madrás en el Chevrolet de la familia Arundale.

El alma grande

Maria explica la nueva aventura a Donna Maraini, en una de sus largas cartas llenas de color. «¡He hecho este “tremendo” esfuerzo de viajar a la India! Al sur de la India. He cruzado en avión mares y desiertos: a través de Egipto, Siria, Mesopotamia. He atravesado toda la India de norte a sur en un avión mosquito indio, de dos plazas, más pequeño que un coche. Sobrevolando lugares donde reinan los tigres y apenas hay poblaciones casi salvajes. Del frío de Holanda he pasado rápidamente, en cuatro o cinco días, a una región tórrida, donde todo está seco, agostado por el sol, y entre los bosques de palmeras y plátanos hay serpientes cobra. La orilla del mar, quiero decir el mar cercano a la orilla, donde la gente se bañaría, está llena de tiburones. Entre pueblos que hablan lenguas derivadas del sánscrito, que tienen costumbres increíblemente diferentes a las nuestras y que sin embargo no son en absoluto salvajes; al contrario, poseen una pureza mental y espiritual no corrompida por la política, no exaltada por luchas y armas. Con un “sentimiento”, con “emociones” primitivas: abiertos a entender al Niño, y la filosofía humana que de él deriva. A trescientos alumnos, entre los cuales un centenar de hombres trabajan ya desde hace tiempo, muchos doctores llegados de las universidades, inspectores, directores de instituto y padres de familia y mujeres, de las que solo unas pocas eran maestras en busca de métodos para aplicar de inmediato a sus escuelas; la mayoría, mujeres indias ávidas de liberación, cultas, interesadas en el destino de su país. Hemos impartido el curso en una especie de gran cabaña, cuyas paredes son esteras sujetas con cañas y cuyo techo está construido con hojas secas. Te mandaré fotografías.»[39]

La sede de la Sociedad Teosófica está en Adyar, en medio de un gran parque umbroso. Por las mañanas, Maria se encuentra a menudo un mono sentado en el umbral de casa. Por las tardes, da largos paseos por la playa. Una alumna recuerda: «A veces se quedaba contemplando la naturaleza como un yogui».[40] Le gusta la espiritualidad natural de los indios e intuye que ese país le aportará mucho: «Apenas estoy saliendo de una especie de estado de encantamiento, una unión con estos estudiantes indios, como una gran nube de afecto. He hecho cuanto podía por ellos y ellos vivían para nosotros».[41]

En la India puede dar rienda suelta libremente a su faceta espiritual. En una conferencia titulada «El niño, el eterno Mesías», declara: «Siento, mientras estoy aquí frente a vosotros, que este es

uno de los momentos más importantes de mi vida. Durante muchas décadas el niño me ha revelado algo que está oculto en las profundidades de su alma. Pero qué falta de comprensión, cuántos malentendidos he hallado en muchos países porque la gente creía que yo hablaba de un método pedagógico, cuando en realidad hablaba de una revelación surgida del alma. Sin embargo, aquí, entre vosotros, me siento totalmente comprendida, porque para entrar en el alma, en el espíritu, hay que tener un espíritu y un alma despiertos».[42]

No olvida que en Europa, donde ha dejado a sus nietos, la guerra arrecia. El día de Navidad de 1939, pronuncia un discurso con los tonos evangélicos acostumbrados, pero especialmente dolorido: «No es la música o la alegría lo que habita nuestros corazones. Nuestro pensamiento está en otra parte, en la masacre de los inocentes, en el dolor, en las lágrimas de las madres, en la sangre inocente derramada por la furia enloquecida y bárbara. Es la huida a Egipto: los niños abandonan la patria en busca de refugio. ¿Acaso estos hechos no están estrechamente ligados al nacimiento del niño, del Salvador? Es el niño que todos buscan y que nadie ha descubierto todavía: solo los humildes lo han visto. Incluso el hombre más poderoso del mundo, para encontrarlo, ha de seguir la estrella. Y lo mismo ocurre hoy. El niño ha nacido y nosotros debemos buscarlo: hay un salvador entre nosotros. Nuestro siglo ha sido llamado “el siglo del niño”, mientras el adulto es arrollado y engullido por sus pequeñas maquinaciones demoníacas. Nuestra esperanza está en el niño. Si entendemos que el hombre caído ha de buscar en el niño la salvación, la sociedad humana será reconstruida y redimida».[43]

Los alumnos indios la consideran un alma grande, se inclinan ante ella cuando llegan a clase y se despiden besándole la mano al salir. «Era considerada una especie de profeta —recuerda Mario—. Algunos hindúes y teósofos la tenían por la reencarnación de algún gran maestro del pasado. En todas partes éramos tratados con el respeto y la generosa hospitalidad reservada a los gurús. Se la consideraba una Maestra inspirada por Dios, llegada para revelar las potencias mentales y espirituales de la infancia y mostrar a través de ellas la forma de redimir a la humanidad; y yo, su devoto apóstol. Dondequiera que fuésemos, a la doctora Montessori se la consideraba una bendición que entraba en la casa.»[44]

Enemigos y extranjeros

Escribe muchísimas cartas a sus nietos. El hecho de haberlos dejado en un continente en guerra ha reabierto en ella la antigua herida del abandono de su hijo al nacer. Cuando, en la primavera de 1940, llegan las noticias de una posible invasión nazi de Holanda, discute mucho con Mario sobre qué hacer. Sus nietos son ciudadanos italianos, su madre está en España y no hay ningún pariente legal en Holanda. Proyecta enviarlos a la India, aunque es muy complicado. Justo cuando los planes empiezan a cobrar forma, en mayo de 1940, los nazis invaden Holanda y las comunicaciones se interrumpen.

Al principio de su estancia en la India tiene la idea que se reúna con ella Pao, y le escribe, con su tono de abadesa: «¿Eres débil o eres fuerte? ¿Estás enferma o sana? ¿Eres todavía la que acude a una llamada o eres otra? ¿Eres mundana o sientes el espíritu misionero? ¿Eres aún libre y ningún vínculo te retiene a ti y a tu corazón? Analízate y luego haz tuya esta pregunta: ¿vendrías a la India? Y si es que sí, ¿cuándo?».[45] Su alumna responde con entusiasmo, y empieza los preparativos para el viaje, pero la propagación del conflicto bloquea el proyecto.

El 10 de junio de 1940, Italia declara la guerra a Inglaterra. Para las autoridades británicas que gobiernan la India los italianos se convierten en enemigos extranjeros. A Mario lo internan en el campo de Ahmednagar, cerca de Madrás, y Maria queda confinada en la sede de la Sociedad Teosófica. El director del movimiento Montessori en Gran Bretaña escribe una carta abierta al *Times* para protestar. Menos de dos meses después, el 31 de agosto, el virrey de la India envía un telegrama a Maria: «Hemos meditado mucho qué podíamos regalarle por su setenta cumpleaños. Hemos pensado que el mejor regalo que podríamos hacer sería devolverle a su hijo».[46] Aunque el secreto de su juventud hace tiempo que ha dejado de ser tal, esta es la primera vez que Mario aparece como su hijo en un documento oficial.

En 1942, las autoridades inglesas la trasladan por razones de seguridad a Kodaikanal, una localidad montañosa en el estado de Tamil Nadu, tradicionalmente refugio de los occidentales durante la estación de los monzones. La casa es confortable y tiene cuanto necesita —pocas escaleras, una chimenea, un gran jardín—, y sin embargo Maria sufre por ese exilio forzado. Para pasar el tiempo se dedica a la actividad de siempre —observar a los niños— y abre una clase para los hijos de los vecinos. Lena Wikramaratne, una alumna india que la acompaña, se ocupa de

la gestión diaria: «Cada tarde la doctora me guiaba, pero sobre todo quería ver la actividad espontánea de los pequeños, ver qué sucedía. Esto mantenía ocupada a la doctora, que estaba más bien deprimida por verse obligada a vivir en aquella montaña».[47] También consigue organizar cursos de formación, de los que nacerá el libro *To Educate the Human Potential*. La Sociedad Teosófica le envía a una joven estadounidense que sabe italiano, y gracias a esta colaboración escribe otros dos libros: *The Absorbent Mind* y *The Discovery of the Child*.

Mario está, como siempre, a su lado. Le encanta ir de excursión a las montañas con los alumnos, y de cada salida regresa cargado de hojas y flores. En ese período es cuando Maria y su hijo elaboran gran parte del material para la enseñanza de la historia natural, que luego se convertirá en un clásico del método Montessori. Por las tardes, trabajan juntos. No tienen material didáctico, ni libros, pero sí mucho tiempo y eso les permite profundizar en muchos elementos.

En marzo de 1944, el gobierno británico comunica que la obligación de residir en Kodaikanal ha terminado. Maria y su hijo parten hacia Sri Lanka, acompañados por Lena Wikramaratne: «Me dijo que siempre había deseado ver la tierra de Simbad el Marino: había leído sobre la isla cuando era pequeña».[48] Viaja mucho por toda la India e imparte cursos en Karachi, Srinagar, Ahmedabad y Pune. Las clases privilegiadas indias han abrazado con gran entusiasmo el método Montessori. La vicepresidenta de la Indian Montessori Society es Saraladevi Sarabhai, heredera de una riquísima familia de industriales. Hace llegar de Inglaterra para que sea instructor de sus hijos al montessoriano Edwin M. Standing, un maestro de origen cuáquero convertido al catolicismo y rebautizado por Maria con el nombre de Benedetto.

Las autoridades británicas proponen a Maria que hable de su método en la radio gubernamental, a fin de que sus palabras sean transmitidas a todo el mundo. Mario explica: «A mí me puso muy contento esta oportunidad, pero ella dijo: “Piensa en todos los niños que en este momento están muriendo a causa de las bombas de los aviones de los Aliados, en Italia, en Holanda, donde están nuestros niños, y también en Alemania. ¿Qué pensará la gente cuando oiga mi voz hablando de los niños en nombre de los Aliados?”. También dijo que en estas condiciones su trabajo se convertiría en un medio de propaganda al servicio de la guerra».[49]

Completar la idea

Durante su larga estancia en la India, Maria Montessori forma a un millar de enseñantes. «En la India se sentía como en casa, —recuerda una alumna—. Las muchachas indias eran encantadoras y la entendían y querían, y ella en aquella época necesitaba eso. Se sentía rechazada en Europa y Estados Unidos, en cambio en la India cada palabra suya era escuchada con atención.»[50]

Mario ocupa un lugar cada vez más importante en los recuerdos de las alumnas indias: «Era un volcán, dinámico, un verdadero temperamento. La ayudaba en todo, sin él poco podría haber hecho ella».[51] Es Mario, que habla correctamente inglés, quien realiza todas las actividades con los niños y los ejercicios prácticos en clase con los alumnos de los cursos de formación. Maria se limita a hablar en las conferencias, traducida por él. Es feliz al ver a su hijo tomar el testigo, aunque sufre porque cada vez pasan menos tiempo juntos: «No logro tenerlo para mí ni una fracción de segundo. Se entrega en cuerpo y alma a estos estudiantes indios, debatiendo y repasando continuamente».[52]

La inactividad forzosa también le pesa. Tras haber pasado toda la vida viajando, la estancia en la India le parece demasiado tranquila. «Estoy bien —escribe a una alumna italiana—, pero mi vivacidad y fe van debilitándose. Tal vez porque todo funciona y no tengo ansiedad: ¡me falta el estímulo de la lucha!»[53] Mario comparte esta impaciencia y sufre por la lejanía de sus hijos, pero —como su madre le ha enseñado desde jovencito— se esfuerza por ver una oportunidad en todo lo que sucede: «Si hubiésemos sido libres, no habríamos hecho nada de lo que hicimos, no habríamos tenido tiempo. Y tampoco habríamos tenido las condiciones. Era como si la Divina Providencia hubiese querido esa limitación de nuestra libertad para que pudiésemos concentrarnos en el cumplimiento de la obra misionera que la doctora Montessori estaba destinada a llevar a cabo».[54]

No todo en la estancia en la India resulta fácil para Maria, que ya es muy anciana. El calor la agobia, los insectos la torturan, la cocina local no le gusta. «Nos llamaba *rabbit* (conejos) porque éramos vegetarianos, nos decía: “You rabbit, are you happy?”», recuerda una alumna.[55] A menudo pide que la acompañen en coche a Madrás para comprar comida occidental.

No tiene a nadie con quien hablar en su lengua, y Mario de vez en cuando les dice a sus alumnas: «Por favor, id a hacer compañía a mamá, está sola».[56] Pasa horas observando a los

niños, que le parecen encantadores. Le gusta la naturalidad con que las madres los llevan a todas partes, apoyados contra la cadera o envueltos en tiras de tela trenzadas sobre la espalda. En esos años trabaja de manera sistemática en la pedagogía destinada a niños de entre cero y tres años. Imparte cursos especiales sobre los bebés, a fin de explicar cómo los primeros meses de vida son fundamentales para el desarrollo mental y la pedagogía debe tomarlos en consideración: «Empezar la educación desde el nacimiento es una idea revolucionaria. Si queremos una nueva humanidad, es preciso construir desde la infancia».

Como es habitual, su mirada se extiende más allá de la institución escolar: «Esto no es un método pedagógico, sino un método de vida y de cultura que en este momento creo que es muy necesario. La parte importante del método Montessori es destacar adecuadamente el valor de la infancia como la edad que construye al hombre llevándolo a la perfección. Hasta ahora se creía que la infancia estaba constituida por seres débiles que han de ser ayudados y amados; en realidad, es una gran fuerza que puede ser de gran ayuda para nosotros, los adultos».[57]

El 2 de septiembre de 1945, con la rendición de Japón, acaba la Segunda Guerra Mundial. Tras el largo silencio, la correspondencia entre la India y Europa puede retomarse. Maria recibe noticias de Holanda, donde sus nietos están sanos y salvos: Marilena se ha casado, Mario junior ha participado en la Resistencia, Renilde va al instituto y Rolando al colegio. Maria no regresa de inmediato, sino que se queda en Asia con su hijo un año más, para visitar Cachemira e impartir nuevos cursos, incansable como siempre. «Tengo buena cabeza y malas piernas», escribe en una carta.[58]

Está satisfecha con los resultados obtenidos en la India. En las primeras cartas a Donna Maraini habla del trabajo que ha permitido completar la idea: «Creo que he conseguido desarrollarla del todo. Hermosa en la interpretación del niño, con su “mente absorbente”, con su “preparación para la adaptación”, y por último el plan de todos los estudios con la “Educación Cósmica”, que la corona y completa».

La hace reír al explicarle que se ha transformado en una india: «¡Me he olvidado por completo de mis vestidos negros! Visto de blanco donde hace calor, y de todos los colores posibles donde el clima no es demasiado tropical. ¡Sería ridícula si fuese así a Europa! Hace años que no tengo sombrero ni guantes. Salgo siempre sin sombrero, con el cabello blanco, como nuestras mujeres del pueblo. Tengo vestidos verdes, rojos, amarillos, rosas, con dibujos y flores, velos y chales, sandalias y zapatos con la punta levantada. ¿Te interesan estas noticias? ¿Te imaginas a tu vieja Maria?».

El método es una cosa pequeña

En el verano de 1946 está preparada para regresar a Europa. Pasa tres días en un hotel de Karachi esperando una plaza en un avión. Al final consigue subir con su hijo a un pequeño aparato de treinta asientos, junto con un grupo de occidentales liberados de los campos de prisioneros japoneses. Tras una escala de pocas horas en Roma, aterriza en Amsterdam. El aeropuerto que conocía ya no existe: solo queda una pequeña pista llena de cráteres causados por las bombas y unos barracones provisionales. Mientras Mario se encarga del equipaje, Maria permanece inmóvil en medio de esa desolación, sentada sobre un madero. Toda Europa está en ruinas, y también el movimiento Montessori ha de reconstruirse.

Aunque tiene casi ochenta años, empieza a trabajar de nuevo. En septiembre ya está volando a Inglaterra para impartir un curso. En cuanto aterriza, pide que la lleven a dar una vuelta en coche para comprobar los daños de los bombardeos. Luego, en la casa que le ha preparado una alumna inglesa, se fija en que la cubertería está compuesta por piezas que han sobrevivido de varias casas y, tomando un delantal y un trapo de cocina, exclama: «Tus cubiertos necesitan un poco de brillo». La alumna recuerda: «Siempre estaba pensando en el trabajo. Siempre quería ayudar a encontrar una solución a un problema con los niños. Sugería cosas y, si no funcionaban, pensaba en otras y, al final, si nada parecía funcionar, decía: “Llegados a este punto, lo único que puedes hacer es rezar”».[59]

Su fe religiosa se mantiene intacta. Las cartas a sus alumnas siguen llenas de imágenes evangélicas que han alimentado toda su vida: «Nosotros dependemos del niño, toda nuestra personalidad proviene de él. Además, sería, para quien pueda entenderlo, una realización cristiana, porque la supernaturalidad del niño conduce al Reino de los Cielos y, primer ciudadano de ese reino, se quedó solo en la letra del Evangelio, sin penetrar en el espíritu, la conciencia de los cristianos».[60]

Mantiene correspondencia con Luigia Tincani, religiosa italiana y fundadora de una orden de misioneras para la enseñanza muy activas en Asia, que empezó a interesarse por el método en los años treinta y que ahora trabaja para relanzarlo en Italia. Con ella puede hablar abiertamente: «La tendencia materialista que tanto se ha reforzado en estos últimos años ha de ser combatida no solo con la fuerza material, sino sobre todo con la fuerza espiritual, y, como he dicho antes, no hay

ninguna religión que se aproxime tanto al tratamiento científico como la religión católica. Me entristece mucho que mi obra en la India esté sobre todo en manos de hindúes, teósofos y musulmanes; pero desgraciadamente a los católicos les interesa poco».[61] Ha superado la decepción que le causó la jerarquía católica, y en una carta se define con ironía como una misionera que ha pasado la vida dando vueltas por el mundo y hablando al viento. Gracias a la amiga, en mayo de 1947 obtiene una audiencia privada con el Papa.

Sigue pensando que su método tiene muchos puntos de contacto con el catolicismo —«Las observaciones psicológicas que he podido hacer se corresponden de manera impresionante con el trato que da la Iglesia católica, acompañando al ser humano durante toda su existencia, desde el nacimiento hasta la muerte»—,[62] pero mantiene separada su fe personal del trabajo pedagógico. Lo ha hecho toda la vida, creando un método no confesional, que se adapta a todas las culturas y religiones. A un discípulo holandés que acaba de convertirse al catolicismo le escribe palabras muy sensatas, que pueden considerarse su última declaración sobre el tema: «Recuerda que el método no es necesariamente católico: es un nuevo enfoque de la educación y es para todos. El método es una cosa pequeña. Como dije en el pasado: ha de ser considerado como “un trozo de jabón”, un pequeño añadido a la civilización; todos (ateos, judíos, cristianos) pueden usar este trozo de jabón para lavarse».[63]

Mi país es una estrella

Anciana y vestida con ropa de otra época, Maria recorre la Europa destruida y empobrecida por la guerra y trata de reconstruir el movimiento Montessori con la ayuda de su hijo. Desde Londres, donde reanuda los cursos de formación regulares, escribe a Donna Maraini: «Aquí se ven escaparates con algunos sombreritos, pero no pueden comprarse sin cupones. ¡Y nosotros no llevamos aquí el tiempo suficiente para conseguirlos! Tengo algunos sombreros de paja, que dejé en Amsterdam antes de la guerra y que mis familiares han conservado. ¡Son de hace siete años! Me siento humillada. En la India no tenía sombreros y mis vestidos estaban hechos de velos y oro, casi todos blancos. Mario también tiene trajes viejos, ¡que ahora le quedan un poco ajustados! Y en la India él también tenía los mejores vestidos de seda blanca, o de algodón, y trajes indios de musulmán. ¡Qué historias! Lo que más me incomoda es tener que cuidarme yo misma; en la India estaba acostumbrada a disponer de muchos criados y de una asistente personal, que se pasaba el día lavando y planchando y acudía rápidamente a mis llamadas. Cuando me separé de ella en Madrás, al pensar que en Europa yo no tendría a nadie que me ayudara, lloraba y decía: “Poor Mother!”».[64]

Al acabar el curso, se marcha con Mario a Escocia, para ser proclamada miembro honorario del Educational Institute of Scotland. Y es entonces cuando a la pregunta de cuál es su patria, responde con una frase que se hará célebre: «Mi país es una estrella que gira en torno al sol y que se llama Tierra».[65] La base familiar es ahora Holanda, pero Maria sigue viajando incansablemente: «Recuerdo que una vez salió en avión de Amsterdam por la mañana, llegó a Londres hacia las diez, me llamó, comí con ella y volvió a marcharse a las dos, después de comer», cuenta una alumna.[66]

En Italia se crea un comité, alentado por la indefectible Donna Maraini, para promocionar de nuevo el método. Se pretende que la universidad asigne una pensión a Maria, proyecto que no será aprobado. En abril de 1947, Maria llega a Italia, invitada por el gobierno para una estancia de un par de meses. La recibe la Asamblea constituyente, que está dando al país una nueva forma política después de la dictadura. A los periodistas que le preguntan por su colaboración con el fascismo, les responde: «Cerraron mis escuelas porque estaban basadas en una idea internacional y porque me negué a enseñar la guerra. De modo que me fui a España. Yo siempre tengo libertad.

Hago lo que creo». Contesta a todas las preguntas, no adorna la situación ni reniega del pasado: «No quiero que me describan como una ardiente antifascista. La política no me interesa. Además, todas las ideas políticas son equivocadas. Debemos crear un mundo nuevo, con un corte nuevo y una tela nueva, y no la payasada de trapos y sedas que vemos hoy».[67]

Repite que no quiere que la asocien a ningún partido político o régimen. Siempre ha afirmado, con una forma de inconsciencia que roza el oportunismo: «Quiero la ayuda de todos, sin tener en cuenta sus convicciones políticas o religiosas».[68] Sabe que su intuición va más allá de cualquier ideología y no se cansa de repetirlo, por ejemplo, cuando recuerda sus comienzos en San Lorenzo: «Personas de todas las religiones y partidos políticos, de todas las clases sociales, se interesaron vivamente. Pero lo más curioso era averiguar por qué personas que tenían ideas y sentimientos tan distintos o incluso opuestos y enfrentados, como por ejemplo monárquicos y comunistas, católicos, judíos y budistas, se interesaban tanto por estas manifestaciones infantiles, y qué es lo que hallaban en ellas que fuera importante en relación con sus convicciones. Pues bien, la razón era esta: que cada uno hallaba una parte que faltaba a la realización de sus ideales, y veía en aquellas manifestaciones la ayuda necesaria para el triunfo de sus propios principios. Es decir, cada parte del mundo adulto, fuera cual fuera su partido, su fe religiosa o su ideal, aunque la fe y los ideales no tuvieran ninguna afinidad entre sí, reconocían en el niño el elemento necesario para su propio triunfo».[69]

En sus conferencias no duda en proclamar: «¡Yo digo cosas revolucionarias!».[70] No teme escandalizar y espolear las mentes con sus teorías a contracorriente: «Trabajo con los niños desde hace muchísimos años y ellos me han enseñado a rebelarme contra las ideas erróneas u obsoletas en que muchos padres todavía creen». Se declara convencida de que numerosos adultos que creen amar a los niños en realidad los desprecian sin saberlo, porque los consideran débiles e incompletos. Los adultos, a pesar de todas sus teorías psicológicas, todavía no han entendido casi nada del misterio del niño, un misterio, afirma, que está lleno de milagros.

El motivo de esta incompreensión de fondo es que adultos y niños son distintos, casi como criaturas de planetas diferentes. Le gusta poner el ejemplo del trabajo. Es una idea aceptada por todos que los adultos trabajan y los niños juegan, lo que ella desmiente rotundamente. El niño trabaja siempre, trabaja duro, pero lo hace de una manera distinta: «El equívoco surge porque un niño no trabaja con un propósito consciente como quien produce algo. A partir de los dos años, el niño quiere hacer lo que hacen los adultos: pero no es el resultado de la actividad lo que le interesa, sino la actividad misma. No desea aprender a lavarse y vestirse para ser un niño vestido y limpio; su interés es aprender y repetir una y otra vez los movimientos necesarios para ponerse la ropa y lavarse la cara. ¿Habéis observado alguna vez a un niño, con el rostro enrojecido por el esfuerzo de intentar ponerse los calcetines y zapatos, y quitárselos luego deliberadamente para repetir la operación?».[71]

La época de las sorpresas

En julio de 1947, Mario se casa con Ada. En los archivos de la familia se conserva un fragmento de una película del banquete celebrado después de la ceremonia, en un jardín lleno de amigos y parientes. Un niño, completamente desnudo corretea entre los invitados. Unos minutos después, reaparece en pantalón corto y mete la mano en la tarta de los novios, a quienes no preocupa el desastre y se marchan entre aplausos en un coche descapotable. Maria, sentada a un lado, sonríe. «Estoy contenta de que Mario tenga una gran familia cariñosa, con padre, madre, hermanas y hermanos, tíos, etcétera, porque durante mucho tiempo pensé que lo dejaría solo en el mundo, sin parientes, con sus hijos ya independientes. Creo que lo he depositado en un nido seguro. Y puedo morir tranquila», escribe a su amiga Donna Maraini.[72]

En agosto se marcha de nuevo con Mario a la India, donde todavía queda mucho por hacer, y los resultados son extraordinarios: «Los padres apuntan a sus hijos en la escuela Montessori al nacer, exactamente como hacen para Oxford».[73] Llega a la India justo cuando el país está viviendo la sangrienta separación de Pakistán. Esta tragedia, que causa una enorme destrucción y millones de víctimas, también es analizada por su mirada de educadora. A una alumna italiana le escribe: «Fíjate cómo sufre Gandhi, a pesar del poder pacificador de su vida admirable y extraordinaria. Es que él se dirige al adulto. Si se hubiese dirigido a los niños, habría transformado a los indios que ahora están matándose».[74] Una vez más mantiene una neutralidad política total y colabora tanto con las autoridades indias como con las paquistaníes.

En julio de 1949 regresa a Europa. Aterrizo en Amsterdam y luego emprende un largo tour por Europa: va a Francia para recibir la Legión de Honor, a Holanda para que le concedan la Orden Orange-Nassau y un doctorado honoris causa, a Suiza para recoger el premio de la Fundación Pestalozzi, y luego a Austria, Inglaterra, Escocia e Irlanda. Regresa varias veces a Italia. En mayo de 1950 viaja a Florencia para participar en los trabajos de la Unesco y a Perugia para dictar varias conferencias. Escribe a una colaboradora holandesa: «Para mí, es la época de las sorpresas. Fui recibida con aplausos al entrar en la asamblea general de la Unesco. Y aquí en Italia me han concedido el grado máximo de profesor titular de la Universidad de Perugia. ¿Cómo podré mantener todas estas cosas? ¡Si tuviese tiempo para poder ganármelas! Hay que trabajar mucho, ¿no es cierto?».[75] Durante su estancia en Italia, le pide una cosa especial a su hijo: «Me

dijo: “Me gustaría ir a los lugares donde viví”. Recuerdo que cogí un coche y ella me dijo: “Vámonos, a las Marcas”. Fue la primera visita que hizo de incógnito, porque en aquella época la reconocían y querían agasajarla. Pero me dijo: “No, solos, ¡vamos solos!”. Y vinimos aquí, a Ancona, y fuimos a Chiaravalle. Ella estuvo dando vueltas y dijo: “Ahora estoy contenta, ahora si me muero habré vuelto a ver mi tierra”».[76]

Es candidata tres veces sucesivas al Premio Nobel de la Paz, pero cada vez la Academia de Estocolmo prefiere a otro candidato: en 1949 a John Boyd Orr, director general de la FAO; en 1950 a Ralph Bunche, mediador de la ONU en Palestina; en 1951 a Léon Jouhaux, vicepresidente de la Federación Sindical Mundial. Ninguno de esos hombres, observó Grazia Honegger Fresco, una de las máximas expertas en Maria Montessori en Italia, «“produjo” paz, sino que “reparó los daños de la guerra”».[77] Es muy probable que la colaboración con el fascismo pesara en contra de su candidatura.

Yo no pienso, yo veo

Cada vez acepta menos que su trabajo quede limitado al ámbito escolar. Siente que ha hecho mucho más, al crear un punto de encuentro entre pedagogía, psicología, sociología, ciencias cognitivas e incluso teología. Mientras todos se agolpan a su alrededor para hablar del material didáctico, ella está en otra parte, como si hubiera llegado de las alturas: «Si se aboliera no solo el nombre, sino también el concepto común de “método” para sustituirlo por otra designación; si hablásemos de “una ayuda hasta que la personalidad humana pueda conquistar su independencia, de un medio para liberarla de la opresión de los prejuicios antiguos sobre la educación”, entonces todo estaría claro. Es la personalidad humana lo que hay que considerar, y no un método de educación: es la defensa del niño, el reconocimiento científico de su naturaleza, la proclamación social de sus derechos lo que debe suplantarse a los modos fragmentarios de concebir la educación».[78]

Más que de escuelas habla ya de la humanidad. Más que de alumnos, de niños. Observarlos ha sido el trabajo de toda su vida, y un desafío continuo. ¿Qué significa ser niños?, se pregunta desde siempre. ¿Cómo pueden los adultos ponerse en el lugar de los niños? Es una cosa sumamente difícil, porque la distancia entre la mente de un adulto y la de un niño es enorme. «Nosotros somos recipientes, las impresiones se vierten en nosotros, y nosotros las recordamos y tratamos en nuestra mente, pero somos distintos de nuestras impresiones —explica—. El niño experimenta un cambio una transformación: las impresiones no solo penetran en su mente, sino que la forman. Estas se encarnan en él.»[79] Por eso los adultos pocas veces entienden a los niños. Insisten en juzgarlos con su misma vara de medir, y por fuerza se equivocan. ¿Qué adulto, se pregunta, puede entender el modo como está el niño en el mundo? Ese estado de gracia por el que «siempre está encantado, siempre está feliz», por ejemplo.[80] O su manera de relacionarse con los objetos, hasta el punto de «convertirse» en lo que ama. O su lentitud infinita, incomprensible para nosotros, que es la forma en que el mundo penetra en él y él penetra en el mundo.

Su discurso pasa de la infancia al hombre adulto, ampliando posteriormente su mensaje. Las observaciones sobre el niño que trabaja —la necesidad de sentido, la libertad en las reglas— también pueden inspirar la teoría del trabajo en la fábrica, ayudar a los sindicatos y los empresarios a concebir una organización menos alienante de la actividad humana. Ya en los años

veinte, escribía a sus corresponsales socialistas italianos sobre el gran interés de los Trade Unions ingleses, que la habían invitado a dar charlas a los obreros, y se declaraba convencida de que, igual que en el caso de la educación, también en el de la justicia y el trabajo la respuesta llegaría del experimento bien realizado sobre el terreno, no de las ideologías.

Su estudio de la atención infantil puede explicar en buena parte también la atención del adulto. Siempre ha creído en la lentitud, en el esfuerzo por comprender hasta el fondo. De joven ya escribía, a propósito de los jesuitas y de sus técnicas de concentración: «Meditar y detenerse con el pensamiento, intensificándolo, polarizándolo sobre lo que se medita. Leer un libro en una noche es consumirnos estérilmente; meditar media hora por la mañana es dejar que se expanda con libertad nuestro ego, que por lo general queda de la peor forma ahogado por una avalancha de sensaciones descoordinadas. No conocemos el arte de expandirnos ni sabemos regular nuestras actividades».[81]

Recibe invitaciones de todo el mundo, que Mario estudia con suma atención y a las que responde invariablemente: «Todo depende del estado de salud de Mammolina».[82] Cuando está cansada, se queja de sentirse como un elefante de circo, al que llevan de un país al otro. Si está de buen humor, se divierte comentando con él los pormenores de los nuevos viajes. Cada vez le concede mayor protagonismo. En las visitas a las escuelas, a menudo es Mario el centro de atención. Ella prefiere hacerse a un lado, observar. Lo que siempre atrae su atención es el niño, a veces el más insignificante, el que está realizando un ejercicio aparentemente inútil. Que, como dice ella, está meditando.

Conoce bien la soledad del niño, esa criatura tan potente que vive exiliada en un mundo construido para los adultos. Y sabe muy bien qué significa meditar, es decir, trabajar con gran intensidad. Sabe que existe un nexo profundo que une soledad, concentración y creatividad. Para concentrar las fuerzas hay que estar recogidos en sí mismos: «El individuo tiene exigencias íntimas, para las que, mientras se entrega a un trabajo misterioso, se requiere una soledad completa, la separación de todo y todos. Nadie puede ayudarnos a lograr este aislamiento íntimo, que nos hace accesible nuestro mundo más oculto, más profundo, tan misterioso como rico y pleno».[83] Es lo que hace ella, en su estudio de Holanda, siempre que los viajes le dejan algo de tiempo. Escribe, toma notas, mira por la ventana, pendiente de observar alguna imagen que capta su atención. «Yo no pienso, yo veo», confió un día a una alumna.[84]

La casa junto al mar

En 1950 muere Donna Maraini, y Maria viaja a Italia para recordarla en una ceremonia pública. En su discurso repasa los dos grandes intereses de su vida, la medicina y la pedagogía, y pretende entender cómo todavía pueden renovarse: «Hay dos clases sociales, cuyas necesidades son ignoradas y casi olvidadas: los niños y los enfermos. En los primeros está la esperanza del mundo; sin embargo, los adultos no comprenden sus exigencias correctamente. Son los ciudadanos olvidados. El enfermo es un ser que siente más que los otros, pero casi ha perdido su dignidad: su personalidad humana casi no existe ya, solo existe su enfermedad. La gente no ve en él “al hombre”, no entiende al hombre humillado que se siente solo, abandonado por la vida, relegado en su soledad, condenado a la inactividad, dependiente en todo de los demás».[85]

Mientras se despide de su amiga de toda una vida, mira hacia delante, a los posibles desarrollos de su pensamiento. Su profunda amistad se ha basado, durante medio siglo, en esa convicción de trabajar para la humanidad. Ya de joven, en una carta escrita para apaciguar al marido de Donna Maraini, enfadado por la cantidad de tiempo que su mujer dedica al método, explicaba: «Tal vez pareceré soberbia al hablar así, pero la obra que llamo mía no es mía: lo que cuenta no es mi trabajo, sino que es la obra más sublime de la naturaleza, “el alma humana que se desvela”. Esto es lo que atrae el corazón de su mujer y la convierte en mi compañera en toda posible contemplación de este descubrimiento».[86]

Mientras su tiempo llega a su fin, repasa el trabajo hecho, como si creyese que el mundo no ha entendido muchas cosas. Una de sus nietas recuerda que, en los últimos años, a menudo suspiraba negando con la cabeza: «No han comprendido nada».[87] Es consciente de que pasará a la historia por haber creado un método pedagógico y un material didáctico, pero ella sabe que la verdadera revolución es haber visto al niño en su verdad: no una criatura inferior, sino potencialidad absoluta del futuro. Tal vez incluso —como repite a menudo en su lenguaje místico— salvador del mundo. Eso es lo que le importa más que nada, sobre todo ahora que el final está próximo, y ella rememora cada vez más a menudo los primeros resultados obtenidos en San Lorenzo, en aquel momento inspirado en que todo comenzó.

«Por desgracia, no se reconoció plenamente el profundo significado de esas maravillosas manifestaciones, ni se consideraron demasiado como el resultado de las fuerzas propias del niño,

concedidas por el Creador. En esas manifestaciones prodigiosas del alma infantil se vio en exceso el resultado de un método de educación», observa con amargura.[88] Todos se centran en el material, sin ver más allá, por ejemplo la forma mental transformada del niño: «A las escuelas normales apenas les llegó una forma más libre de estudiar y de realizar actividades individuales y objetivas. El “milagro” fue olvidado oficialmente».[89] En cambio, es lo que a ella le interesa. Cuanto más pasan los años, más le parece lo único importante. «Necesitamos un mundo lleno de milagros», repite.[90]

Prepara su testamento, en el que solo menciona a Mario: «Él es el único heredero, y el único depositario competente: y por ello el justo y legítimo continuador de la obra que yo emprendí y que espero que pueda continuar y acabar felizmente en beneficio de la humanidad, que hemos amado juntos, hallando en el ideal común y en la acción común el mayor consuelo de nuestra vida. Que puedan sus hijos ser sus colaboradores; y que pueda el mundo hacerle justicia, según sus méritos, que yo sé que son grandes y sublimes». Bajo la firma, añade: «Y así los amigos y quienes trabajan de mi trabajo, ¡puedan sentir su deuda con mi hijo!».[91] En el único documento donde lo llama oficialmente «su hijo», resume la promesa que se hizo a sí misma cuando lo recuperó siendo un muchacho: construir una gran empresa que lo resarciera del larguísimo abandono. El trabajo por el que renunció a él al nacer se ha convertido en una empresa internacional, que justifica y mantiene el hombre adulto en que se ha convertido Mario. El círculo se ha cerrado.

Ahora viajar es ya muy complicado, y Maria pasa cada vez más tiempo en Holanda, sobre todo en Noordwijk aan Zee, una población costera famosa por sus extensas playas de arena y los campos de tulipanes. En la década de los cincuenta, antes del turismo de masas, el pueblo es una tranquila sucesión de casas construidas por las familias de la rica burguesía de Amsterdam; entre estas, la villa de los Pierson, una gran casa expuesta a los cuatro vientos, con muchas terrazas y ventanas y un jardín umbrío. Sobre la puerta de entrada, un cartel reza: HET HUIS AAN ZEE («La casa junto al mar»).

Es un lugar precioso. Playas que parecen no tener fin, empalizadas de madera pintadas de blanco, cielos altísimos por donde corren veloces las nubes. A Maria le gusta ir sobre todo en mayo, la estación de la floración. De vez en cuando le pide a su hijo que la lleve en coche a admirar los campos de tulipanes que se extienden más allá de lo que alcanza la vista, en el interior, cubriendo de colores el campo. Desde su habitación en la primera planta ve el mar, que está justo al otro lado de las grandes ventanas, más allá de las dunas bordeadas de hierba alta que el viento agita.

Acepta descansar en la cama incluso de día, porque así lo ha prescrito el médico, pero la inactividad le pesa. En una carta a una amiga italiana escribe que le gustaría ser joven para trabajar más. Le cuesta caminar, tiene problemas de visión. Se sienta en su habitación y espera el

correo o la prensa italiana, con las noticias del mundo. Un día, mientras está peinándose con ayuda de una de sus nietas, suelta bruscamente el cepillo y le dice: «He terminado».[92] «¿Qué vas a terminar tú?», replica incrédula la joven. «Sí, estoy diciéndote que he terminado.»

El 6 de mayo de 1952 Mario y su mujer Ada se hallan atendiendo a unos colaboradores en el salón de la planta baja. Mario le lleva una bandeja con algo de comida y se sienta en la cama a su lado. Le cuenta que el día antes ha recibido una invitación para enseñar el método en Ghana. «Si hay niños que necesitan ayuda son justamente los de los países africanos —se entusiasma Maria—. Nunca hemos estado allí, pero ¿recuerdas las fotografías que nos enviaron las hermanas blancas de Nigeria? ¿Recuerdas a aquella niñita, con la cara enmarcada por lisos mechones, que estaba construyendo la torre rosa? Sí, tenemos que ir. Tú y yo tenemos que organizar un curso como los que hicimos en la India, y debemos procurarnos los ayudantes allí.»[93] Su hijo le recuerda el calor, las enfermedades. «¡O sea, que no quieres que vaya! Un día me iré y te abandonaré», le reprocha con cariño. Mario cede y va a buscar el mapa de África. Cuando regresa, se la encuentra inerte en la cama.

«Quisiera irme sin tener que decir adiós a nadie, silenciosa y secretamente», había escrito unos días antes en una carta.[94] Hacía ya tiempo que había establecido sus últimas voluntades: pedía que la dejaran donde muriera, porque todos los países eran su país. Fue enterrada en el cementerio católico de Noordwijk aan Zee. Sobre la tumba, rodeada de fragmentos de conchas que forman una gravilla marina transparente, está el nombre, las fechas de nacimiento y muerte y una frase en italiano: «Ruego a los queridos niños, que todo lo pueden, que se unan a mí para construir la paz entre los hombres y en el mundo».

Nota de la autora

«La Montessori de joven estaba loca y de vieja se ha vuelto astuta», comentó en 1950 un académico italiano tras haber participado en una cena en su honor.^[1] Creo que la frase puede resumir también el sentido de este libro. Yo quería saber si Maria Montessori era una loca, como dicen algunos, o una astuta mujer de negocios, como afirman otros, o una gran alma, como repiten sus seguidores, o mucho más que todo eso. Quería descubrir a la persona real, más allá de la marca global que todavía lleva su nombre.

Para lograrlo, tenía a mi disposición una bibliografía impresionante, centrada sobre todo en sus ideas, pero que tendía a dar siempre la misma información sobre el personaje. Para reconstruir su vida, disponía de una biografía sólida aunque anticuada (Rita Kramer 1973), un par de libros de testigos directos (Maccheroni 1956 y Standing 1957), muchas monografías de montessorianos, ante todo la de Grazia Honegger Fresco, muy informadas pero preocupadas por no dañar la imagen de la fundadora, y una gran cantidad de textos y artículos de especialistas.

Partí de este material para empezar a ordenar los datos ciertos, comenzando por los estudios y la juventud (valiosísimos, en este aspecto, Matellicani 2007 y Babini y Lama 2010); investigué en archivos donde esperaba encontrar material (archivo AMI, en Amsterdam; Archivio Società Umanitaria, en Milán; Archivio di Stato, en Roma; McClure Manuscript Collection, en Bloomington; Archivio Storico Banca d'Italia, en Roma; Archivio Storico dell'Istituto Leonardo da Vinci, en Roma; archivo del Generalato delle Francescane Missionarie di Maria, en Roma; Fondazione Gentile, en Roma; archivo de la Associazione Nazionale per gli Interessi del Mezzogiorno d'Italia, en Roma; Biblioteca de Catalunya, en Barcelona), y leí muchas cartas inéditas, que no cito por carecer de autorización, pero que he utilizado para construir el relato.

El archivo AMI de Amsterdam me abrió las puertas, pese a no ser una montessoriana. Sabía que se me permitiría usar un número limitado de citas inéditas y por eso he utilizado —para fuentes primarias como el cuaderno de Alessandro Montessori, el Taccuino universitario de Maria Montessori, los apuntes de Maria Montessori sobre su infancia, la correspondencia Montessori-Maraini, que he leído íntegramente— fragmentos ya citados en los libros, en especial Honegger Fresco 2017 y 2018, Alatri 2015, Scholé 2018.

El resultado de cinco años de investigaciones es el libro que me había propuesto escribir: la

historia de una vida. No soy una experta en pedagogía y dejo a otras personas la tarea de explicar el pensamiento de Maria Montessori en toda su complejidad. Yo he explicado cuanto se sabe de su biografía según el estado actual de los documentos, sin prejuicios, pero también sin concesiones. He mostrado los aspectos positivos del personaje —la fuerza de carácter, la emancipación absoluta para su época, la capacidad de visión casi paranormal— y los negativos. Maria Montessori era un genio, y los genios raramente son personas fáciles. Era autoritaria, estaba convencida de que Dios le había confiado una misión y era muy oportunista a la hora de buscar apoyos en cualquier parte. Y además era una mujer que fundó una empresa económica, cosa que muchos no le perdonan fácilmente.

Fíjense. En cuanto se evoca el nombre de Maria Montessori, la mayor parte de los adultos se apresura a decir que sus ideas no pueden aplicarse en las escuelas masificadas, que tales ideas solo funcionan con los hijos de los ricos que asisten a colegios privados. El hecho es que muchas de las hostilidades que Maria Montessori ha suscitado y sigue suscitando se deben a la radicalidad de su mensaje. Esta mujer, nacida en el siglo XIX, dice cosas que todavía hoy son perturbadoras, aunque afortunadamente muchas de sus ideas forman ya parte de la lógica común. Maria Montessori pide a los adultos que abandonen la posición de fuerza y superioridad, consciente o no, con que se sitúan frente a los niños desde el principio de los tiempos.

No habla solo de la institución escolar, habla de relaciones entre humanos. No hace falta ser maestro para entrar en crisis leyendo sus libros. Yo misma ahora miro a los niños de manera distinta. Recuerdo en especial un día en el tren que me llevaba a Roma para consultar un archivo: a mi lado había un niño muy pequeño, que abría y cerraba el tarro de la papilla mientras su madre trataba de darle de comer quitándoselo continuamente de las manos. Me parecía la demostración de lo que Maria Montessori dice en aquel lejano 1907: el niño no juega, trabaja, a veces más duramente que nosotros, los adultos, que sin embargo no dudamos en interrumpirlo.

En este aspecto, su pensamiento sigue siendo aún hoy un desafío. Maria Montessori plantea preguntas incómodas, una de tantas es: ¿por qué cuando encontramos a un niño lo tocamos sin pedirle permiso, aunque solo sea acariciándole el cabello, cosa que nunca nos permitiríamos hacer con sus padres? Sí, ¿por qué? Si he conseguido animar a alguno de mis lectores a cambiar su mirada —y por tanto, su actitud hacia la infancia— este libro habrá logrado su objetivo.

Bibliografia

LIBROS

- AA. VV., *«Caro Olgogigi». Lettere ad Olga e Luigi Lodi. Dalla Roma bizantina all'Italia fascista, 1881-1933*, Milán, FrancoAngeli, 1999.
- AA. VV., *Centenary of the Montessori Movement*, Madrás, Kalakshetra Publications, 2007.
- AA. VV., *Di generazione in generazione. Le italiane dall'Unità a oggi*, Roma, Viella, 2014.
- AA. VV., *Donne e diritti. Dalla Sentenza Mortara del 1906 alla prima avvocata italiana*, Bologna, il Mulino, 2004.
- AA. VV., *Educazione al femminile. Dalla parità alla differenza*, Florencia, La Nuova Italia, 1992.
- AA. VV., «La nascita dello Stato nazionale», en *Fare gli italiani*, vol. I, Bologna, il Mulino, 1996.
- AA. VV., *Genitori e figli nell'età contemporanea. Relazioni in rapida trasformazione*, Florencia, Istituto degli Innocenti, 2003.
- AA. VV., «Il materiale Montessori in cataloghi editi a New York, Londra, Bucarest, Berlino, Gonzaga tra gli anni Dieci e Trenta», *Il Quaderno Montessori*, Roma, 1993.
- AA. VV., *L'audacia insolente. La cooperazione femminile, 1886-1986*, Venecia, Marsilio, 1986.
- AA. VV., *L'infanzia svantaggiata e Maria Montessori. Esperienze psicopedagogiche, educative e sociali dal '900 ad oggi*, Roma, Fefè, 2013.
- AA. VV., *La cura dell'anima in Maria Montessori. L'educazione morale, spirituale e religiosa dell'infanzia*, Roma, Fefè, 2011.
- AA. VV., *La scuola italiana dall'Unità ai nostri giorni*, Florencia, La Nuova Italia, 1992.
- AA. VV., *Leopoldo e Alice Franchetti e il loro tempo*, Città di Castello, Petrucci, 2002.
- AA. VV., *Maria Montessori cittadina del mondo*, Comité italiano de la OMEP, Roma, 1967.
- AA. VV., *Maria Montessori e il sodalizio con l'Umanitaria. Dalla Casa dei bambini di via Solari ai corsi per insegnanti, 1908-2008*, Milán, Raccolto, 2008.
- AA. VV., *Maria Montessori e le sue reti di relazioni*, Brescia, Scholé, 2018.
- AA. VV., *Maria Montessori: 100 Years*, Madrás, Kalakshetra Publications, 2007.
- AA. VV., *Milano e l'Esposizione internazionale del 1906. La rappresentazione della modernità*,

- Milán, Franco Angeli, 2008.
- AA. VV., *Montessori in Contemporary American Culture*, Portsmouth, Heinemann, 1992.
- AA. VV., *Montessori in India: 70 Years*, Madrás, Indian Montessori Foundation, 2007.
- AA. VV., *Montessoriana. Incontri italiani*, Pescara, Libreria dell'Università Editrice, 2010.
- AA. VV., *Montessori-Pädagogik, aktuelle und international Entwicklungen*, Münster, Lit Verlag, 2005.
- AA. VV., *Practical Visionaries. Women, Education and Social Progress, 1790-1930*, Harlow, Longman, 2000.
- AA. VV., *Ragnatele di rapporti. Patronage e reti di relazione nella storia delle donne*, Turín, Rosenberg & Sellier, 1988.
- AA. VV., *Sante De Sanctis tra psicologia generale e psicologia applicata*, Milán, Franco Angeli, 2004.
- AA. VV., *Storia dell'infanzia*, vol. II: *Dal Settecento a oggi*, Roma-Bari, Laterza, 1996.
- AA. VV., *Storia della famiglia italiana, 1750-1950*, Bologna, il Mulino, 1992.
- AA. VV., *The New World of Educational Thought*, Nueva York, MSS Information Corporation, 1973.
- Addis Saba, Marina, *Anna Kuliscioff. Vita privata e passione politica*, Milán, Mondadori, 1993.
- Alatri, Giovanna, *Il mondo al femminile di Maria Montessori. Regine, dame e altre donne, scritti, lettere, testimonianze*, Roma, Fefè, 2015.
- Babini, Valeria P., *La questione dei frenastenici. Alle origini della psicologia scientifica in Italia 1870-1910*, Milán, Franco Angeli, 1996.
- , y Luisa Lama, *Una donna nuova*, Milán, Franco Angeli, 2000.
- Badinter, Élisabeth, *L'Amour en plus: histoire de l'amour maternel: XVII/XX siècle*, París, Flammarion, 1980. [Hay trad. cast.: *¿Existe el amor maternal?: historia del amor maternal: siglos XVII al XX*, Barcelona, Paidós-Pomare, 1981.]
- Bailey, Richard, *A. S. Neill*, Nueva York, Bloomsbury Academic, 2014.
- Ball, Thomas, *Itard, Séguin and Kephart: Sensory Education. A Learning Interpretation*, Columbus, Merrill, 1971.
- Barausse, Alberto, *I maestri all'università. La Scuola pedagogica di Roma 1904-1923*, Perugia, Morlacchi, 2004.
- Barbera, Mario, *L'educazione nuova e il metodo Montessori*, Milán, Ancora, 1946.
- Bartolini, Stefania (ed.), *Per le strade del mondo. Laiche e religiose tra Otto e Novecento*, Bologna, il Mulino, 2007.
- Battista, Giuseppina, *L'educazione religiosa in Maria Montessori*, Milán, Massimo, 1989.
- Baumann, Harold, *1907-2007. Hundert Jahre Montessori-Pädagogik*, Berna, Haupt, 2007.
- Bedeschi, Lorenzo, *L'antimodernismo in Italia. Accusatori, polemisti, fanatici*, Milán, San

- Paolo, 2000.
- Berger, Manfred, *Clara Grunwald: Wegbereiterin der Montessori Pädagogik*, Frankfurt, Brandes & Apsel, 2000.
- Bertin, Giovanni Maria, *Il fanciullo montessoriano e l'educazione infantile*, Roma, Armando, 1975.
- , *Pedagogia italiana del Novecento. Autori e prospettive*, Milán, Mursia, 1989.
- Bertini, Giovanni, *Il metodo Montessori*, Florencia, Bemporad-Marzocco, 1953.
- Bonaventura, Massa, *Maria Pyle. Una creatura meravigliosa alla scuola di Padre Pio*, San Giovanni Rotondo, Convento Santa Maria delle Grazie, 1970.
- Boni Fellini, Paola, *I segreti della fama*, Roma, Centro editoriale dell'Osservatore, 1955.
- Borghi, Battista Q., *Montessori dalla A alla Z. Lessico della pedagogia di Maria Montessori*, Trento, Erikson, 2019.
- Bortolotti, Lando, *Roma fuori le mura. L'Agro romano da palude a metropoli*, Roma-Bari, Laterza, 1988.
- Bucci, Sante, *Educazione dell'infanzia e pedagogia scientifica. Da Fröbel a Montessori*, Roma, Bulzoni, 1990.
- Buseghin, Maria Luciana, *Cara Marietta. Lettere di Alice Hallgarten Franchetti 1901-1911*, Città di Castello, Tela Umbra, 2002.
- , *Alice Hallgarten Franchetti. Un modelo di donna e di imprenditrice nell'Italia tra '800 e '900*, Selci-Lama, Pliniana, 2013.
- Buttafuoco, Annarita, *Le Mariuccine. Storia di un'istituzione laica: l'asilo Mariuccia*, Milán, Franco Angeli, 1998.
- Butturini, Emilio, *La pace giusta. Testimoni e maestri tra '800 e '900*, Verona, Mazziana, 2007.
- Canfield Fisher, Dorothy, *A Montessori Mother*, Nueva York, Henry Holt, 1912.
- , *The Montessori Manual for Teachers and Parents*, Cambridge, Robert Bentley, 1964.
- Castoldi, Massimo, *Insegnare libertà*, Roma, Donzelli, 2018.
- Catarsi, Enzo, *La giovane Montessori*, Ferrara, Corso, 1995.
- Cavalletti, Sofia, y Gianna Gobbi, *Educazione religiosa, liturgia e metodo Montessori*, Roma, Paoline, 1961.
- Charnitzky, Jürgen, *Fascismo e scuola. La politica scolastica del regime, 1922-1943*, Florencia, La Nuova Italia, 1996.
- Chattin-McNichols, John, *The Montessori Controversy*, Albany, Delmar, 1991.
- Cives, Giacomo, *Maria Montessori pedagoga complessa*, Pisa, ETS, 2001.
- Colomba, Letizia (ed.), *Donne educatrici. Maria Montessori e Ada Gobetti*, Turín, Rosenberg & Sellier, 1996.
- Conti, Bruna, y Alba Morino, *Sibilla Aleramo e il suo tempo. Vita raccontata e illustrata*, Milán,

- Feltrinelli, 1981.
- Cornelio, Angelo Maria, *Vita di Antonio Stoppani. Onoranze alla sua memoria*, Turín, UTET, 1898.
- Curli, Barbara, *Italiane al lavoro 1914-1920*, Venecia, Marsilio, 1998.
- D'Amelia, Marina (ed.), *Storia della maternità*, Roma-Bari, Laterza, 1997.
- De Bartolomeis, Francesco, *Maria Montessori e la pedagogia scientifica*, Florencia, La Nuova Italia, 1961. [Hay trad. cast.: *Maria Montessori y la pedagogía científica*, Madrid, Sociedad de Educación Atenas, 1979.]
- De Giorgio, Fulvio, *Maria Montessori. Il peccato originale*, Brescia, Scholé, 2019.
- De Giorgio, Michela, *Le italiane dall'Unità a oggi. Modelli culturali e comportamenti sociali*, Roma-Bari, Laterza, 1992.
- De Sanctis, Carlo, *Giuseppe Ferruccio Montesano*, Bari, Grafiche Cressati, 1962.
- De Sanctis, Leonardo (ed.), *Le ricette di Maria Montessori cent'anni dopo*, Roma, Fefè, 2008.
- Dolza, Delfina, *Essere figlie di Lombroso. Due donne intellettuali tra '800 e '900*, Milán, FrancoAngeli, 1990.
- Eckert, Ela, *Maria und Mario Montessoris Kosmische Erziehung. Vision und Konkretion*, Berlín, LIT, 2007.
- Falchi, Federica, *L'itinerario politico di Regina Terruzzi. Dal mazziniano al fascismo*, Milán, FrancoAngeli, 2008.
- Ferrière, Adolphe, *L'aube de l'école sereine en Italie*, París, Julien Crémieu, 1927.
- Finazzi Sartor, Rosetta, *Maria Montessori*, Brescia, La scuola, 1961.
- Forti Messina, Annalucia, *Il sapere e la clinica*, Milán, FrancoAngeli, 1998.
- Foschi, Renato, *Maria Montessori*, Roma, Ediesse, 2012.
- , Erica Moretti y Paola Trabalzini, (eds.), *Il destino di Maria Montessori*, Roma, Fefè, 2019.
- Fynne, Robert John, *Montessori and Her Inspirers*, Londres, Nueva York, Longmans, Green and Co., 1924.
- Gandiglio, Marta, *Sulle tracce di Maria Montessori. Testimonianze di allievi amici e stimatori, 1930-1999*, tesis de licenciatura en Pedagogía General en la Universidad La Sapienza, Roma, año académico 1997-1998, archivo AMI.
- Gaudiose, Dorothy M., *Maria l'«Americana». La vita di Mary Pyle all'ombra di Padre Pio*, Cinisello Balsamo, San Paolo, 1995.
- Ghizzoni, Carla, *Educazione e scuola all'indomani della grande guerra. Il contributo de La Civiltà Cattolica, 1918-1931*, Brescia, La scuola, 1997.
- Gidel, Henri, *Marie Curie*, París, Flammarion, 2008.
- Giovetti, Paola, *Maria Montessori*, Roma, Mediterranee, 2009.
- Grant, Cecil, *English Education and Dr. Montessori*, Londres, Wells Gardner, 1913.

- Gutek, Gerald L., *The Montessori Method. The Origins of an Educational Innovation*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2004.
- , y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press, 2016.
- Hammerer, Franz, *Maria Montessoris pädagogisches Konzept*, Viena, Jugend & Volk, 1997.
- Hansen-Schaberg, Inge, *Clara Grunwald. Ein Leben für die Montessori-Pädagogik*, Berlín, Bibliothek für Bildungsgeschichtliche Forschung, 2003.
- Heid, M. L., *Uomini che non scompaiono*, Florencia, Sansoni, 1944.
- Holman, Henry, *Séguin and his Physiological Method of Education*, Londres, Pitman and Sons, 1914.
- Honegger Fresco, Grazia, *Montessori: perché no? Una pedagogia per la crescita. Che cosa ne è oggi della proposta pedagogica di Maria Montessori in Italia e nel mondo?*, Milán, FrancoAngeli, 2000.
- , *Maria Montessori, una storia attuale*, Turín, Il leone verde, 2018.
- (ed.), *Radici nel futuro. La vita di Adele Costa Gnocchi (1883-1967)*, Molfetta, La meridiana, 2001.
- Istituto Centrale di Statistica, *Sommario di statistiche storiche dell'Italia, 1861-1965*, Roma, ISTAT, 1968.
- Kirkpatrick, Jerry, *Montessori, Dewey and Capitalism*, Upland, Kirkpatrick Books, 2008.
- Klein-Landeck, Michael (ed.), *Fragen an Maria Montessori. Immer noch ihrer Zeit voraus?*, Friburgo, Verlag Herder, 2015.
- Kramer, Rita, *Maria Montessori. A Biography*, Nueva York, Da Capo Press, 1988.
- Leenders, Hélène, *Der Fall Montessori, Die Geschichte einer reformpädagogischen Erziehungskonzeption im italienischen Faschismus*, Bad Heilbrunn, Klinkhardt, 2001.
- Leonarduzzi, Alessandro, *Maria Montessori. Il pensiero e l'opera*, Brescia, Paideia, 1967.
- Lo Sapia, Giovanna, *Giovanni Bollea. Uomo e scienziato*, Roma, Armando, 2014.
- Maccheroni, Anna M., *Come conobbi Maria Montessori*, Roma, Edizioni Vita dell'Infanzia, 1956.
- Maino, Maria P., *A misura di bambino. Cent'anni di mobili per l'infanzia in Italia 1870-1970*, Roma-Bari, Laterza, 2003.
- Matellicani, Anna, *La «Sapienza» di Maria Montessori. Dagli studi universitari alla docenza 1890-1919*, Roma, Aracne, 2007.
- Mazzetti, Roberto, *Il bambino, il giuoco, il giocattolo*, Roma, Armando, 1962.
- , *La donna, la casa e il bambino nella ricerca della Montessori*, Salerno, Beta, 1971.
- McClure, Samuel S., *My Autobiography*, Nueva York, Frederick A. Stokes Co., 1914.
- Michelet, André, *Les outils de l'enfance I: La pédagogie de l'action*, Neuchâtel, Delachaux et

- Niestlé, 1972.
- Montessori Jr., Mario M., *Education for Human Development. Understanding Montessori*, Santa Barbara, Clio Press, 1992.
- , *L'educazione come aiuto alla vita. Comprendere Maria Montessori*, Turín, Il leone verde, 2018.
- Müller, Thomas, y Romana Schneider, *Montessori. Teaching Materials, Furniture and Architecture 1913-1935*, San Francisco, Wittenborn Art Books, 2002.
- Negro, Silvio, *Roma, non basta una vita*, Vicenza, Neri Pozza, 1997.
- , *Seconda Roma, 1850-1870*, Vicenza, Neri Pozza, 2015.
- Neyret, Madeleine, *Hélène Lubienska de Lenval, 1895-1972. Pour une pédagogie de la personne*, París, Lethielleux, 1994.
- Pagella, Mario, *Storia della scuola. Sintesi storica della scuola dalle origini ai giorni nostri, con particolare riguardo alla scuola italiana*, Bologna, Cappelli, 1980.
- Papa, Emilio Raffaele, *Storia di due manifesti. Il fascismo e la cultura italiana*, Milán, Feltrinelli, 1958.
- Paulucci, Paolo, *Alla corte di Re Umberto. Diario segreto*, Milán, Rusconi, 1986.
- Pazzaglini, Marcello, *San Lorenzo, 1881-1981. Storia urbana di un quartiere popolare a Roma*, Roma, Officina, 1984.
- Pélicier, Yves, y Guy Thuillier, *Édouard Séguin, l'«instituteur des idiots»*, París, Economica, 1980 (contiene un apéndice sobre *Traitement moral, hygiène et éducation des idiots de Édouard Séguin*, 1846).
- , *Un pionnier de la psychiatrie de l'enfant: Édouard Séguin, 1812-1880*, París, Comité d'Histoire de la Sécurité Sociale, 1996.
- Pesci, Furio, *Antropologia e pedagogia a Roma da Giuseppe Sergi a Maria Montessori. Letture per il laboratorio di storia della pedagogia*, Roma, Aracne, 2003.
- Pieroni Bortolotti, Franca, *Alle origini del movimento femminile in Italia, 1848-1892*, Turín, Einaudi, 1963.
- Povell, Phyllis, *Montessori Comes to America. The Leadership of Maria Montessori and Nancy McCormick*, Lanham, University Press of America, 2010.
- Radice, Sheila, *The New Children. Talks with Dr. Maria Montessori*, Londres, Hodder and Stoughton, 1920.
- Regni, Raniero, *Infanzia e società in Maria Montessori. Il bambino padre dell'uomo*, Roma, Armando, 2007.
- , y Leonardo Fogassi, *Maria Montessori e le neuroscienze. Cervello, mente, educazione*, Roma, Fefè, 2019.
- Rossi Barilozzi, Stefania, *Adele Costa Gnocchi, 1883-1967. Un'antesignana dell'educazione*

- dalla vita prenatale al bambino di tre anni, Perugia, Era Nuova, 2016.
- Sanfilippo, Mario, *San Lorenzo 1870-1945. Storia e storie di un quartiere popolare romano*, Roma, Edilazio, 2003.
- Scaraffia, Lucetta, y Anna M. Isastia, *Donne ottimiste. Femminismo e associazioni borghesi nell'Otto e Novecento*, Bologna, il Mulino, 2002.
- Schultz-Benesch, Günter, *Der Streit um Montessori*, Friburgo, Herder, 1961.
- Schwegman, Marjan, *Maria Montessori*, Bologna, il Mulino, 1999.
- Scocchera, Augusto, *Maria Montessori. Quasi un ritratto inedito*, Florencia, La Nuova Italia, 1990.
- , *Maria Montessori. Una storia per il nostro tempo*, Roma, Opera Nazionale Montessori, 2005.
- , (ed.), *Introduzione a Mario M. Montessori*, Roma, Opera Nazionale Montessori, 1998.
- Séguin, Édouard, *Rapport et mémoires sur l'éducation des enfants normaux et anormaux*, París, Alcan, 1895.
- , *Idiocy and its Treatment by the Physiological Method*, Nueva York, Theachers' College University of Columbia, 1907.
- Severini, Marco, *Giulia, la prima donna. Sulle protolettrici italiane ed europee*, Venecia, Marsilio, 2017.
- Soldani, Simonetta (ed.), *L'educazione delle donne. Scuole e modelli di vita femminile nell'Italia dell'Ottocento*, Milán, FrancoAngeli, 1989.
- Standing, Edwin M., *Maria Montessori. Her Life and Work*, Londres, Hollis & Carter, 1957.
- Stewart, William A. C., *Progressives and Radicals in English Education, 1750-1970*, Londres, Palgrave Macmillan, 2014.
- Stewart-Steinberg, Suzanne, *The Pinocchio Effect: On Making Italians (1860-1920)*, Chicago, University of Chicago Press, 2007.
- Stiller, Diana, *Clara Grunwald und Maria Montessori. Die Entwicklung der Montessori-Pädagogik in Berlin*, Hamburgo, Diplomica Verlag, 2008.
- Stoll Lillard, Angeline, *Montessori. The Science Behind the Genius*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.
- Sulea-Firu, Ilie, *Montessori-Erinnerungen*, Zurich, Assoziation Montessori Schweiz, 1991.
- Sutherland Neill, Alexander, *All the Best, Neill. Letters from Summerhill*, Londres, Routledge, 2016.
- Tomasi, Tina, *Massoneria e scuola*, Florencia, Vallecchi, 1980.
- Tornar, Clara, *La pedagogia di Maria Montessori tra teoria e azione*, Milán, Franco Angeli, 2007.
- Trabalzini, Paola, *Maria Montessori. Da «Il metodo» a «La scoperta del bambino»*, Roma,

- Aracne, 2003.
- Trent, James W., *Inventing the Feeble Mind: A History of Mental Retardation in the United States*, Berkeley, University of California Press, 1995.
- Trisciuzzi, Leonardo, *La scoperta dell'infanzia. Con estratti dai diari di Pestalozzi, Tiedemann, Darwin, Taine, Ferri*, Florencia, Le Monnier, 1976.
- Waltuch, Margot R., *A Montessori Album: Reminiscences of a Montessori Life*, Cleveland Heights, David Kahn, 1986.
- , *A Montessori Album. Reminiscences of a Montessori Life*, Cleveland Heights, NAMTA, 1986.
- Ward, Florence E., *The Montessori Method and the American School*, Nueva York, MacMillan, 1913.
- Young-Bruehl, Elizabeth, *Anna Freud. Una biografia*, Milán, Bompiani, 1993.
- Zago, Giuseppe (ed.), *Sguardi storici sull'educazione dell'infanzia. Studi in onore di Mirella Chiaranda*, Fano, Aras, 2015.
- Zola, Émile, *Les trois villes: Rome, París*, Bibliothèque Charpentier, 1896. [Hay trad. cast.: *Roma*, Barcelona, Cabaret Voltaire, 2009.]

ARTÍCULOS

- La Civiltà Cattolica*, vol. II, 1908.
- Babini, Valeria P., «Tra scienza e femminismo. Maria M. prima del “Metodo”», *Centro di Studi Montessoriani*, Anuario 2003.
- Beck, Robert H., «Kilpatrick's Critique of Montessori's Method and Theory», *Studies in Philosophy and Education*, 1 (4-5), 1960.
- Bollea, Giovanni, «Itard, Jean, Séguin, Édouard, Montessori: medici educatori e nuova immagine del bambino handicappato», *Vita dell'Infanzia*, XLVIII, 6, julio-agosto de 1999.
- Bouman, Jan C., «The Montessori Method: Science or Belief?», *AMI Communications*, 1, 1964.
- Cañigüeral Viñals, Dani, «La historia de Montessori i Barcelona», en *Treball de Recerca*, archivo AMI.
- Catarsi, Enzo, «Maria Montessori al Congresso femminista di Londra nel 1899», *Vita dell'Infanzia*, febrero de 1984.
- Cives, Giacomo, «Maria Montessori tra scienza, spiritualità e laicità», *Studi sulla Formazione*, 2015.
- Condette, Jean-François, Savoye, Antoine, «Une éducation pour une ère nouvelle: le congrès

- international d'éducation de Calais (1921)», *Société d'Économie et de Science Sociales*, 163, 2016/1.
- Cossentino, Jacqueline, «Big Work: Goodness, Vocation, and Engagement in the Montessori Method», *Curriculum Inquiry*, XXVI, 1, 2006.
- Credaro, Luigi, «La scuola pedagogica di Roma (1904-1923)», *Rivista Pedagogica*, XXVIII, 5, ottobre-diciembre de 1935.
- Cromwell, Mary R., «Il Metodo Montessori in Francia durante la guerra», *La Cultura popolare*, IX, 1, enero de 1919.
- De Giorgi, Fulvio, «Maria Montessori modernista», en *Annali di storia dell'educazione e delle istituzioni scolastiche*, XVI, 16, 2009.
- De Vroede, Maurice, «Francisco Ferrer et la Ligue Internationale pour l'éducation rationnelle de l'enfance», *Paedagogica Historica*, 19, 1979.
- «Discorso di Maria Montessori», *Conferencia*, Journal de l'Université des Annales, enero de 1937.
- Fancello, Lucia, «La “Casa dei Bambini” di tirocinio a Napoli», *La Cultura Popolare*, X, 1, enero de 1920.
- Fiorani, Matteo, y Giovanni Bollea, «Per una storia della neuropsichiatria infantile in Italia», *Medicina e Storia*, XI, 2011, pp. 21-22.
- George, Anne, «The First Montessori School in America», *McClure's Magazine*, 39, 2, junio de 1912.
- , «Dr. Maria Montessori: The Achievement and Personality of an Italian Woman Whose Discovery Is Revolutionizing Education Methods», *Good Housekeeping*, LV, 1, julio de 1912.
- Grazzini, Camillo, «Maria Montessori's Cosmic Vision, Cosmic Plan and Cosmic Education», *The NAMTA Journal*, 38, 1, invierno de 2013.
- Guarnieri, Patrizia, «Piccoli, poveri e malati. Gli ambulatori per l'infanzia a Roma nell'età liberale», *Italia Contemporanea*, 223, 2001.
- Homs, Eladio, «Maria Montessori “Barcelonina”», *Vita dell'Infanzia*, mayo de 1952.
- Honegger Fresco, Grazia, «La scuola Montessori di Laren», *Il Quaderno Montessori*, VII, 25, primavera de 1990.
- , «Roma: il corso Montessori del 1910 e La casa dei Bambini presso il Convento delle Suore Francescane di via Giusti 12», *Il Quaderno Montessori*, 51, 1996.
- «How Early Experiences Shape the Development of Cognitive Function», *Working Paper* (Harvard University), 11.
- «How It All Happened, Dr. Montessori Speaks», *AMI Communications*, archivo AMI, 1970.
- «Il movimento Montessori a Napoli», *Vita dell'Infanzia*, 3, marzo de 1967.
- «In memoria di Mario Montessori», *AMI Communications*, 1-2, 1982.

- Julius, Evola, «Il caso Montessori», *La Vita Italiana*, mayo de 1934.
- Le Maire, Giuseppina, «Come vivono i poveri di Roma. Il quartiere di San Lorenzo», *Nuova Antologia*, 39, 1904.
- Lillard, Angeline, Else-Quest, Nicole, «Evaluating Montessori Education», *Science*, CCCXIII, 5795, 29 de septiembre de 2006.
- «Luci e ombre del metodo Montessori di Barbera», *La Civiltà Cattolica*, 81, II, 1930.
- Maccheroni, Anna M., «Il bambino cerca di vivere», *Vita dell'Infanzia*, 5-6-7, 1952.
- , «10 novembre 1910», *Vita dell'Infanzia*, 10-11, 1953.
- Marazzi, Giuliana, «Montessori e Mussolini: la collaborazione e la rottura», en *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, 1, 2000.
- «Maria Montessori et la France. Genèse d'une histoire de Martine Gisloul», *History of Education and Children Literature*, IX, 2, 2014.
- «Maria Montessori Writes to Her Friend Giuliana Sorge and Reflects on the Nobel Prize for Peace», *AMI Journal*, 2013/1/2.
- Michael, Knoll, «John Dewey und Maria Montessori. Ein unbekannter Brief», *Pädagogische Rundschau*, 50, 1996.
- «Montessori and the Mainstream: a Century of Reform on the Margins by Keith Whitescarver and Jacqueline Cossentino», *Teachers College Record*, C, 12, diciembre de 1998.
- «Montessori in India, On the Watch Tower», en *The Theosophical Publishing House*, Adyar, Madrás, LXI, 1, noviembre de 1939.
- Montessori, Mario, «Maria Montessori mia madre», *Selection du Reader's Digest*, septiembre de 1965.
- «Mussolini and Montessori: an Established Principle», *Times Educational Supplement*, 4 de abril de 1925.
- Padellaro, Nazareno, «L'inaugurazione del XV corso internazionale Montessori», en *Annali dell'Istruzione Elementare*, 5, 1930.
- Palau i Vera Joan, «Un assaig d'aplicació del mètode Montessori a la Casa de la Maternitat», *Quaderns d'Estudi*, 39, abril de 1920.
- Pesci, Furio, «L'educazione morale e religiosa nell'opera di Maria Montessori», *History of Education and Children Literature*, VI, 2, 2011.
- Pironi, Tiziana, «Da Maria Montessori a Margherita Zoebeli: l'impegno educativo nei confronti dell'infanzia traumatizzata dalla guerra», en *Annali online della Didattica e della Formazione Docente*, VIII, 12/2016.
- Pozzi, Irene, «La società Umanitaria e la diffusione del metodo Montessori (1908-1923)», *Ricerche di Pedagogia e Didattica, Journal of Theories and Research in Education*, X, 2, 2015.

- Recchia, Germana, «Maria Montessori: nei dintorni dell'uomo nuovo», en Laboratorio Montessori, febrero de 2013: <http://www.paedagogica.org/doc/recchia_germana_UNICO_MONTESSORI_def.pdf>.
- Sáiz, Milagros, y Dolors Sáiz, «La estancia de Maria Montessori en Barcelona: la influencia de su método en la psicopedagogía catalana», *Revista de Historia de la Psicología*, XXVI, 2-3, 2005.
- Sandri, Patrizia, «L'educazione degli “ineducabili”: i contributi di Jean Itard, Édouard Séguin e Maria Montessori», *MeTis*, IV, 2, 12/2014.
- Scocchera, Augusto, «Due reattivi “teologici” di Maria Montessori», *Vita dell'Infanzia*, 41, 5-6, 1992.
- Thayer-Bacon, Barbara, «Maria Montessori, John Dewey, and William H. Kilpatrick», *E&C/Education and Culture*, 28, 2012.
- «The Theosophist», en *Montessori in India*, LX, 1, octubre de 1938-marzo de 1939, archivo AMI.
- Thrush, Ursula, «Erdkinder, i figli della Terra», *Il Quaderno Montessori*, VIII, 31-32, 1991.
- Tozier, Josephine, «The Montessori Schools in Rome», *McClure's Magazine*, 37, 2, diciembre de 1911.
- «Un'identità incompiuta: Maria Montessori nel carteggio di Mère Marie de la Rédemption», *Orientamenti Pedagogici*, LXIV, 3/2017.
- Wagnon, Sylvain, «Les théosophes et l'organisation internationale de l'éducation nouvelle, 1911-1921», *Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña*, IX, 1, 2017.
- Wilson, Carolie, «Montessori Was a Theosophist», *History of Education Society Bulletin*, XXXVI, 1985.
- Zanzi, C., «Le Case dei bambini della Montessori», *Rivista Pedagogica*, XI, 1918.

LIBROS DE MARIA MONTESSORI

- Lezioni di antropologia pedagogica*, Roma, Sabbadini, 1906.
- Il metodo della pedagogia scientifica applicato all'educazione infantile nelle Case dei Bambini*, Città di Castello, Casa Editrice S. Lapi, 1909. [Hay trad. cast.: *El Método de la pedagogía científica aplicado a la educación de la infancia en «La Casa dei Bambini»*, Barcelona, Araluce, 19--.]
- Antropologia pedagogica*, Milán, Vallardi, 1910. [Hay trad. cast.: *Antropología pedagógica*, Barcelona, Araluce, 19--.]
- Dr. Montessori's Own Handbook*, Londres, William Heinemann, 1914.

L'autoeducazione nelle scuole elementari, Roma, Ermanno Loescher & C., 1916. [Hay trad. cast.: *La auto-educación en la escuela elemental*, Barcelona, Araluce, sin fecha.]

I bambini viventi nella Chiesa, Nápoles, Morano, 1922.

Das Kind in der Familie, Berlín, 1923.

La vita in Cristo, Roma, Ferri, 1931.

Mass Explained to Children, Londres, Sheed & Ward, 1932.

Psicogeometria, Barcelona, Araluce, 1934.

L'Enfant, París, Desclée de Brouwer, 1936. [Hay trad. cast.: *El niño*, Barcelona, Araluce, 1937.]

Education for a New World, Adyar Madrás, Kalakshetra Publications, 1946. [Hay trad. cast.: *Educación para un nuevo mundo*, Amsterdam, Montessori-Pierson Publishing Company, 2014.]

<http://agso.uni-raz.at/marienthal/biografien/montessori_maria.htm>.

To Educate the Human Potential, Adyar Madrás, Kalakshetra Publications, 1947.

What You Should Know about Your Child, Colombo, Bennet & Co., 1948.

The Discovery of Child, Adyar-Madrás, The Theosophical Publishing House, 1948.

De l'enfant à l'adolescent, París, Desclée de Brouwer, 1948.

Educazione e pace, Milán, Garzanti, 1949.

The Formation of Man, ABC-CLIO, 1949.

The Absorbent Mind, Adyar Madrás, The Theosophical Publishing House, 1949. [Hay trad. cast.: *La Mente absorbente del niño*, Barcelona, Araluce, 1971.]

The California Lectures of Maria Montessori, 1915. Collected Speeches and Writings, Santa Barbara, Clio Press, 1997.

Dio e il bambino e altri scritti inediti, Brescia, La scuola, 2013. [Hay trad. cast.: *Dios y el niño y otros escritos inéditos*, Barcelona, Herder, 2016.]

Maria Montessori Sails to America. A Private Diary, 1913, Amsterdam, Montessori-Pierson, 2013.

Maria Montessori Writes to Her Father. Letters from California, 1915, Amsterdam, Montessori-Pierson, 2015.

Maria Montessori parla ai genitori. Il pensiero montessoriano spiegato alle famiglie, Turín, Il leone verde, 2018.

Il peccato originale, Brescia, Scholé, 2019.

ARTÍCULOS DE MARIA MONTESSORI

«Sul significato dei cristalli del Leyden nell'asma bronchiale», *Bollettino della Società Lancisana degli Ospedali di Roma*, XVI, I, 1896.

- «Sulle cosiddette allucinazioni antagonistiche», *Policlinico*, IV, vol. IV, 2, febrero de 1897, pp. 68-71, y 3, marzo de 1897.
- «Miserie sociali e nuovi ritrovati della scienza», *Il Risveglio Educativo*, XV, 17, 10 de diciembre de 1898.
- «Scuole di redenzione», *Il Risveglio Educativo*, 15, 23, 1899.
- «La questione femminile e il Congresso di Londra», *L'Italia femminile*, 1, 38, 1899.
- «Riassunto delle lezioni di didattica date in Roma nella Scuola Magistrale Ortofrenica», *Laboratorio Litografico Romano*, Roma, 1900.
- «La via e l'orizzonte del femminismo», *Cyrano de Bergerac*, 2, 7, 1902.
- «Norme per una classificazione dei deficienti in rapporto ai metodi speciali di educazione», en *Atti del Comitato Ordinatore del II Congresso Pedagogico Italiano*, 1899-1901, Nápoles, Trani, 1902.
- L'antropologia pedagogica. Conferenza tenuta agli studenti di filosofia nell'Università di Roma*, Milán, Vallardi, 1903.
- «Sui caratteri antropometrici in relazione alle gerarchie intellettuali dei fanciulli nelle scuole», *Archivio per l'Antropologia e l'Etnologia*, XXXIV, 2, 1904.
- «Influenza delle condizioni di famiglia sul livello intellettuale degli scolari. Ricerche d'Igiene e Antropologia Pedagogiche in rapporto all'Educazione», Bologna, Zamerani e Albertazzi, 1904.
- «Caratteri fisici delle giovani donne del Lazio», en *Atti della Società Romana di Antropologia*, XII, 1, 1905.
- «A proposito dei minorenni corrigendi», *La Vita*, 3 de junio de 1906.
- «Gli odierni riformatori per i minorenni corrigendi», *La Vita*, 6 de junio de 1906.
- «Sulla questione dei minorenni corrigendi», *La Vita*, 16 de junio de 1906.
- «Per i minorenni delinquenti», *La Vita*, 14 de julio de 1906.
- «Ancora sui minorenni delinquenti», *La Vita*, 6 de agosto de 1906.
- «Lottiamo contro la criminalità», *La Vita*, 8 de septiembre de 1906.
- «Proclama alle donne italiane», *La Vita*, 26 de febrero de 1906.
- «Metodo per insegnare la scrittura», *L'Educazione dei Sordomuti*, 5, mayo de 1908.
- «L'importanza della etnologia regionale nell'antropologia pedagogica», en *Ricerche di Psichiatria e Nevrologia, Antropologia e Filosofia dedicate al prof. Enrico Morselli nel XXV anno del suo insegnamento universitario*, Milán, Vallardi, 1907.
- «La Casa dei Bambini, dell'Istituto Romano dei Beni Stabili», *Conferenza tenuta il 7 aprile 1907*, Roma, Officina Tipografica Bodoni, 1907.
- «La morale sessuale nell'educazione», *Atti del I Congresso Nazionale delle donne italiane, Roma 24-30 aprile 1908*, Roma, Stabilimento Tipografico della Società Editrice Laziale, 1912.

«La croce Bianca», *La Cultura Popolare*, 9, 1917.

«Il nuovo metodo di educazione», *Opera Montessori*, enero-febrero de 1932.

«Letter to the Editors», *Times Educational Supplement*, 1 de septiembre de 1914.

En el 150 aniversario de su nacimiento, la apasionante biografía de Maria Montessori: una pionera del feminismo y de las nuevas pedagogías cuyo método está hoy más vivo que nunca.



Maria Montessori fue una de las mujeres más influyentes de su época, tan carismática como polémica. Su formación multidisciplinar —en medicina, biología, antropología y filosofía—, su pionera defensa de los derechos de las mujeres y su fe inquebrantable le permitieron concebir la educación desde una perspectiva inédita y revolucionaria que puso el foco en el niño, en dejarle espacio y tiempo, en observarlo y estimularlo de forma imperceptible según sus necesidades, confiando en su inteligencia y su capacidad de aprender por curiosidad y no por imposición. Comenzó su proyecto pedagógico con los niños del manicomio de Roma y luego dirigiendo un parvulario en San Lorenzo, uno de los barrios más pobres de la ciudad. Pronto el llamado «milagro de San Lorenzo» se extendió por el resto del país y el extranjero, donde el método de Montessori se hizo enormemente popular, con la propia Maria implicada en la instrucción de sus discípulas y en la creación de escuelas.

Basándose en cartas inéditas y testimonios directos, Cristina De Stefano desvela la poco conocida personalidad de Maria Montessori, cuya doble vertiente científica y religiosa hizo su presencia incómoda tanto en un ámbito como en el otro. Sin embargo, su método de enseñanza sigue siendo hoy, ciento cincuenta años después de su nacimiento, uno de los más innovadores y prestigiosos.

«La vida de Maria Montessori plasmada con fluida precisión y fidelidad documental. [...] Cristina De Stefano ha desenterrado esa vida y ese sueño, [...] una trayectoria genial hecha de obstinados desgarros y costuras.»

PAOLO DI STEFANO, *La Lettura (Il Corriere della Sera)*

«Una visión actualísima de Maria Montessori, una biografía que nos recuerda su revolución pacífica.»

VALENTINA PIGMEI, *Vogue*

Cristina de Stefano (Pavia, 1967) es periodista, escritora y scout literaria. Vive en Francia. Está casada y tiene dos hijos. Es autora de *Belina e il Mostro: vita segreta di Cristina Campo* (Adelphi, 2002) y *Americanas Aventureras* (Circe, 2012).

Título original: *Il bambino è il maestro. Vita di Maria Montessori*

Edición en formato digital: agosto de 2020

© 2020, Cristina De Stefano

© 2020, Rizzoli

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Maria Pons Irazazábal, por la traducción

La editorial no ha podido contactar con el autor o propietario de la fotografía de portada, pero reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir los royalties que pudieran corresponderle.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan

Notas

PRIMERA PARTE

[1] Maria Montessori, VII conferencia en el curso de Roma 1931, *Il Quaderno Montessori*, primavera de 1999, p. 55.

[2] Apuntes de Maria Montessori sobre su infancia, archivo AMI (la cita siguiente procede también de aquí).

[3] Edwin M. Standing, *Maria Montessori. Her Life and Work*, Londres, Hollis & Carter, 1957, pp. 21-22.

[4] Cuaderno de Alessandro Montessori, archivo AMI.

[5] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, Nueva York, Da Capo Press, 1988, p. 28. [Hay trad. cast.: *Maria Montessori. Biografía de una innovadora de la pedagogía*, Madrid, Ediciones SM, 2019.]

[6] Edwin M. Standing, *Maria Montessori. Her Life and Work*, *op. cit.*, p. 21.

[7] *Idem.*

[8] *L'Italie*, diario francés de Roma, 18 de agosto de 1896, archivo AMI.

[9] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, Roma, Edizioni Vita dell'infanzia, 1956, p. 27.

[10] *Ibidem*, p. 26.

[11] Apuntes de Maria Montessori sobre su infancia, archivo AMI.

[12] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, *op. cit.*, p. 308.

[13] Apuntes de Maria Montessori sobre su infancia, archivo AMI (la cita siguiente procede también de aquí).

[14] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, Roma, Mediterranee, 2009, p. 14.

[15] Cuaderno de Alessandro Montessori, archivo AMI.

[16] Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, Turín, Il leone verde, 2018, p. 26.

[17] Annalucia Forti Messina, *Il sapere e la clinica*, Milán, FrancoAngeli, 1998, p. 208.

[18] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, *op. cit.*, p. 28.

- [19] Phyllis Povell, *Montessori Comes to America. The Leadership of Maria Montessori and Nancy McCormick*, Lanham, University Press of America, 2010, p. 35.
- [20] *Illustrazione Popolare*, 5 de marzo de 1899, archivo AML.
- [21] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 218.
- [22] Maria Montessori, Taccuino universitario, 5 de mayo de 1891, archivo AML.
- [23] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 29.
- [24] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 42.
- [25] *Ibidem*, p. 41.
- [26] *Ibidem*, pp. 42-43.
- [27] Maria Montessori, Taccuino universitario, 5 de mayo de 1891, archivo AML.
- [28] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 45.
- [29] Maria Montessori, Taccuino universitario, 5 de mayo de 1891, archivo AML.
- [30] *Idem*.
- [31] *Idem*.
- [32] Maria Montessori, Taccuino universitario, 23 de agosto de 1891, archivo AML, inédito, por amable autorización de Carolina Montessori (todas las citas del párrafo proceden de aquí).
- [33] *Idem*.
- [34] *Idem*.
- [35] *Idem*.
- [36] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 29.
- [37] M. L. Heid, *Uomini che non scompaiono*, Florencia, Sansoni, 1944, p. 68.
- [38] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 46.
- [39] Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, op. cit., p. 37.
- [40] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 49 (todas las citas del párrafo proceden de aquí).
- [41] *L'Italie*, 18 de agosto de 1896, diario francés de Roma, archivo AML.
- [42] *Idem* (todas las citas del párrafo proceden de aquí).
- [43] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 54.
- [44] Phyllis Povell, *Montessori Comes to America*, op. cit., pp. 37-38.
- [45] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 56.
- [46] Anna Matellicani, *La «Sapienza» di Maria Montessori: dagli studi universitari alla docenza 1890-1919*, Roma, Aracne, 2007, p. 149.
- [47] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 56.
- [48] Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori. Regine, dame e altre done*, Roma, Fefè, 2015, p. 22.
- [49] Sheila Radice, *The New Children: Talks with Dr. Maria Montessori*, Londres, Hadder and

Stoughton, 1920, p. 35.

[50] M. L. Heid, *Uomini che non scompaiono*, op. cit., p. 32.

[51] Entrevista a Giovanni Bollea, recogida por Lia De Pra, archivo AMI.

[52] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 31.

[53] André Michelet, *Les outils de l'enfance*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1972, vol. 1, p. 69.

[54] Yves Pélicier y Guy Thuillier, *Un pionnier de la psychiatrie de l'enfant: Édouard Séguin*, París, Comité d'Histoire de la Sécurité Sociale, 1996, p. 46.

[55] Robert J. Fynne, *Montessori and Her Inspirers*, Londres, Nueva York, Longmans, Green and Co., 1924, p. 157.

[56] Édouard Séguin, *Idiocy and its Treatment by the Physiological Method*, Nueva York, Teachers College University of Columbia, 1907, p. 127.

[57] Archivio di Stato Civile del Comune di Roma, documento n.º 1304, parte B, en Valeria P. Babini, Luisa Lama, *Una «donna nuova»*, Milán, Franco Angeli, 2000, p. 108.

[58] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, tesis de licenciatura, Universidad La Sapienza de Roma, año académico 1997-1998, archivo AMI.

[59] Paola Boni Fellini, *I segreti della fama*, Roma, Centro editoriale dell'Osservatore, 1955, p. 27.

[60] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Sails to America. A Private Diary, 1913*, Amsterdam, Montessori-Pierson, 2013, p. VII.

[61] AA. VV., *Caro Olgogigi: lettere ad Olga e Luigi Lodi*, Milán, FrancoAngeli, 1999, p. 16.

[62] «L'idea Montessori», II, 11 de agosto de 1929, p. 1, en Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori*, op. cit., p. 20.

[63] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Sails to America. A Private Diary, 1913*, op. cit., p. 54.

[64] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 30 de julio de 1911, archivo AMI.

[65] Carlo De Sanctis, *Giuseppe Ferruccio Montesano*, Actas del VI Congreso Nacional de la SIAME, Bari, 24-27 de septiembre de 1961.

[66] <https://www.anarcopedia.org/index.php/Luigi_Lucheni>.

[67] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 77.

[68] «La conferenza Montessori», *Il Don Chisciotte di Roma*, 23 de enero de 1899, archivo AMI.

[69] Paola Boni Fellini, *I segreti della fama*, op. cit., p. 22.

[70] AA. VV., *Caro Olgogigi: lettere ad Olga e Luigi Lodi*, op. cit., p. 315.

[71] *Il Don Chisciotte di Roma*, 21 de enero de 1899, archivo AMI.

[72] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., pp. 80-81 (todas las citas del

párrafo proceden de aquí).

[73] *Ibidem*, p. 82.

[74] *Il Caffaro di Genova*, mayo de 1899, archivo AML.

[75] *Corriere della Sera*, 18 de julio de 1899, archivo AML.

[76] *La Gazzetta dell'Emilia*, 7 de julio de 1899, archivo AML.

[77] *L'Italia femminile*, 6, 19 de febrero de 1899, archivo AML.

[78] Letizia Comba (ed.), *Donne educatrici: Maria Montessori e Ada Gobetti*, Turín, Rosenberg & Sellier, 1996, p. 37.

[79] *Scena Illustrata*, Florencia, 15 de octubre de 1899, archivo AML.

[80] «Idiocy and its Treatment by the Physiological Method by Édouard Séguin», 1866, p. 91, en Robert J. Fynne, *Montessori and Her Inspirers*, *op. cit.*, p. 172.

[81] Robert J. Fynne, *Montessori and Her Inspirers*, *op. cit.*, p. 153.

[82] André Michelet, *Les outils de l'enfance*, *op. cit.*, vol. 1, p. 57.

[83] Robert J. Fynne, *Montessori and Her Inspirers*, *op. cit.*, p. 208.

[84] André Michelet, *Les outils de l'enfance*, *op. cit.*, vol. 1, p. 57.

[85] Suzanne Stewart-Steinberg, *L'effetto Pinocchio*, Roma, Elliot, 2011, p. 394.

[86] Paola Boni Fellini, *I segreti della fama*, *op. cit.*, p. 26.

[87] Carta de Maria Montessori a Sante De Sanctis, sin fecha, cit. en Renato Foschi, Erica Moretti y Paola Trabalzini (eds.), *Il destino di Maria Montessori*, Roma, Fefè, 2019, p. 158.

[88] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, *op. cit.*, p. 88.

[89] Paola Boni Fellini, *I segreti della fama*, *op. cit.*, p. 100.

[90] *Ibidem*, p. 22.

[91] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, *op. cit.*, p. 95.

[92] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, *op. cit.*, p. 42.

[93] *L'antropologia pedagogica. Conferenza tenuta agli studenti di filosofia nell'Università di Roma*, di Maria Montessori, Milán, Vallardi, 1903, p. 15.

[94] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, *op. cit.*, p. 91.

[95] Matteo Fiorani y Giovanni Bollea, «Per una storia della neuropsichiatria infantile in Italia», *Medicina & Storia*, XI, 21-22, 2011, n. s., pp. 251-276 (la cita siguiente procede también de aquí).

[96] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Sails to America. A Private Diary, 1913*, *op. cit.*, p. VIII.

[97] *Ibidem*, p. IX.

[98] Paola Boni Fellini, *I segreti della fama*, *op. cit.*, p. 26.

[99] Apuntes de Maria Montessori sobre su infancia, archivo AML.

[100] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, *op. cit.*

- [101] Paola Boni Fellini, *I segreti della fama*, op. cit., p. 26.
- [102] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, op. cit.

SEGUNDA PARTE

- [1] Cartas de Maria Montessori a Donna Maraini, archivo AMI.
- [2] Apuntes de Maria sobre su infancia, archivo AMI.
- [3] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 93.
- [4] Fulvio De Giorgio (ed.), *Maria Montessori. Il peccato originale*, Brescia, Scholé, 2019, p. 133.
- [5] Carta de Maria Montessori al padre Pietro Tacchi Venturi, San Diego, 23 de septiembre de 1917, en «Maria Montessori e le sue reti di relazioni», en *Annali di storia dell'educazione e delle istituzioni scolastiche*, 25/2018, Brescia, Marcelliana, 2018, p. 31.
- [6] *Idem*.
- [7] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., p. 44.
- [8] Anna Matellicani, *La «Sapienza» di Maria Montessori: dagli studi universitari alla docenza 1890-1919*, op. cit., p. 91.
- [9] Grazia Honegger Fresco (ed.), *Montessori: perché no?*, Turín, Il leone verde, 2017, p. 70.
- [10] Anna Matellicani, *La «Sapienza» di Maria Montessori: dagli studi universitari alla docenza 1890-1919*, op. cit., p. 93.
- [11] *Ibidem*, p. 91.
- [12] Grazia Honegger Fresco (ed.), *Montessori: perché no?*, op. cit., 2017, p. 69 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [13] Valeria Babini y Luisa Lama, *Una donna nuova*, Milán, FrancoAngeli, 2010, p. 147.
- [14] *Maria Montessori e le sue reti di relazioni*, op. cit., p. 28.
- [15] Giuseppe Zago (ed.), *Sguardi storici sull'educazione dell'infanzia*, Fano, Aras, 2015, p. 285.
- [16] Carta de Maria Montessori a Rossana, sin fecha, en Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori*, op. cit., p. 43 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [17] Carta de Maria Montessori a Donna Cristina, archivo AMI.
- [18] Maria Montessori, «Caratteri fisici delle giovane donne del Lazio», extraído de *Atti della Società Romana di Antropologia*, XII, 1, 1905, p. 43.
- [19] Apuntes de Maria Montessori sobre su infancia, archivo AMI.
- [20] Paola Boni Fellini, *I segreti della fama*, op. cit., p. 26.
- [21] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 98.

- [22] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 94.
- [23] *Ibidem*, pp. 16-18 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [24] Germana Recchia, *Maria Montessori: nei dintorni dell'uomo nuovo*, Laboratorio Montessori, 2013, p. 78.
- [25] Maria Montessori, «Ancora sui minorenni delinquenti. L'amore», *La Vita*, 2, 217, 6 de junio de 1906, p. 3 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [26] *Ibidem* (todas las citas del párrafo proceden de aquí).
- [27] *L'Alleanza*, 30, 26 de octubre de 1906, archivo AMI.
- [28] Maria Montessori, «Proclama alle donne italiane», *La Vita*, 26 de febrero de 1906, archivo AMI.
- [29] Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori*, op. cit., p. 62.
- [30] Valeria Babini y Luisa Lama, *Una donna nuova*, op. cit., p. 193 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [31] *Ibidem*, p. 16.
- [32] *Ibidem*, p. 143.
- [33] Actas del primer Congreso Nacional de las Mujeres Italianas, Roma, Società editrice Laziale, 1912, pp. 272-281.
- [34] Fulvio De Giorgi, «Maria Montessori modernista», en *Annali di storia dell'educazione e delle istituzioni scolastiche*, XVI, 2009, pp. 199-216 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [35] *La Civiltà Cattolica*, vol. II, 1908, pp. 513-532.
- [36] Giuseppina Le Maire, «Come vivono i poveri di Roma. Il quartiere di San Lorenzo», *Nuova Antologia*, 39, 1904, p. 525.
- [37] Letizia Comba (ed.), *Donne educatrici: Maria Montessori e Ada Gobetti*, op. cit., p. 75.
- [38] Maria Montessori, *La scoperta del bambino*, Milán, Garzanti, 2018, p. 38.
- [39] *Ibidem*, p. 37.
- [40] «How It All Happened, Dr. Montessori Speaks», *AMI Communications*, 1970, archivo AMI.
- [41] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 112.
- [42] Maria Montessori, *La scoperta del bambino*, op. cit., p. 157.
- [43] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 73.
- [44] Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, op. cit., p. 245.
- [45] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 83.
- [46] Anna Maria Maccheroni, «Il bambino cerca di vivere», *Vita dell'Infanzia*, 5-6-7, I, 1952, pp. 21-22 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [47] Maria Montessori, *Autoeducazione nelle scuole elementari*, Roma, Loescher & C., 1916, p. 162. [Hay trad. cast.: *La Auto-educación en la escuela elemental: continuación al método de*

la pedagogía científica aplicado a la educación de la infancia en las «Case dei bambini» (casa de los niños), Barcelona, Araluce, 1921.]

[48] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 72.

[49] Maria Montessori, *Il segreto dell'infanzia*, Milán, Garzanti, 2017, p. 152. [Hay trad. cast.: *El niño: el secreto de la infancia*, México, Diana, 1982, p. 178.]

[50] *Ibidem*, p. 186.

[51] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 265.

[52] *How Early Experiences Shape the Development of Cognitive Function*, Harvard University, Working Paper, 11, p. 2.

[53] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 217.

[54] *Ibidem*, p. 139.

[55] Sheila Radice, *The New Children: Talks with Dr. Maria Montessori*, op. cit., p. 165 (la cita siguiente procede también de aquí).

[56] Marziola Pignatari (ed.), *Maria Montessori cittadina del mondo*, comité italiano de la OMEP, 1967, p. 156.

[57] *Ibidem*, p. 116.

[58] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 126.

[59] Maria Montessori, *La scoperta del bambino*, op. cit., p. 54.

[60] *Ibidem*, p. 377.

[61] *Ibidem*, p. 371.

[62] *Ibidem*, p. 375.

[63] *Ibidem*, pp. 218-221.

[64] Marziola Pignatari (ed.), *Maria Montessori cittadina del mondo*, op. cit., p. 129.

[65] Discurso de Maria Montessori, en *Conferencia, Journal de l'Université des Annales*, febrero de 1937.

[66] Maria Montessori, *La scoperta del bambino*, op. cit., p. 245.

[67] Mario Montessori, «Maria Montessori mia madre», *Sélection du Reader's Digest*, septiembre de 1965, p. 74 (todas las citas del párrafo proceden de aquí).

[68] Maria Montessori, *La scoperta del bambino*, op. cit., p. 257.

[69] *Ibidem*, p. 258.

[70] Maria Montessori, *Il metodo della pedagogia scientifica applicato all'educazione infantile nelle case dei bambini*, Roma, Opera nazionale Montessori, 2000, p. 508. [Hay trad. cast.: *El Método de la pedagogía científica aplicado a la educación de la infancia en «La Casa dei Bambini»*, Barcelona, Araluce, 19--.]

[71] Marziola Pignatari (ed.), *Maria Montessori cittadina del mondo*, op. cit., p. 156.

TERCERA PARTE

- [1] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 22 de agosto de 1910, archivo AMI.
- [2] Maria Luciana Buseghin, *Cara Marietta. Lettere di Alice Hallgarten Franchetti 1901-1911*, Città di Castello, Tela Umbra, 2002, p. 486.
- [3] *Ibidem*, p. 517.
- [4] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, *op. cit.*, p. 49.
- [5] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 23 de octubre de 1909, archivo AMI.
- [6] Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori*, *op. cit.*, p. 127.
- [7] *Ibidem*, p. 128.
- [8] Maria Montessori, Conferencia en el curso de Roma de 1913, archivo AMI.
- [9] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, *op. cit.*, p. 52.
- [10] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 4 de septiembre de 1909, archivo AMI.
- [11] Grazia Honegger Fresco, *Radici nel futuro: la vita di Adele Costa Gnocchi (1883-1967)*, Molfetta, La meridiana, 2001, p. 26.
- [12] Maria Luciana Buseghin, *Cara Marietta. Lettere di Alice Hallgarten Franchetti 1901-1911*, *op. cit.*, p. 407.
- [13] *Ibidem*, p. 447.
- [14] *Ibidem*, p. 42.
- [15] *Ibidem*, p. 74.
- [16] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 22 de agosto de 1910, archivo AMI.
- [17] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, *op. cit.*, p. 20.
- [18] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, sin fecha, archivo AMI.
- [19] Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press, 2016, p. 199.
- [20] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, *op. cit.*, p. 81.
- [21] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, sin fecha, probablemente de noviembre de 1911, archivo AMI.
- [22] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, *op. cit.*, p. 23.
- [23] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 16 de noviembre de 1909, archivo AMI.
- [24] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 4 de noviembre de 1909, archivo AMI (la cita siguiente procede también de aquí).
- [25] Carta de Elisabetta Ballerini a Donna Maraini, 12 de diciembre de 1909, en Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori*, *op. cit.*, p. 94.
- [26] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 14 de noviembre de 1909, archivo AMI.

- [27] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 4 de noviembre de 1909, archivo AMI.
- [28] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 16 de noviembre de 1909, archivo AMI.
- [29] Fulvio De Giorgi (ed.), *Maria Montessori. Dio e il bambino e altri scritti inediti*, Brescia, La Scuola, 2013, p. 352. [Hay trad. cast.: *Dios y el niño y otros escritos inéditos*, Barcelona, Herder, 2016.]
- [30] Carta al padre Tacchi Venturi, 23 de septiembre de 1917, en *Maria Montessori e le sue reti di relazioni*, op. cit., p. 37.
- [31] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 188.
- [32] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 16 de noviembre de 1909, archivo AMI.
- [33] Raniero Regni, *Infanzia e società in Maria Montessori. Il bambino padre dell'uomo*, Roma, Armando, 2007, p. 87.
- [34] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 21.
- [35] Marziola Pignatari (ed.), *Maria Montessori cittadina del mondo*, op. cit., p. 257.
- [36] André Michelet, *Les outils de l'enfance*, op. cit., p. 100.
- [37] Carta de Maria Montessori a Giuliana Sorge, 1950, en Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, op. cit., p. 253.
- [38] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 78.
- [39] *Ibidem*, p. 87.
- [40] Maria Montessori, *Il segreto dell'infanzia*, op. cit., p. 163. [En la trad. cast., p. 191.]
- [41] Henry Gidel, *Marie Curie*, París, Flammarion, 2008, p. 225.
- [42] AA. VV., *Caro Olgogigi: lettere ad Olga e Luigi Lodi*, op. cit., p. 430.
- [43] *Idem*.
- [44] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 22 de agosto de 1910, archivo AMI.
- [45] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 146.
- [46] Marziola Pignatari (ed.), *Maria Montessori cittadina del mondo*, op. cit., p. 153.
- [47] Maria Montessori, *Il segreto dell'infanzia*, op. cit., p. 187. [En la trad. cast., p. 211.]
- [48] «Il materiale Montessori in cataloghi editi a New York, Londra, Bucarest, Berlino, Gonzaga tra gli anni Dieci e Trenta», *Il Quaderno Montessori*, 1993, p. 157.
- [49] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 9 de septiembre de 1910, archivo AMI.
- [50] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 9 de septiembre de 1910 desde Grottaferrata, en *Maria Montessori e le sue reti di relazioni*, op. cit., p. 123.
- [51] Giuseppe Zago (ed.), *Sguardi storici sull'educazione dell'infanzia*, Fano, Aras, 2015, p. 291.
- [52] Maria Montessori, *Formazione dell'uomo*, Milán, Garzanti, 1949, p. 42. [Hay trad. cast.: *Formación del hombre*, México, Diana, 2002, p. 48.]
- [53] Raniero Regni y Leonardo Fogassi, *Maria Montessori e le neuroscienze. Cervello, mente*,

educazione, Roma, Fefè, 2019, p. 60.

[54] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, agosto de 1911, archivo AMI.

[55] AA. VV., *Caro Olgogigi: lettere ad Olga e Luigi Lodi*, op. cit., p. 553.

[56] Carta de Anna Fedeli a Donna Maraini, 8 de agosto de 1911, archivo AMI.

[57] Archivio Centrale di Stato, ACS, Ministero Pubblica Istruzione, Expedientes personal docente de las universidades, II depósito, I serie, 1900-1940, b 101.

[58] Renato Foschi, *Maria Montessori*, Roma, Ediesse, 2012, p. 84. [Hay trad. cast.: *Maria Montessori*, Barcelona, Octaedro, 2014.]

[59] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 185.

[60] Maria Montessori, *Il segreto dell'infanzia*, op. cit., p. 192 (la cita siguiente procede también de aquí). [En la trad. cast., p. 216.]

[61] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 70 (la cita siguiente procede también de aquí).

[62] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 3 de septiembre de 1912, archivo AMI.

[63] Maria Montessori, *Il nuovo metodo di educazione*, en *Opera Montessori*, enero-febrero de 1932, archivo AMI, p. 23.

[64] Fulvio De Giorgi (ed.), *Maria Montessori. Dio e il bambino e altri scritti inediti*, op. cit., p. 81.

[65] Renato Foschi, *Maria Montessori*, op. cit., p. 68.

[66] AA. VV., *La cura dell'anima in Maria Montessori. L'educazione morale, spirituale e religiosa dell'infanzia*, Roma, Fefè, 2011, p. 60.

[67] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 16 de noviembre de 1909, inédita, por amable autorización de Carolina Montessori, archivo AMI.

[68] Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, op. cit., p. 187.

[69] Lorenzo Bedeschi, *L'antimodernismo in Italia. Accusatori polemisti, fanatici*, Milán, San Paolo, 2000, p. 228.

[70] Carta de Maria Montessori a Marie de la Rédemption, sin fecha, en Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori*, op. cit., p. 205.

[71] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 179.

[72] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 78.

[73] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 19 de septiembre de 1911, archivo AMI.

[74] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, agosto de 1911, archivo AMI.

[75] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, sin fecha, archivo AMI.

[76] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 25 de agosto de 1911, archivo AMI (la cita siguiente procede también de aquí).

[77] Carta de Maria Montessori a Olga Lodi, en AA. VV., *Caro Olgogigi: lettere ad Olga e*

Luigi Lodi, *op. cit.*, p. 554.

[78] Josephine Tozier, «The Montessori Schools in Rome», *McClure's Magazine*, 38, 2, diciembre de 1911, p. 133.

[79] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, *op. cit.*, p. 153.

[80] Dorothy Canfield Fisher, *A Montessori Mother*, Nueva York, Henry Holt, 1912, p. 224.

[81] Anne E. George, «Dr. Maria Montessori: The Achievement and Personality of an Italian Woman Whose Discovery is revolutionizing Education Methods», *Good Housekeeping*, 55, 1, julio de 1912, p. 25 (la cita siguiente procede también de aquí).

[82] Anne E. George, «The First Montessori School in America», *McClure's Magazine*, 39, 2, junio de 1912, p. 178.

[83] Josephine Tozier, «The Montessori Schools in Rome», *art. cit.*, p. 128.

[84] S. S. McClure, *My Autobiography*, Nueva York, Frederick A. Stokes Company, 1914, p. 252.

[85] Dorothy Canfield Fisher, *A Montessori Mother*, *op. cit.*, p. 225.

[86] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Sails to America. A Private Diary, 1913*, *op. cit.*, p. 28.

[87] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, *op. cit.*, p. 80.

[88] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, *op. cit.*

[89] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, sin fecha, pero entre diciembre de 1912 y enero de 1913, archivo AMI.

[90] Telegrama de Maria Montessori a Donna Maraini, 1 de febrero de 1913, en *Maria Montessori e le sue reti di relazioni*, *op. cit.*, p. 139.

[91] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, *op. cit.*, p. 185.

[92] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, *op. cit.*, p. 187.

[93] Letizia Comba (ed.), *Donne educatrici: Maria Montessori e Ada Gobetti*, *op. cit.*, p. 66.

[94] Mario Montessori, *Maria Montessori mia madre*, *op. cit.*, p. 70.

[95] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Sails to America. A Private Diary, 1913*, *op. cit.*, p. 6.

[96] AA. VV., *Centenary of the Montessori Movement*, Madrás, Kalakshetra Publications, 2007, p. 181.

[97] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 28 de agosto de 1912, archivo AMI.

[98] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, sin fecha, pero entre diciembre de 1912 y enero de 1913, archivo AMI.

[99] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, *op. cit.*, p. 178.

[100] *Ibidem*, p. 315.

[101] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, *op. cit.* (la cita siguiente procede

también de aquí).

- [102] Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 70.
- [103] Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori*, op. cit., p. 8.
- [104] Sheila Radice, *The New Children: Talks with Dr. Maria Montessori*, op. cit., p. 35.
- [105] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 172.
- [106] Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 68.
- [107] *Ibidem*, p. 111.
- [108] Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori*, op. cit., p. 200.
- [109] Grazia Honegger Fresco, «Roma: il corso Montessori del 1910 e La Casa dei Bambini», *Il Quaderno Montessori*, 51, 1996, pp. 109-136.
- [110] Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 112.
- [111] Carta de Edith Sharon a Samuel McClure, mayo de 1912, en Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 114.
- [112] Carta de Maria Montessori a Samuel McClure, 29 de junio de 1913, en Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit.
- [113] Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 63.
- [114] Maria Montessori, «Letter to the Editors», *Times Educational Supplement*, Londres, 1 de septiembre de 1914, archivo AML.
- [115] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Sails to America. A Private Diary, 1913*, op. cit., p. 28.
- [116] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 174.
- [117] *Ibidem*, p. 183.
- [118] Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori*, op. cit., p. 199 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [119] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Sails to America. A Private Diary, 1913*, op. cit., p. 1.
- [120] *Ibidem*, p. 42.
- [121] *Ibidem*, p. 32.
- [122] *Ibidem*, p. 29.
- [123] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 186.

CUARTA PARTE

- [1] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, agosto de 1911, archivo AML.
- [2] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 15.

- [3] Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 124.
- [4] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 190 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [5] *Ibidem*, p. 195.
- [6] *Ibidem*, p. 196.
- [7] Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 137.
- [8] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., pp. 197-200.
- [9] Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 148.
- [10] *Idem*.
- [11] Telegrama de Maria Montessori a Samuel McClure, 7 de enero de 1914, en Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 158.
- [12] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 229.
- [13] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 28 de agosto de 1912, archivo AMI.
- [14] Carta de Maria Montessori a Samuel McClure, 14 de abril de 1914, en Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 179.
- [15] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 206.
- [16] Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 183.
- [17] Franz Hammerer, *Maria Montessoris pädagogisches Konzept*, Viena, Jugend & Volk, 1997, p. 186.
- [18] Gerald L. Gutek y Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 169.
- [19] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, op. cit.
- [20] Apuntes de Maria Montessori sobre su infancia, archivo AMI.
- [21] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Writes to Her Father. Letters from California, 1915*, Amsterdam, Montessori-Pierson Publishing Company, 2015, p. 4.
- [22] *Ibidem*, p. 3.
- [23] *Ibidem*, p. 8.
- [24] *Ibidem*, p. 12.
- [25] Gerald L. Gutek, Patricia A. Gutek, *Bringing Montessori to America*, op. cit., p. 194.
- [26] *Ibidem*, pp. 197-201 (todas las citas del párrafo proceden de aquí).
- [27] *Ibidem*, p. 200.
- [28] *Ibidem*, p. 201.
- [29] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Writes to Her Father. Letters from California, 1915*, op. cit., p. 13.
- [30] *Ibidem*, p. 15.
- [31] Dorothy M. Gaudiose, *Maria l'«Americana». La vita di Mary Pyle*, Milán, San Paolo, 1995, p. 50.

[32] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Writes to Her Father. Letters from California, 1915*, op. cit., p. 25.

[33] *Ibidem*, p. 32.

[34] *Ibidem*, p. 50.

[35] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 219.

[36] *Idem*.

[37] *Ibidem*, p. 220.

[38] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Writes to Her Father. Letters from California, 1915*, op. cit., p. 71

[39] Carta de Maria Montessori a Alessandro Montessori, 29 de agosto de 1915, en Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Writes to Her Father. Letters from California, 1915*, op. cit., p. 87.

[40] *Ibidem*, p. 83.

[41] Carolina Montessori (ed.), *Maria Montessori Writes to Her Father. Letters from California, 1915*, op. cit., pp. 83-88 (todas las citas del párrafo proceden de aquí).

[42] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 222 (la cita siguiente procede también de aquí).

[43] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 27.

[44] Eladio Homs, «Maria Montessori “Barcelonina”», en Marziola Pignatari (ed.), *Maria Montessori cittadina del mondo*, op. cit., p. 260.

[45] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 98.

[46] Marcella Vigilante, *Il buon pastore nella didattica montessoriana*, tesis de licenciatura, Istituto Superiore Scienze Religiose, año académico 2005-2006, p. 101.

[47] Fulvio De Giorgi (ed.), *Maria Montessori. Dio e il bambino e altri scritti inediti*, op. cit., p. 143.

[48] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 113.

[49] Fulvio De Giorgi (ed.), *Maria Montessori. Dio e il bambino e altri scritti inediti*, op. cit., p. 137.

[50] Dani Cañigueras Viñals, *La història de Montessori i Barcelona*, Treball de Recerca, archivo AMI, p. 18.

[51] Carta de Maria Montessori al padre Pietro Tacchi Venturi, 23 de septiembre de 1917, en *Maria Montessori e le sue reti di relazioni*, op. cit., pp. 37-42 (la cita del párrafo siguiente procede también de aquí).

[52] *Ibidem*, p. 46.

[53] «Per la libera personalità del Fanciullo», en fotocopia, archivo AMI.

[54] Raniero Regni y Leonardo Fogassi, *Maria Montessori e le neuroscienze*, op. cit., p. 151.

- [55] Maria Montessori, *La mente del bambino*, Milán, Garzanti, 2017, p. 62. [Hay trad. cast.: *La Mente absorbente del niño*, Barcelona, Araluce, 1971, p. 87.]
- [56] Maria Montessori, *Il segreto dell'infanzia*, op. cit., p. 55. [En la trad. cast., p. 79.]
- [57] *Ibidem*, p. 72 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [58] Augusto Scocchera, *Maria Montessori. Una storia per il nostro tempo*, Roma, Edizioni Opera Nazionale Montessori, 2005, p. 84.
- [59] *Ibidem*, p. 64.
- [60] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 257.
- [61] Raniero Regni, *Infanzia e società in Maria Montessori. Il bambino padre dell'uomo*, op. cit., p. 199.
- [62] Lucia Fancello, «La Casa dei Bambini di tirocinio a Napoli», *La Coltura Popolare*, X, 1, enero de 1920, pp. 20-31.
- [63] Mary R. Cromwell, «Il Metodo Montessori in Francia durante la guerra», *La Coltura Popolare*, IX, 1, enero de 1919, p. 51.
- [64] Carta de Maria Montessori a Augusto Osimo, en Claudio A. Colombo y Marina Beretta Dragoni (eds.), *Maria Montessori e il sodalizio con l'Umanitaria*, Milán, Ed. Raccolto Umanitaria, 2008, p. 6.
- [65] Carta de Maria Montessori a Augusto Osimo, verano de 1917, en Tiziana Pironi, «Da Maria Montessori a Margherita Zoebeli: l'impegno educativo nei confronti dell'infanzia traumatizzata dalla guerra», en *Annali online della Didattica e della Formazione Docente*, vol. 8, 12/2016, pp. 115-128.
- [66] Carta de Maria Montessori al padre Tacchi Venturi, 12 de julio de 1917, en *Maria Montessori e le sue reti di relazioni*, op. cit., p. 47.
- [67] Suzanne Stewart-Steinberg, *L'effetto Pinocchio*, op. cit., p. 394.
- [68] Carta de Maria Montessori a Augusto Osimo, 20 de septiembre de 1916, en Irene Pozzi, «La Società Umanitaria e la diffusione del Metodo Montessori (1908-1923)», *Ricerche di Pedagogia e Didattica, Journal of Theories and Research in Education*, 10, 2, 2015, p. 109.
- [69] Carta de Augusto Osimo, enero de 1921, Archivio Umanitaria, referencia 214, expediente 1744/20, inédita, por amable autorización de Carolina Montessori.
- [70] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., p. 123.
- [71] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 221.
- [72] *Ibidem*, p. 227.
- [73] Leonardo De Sanctis (ed.), *Le ricette di Maria Montessori cent'anni dopo*, Roma, Fefè, 2008, p. 63 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [74] Maria Montessori, *La scoperta del bambino*, op. cit., p. 77.
- [75] Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, op. cit., p. 212.

[76] Carta de Maria Montessori a Augusto Osimo, 20 de diciembre de 1921, Archivio Umanitaria, inédita, por amable autorización de Carolina Montessori.

[77] «Il materiale Montessori in cataloghi editi a New York, Londra, Bucarest, Berlino, Gonzaga tra gli anni Dieci e Trenta», art. cit., p. 14.

[78] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 267.

[79] Sheila Radice, *The New Children: Talks with Dr. Maria Montessori*, op. cit., p. 109.

[80] *Ibidem*, p. 104.

[81] *Ibidem*, p. 106.

[82] *Ibidem*, p. 60.

[83] Carta de Maria Montessori a la madre Elizabeth, 14 de agosto de 1921, en Fulvio De Giorgio (ed.), *Maria Montessori, Il peccato originale*, op. cit., p. 19.

[84] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 351.

[85] Sheila Radice, *The New Children: Talks with Dr. Maria Montessori*, op. cit., p. 75.

[86] Manfred Berger y Clara Grunwald, *Wegbereiterin der Montessori Pädagogik*, Frankfurt, Brandes & Apsel, 2000, p. 60.

[87] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 291.

[88] Franz Hammerer, *Maria Montessoris pädagogisches Konzept*, op. cit., p. 186.

[89] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 282.

[90] «Mussolini and Montessori: an Established Principle», *Times Educational Supplement*, 4 de abril de 1925.

[91] Leonardo De Sanctis (ed.), *Le ricette di Maria Montessori cent'anni dopo*, op. cit., p. 65.

[92] Augusto Scocchera (ed.), *Introduzione a Mario M. Montessori*, Roma, Opera Nazionale Montessori, 1998, p. 154.

[93] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 315.

[94] *Ibidem*, p. 314 (la cita siguiente procede también de aquí).

[95] Dorothy M. Gaudiose, *Maria l'«Americana». La vita di Mary Pyle*, op. cit., p. 53.

[96] *Ibidem*, p. 54.

[97] *Ibidem*, p. 55.

[98] *Maria Montessori e le sue reti di relazioni*, op. cit., p. 94.

[99] Renato Foschi, Erica Moretti y Paola Trabalzini (eds.), *Il destino di Maria Montessori*, op. cit., p. 58.

[100] *Ibidem*, p. 164.

[101] Grazia Honegger Fresco (ed.), *Montessori: perché no?*, op. cit., p. 80.

[102] Carta de Maria Montessori a Benito Mussolini, 26 de mayo de 1928, en Giuliana Marazzi, «Montessori e Mussolini: la collaborazione e la rottura», en *Dimensioni e Problemi della Ricerca Storica*, Universidad La Sapienza de Roma, 1, 2000, pp. 177-196.

- [103] Nota de la policía, 10 de octubre de 1932, Archivio di Stato, archivo AMI.
- [104] Carta de Maria Montessori a Emilio Bodrero, 15 de mayo de 1931, en *Maria Montessori e le sue reti di relazioni*, op. cit., p. 205 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [105] Archivio Centrale dello Stato, Segreteria Particolare del Duce, Carteggio Ordinario 1922-1943, B 288, F. 15230-15279.
- [106] Sheila Radice, *The New Children: Talks with Dr. Maria Montessori*, op. cit., p. 37.
- [107] Clara Tornar, «Maria Montessori durante il fascismo», *Cadmo*, XIII, 2005, p. 21.
- [108] «Il caso Montessori», *La Vita Italiana*, mayo de 1934, p. 615.
- [109] Mario Montessori, *Maria Montessori mia madre*, op. cit., p. 74.

QUINTA PARTE

- [1] Letizia Comba (ed.), *Donne educatrici: Maria Montessori e Ada Gobetti*, op. cit., p. 25.
- [2] Jean-François Condette y Antoine Savoye, «Une éducation pour une ère nouvelle: le congrès international d'éducation de Calais (1921)», *Les Études Sociales*, 163, julio de 2016, pp. 43-77.
- [3] «Il metodo in Romania», *Il Quaderno Montessori*, invierno de 2001-2002, p. 58.
- [4] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, op. cit.
- [5] Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, op. cit., p. 45.
- [6] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 187.
- [7] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., p. 132.
- [8] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, op. cit. (la cita siguiente procede también de aquí).
- [9] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., pp. 78, 132.
- [10] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 15 de mayo de 1934, archivo AMI.
- [11] Grazia Honegger Fresco, *Radici nel futuro: la vita di Adele Costa Gnocchi (1883-1967)*, op. cit., p. 65.
- [12] Sheila Radice, *The New Children: Talks with Dr. Maria Montessori*, op. cit., p. 52.
- [13] *Ibidem*, p. 57.
- [14] «Inaugurazione del XV corso internazionale Montessori di N. Padellaro», en *Annali dell'Istruzione Elementare*, 5, 1, 1930, pp. 34-37.
- [15] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., p. 90.
- [16] Grazia Honegger Fresco (ed.), *Montessori: perché no?*, op. cit., p. 61.
- [17] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, op. cit.
- [18] «La scuola di Laren», *Il Quaderno Montessori*, primavera de 1990, p. 107, archivo AMI.
- [19] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, op. cit.

- [20] Augusto Scocchera, *Maria Montessori. Una storia per il nostro tempo*, op. cit., p. 115.
- [21] *Ibidem*, p. 118.
- [22] *Il Quaderno Montessori*, 31-32, 1991.
- [23] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, op. cit.
- [24] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 21 de diciembre de 1938, inédita, por amable autorización de Carolina Montessori, archivo AML.
- [25] Grazia Honegger Fresco, *Radici nel futuro: la vita di Adele Costa Gnocchi (1883-1967)*, op. cit., p. 58.
- [26] Camillo Grazzini, «Maria Montessori's Cosmic Vision, Cosmic Plan and Cosmic Education», *The NAMTA Journal*, 38, 1, invierno de 2013.
- [27] Fulvio De Giorgi (ed.), *Maria Montessori. Dio e il bambino e altri scritti inediti*, op. cit., p. 135.
- [28] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., p. 108.
- [29] Augusto Scocchera, *Maria Montessori. Una storia per il nostro tempo*, op. cit., p. 190.
- [30] *Ibidem*, p. 108.
- [31] Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, op. cit., p. 160.
- [32] Augusto Scocchera, *Maria Montessori. Una storia per il nostro tempo*, op. cit., p. 103 (las citas siguientes proceden también de aquí).
- [33] Franck A. Stone, *The New World of Educational Thought*, Nueva York, MSS Information Corporation, 1973, p. 174.
- [34] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 310 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [35] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., p. 96.
- [36] *Ibidem*, p. 81.
- [37] «Montessori in India, On the Watch Tower», en *The Theosophical Publishing House*, Adyar, Madrás, LXI, 1, noviembre de 1939.
- [38] Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori*, op. cit., p. 241.
- [39] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, febrero de 1940, inédita, por amable autorización de Carolina Montessori, archivo AML.
- [40] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., p. 109.
- [41] *Ibidem*, p. 133.
- [42] *Ibidem*, p. 137.
- [43] «The Theosophist», en *Montessori in India*, LX, 1, octubre de 1938-marzo de 1939, archivo AML.
- [44] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., p. 110.
- [45] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, op. cit.

- [46] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 344.
- [47] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., pp. 111-112.
- [48] *Ibidem*, p. 113.
- [49] *Ibidem*, p. 114.
- [50] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 345.
- [51] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., p. 108.
- [52] *Ibidem*, p. 133.
- [53] Marjan Schwegman, *Maria Montessori*, Bologna, il Mulino, 1999, p. 26.
- [54] Paola Giovetti, *Maria Montessori: una biografia*, op. cit., p. 119.
- [55] *Ibidem*, p. 108.
- [56] *Ibidem*, p. 123.
- [57] *Ibidem*, p. 100.
- [58] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 31 de diciembre de 1945, inédita, por amable autorización de Carolina Montessori, archivo AML.
- [59] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., pp. 349-351.
- [60] Carta de Maria Montessori a Giuliana Sorge, sin fecha, pero casi con toda seguridad de 1947, en Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, op. cit., p. 251.
- [61] Carta de Maria Montessori a Luigia Tincani, 29 de julio de 1949, en Fulvio De Giorgi (ed.), *Maria Montessori. Dio e il bambino e altri scritti inediti*, op. cit., p. 362.
- [62] *Ibidem*, p. 360.
- [63] Carta de Maria Montessori a Joosten, 1946, inédita, por amable autorización de Carolina Montessori, archivo AML.
- [64] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, 18 de agosto de 1946, archivo AML.
- [65] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 352.
- [66] Anna Maria Maccheroni, *Come conobbi Maria Montessori*, op. cit., p. 186.
- [67] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 353.
- [68] Phyllis Povell, *Montessori Comes to America*, op. cit., p. 12.
- [69] Fulvio De Giorgi (ed.), *Maria Montessori. Dio e il bambino e altri scritti inediti*, op. cit., p. 111.
- [70] *Maria Montessori parla ai genitori. Il pensiero montessoriano spiegato alle famiglie*, Turín, Il leone verde, 2018, p. 65 (la cita siguiente procede también de aquí).
- [71] *Ibidem*, p. 72.
- [72] Carta de Maria Montessori a Donna Maraini, sin fecha, pero seguramente de julio de 1947, inédita, por amable autorización de Carolina Montessori, archivo AML.
- [73] Rita Kramer, *Maria Montessori: A Biography*, op. cit., p. 354.
- [74] Carta de Maria Montessori a Giuliana Sorge, sin fecha, pero casi con seguridad de 1947,

en Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, op. cit., p. 251.

[75] «Maria Montessori a ati anthology», p. 20, *Tornar*, p. 56.

[76] Augusto Scocchera (ed.), *Introduzione a Mario M. Montessori*, op. cit., p. 157.

[77] Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, op. cit., p. 164.

[78] Maria Montessori, *Formazione dell'uomo*, Milán, Garzanti, 1949, p. 11. [En la trad. cast., p. 14.]

[79] Maria Montessori, *La mente del bambino*, Milán, Garzanti, 2017, p. 25. [En la trad. cast., pp. 42-43.]

[80] Raniero Regni y Leonardo Fogassi, *Maria Montessori e le neuroscienze*, op. cit., p. 89.

[81] Maria Montessori, «Per i minorenni delinquenti. L'organizzazione nel Riformatorio di San Michele», *La Vita*, 14 de julio de 1906, p. 3.

[82] Augusto Scocchera (ed.), *Introduzione a Mario M. Montessori*, op. cit., p. 145.

[83] Maria Montessori, *Il bambino in famiglia*, Milán, Garzanti, 2000, p. 61.

[84] Raniero Regni, *Infanzia e società in Maria Montessori. Il bambino padre dell'uomo*, op. cit., p. 266.

[85] Marziola Pignatari (ed.), *Maria Montessori cittadina del mondo*, op. cit., p. 15.

[86] Carta de Maria Montessori a Clemente Maraini, julio de 1911, en Giovanna Alatri, *Il mondo al femminile di Maria Montessori*, op. cit., p. 17.

[87] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, op. cit.

[88] Fulvio De Giorgi (ed.), *Maria Montessori. Dio e il bambino e altri scritti inediti*, op. cit., p. 111.

[89] Marziola Pignatari (ed.), *Maria Montessori cittadina del mondo*, op. cit., p. 157.

[90] *Ibidem*, p. 201.

[91] *AMI Communications*, 1, 2, enero-febrero de 1953.

[92] Marta Gandiglio, *Sulle tracce di Maria Montessori*, op. cit. (todas las citas del párrafo proceden de aquí).

[93] «In memoria di Mario Montessori», *AMI Communications*, 1, 2, 1982, pp. 5-6.

[94] Grazia Honegger Fresco, *Maria Montessori, una storia attuale*, op. cit., p. 181.

NOTA DE LA AUTORA

[1] Orio Vergani, *Misure del tempo*, Milán, Baldini & Castoldi, 2003, p. 28.

(1) *Los miserables*, Victor Hugo, traducción de Nemesio Fernández-Cuesta, Barcelona, Penguin Clásicos, 2015.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El niño es el maestro

PRIMERA PARTE. La construcción de sí misma

Una niña

La seducción del teatro

Excelencia, estudiaré Medicina

El instituto de anatomía

Clases sobre el cadáver

Paseos por el Pincio

El camino hacia el pueblo

Viva la protesta femenina

Una mujer en la sala del hospital

Giuseppe Montesano

El niño salvaje

Dejad que griten y hablarán

El hijo secreto

Un discurso de pionera

Una mujer nueva

Un torrente de palabras

La enseñanza de las cosas

Una docente distinta

Un dolor más fuerte que perder al hombre amado

SEGUNDA PARTE. El descubrimiento de una misión

Una gran fe

Regreso a la universidad

Partidaria del amor libre

Hechicera, bruja, captadora de jóvenes

Quien posee el amor es un dios

Mujeres, ¡levantaos!

La comunión de los pecados

San Lorenzo

Ha llegado tu luz

La Casa de los Niños

Piezas, arcilla y lápices

La gran obra

El hecho maravilloso

Las letras de papel de lija

La explosión de la escritura

TERCERA PARTE. Los primeros discípulos

Una baronesa angelical

Gente nueva que habla en nosotros

Solamente tres hijas

La santa mártir del movimiento

La Umanitaria de Milán

Proporcionar al niño exactitud

La producción del material

Un individuo difícil

Como moscas de verano

El año de los adioses

La escuela en el convento

Llevar la religión al pueblo

Una peregrinación

Montessori, Roma

Un empresario estadounidense

El hijo recuperado

Ante el tribunal internacional

Las primeras tensiones en Estados Unidos

Institutos, manuales y otros litigios

La mujer más interesante de Europa

CUARTA PARTE. La gestión del éxito

Una gira triunfal

La fiebre Montessori

¿Dónde están los amigos fieles?

No entiendo nada de negocios, lo sé

Lejos de la Europa en guerra

Recelosa, en cierto modo fanática

Cosas nuevas, casas que llegan hasta el cielo

El aula de cristal

Una bola de fuego

La Escuela Montessori

El Divino Amigo de los niños

Sierva en el mundo

El método avanzado

La libertad con el material

La Cruz Blanca

La Scuola Magistrale

Los muñecos Montessori

Un amigo socialista

El desarrollo en el mundo

El pragmatismo inglés

Entre socialismo y psicoanálisis

Regreso a la patria

Un año difícil

Anuncios rimbombantes, resistencias silenciosas

Montessorismo sin Montessori

La ruptura con el fascismo

QUINTA PARTE. La educación cósmica

La AMI y el ascenso de Mario

Un «vuelo» entre la gente

Los Hijos de la Tierra

La magna visión

La India

El alma grande

Enemigos y extranjeros

Completar la idea

El método es una cosa pequeña

Mi país es una estrella

La época de las sorpresas

Yo no pienso, yo veo

La casa junto al mar

Nota de la autora

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre Cristina De Stefano

Créditos

Notas